

*Ojalá pudiera
estar*

CONTIGO



*Ojalá pudiera
estar*

CONTIGO

DYLAN MARTINS
JANIS SANDGROUSE

*Ojalá pudiera
estar*

CONTIGO

DYLAN MARTINS
JANIS SANDGROUSE

Primera edición.

Ojalá pudiera estar contigo

©Dylan Martins. Janis Sandgrouse

©diciembre, 2024.

©Imágenes por Freepik y AdobeStock

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

Primera edición.

Ojalá pudiera estar contigo

©Dylan Martins. Janis Sandgrouse

©diciembre, 2024.

©Imágenes por Freepik y AdobeStock

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Epílogo](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Epílogo](#)

Capítulo 1



Alex

Si algo llevaba francamente mal estos días en los que estaba en Boston por motivos de trabajo, era el clima extremo que hacía en este mes de diciembre. No había utilizado más crema para la cara y las manos en mi vida. Fue lo primero que eché en la maleta cuando preparé el equipaje para venir aquí.

Las temperaturas eran tales que el frío quemaba y resecaba la piel, por lo que me la estaba hidratando constantemente. Por no hablar de la de protector solar que me ponía cuando salía a la calle. Ni en verano utilizaba tanto.

Una de las ciudades más bonitas y elegantes de los Estados Unidos que en este mes lucía aún con más brillo. Solía venir dos veces al año por diez días, siempre coincidía en este mes de diciembre y a principios de junio.

Aquí se encontraba la sede principal de la empresa para la que yo trabajaba en las oficinas de mi ciudad como director general desde hacía cinco años.

A mis cuarenta años podía decir que había logrado estabilizar mi vida y mi economía por encima de mis expectativas, que no fueron pocas.

Casado desde hacía siete años con Anna, tres años menor que yo y profesora de piano en el Conservatorio de Frankfurt, ciudad donde ambos habíamos nacido y vivíamos con nuestra hija Hanna de cinco años.

Una relación que comenzó cuando ella tenía veinticinco años y yo veintiocho. Cinco años después nos casamos convencidos de que sería para toda la vida.

Había acabado de terminar de tener una mañana larga de reuniones en la sede y ya estaba por dar por concluido el día.

De nuevo el frío en la cara al salir del edificio. Me monté en el coche que me estaba esperando para llevarme al apartamento que la empresa me tenía asignado para cuando venía. Solo lo usábamos los directores generales de las delegaciones que tenían repartidas por todo el mundo. Era un edificio para uso del personal que venía de fuera para las reuniones semestrales.

Le di una propina al chofer y le pedí que me dejara unos metros antes, ya que quería entrar al supermercado por algunas botellas de agua y algo de café que ya no me quedaba y aún tenía dos días por delante antes de regresar a Alemania donde me esperaba mi familia para pasar la Navidad.

Una vez con la compra pagada salí directo para el portal del edificio viendo cómo comenzaba a nevar de manera intensa. Lo peor de todo era caminar sin matarte. Así que con mucho cuidado llegué hasta el interior del bloque y me dirigí hacia el apartamento.

Mientras me preparaba unos filetes a la plancha con una verdura salteada le hice una videollamada a mi mujer para hablar con ella y la niña, que ya estaban disfrutando de sus vacaciones navideñas hasta enero.

—¡Papi!

—Hola, tesoro. ¿Qué tal la mañana?

—He estado haciendo con mamá galletas para Navidad, mira —colocó el móvil mirando hacia la bandeja donde ya las tenían todas colocadas. Eran muñecos de nieve y árboles de Navidad.

—Me tienes que guardar una de cada, no me puedo quedar con las ganas de comer esas galletas que tienen una pinta espectacular. Ya se me hace la boca agua —le decía mientras terminaba de preparar mi comida—. ¿Y mamá?

—Aquí estoy, terminando de hacer una lasaña para mañana.

—Hola, cariño. ¿Todo bien?

—Sí, claro, como siempre —sonrió.

—Papá, ¿cuándo llegas?

—Pues a primera hora de Nochebuena, salgo el veintitrés para allá, en dos días.

—Tengo muchas ganas de verte.

—Y yo a ti, cariño.

—Ahora vamos a ir a casa de los abuelos —se refería a los padres de mi mujer—. Me han dicho que me han comprado un montón de chocolatinas.

—Qué suerte, me tendrás que guardar también un poquito.

—Vale, papá.

Estuve un rato hablando con ellas, bueno realmente con mi hija. Mi mujer hablaba lo justo y estaba tirante desde hacía mucho tiempo. No había pasado nada grave entre nosotros, pero ella cada vez estaba más fría y distante.

a

Había hablado con ella en innumerables ocasiones y había puesto todo de mi parte para volver a recuperar esas cosquillitas que antes sentía conmigo, pero todo estaba siendo en vano y ella siempre se escudaba en que estaba cansada pese a tener una vida bastante cómoda.

Lo había pasado francamente mal porque veía cómo esa magia, complicidad y unión que había entre nosotros fue desapareciendo por completo. Al principio pensaba que me iba a volver loco y lloraba en silencio mientras me duchaba o incluso cuando fingía que dormía, pero ahora estaba en ese punto en el que prefería no pensar y dejar que todo fluyera.

Como también decidí dejar de hacer preguntas, ya que todas siempre tenían las mismas respuestas... Estaba cansada, solo eso, según ella.

Hacer el amor lo seguíamos haciendo, pero tampoco era lo mismo de antes. Siempre era yo el que buscaba y ella a veces se dejaba llevar, sí, pero sin poner el más mínimo interés, y otras, le dolía la cabeza, la barriga o estaba con el periodo.

En octubre precisamente anoté en el calendario de mi móvil las veces que se puso con el periodo, mejor dicho, las veces que me lo puso como excusa, que fueron en total diecisiete días en ese mes. Me reía por no llorar, ya que ella era una mujer a la que le duraba tres días y jamás se quejó de un dolor de ovarios. Como Anna decía, tenía tanta suerte que ni se manchaba. En fin, tuve que comenzar a tomar ese tema con humor porque de no ser así, era para volverse loco.

Le daba tiempo al tiempo con la esperanza de que ella volviera a buscarme como antes y que de nuevo saltaran las chispas por los aires. Seguía confiando en que mi familia permanecería unida para toda la vida, al menos eso es lo que deseaba, pero claro, todo dependía de si ella quería o no.

Inclusive le pregunté en dos ocasiones si me seguía amando, pero se ofendió tanto que decidí no hacerlo más.

Anna era una mujer muy clásica y elegante. Todo lo debía tener impoluto, no solo su presencia, también la casa y la niña. Era tan perfecta y meticulosa, que cuando entrabas por nuestra casa te encontrabas un hogar sin el más mínimo desorden.

Rubia, ojos azules, metro setenta y dos, seis centímetros menos que yo, pesaba sesenta kilos. A pesar de estar delgada, tenía todo muy proporcionado y una figura de lo más esbelta. Era de lo más atractiva.

Nuestra hija Hanna era una mezcla de los dos. Ambos éramos rubios, pero la pequeña había sacado el liso del cabello de su madre y no grueso como el mío, así como sus ojos celestes, ya que en mi caso eran marrones.

e La amábamos por encima de todas las cosas y los dos estábamos muy volcados en inculcarle los valores que debía ir adquiriendo para tener en la vida y enseñarle que sus padres estaban ahí para sostenerle la mano en todo momento y llenarla de amor, porque para nosotros era fundamental que ella se sintiera muy querida.

Tenía ganas de llegar a casa, pero para eso aún faltaban tres días, ya que hasta pasado mañana no cogería el vuelo en el que pasaría la noche antes de llegar a Frankfurt.

Terminaba de comer cuando me entró una llamada de mi madre.

,

—Hola, mamá, ¿qué tal?

—Hola, hijo, bien, echándote de menos.

—Ya pronto me tenéis de vuelta.

—Llamé a Anna para hablar de la cena de antes de Navidad, pero no sé, la veo desganada.

—La haremos, mamá.

—Sí, lo sé y ella no me dijo lo contrario, pero le pedí que eligiera entre varios platos principales para hacerlo a su gusto y me dijo que le daba igual uno que otro.

—Pues entonces haz el que a ti más te apetezca.

—Ella antes no era así conmigo y ahora me cuesta mucho mantener una conversación. A veces pienso que hicimos algo mal.

—Mamá, no le des vueltas a la cabeza, a ella lo que le pasa con vosotros también le pasa conmigo y te lo he explicado varias veces. No está en su mejor momento, pero no se deja ayudar.

y —Siento mucho que estés pasando por eso. Eso a nosotros y nos duele, no me quiero imaginar a ti.

—Estoy bien, mamá, iremos a tu casa para cenar y no te preocupes por nada. No quiero que lo paséis mal con este tema. Todo se va a solucionar.

—Le hemos dicho que esta tarde vamos a recoger a la niña para llevarla al Mercado Navideño, para que se monte en el carrusel que han puesto.

—Perfecto, lo va a pasar genial.

—Te amamos mucho, hijo.

—Y yo a vosotros, mamá.

Me daba tristeza que mis padres también lo estuvieran pasando mal. Me preguntaba muchas veces si mi mujer se daba cuenta el daño que estaba ocasionando a su alrededor, pues hasta nuestra hija se estaba dando cuenta de esa frialdad que había entre nosotros y aunque no lo dijera, hacía cosas para llamar la atención y que nos volcásemos en hacer cosas juntos.

Era consciente de que mi mujer no tenía ganas de ir a cenar con mis padres, no me lo había dicho, pero a mí también me contestaba con desgana o indiferencia. Sin embargo, sí hacía mucho hincapié en la comida de Navidad que se haría en casa de los suyos al día siguiente.

Recogí los cubiertos después de fregarlos y me dirigí al gimnasio del edificio a hacer un poco de deporte, que no solo me valía para mantener el físico, sino también para despejar la cabeza que, aunque no quisiera, no paraba de darle vueltas.

Con el casco conectado en el móvil me puse a correr en la cinta mientras hablaba con Judith, mi secretaria.

Me ponía al tanto del día en las oficinas, ya que mi equipo seguía trabajando incesantemente en mi ausencia. Nuestro trabajo requería mucha responsabilidad porque llevábamos las estrategias de marketing en Alemania, de una de las empresas tecnológicas más importantes del mundo.

Cuando regresé al apartamento me di una ducha y me senté un rato a trabajar desde el portátil, ya que era de los que le gustaba llevar todo al día. Estaba obsesionado con los gráficos y pensando siempre en cómo superarnos a nosotros mismos. Nuestra delegación de Frankfurt siempre estaba en cabeza de posición en la empresa y era por ello por lo que a mí me tenían muy cuidado, pues les generaba una absoluta confianza.

—Perfecto, lo va a pasar genial.

—Te amamos mucho, hijo.

—Y yo a vosotros, mamá.

Me daba tristeza que mis padres también lo estuvieran pasando mal. Me preguntaba muchas veces si mi mujer se daba cuenta el daño que estaba ocasionando a su alrededor, pues hasta nuestra hija se estaba dando cuenta de esa frialdad que había entre nosotros y aunque no lo dijera, hacía cosas para llamar la atención y que nos volcásemos en hacer cosas juntos.

Era consciente de que mi mujer no tenía ganas de ir a cenar con mis padres, no me lo había dicho, pero a mí también me contestaba con desgana o indiferencia. Sin embargo, sí hacía mucho hincapié en la comida de Navidad que se haría en casa de los suyos al día siguiente.

Recogí los cubiertos después de fregarlos y me dirigí al gimnasio del edificio a hacer un poco de deporte, que no solo me valía para mantener el físico, sino también para despejar la cabeza que, aunque no quisiera, no paraba de darle vueltas.

Con el casco conectado en el móvil me puse a correr en la cinta mientras hablaba con Judith, mi secretaria.

Me ponía al tanto del día en las oficinas, ya que mi equipo seguía trabajando incesantemente en mi ausencia. Nuestro trabajo requería mucha responsabilidad porque llevábamos las estrategias de marketing en Alemania, de una de las empresas tecnológicas más importantes del mundo.

Cuando regresé al apartamento me di una ducha y me senté un rato a trabajar desde el portátil, ya que era de los que le gustaba llevar todo al día. Estaba obsesionado con los gráficos y pensando siempre en cómo superarnos a nosotros mismos. Nuestra delegación de Frankfurt siempre estaba en cabeza de posición en la empresa y era por ello por lo que a mí me tenían muy cuidado, pues les generaba una absoluta confianza.

Capítulo 2



Lisa

Vivir en Boston tenía sus cosas buenas, pero el frío que hacía no era una de ellas, y mucho menos para mí, que estaba más acostumbrada al sol de California.

Cuando mi mejor amiga Kim me dijo que había quedado una vacante libre para una suplencia en la Escuela de Ballet de Boston, puesto que le ofrecieron a ella, pero no pudo aceptar porque ya tenía uno en la escuela de California y me propuso a mí, no imaginé que iba a pasar tanto frío estas últimas semanas.

Llevaba desde agosto en la ciudad, encontré un apartamento pequeño y acogedor perfecto para mí, que alquilé cerca de la escuela y no era demasiado caro, y en el que no me pusieron ningún problema al saber que solo estaría cinco meses por trabajo.

Era un *loft* con salón que hacía las veces de habitación, unido a la cocina y con un cuarto de baño. No tenía visitas más que algunos días que Kim tenía libres en la escuela y se había venido a pasarlos conmigo, por lo que no necesitaba más espacio.

Lo que me gustaba de ese lugar era el ventanal que tenía en el salón y donde me gustaba tomarme un café por las mañanas viendo amanecer, o un té caliente por la noche.

Y, ¿por qué me gustaba? Por las vistas, porque desde mi apartamento disfrutaba de las mejores vistas de Boston al menos a mi parecer, que no eran otras que el puerto con algunos de los frondosos parques y los rascacielos de fondo. Incluso tenía algunas fotos de esas vistas a diferentes horas del día para enmarcar a modo de secuencia y poner en mi apartamento de California.

Acababa de llegar a la escuela y ya escuchaba el revuelo que tenían mis niñas en la clase, las adoraba y las echaría muchísimo de menos.

Aún no les había dicho que nuestras clases juntas habían llegado a su fin, no quería ver sus caras tristes ni nada, pero sí que les tenía preparada una sorpresa para nuestro último día juntas, que era hoy.

Iba cargada con la bolsa donde tenía mis regalitos para ellas, habíamos pasado el último mes preparando una

coreografía para la función que la escuela ofrecía a todos los padres y familiares de los alumnos y alumnas de todas las edades, y ya podía intuir que estaban nerviosas.

—¡Profe! —gritó una de mis niñas y sonreí.

Yo había estado dando clases a las niñas de diez a doce años, y en ellas vi a muchas que, en un futuro, serían auténticas profesionales.

Y las más pequeñas no se quedaban atrás, que las de cuatro a seis años eran unas bailarinas espectaculares.

—Buenas tardes, señoritas —saludé—. Veo que ya están perfectamente vestidas para su función.

—Y nerviosas, que sí fallamos...

—¿Y por qué deberíais fallar? —curioseé frunciendo el ceño— Habéis trabajo mucho para esta función, y sé que os saldrá genial.

Las clases tenían una duración de una hora, esa que se nos pasaba volando. Los primeros diez minutos eran para el calentamiento, esos ejercicios de movilidad para calentar las articulaciones.

Los siguientes veinte minutos ensayaban las técnicas en barra, los *pliés*, *tendus* y otras muchas que yo misma había estudiado en la escuela cuando comencé hacía ya una eternidad. Bueno, tampoco tanto, tenía cuatro años cuando comencé, así que llevaba dedicada al mundo del ballet veintiséis años de mi vida.

La siguiente fase de la clase era la rutina, esa donde les indicaba una coreografía sencilla para practicar y algunas veces incluso las ponía en grupos de cuatro para realizarlas.

Y en los diez minutos restantes estiraban para relajar los músculos.

↳ Pero siempre nos quedábamos más de esa hora porque todas acababan de lo más animadas charlando entre ellas o preguntándome dudas hasta que venían sus padres a recogerlas.

—Estáis todas preciosas, que lo sepáis —dije, y lo estaban.

La función de ellas era una coreografía del famoso *Lago de los cisnes*, así que iban con sus bodis y tutús blancos, así como las zapatillas y la diadema con la que se habían recogido el cabello en un moño.

¿Estáis listas para empezar? —pregunté mientras sacaba mi tutú de la bolsa, pues yo también participaba en la función e iba igual vestida que ellas.

—Cagaditas de miedo por los nervios, pero sí —contestó una riendo.

—Nada de nervios, vais a ser unos cisnes magníficos —sonreí.

Dejamos la clase y fuimos bajando todas hacia el salón de actos de la escuela, encontrándonos con las alumnas de otra clase que acababan de terminar.

Cuando llegamos vimos a Gabriela, la directora de la escuela, con su elegante traje de falda y chaqueta azul marino y esos tacones que estilizaban sus piernas, como siempre. Sonrió al vernos y nos deseó mucha suerte.

El telón estaba bajado, pero podíamos escuchar el murmullo de voces en las butacas. Una de las niñas fue hacia él, lo abrió un poco y suspiró.

—Está lleno, en serio.

—Vale, se acabaron los nervios, venid aquí —les pedí a todas, que eran quince, y se colocaron frente a mí, en un par de semicírculos—. Os va a salir bien, habéis practicado mucho y la coreografía os la sabéis de memoria, así que, cuando se levante el telón, ¿qué vais a hacer?

a

—Bailar y disfrutar, que es lo principal —contestaron todas al unísono y sonreí.

—Exacto. Y ahora, todas a sus puestos, señoritas —dije, dando un par palmadas y comenzaron a correr con esa gracilidad de movimientos que todas habían adquirido con los años que llevaban bailando danza.

Yo quedaba en medio de ellas, todas colocadas de igual manera, con el pie derecho adelantado, ambas piernas ligeramente flexionadas con las manos unidas delante de ellas y la cabeza inclinada.

Se sabían la coreografía y no iban a fallar, lo sabía y confiaba en ellas.

Cuando las luces se apagaron supimos que empezaba nuestra función, escuché cómo subían el telón y después, poco a poco, las luces fueron encendiéndose al ritmo de la melodía.

Las niñas se movían a mi alrededor mientras yo seguía parada, hasta que me uní a ellas en ese baile que tantos días habíamos practicado.

Todas tenían su momento en solitario para hacer unos movimientos específicos, todas podían lucirse esa tarde delante de sus padres y familiares y yo me sentía orgullosa de esas niñas a las que nunca podría olvidar.

Habían sido, sin lugar a dudas, los cinco mejores meses de mi vida disfrutando como una niña más de eso que tanto me apasionaba.

Podría haber sido profesional, pero una mala caída me provocó una lesión y tuve que conformarme con ser

profesora, pero me encantaba lo que hacía porque daba clases a niñas de todas las edades.

En la parte final de la canción todas nos sentábamos en el suelo, con las piernas estiradas hacia un lado, el brazo derecho estirado para apoyar en él la cabeza y la mano izquierda en el suelo.

Las luces se apagaron al mismo tiempo que se acababa la canción, y ahí empezaron los aplausos y vítores de los que habían disfrutado de nuestra coreografía.

Nos levantamos, y cogidas de la mano, fuimos hacia el centro para cuando se encendieran de nuevo las luces agradecer esos aplausos con varias reverencias.

—¡¡Nos ha salido perfecto!! —gritaron todas al unísono, y yo estaba feliz por verlas a ellas así.

Regresamos a la clase y todas iban riendo, gritando y sin poder creer que no habían tenido un solo fallo.

í Cuando llegamos, sentí ese nudo en la garganta que sabía que iba a aparecer llegado ese momento, pero me contuve para no llorar delante de ellas.

—Chicas, sentaos, por favor —les pedí, y al igual que yo, se sentaron frente a mí—. Tengo algo que deciros.

—Te vas —miré a una de las niñas y fruncí el ceño—. Nos lo dijo hace unos días la directora —se encogió de hombros.

—Sí, me voy de Boston. Solo vine para unos meses, y la suplencia se acabó.

—Te vamos a echar de menos, Lisa, has sido la mejor profe que hemos tenido —comentó otra.

—No me hagáis llorar, que se me corre el rímel y voy a parecer un mapache —todas se echaron a reír—. Yo a vosotras también os voy a echar mucho de menos, me habéis hecho pasar momentos muy divertidos.

—Tenemos un regalo para ti —vi que se levantaba y no tardó en volver con una caja en las manos—. Bueno, en realidad son dos —sonrió.

Cogí la caja, la abrí y me encontré un marco con una foto de todas ellas, cada una con una postura de ballet diferente, y recordé ese día, puesto que yo también estaba, y habían sido solo unos días antes.

El nombre de todas ellas junto a la frase: “Te queremos, profe, no nos olvides”, hizo que se me saltaran las lágrimas de verdad.

Y el otro regalo era una gargantilla de oro con unas zapatillas de ballet como colgante.

—Chicas, es precioso, pero no teníais que haberme comprado nada.

» —Las niñas insistieron —levanté la vista y vi a los padres de todas ellas allí—. Y nosotros no íbamos a decir que no. Te quieren mucho, y te echarán de menos.

s —Ay, qué voy a llorar y no quería —dije mientras me cubría la cara.

No tardé en notar los brazos de mis quince niñas alrededor, y más lloré, igual que ellas, que podía escuchar sus sollozos diciéndome cuánto me querían.

Cuando conseguimos calmarnos, todos los padres me abrazaron y dieron las gracias por esos cinco meses de absoluta dedicación con sus pequeñas. Incluso la directora entró en ese momento y me dijo que, si alguna vez quería volver allí, tendría un puesto esperándome.

Se lo agradecí, pero por el momento mi vida estaba en California con mi familia, y ese tiempo me había venido bien para olvidarme de algunas cosas que habían pasado.

Abrí la bolsa y le entregué a cada una de ellas su regalo, que no era otro que unas zapatillas nuevas para que en sus futuras funciones me tuvieran a su lado, y una figura para cada una de una bailarina de ballet con sus nombres en la base.

Nos dimos un abrazo grupal y me pidieron si podíamos hacer una última coreografía, así que, sí, acepté y bailé por última vez con mis niñas, esas a las que iba a echar muchísimo de menos y no olvidaría nunca.

—Os deseo lo mejor, mis niñas —dije entre lágrimas antes de que se marcharan.

Regresé a mi apartamento y tras una ducha, me puse el pijama para tomarme una sopa caliente para cenar antes de hacer el equipaje, pues en un par de días volvía a casa por Navidad.

—Chicas, es precioso, pero no teníais que haberme comprado nada.

—Las niñas insistieron —levanté la vista y vi a los padres de todas ellas allí—. Y nosotros no íbamos a decir que no. Te quieren mucho, y te echarán de menos.

—Ay, qué voy a llorar y no quería —dije mientras me cubría la cara.

No tardé en notar los brazos de mis quince niñas alrededor, y más lloré, igual que ellas, que podía escuchar sus sollozos diciéndome cuánto me querían.

Cuando conseguimos calmarnos, todos los padres me abrazaron y dieron las gracias por esos cinco meses de absoluta dedicación con sus pequeñas. Incluso la directora entró en ese momento y me dijo que, si alguna vez quería volver allí, tendría un puesto esperándome.

Se lo agradecí, pero por el momento mi vida estaba en California con mi familia, y ese tiempo me había venido bien para olvidarme de algunas cosas que habían pasado.

Abrí la bolsa y le entregué a cada una de ellas su regalo, que no era otro que unas zapatillas nuevas para que en sus futuras funciones me tuvieran a su lado, y una figura para cada una de una bailarina de ballet con sus nombres en la base.

Nos dimos un abrazo grupal y me pidieron si podíamos hacer una última coreografía, así que, sí, acepté y bailé por última vez con mis niñas, esas a las que iba a echar muchísimo de menos y no olvidaría nunca.

—Os deseo lo mejor, mis niñas —dije entre lágrimas antes de que se marcharan.

Regresé a mi apartamento y tras una ducha, me puse el pijama para tomarme una sopa caliente para cenar antes de hacer el equipaje, pues en un par de días volvía a casa por Navidad.

Capítulo 3



Alex

Eran las seis de la mañana y me tomaba el primer café leyendo las noticias internacionales en el móvil. La elección del nuevo presidente del país seguía generando todo tipo de titulares y a mí me gustaba estar al tanto de todo.

Después de empaparme de las noticias más importantes de la mañana, me dispuse a darme una ducha antes de prepararme para ir a la sede, a la primera y última reunión del día. Con ella finalizaba mi compromiso laboral en Boston y al día siguiente cogería el vuelo que me llevaría a mi casa.

Había intentado cambiar el vuelo para esta misma tarde, pero se ve que estaba completo y ni en clase turista había asiento disponible, cosa que no me hubiera importado cambiar si con eso conseguía llegar antes a casa. No me quedaba otra que aprovechar el resto del día para hacer algunas compras de regalos para mi familia.

A las siete y media estaba el conductor esperándome para llevarme a la sede, era el mismo que el día anterior, ya que era uno de los que trabajaba para la empresa. Le di una propina cuando llegamos al destino y entré al edificio.

La reunión duró cuatro horas que se me pasaron volando porque estuve de lo más atento. Cualquier dato me podía valer para usarlo en mis estrategias de marketing.

Me despedí de los compañeros con los que había estado los últimos días y que habían venido para lo mismo. Todos nos conocíamos de estos encuentros semestrales, ya que siempre veníamos los directores generales de los puntos más importantes del mundo.

Le pedí al conductor que me dejara en Newbury Street, que era la calle más importante y famosa para realizar compras. No era la primera vez que les llevaba regalos de esta zona en la que se encontraban todo tipo de tiendas reconocidas.

Llena de exclusivos restaurantes y músicos callejeros que animaban el día con sus interpretaciones al aire libre ante un paisaje blanco por la nieve. Era en estos momentos en los que echaba mucho de menos llevar de una mano a mi mujer y de la otra a mi hija. Ya quedaba poquito para verlas, pero las horas comenzaban a hacerse eternas.

Ocho manzanas conformaban este lugar tan mítico llamado también: “La Milla de Oro” que era de lo más pintoresca.

Me detuve ante un restaurante al que había ido en otras ocasiones y me acomodaron en una mesa justo al lado de a la cristalera que daba al exterior, con lo cual podía ver a los transeúntes paseando y haciendo las típicas compras de estas fechas tan señaladas.

Me pedí un chuletón en su punto con unas patatas fritas. Era el plato estrella de este lugar y contaba con una selección de carnes de primera, muy selectas. Lo acompañé con una copa de vino tinto.

Revisaba los correos en el móvil mientras comía y me sentía orgulloso de ver que mi delegación cerraba un año sin precedentes. Todo marchaba de una manera vertiginosas y las curvas de los gráficos ascendían considerablemente.

Vi que Anna estaba en línea y aproveché para ponerle un mensaje.

Alex: Buenos días, cariño. Con ganas de verte.

Tardó unos minutos en ver el mensaje y contestarlo.

Anna: Buenas tardes para ti. Ya te queda menos para regresar.

Un tiempo atrás su respuesta hubiera sido totalmente diferente, pero a esto me refería cuando decía que ella estaba más fría y distante.

Alex: ¿Está la pequeña despierta?

Anna: No, aún sigue dormida. Se está tomando las vacaciones en serio.

Alex: Mejor, que aproveche ahora que puede descansar. ¿Qué planes tienes hoy?

Anna: Estar en casa con ella, poco más.

Alex: ¿No te apetece salir a que os dé un poco el aire?

Anna: Bueno, me pongo a preparar el pastel de carne para la comida, me llevará un buen tiempo hacerlo.

Alex: Está bien. Dale un beso de mi parte, luego la llamo.

,

Pasaba de contestar a mis preguntas, era como si le agobiara el hecho de darle una idea o simplemente le

comentara algo que la implicara a ella.

Llegué hasta pensar que había otra persona, pero jamás me atreví a preguntárselo, y no por miedo a la respuesta que claro que me daba, sino porque se sintiera ofendida por dudar de ella en ese aspecto.

No es que saliera a deshora ni escondiera el móvil ni nada que indicara eso, pero como decía mi tía Rouse, para ser infiel solo hacen falta cinco minutos. Mejor intentar no pensarlo porque dolía muchísimo.

Anna me seguía pareciendo la mujer más increíble del mundo ya pesar de los años, la seguía mirando con la misma ilusión que viví los primeros tiempos de relación. Daría lo que fuera por sentir de nuevo cómo ella se deshacía en mis brazos.

Terminé de comer entre suspiros que se me escapaban constantemente cuando pensaba en ella, la mujer que tenía mi felicidad en sus manos.

Pagué la cuenta y salí a la calle. Una bocanada de aire congelado se impregnó en mi cara. Me lie la bufanda por la boca y metí las manos en los bolsillos del abrigo.

Entré a la perfumería “*Sephora*” y fui a la sección de perfumes donde adquirí su fragancia favorita “Acqua di Parma” de Peonia Nobile, con un olor floral capaz de cautivar cualquier olfato.

A mi pequeña le cogí una bruma que me recomendó la dependienta y que estaba de moda “Sol Janeiro”, le compré la de color rosa que era también floral y fresca. Estaba seguro de que le gustaría el formato, y es que ella era muy dada a ese color.

Tampoco me faltó el perfume para mis padres, ya que sabía cuáles eran sus fragancias favoritas. De mis suegros siempre se encargaba mi mujer, pues le gustaba regalarles cosas atípicas con las que sorprenderlos.

Mis padres eran más sencillos que los suyos, y no hablo de economía, sino que no necesitaban de obras de arte que costasen una millonada colgada en la pared, ni tampoco lucir grandes joyas o mostrar una apariencia de lujo. No por eso no eran elegantes, educados y con buenos gustos.

Salí de la perfumería y comencé a caminar hasta que otra tienda me llamó la atención. Era de unas muñecas de trapo muy llamativas y las había de todos los colores y gustos. Una rosita me llamó especialmente la atención porque sabía que a mi pequeña le encantaría. Estaba hecha a mano y con material de calidad. No dudé en comprársela.

Al salir me llamó la atención una cafetería muy bonita y no dudé en entrar a tomar un chocolate caliente para ayudar a combatir el frío que había sentido en la calle.

Me senté al lado de la cristalera como hice también en el restaurante donde comí. Me gustaba esa sensación de

estar viendo cómo discurría la vida exterior mientras tomaba una taza bien calentita.

, Una joven rubita tomó asiento cerca de mí. Me llamó la atención porque cuando le trajeron el chocolate que también había pedido, se quedó muy pensativa mirando el ir y venir de la gente, sobre todo fijó su mirada en una niña que le entregaba su carta al Santa Claus que había en la puerta de una tienda.

Me quedé pensativo yo también. De nuevo mi mujer venía a mi cabeza y mis deseos de estar bien junto a ella me hacían sentir de lo más triste. La echaba tanto de menos que dolía saber que cuando la tuviera frente a mí, no me iba a mirar de la manera que lo hacía antes. Y aunque dejaba que todo fluyera para no agobiarla, se me hacía constantemente un nudo muy grande en la garganta.

Qué jodido era el amor y cuánto nos podía suponer vivir sintiendo que todo se iba de mis manos y no podía hacer nada por retenerlo.

Pagué el chocolate y salí de allí dispuesto a parar un taxi que me llevara hacia el apartamento. Comenzaban a caer copos de nieve y el frío era cada vez más intenso.

Tal como llegué me cambié de ropa y me dirigí al gimnasio a machacarme un rato. Necesita desconectar y soltar allí mucho de lo que llevaba dentro.

Después de ducharme les hice una videollamada que cogió mi pequeña saludándome con su preciosa sonrisa.

—¡¡Papá!! Me da mucha alegría verte.

—A mí más, hija mía. ¿Qué tal llevas el día?

s

—Bien, ayer estuve con los abuelos en el Carrusel del Mercado y me compraron unos buñuelos con chocolate.

—Qué suerte tienes, hija.

—Ya quedan dos días para que vengas.

—Sí, mi amor, mañana mismo cojo el vuelo de regreso.

—Vamos a cenar con los abuelos tuyos y comer con los de mamá.

—Sí —sonreí escuchando su explicación.

—¿Me has comprado un regalito?

—Realmente han sido dos, pero me han dicho en la tienda que Santa Claus no deja que los vea hasta que él no

ponga los suyos.

—Estaré nerviosa todo el día —se reía mirándome de lo más feliz.

—¿Y mamá?

—Aquí estoy —dijo asomándose con una sonrisa un tanto forzada y moviendo los dedos de su mano a modo saludo para automáticamente desaparecer de la cámara.

—Bueno, mi vida, entonces te lo pasaste bien con los abuelos.

—Mucho, papi, ya sabes que ellos son muy divertidos.

—Sí, cariño y tú lo eres también.

—Papi, ¿hace mucho frío allí?

—Mucho más que en Alemania, esto es insoportable —apreté los dientes y a ella se le escapó la sonrisilla.

Colgué la llamada y no pude evitar que las lágrimas se me saltaran al ver a mi mujer por esos segundos y no hacer por hablar conmigo ni por unos segundos. Era triste, muy triste, pero no podía hacer otra cosa más que resignarme.

ponga los suyos.

—Estaré nerviosa todo el día —se reía mirándome de lo más feliz.

—¿Y mamá?

—Aquí estoy —dijo asomándose con una sonrisa un tanto forzada y moviendo los dedos de su mano a modo de saludo para automáticamente desaparecer de la cámara.

—Bueno, mi vida, entonces te lo pasaste bien con los abuelos.

—Mucho, papi, ya sabes que ellos son muy divertidos.

—Sí, cariño y tú lo eres también.

—Papi, ¿hace mucho frío allí?

—Mucho más que en Alemania, esto es insoportable —apreté los dientes y a ella se le escapó la sonrisilla.

Colgué la llamada y no pude evitar que las lágrimas se me saltaran al ver a mi mujer por esos segundos y no hacer por hablar conmigo ni por unos segundos. Era triste, muy triste, pero no podía hacer otra cosa más que resignarme.

Capítulo 4



Lisa

A un día de volver a casa, y solo me faltaba guardar algunos libros en la maleta, además de las cosas de aseo que debía meter en el neceser antes de salir para el aeropuerto.

Volvía a California de manera definitiva, a mi vida, y a compartir piso con Kim, donde me mudé hacía un año cuando mi relación con Paul se fue al traste.

Más que al traste, se rompió después de cinco años juntos en el momento en el que a él le ofrecieron un puesto en uno de los mejores ballets del mundo, y lejos de pedirme que lo acompañara, decidió que lo mejor era dejar su pasado en California y empezar de cero.

No quise ver que lo nuestro parecía haberse enfriado un poco, pero tampoco es que él me hubiera engañado con otra, porque no lo había hecho. Simplemente la rutina y demás se apoderó de lo nuestro y vio la oportunidad de acabar con todo cuando le ofrecieron el trabajo.

A fin de cuentas, yo no era más que una simple profesora, no era bailarina profesional como él y mucha prensa se centraba en eso, en por qué un hombre joven, guapo, y que podría tener a la mujer que quisiera y la bailarina más famosa del mundo a su lado, seguía conmigo.

Kim solía decirme que no hiciera caso de esas habladurías, pero lo hacía porque en el fondo era consciente de que tenían razón.

Pudiendo estar con otra que lo acompañara a las fiestas, a los eventos y demás sin tener que soportar preguntas del tipo: “¿Qué sería de tu vida si no hubieras sufrido esa lesión?”.

Lo peor de todo fue que, solo un mes después de haber roto conmigo y cruzar medio mundo para empezar un trabajo nuevo, se publicaron unas fotos suyas con la bailarina principal de su compañía. Tardó poco en rehacer su vida, cuando yo no tenía ni ganas de tener una cita para un café con alguno de los conocidos de Kim.

En el fondo me alegraba que al menos me hubiese respetado mientras éramos pareja, y a pesar del daño que me había hecho, le deseaba que fuera feliz.

No así mi padre, Jake, que dijo que de tenerlo cerca lo habría dejado sin dientes.

Mi padre no era un hombre violento, y como médico era una persona que salvaba vidas y reparaba roturas, no las provocaba, pero por su hija siempre dijo que haría lo inimaginable. Aunque no, nunca le haría daño ni a una mosca.

A sus sesenta años era uno de los mejores cirujanos de California, y fue precisamente él quien realizó la operación que me salvó después de la lesión.

Mi madre, Clare, también había sido bailarina de ballet, una de las mejores en sus tiempos, y aún hoy en día, a sus cincuenta y cinco años, disfrutaba haciendo algunos pequeños bailes conmigo.

Me parecía mucho a ella, y en más de una ocasión nos confundieron con hermanas, no solo porque tuviéramos el mismo cabello rubio, sino porque mi madre no aparentaba la edad que tenía.

De ella heredé el cabello mientras que, de mi padre, había sacado los ojos color miel que tanto le enamoraron a ella.

Estaba deseando verlos, no era lo mismo hablar por teléfono o mensajes y hacer alguna que otra videollamada, que tener la posibilidad de abrazarlos por fin y sentir ese calor y amor paternos que tanto echaba de menos.

Acababa de terminar de guardar toda la ropa que ya no me pondría hasta volver a casa, cuando escuché que sonaba el móvil.

—Hola, Kim —sonreí al descolgar.

—¡Hola, cariño! —gritó— Qué poquito me queda para verte, y qué ganas tengo.

—Yo también, pero vamos, que estuviste aquí hace dos semanas —reí.

—¿Y qué pasa? ¿Es que no puedo echar de menos a mi mejor amiga? Cinco meses sin ti en el apartamento, esto ha sido muy triste.

—Solo llevaba contigo allí unos meses.

—Los suficientes para acostumbrarme a las rutinas. Por cierto, tengo buenas, no, buenísimas noticias para ti.

—¿Me has encontrado un novio? Si es así, mejor déjalo.

—No, no te he encontrado un novio porque no quieres uno —suspiró—. Lo que te he conseguido es un puesto

fijo en la escuela.

—¿Qué? —Abrí los ojos mientras me sentaba en el borde de la cama.

—Lo que oyes, cariño. Odette se va a París con ese novio con el que lleva un par de años, así que su puesto queda libre. Y a ti ya te conocen, has hecho mis suplencias aquí cuando he estado enferma y has cubierto las clases de otros profesores, la directora está esperando por ti, y ni se lo pensó, fue ella quien me dijo si estarías dispuesta a trabajar en la escuela.

—Dios, Kim, este es el mejor regalo anticipado de Navidad, en serio.

—Sabía que te gustaría —escuché su sonrisa—. Que sepas que para Fin de Año nos vamos a emborrachar.

—Qué peligro tienes —reí.

—Te echo de menos, de verdad que esto no es lo mismo sin ti. Por cierto, ¿qué tal fue la función ayer?

Le conté lo bien que habían bailado mis niñas, los regalos que me habían hecho y la de lágrimas que soltamos todas, y le dije que alguna vez me gustaría volver para verlas, a lo que dijo que no dudara en hacerlo.

Después de un ratito más de charla y de decirme que estaría esperándome en el aeropuerto sin importar la hora : la que llegara para darme un achuchón y dejarme sin aire en los pulmones, nos despedimos.

Seguí recogiendo cosas y tras guardar los libros y darle una limpieza al apartamento, pues quería dejarlo perfecto cuando lo entregara, me preparé una ensalada para comer.

Acababa de servirme el café de después cuando vi que mi madre me estaba haciendo una videollamada.

—Hola, mamá.

—Hola mi vida. Ya no queda nada para que te tengamos de vuelta —dijo, con su preciosa sonrisa.

—No, un par de días.

—¿A qué hora salía tu vuelo?

—Mañana a las ocho de la tarde.

—Entonces para Nochebuena te tenemos aquí cenando.

—Eso es. Llegaré de madrugada, si no me equivoco, pero, tranquila, que Kim irá a buscarme. ¿Y papá?

—En el hospital, lo llamaron para una emergencia.

—¿Cómo estáis?

—Echándote mucho de menos, cariño.

—Yo a vosotros también os he extrañado, mamá.

—Pero se acabó, ya vuelves con nosotros. Bueno, aquí a casa no porque no quieres, pero sabes que tu cuarto está libre.

—Hombre, si me dices que se lo habéis alquilado a alguien... —resoplé.

—Ay, tú me entiendes —sonrió—. ¿Te has enterado?

—¿De qué?

—Paul, ha sufrido una caída durante unos ensayos.

^a —¿Qué? No, no he visto nada, estos días entre la función de las niñas, el equipaje... Kim tampoco me ha dicho nada. ¿Cómo fue?

—Al parecer se rompió una de las cuerdas del arnés que lo elevaba en el aire, la otra no soportó bien el peso y cayó al suelo.

—¿Es grave? —no dejaba de ser mi exnovio, ese que me rompió el corazón, pero yo mejor que nadie entendía lo que era sufrir una caída y tener una lesión que truncara tu carrera.

—Se ha roto la cadera, una pierna y el brazo. No pinta bien según tu padre.

—Lo siento por él.

—Lo sé, y pensé que, tal vez querías hablar con él.

—Si lo busco en redes sí, ya sabes que borré su número.

—Te quiero mucho cariño, y tu padre me ha pedido que te mande un beso de su parte.

—Yo también te quiero, y cuando llegue papá le das otro mío.

—Nos vemos en breve mi vida.

—Sí, adiós.

Corté la llamada y me había quedado tan sorprendida ante esa noticia sobre Paul, que me vinieron muchos recuerdos de golpe.

Me puse el abrigo y salí del apartamento a que me diera el aire, o a que me congelara en el camino porque menudo frío hacía. Tenía la cara como un cubito de hielo cuando entré en una cafetería a tomarme un chocolate caliente.

En cuanto la camarera lo puso en mis manos suspiré de alivio al tocar la taza, porque era impresionante que, aun llevando los guantes, tuviera los dedos congelados.

Miraba la taza sumida en mis pensamientos, en el recuerdo del que fue el peor día de mi vida cuando tenía solo veinticinco años y se me había presentado la oportunidad de entrar en una de las compañías de ballet más prestigiosas del mundo, algo que no había contado a nadie y cuando tuve esa caída, sabiendo que esa oportunidad ya no existía, no lo conté nunca.

Di un sorbo al chocolate que me supo a gloria y cogí el móvil, busqué el nombre de Paul y vi que había varios resultados sobre su caída.

Leí algunas de ellas y de nuevo las noticias de la que yo sufrí venían a mi mente. Tal como dijo mi madre, que había comentado mi padre, no solo no pintaba bien, sino que no iba a ser fácil para él recuperarse de aquello.

Dejé el móvil a un lado y contemplé el ir y venir de gente por la calle, se notaba que estábamos a solo unos días de Navidad y muchos llevaban las bolsas de sus compras, sonreí al ver a una niña acercarse al Santa Claus que estaba junto a la puerta de una tienda y le entregaba su carta, esa que él aceptaba de buen agrado y le daba un abrazo fuerte a la pequeña.

La Navidad siempre había sido una época especial para mí, hasta que sufrí esa caída justo en una función ofrecida la noche antes del veinticuatro de diciembre.

Sí, esta noche se cumplirían cinco años del peor recuerdo de mi vida, donde mis sueños e ilusiones se vieron truncados por una fatalidad que, aunque quisiera no pensar mucho en ello, no podía evitarlo.

Cogí de nuevo mi taza de chocolate y di un sorbo sin dejar de mirar hacia la calle, a las personas que vivían esas últimas compras de Navidad con la ilusión de pasar unos días felices en familia.

Y de nuevo pensé en Paul, buscaría sus redes para escribirle, aunque había pasado mucho tiempo, quería que

supiera que sentía lo que le había ocurrido y que esperaba se recuperase pronto.

n

s

supiera que sentía lo que le había ocurrido y que esperaba se recuperase pronto.

Capítulo 5



Alex

Último día en Boston y me levantaba con ganas de que las horas pasaran rápidas y llegara ese momento de estar en el avión regresando a mi país, aunque aún faltaban un buen número de horas antes de dirigirme al aeropuerto.

Me preparé un zumo de naranja y me fui directo a hacer un poco de deporte, ya que no quería dejarlo para más tarde y así aprovechar la primera hora de la mañana.

—Buenos días, Alex —me dijo un compañero de la empresa que era de Nueva York.

—Buenos días, Mathew. ¿Qué tal estás? Te hacía ya en Nueva York —contesté con una sonrisa.

—Salgo en una hora en coche. Pensé que era el único que quedaba en el edificio.

—No tuve la suerte de cambiar el vuelo para ayer. Salgo en unas horas.

—Yo me quedé porque mi hija Sharon está en la ciudad con su amiga, que se vino a vivir aquí hace unos meses y ayer tenían reservadas unas entradas para ver un teatro que les hacía mucha ilusión. Así que ahora iré a por ella y nos iremos para casa.

—Tenéis unas cuatro horas en coche, ¿no?

—Casi cinco —puso cara de resignación—. Menos mal que con mi hija se me pasa rápido —cogió su toalla, ya que había terminado.

—Cuidado con el coche y que tengáis unas Felices Fiestas.

—Igualmente, Alex. Nos vemos en junio —me dio un abrazo.

El día anterior ya nos habíamos despedido todos en la SEDE, pero no contaba con encontrarlo aquí. Animaba saber que no era el único que se había quedado esta noche en el edificio, ya que pensé que estaba solo con el conserje, ese que se pasaba aquí los trescientos sesenta y cinco días del año, pues vivía en el apartamento de la

planta baja.

Después de hacer deporte subí a ducharme, me vestí y me fui a la calle a desayunar. La nieve no dejaba de caer y cada vez se veía todo más blanco, ni qué decir que el frío ya era más que inaguantable.

Solté el aire y se hizo un vapor que parecía una chimenea. Me tapé la boca con la bufanda y comencé a caminar hacia una cafetería que me gustaba mucho y que estaba relativamente cerca.

Me gustaba mucho ver la decoración de los escaparates y toda la indumentaria que se montaba para estas fechas, pero echaba mucho de menos a mis amores y sin ellas esto no lo podía vivir de igual manera. ¡Qué ganas de abrazarlas! Aunque un abrazo sería mucho más fuerte que el otro, y de eso tenía la idea hecha. Suspiré al pensar antes de adentrarme en el bar.

—Un café solo con azúcar y un sándwich de huevo, bacon y queso, por favor —le pedí al camarero.

—Ahora mismo, señor —sonrió.

De nuevo al mirar por la cristalería de la cafetería y ver el ambiente navideño me embriagó la nostalgia al ver la alegría e ilusión de la gente en sus caras. Este año lo vivía con esperanzas, esperanzas de recuperar en mi familia todo lo que un día fuimos. Debía reconocer que, aunque con ilusión de estar con ellas, lo hacía con mucha tristeza y a la vez fe, esa que mueve montañas.

—Aquí tiene su desayuno, que tenga buen provecho.

—Gracias —sonreí.

El sándwich tenía una pinta que se metía por los ojos, y es que esta cafetería era a la que más recurría desde la primera vez que vine a Boston cuando tenía tiempo por la mañana.

Boston era impresionante y tenía lugares increíbles, además, era la ciudad con más población y de las más antiguas de todo el estado de Massachusetts. Aquí podías recorrer calles admirando su increíble arquitectura, por no hablar de sus barrios coloniales y los edificios que resaltaban por su modernidad y altura.

En más de una ocasión me habían acompañado mi mujer y mi hija, pero ya hacía un año y medio que no lo hacían por las obligaciones laborales de mi mujer que estaba de directora del Conservatorio a estas alturas, sin dejar de lado las clases que impartía allí a los que cursaban el último año de piano.

De todas maneras, ni aun pudiendo creo que me hubieran acompañado a este viaje, ya que a Anna no le apetecía nada de lo que le proponía, incluso le ofrecí la posibilidad de a mi regreso, irnos de vacaciones con la niña a vivir la Navidad a otro lugar, al que ella quisiera.

Estaba jodido, pero seguía confiando en lo nuestro, en la familia que ambos habíamos elegido y que como fruto nació nuestra preciosa hija, nuestro mayor tesoro.

Conforme más se acercaba el momento de reencontrarme con ellas, más melancólico me ponía. Las horas iban avanzando muy lentas y me lo veía venir.

Me tomé el desayuno con tranquilidad, ya que estaba muy cómodo y tenía todo listo para cuando llegara el momento de dirigirme al aeropuerto.

Dejé el cambio como propina y salí hacia la calle. De nuevo ese frío que helaba me recordaba a la temperatura que estaban en la ciudad.

Me detuve mirando a una señora de unos cincuenta años que estaba sentada en el suelo sobre un cartón y abrazando a un perrito que tenía envuelto en una mantita y se me hizo un nudo en el estómago. Me acerqué hasta ella.

—Buenos días, señora —murmuré llamando su atención y giró su cabeza hacia arriba.

—Buenos días, señor —me sonrió con una luz en sus ojos que me impresionó mucho. La bondad estaba reflejada en su cara.

—¿No tienes donde pasar la noche? —le pregunté sobrecogido al pensar que durmiera en la calle.

—Sí, señor, tengo mi casita y una pequeña pensión de viudedad de mi fallecido marido que me vale para cubrir los recibos y poco más. Yo no puedo trabajar —suspiró y se le cayeron unas lágrimas, momento en que me agaché y me puse a su altura de cuclillas acariciando a su perrita—. Intento no salir mucho a pedir porque me da vergüenza, pero tengo una boca que alimentar —miró a su animalito—. Y yo puedo estar algún día que otro sin comer, pero también lo necesito para tener energía —sonreía secándose las lágrimas.

—¿Cree en la magia de la Navidad?

—Claro, señor.

—Espere que ahora vengo —le apreté el hombro y ella sonrió.

Fui a un supermercado y le hice una compra de tres bolsas con buenos productos. Sin duda, era el mejor regalo que me podía hacer a mí mismo, ser generoso con unos ojos bondadosos que no lo estaba pasando nada bien.

a

Pasé por el cajero y saqué quinientos dólares de mi tarjeta. Regresé hasta donde estaba ella y le puse las bolsas al lado.

—Espero que tenga una Navidad como se mereces.

—Señor, es usted mi ángel de la guarda —dijo entre sollozos mirando el contenido de las bolsas—. La vida a tiene que devolverle esa generosidad tan grande que solo puede venir de un corazón lleno de mucho amor.

—Y esto —le di el dinero doblado—. Sé que lo empleara bien.

—¿Le puedo dar un abrazo?

—Claro —nos abrazamos y no solo ella lloró, yo tampoco pude reprimir las lágrimas.

La acompañé hasta la puerta de su edificio en un taxi al que le pedí que, por favor, dejara entrar al perrito y aceptó. Me bajé mientras el taxista me acompañaba y le llevé las bolsas hasta el ascensor.

—Lo llevaré siempre en mi corazón y rezaré porque la vida le dé mucha salud y cosas bonitas, Alex —me abrazó de nuevo de lo más emocionada.

—Yo también rezaré por ti, Diana.

Salí de allí sabiendo que había hecho una buena acción. Una de esas que te deja con la sensación de haber ganado más de lo que había gastado en ella.

El taxista me llevó al apartamento y compré pan antes de subir para hacerme un bocadillo de filetes. No me iba a complicar mucho y aún me quedaban tres de ellos.

é

En ese momento que estaba justo sentado para comer antes de irme al aeropuerto, me llamó mi hija por videollamada. Yo pensaba llamarla un poco más tarde por si aún estaba durmiendo.

—Hola, princesa —murmuré viendo su preciosa sonrisa—. ¿Te has pintado los labios?

—Hola, papi. Sí es un labial de brillo para que no se me resequen los labios.

—Pues con el pijama te queda genial —le causé una risilla.

—¿Cuándo vas para el aeropuerto?

—Salgo en una hora, cariño.

—Tengo muchas ganas de verte.

—No te imaginas las que tengo yo, mi vida, ¿Y mamá?

—Aquí estoy —se asomó saludando de nuevo con la mano y en la otra sostenía el café. La pequeña dejó el móvil enfocando para las dos.

—¿Qué tal llevas todo?

—Bien, nada extraordinario —sonreía sin ganas.

—Estás muy guapa.

—Bueno, normal.

—Muy guapa mami, hazle caso a papi.

—Está bien —estiró las dos manos como pidiendo tregua en plan de broma y la pequeña sonrió. A mí se me escapó una sonrisilla. La amaba tanto...

—Papi, mañana nos vemos temprano.

—Sí, cariño, llego a primera hora de la mañana.

—Te esperamos para desayunar.

—Claro, echo de menos ese café de casa —sonreí.

—Avísanos antes de que el avión despegue —murmuró Anna.

—Claro, cariño. Luego os hago una última llamada.

—Papa, te quiero.

—Y yo a vosotras, con todo mi corazón —dije antes de colgar.

Terminé de comer y recogí la cocina mientras me hacía un café. En un rato pasaría a recogerme el conductor de la empresa para llevarme al aeropuerto.

Revisé que tuviera toda la documentación y demás cosas guardadas. Eché un vistazo por el apartamento y dejé todo en orden antes de cerrar la casa hasta la próxima vez.

Bajé y le di la llave al conserje, a la vez que me despedía de él. En la puerta ya estaba el taxista.

Adiós a Boston, adiós a un frío que cada vez estaba congelando más. Ni decir tiene que la nieve cada vez estaba más intensa y se notaba que les esperaban unos días de lo más nevados.

Adiós a Boston, adiós a un frío que cada vez estaba congelando más. Ni decir tiene que la nieve cada vez estaba más intensa y se notaba que les esperaban unos días de lo más nevados.

Capítulo 6



Lisa

Mi último día en Boston, ese lugar al que decía adiós, o, tal vez no era más que un hasta luego, porque tenía pensado regresar alguna vez para ver a mis niñas.

Esta mañana me desperté con un mensaje en el móvil de Gabriela, la directora de la escuela. Al abrirlo vi que era un vídeo de mis niñas que habían grabado para decirme adiós, que ya me echaban de menos y querían desearme una Feliz Navidad.

Es que era para comérselas a todas de lo bonitas que eran.

Me tomé ese último café con las vistas que tanto extrañaría, revisé que no me hubiera dejado nada sin guardar en mi equipaje y llamé al casero para darle las gracias por todo y decirle que esa tarde dejaría las llaves en la portería del edificio.

Hice una pizza precocinada en el horno para comer y después de darme una ducha guardé esas últimas cosas que iban en el equipaje y dejé todo listo en la puerta mientras me secaba el pelo y me vestía.

Habían sido cinco meses allí viviendo y sentía que una parte de mí se quedaba en ese lugar, así como llevaba Boston en mi corazón, a pesar de ese frío que me helaba hasta el alma.

Pero sí que debía admitir que lo echaría de menos, sobre todo por esos momentos de soledad en los que me quedaba sentada junto a la ventana observando el reflejo de la Luna en el agua del puerto.

Esos meses me habían servido para darme cuenta de que estaba totalmente preparada para buscarme un apartamento en el que vivir sola en California, porque esta había sido la primera vez que lo hacía.

De casa de mis padres me fui casi de inmediato al apartamento de Paul, y cuando rompimos, me instalé con Kim. Pensaba que no podría vivir sola porque estaba acostumbrada al ruido de más gente, pero sí que podía, de hecho, esa independencia me había servido para conectar conmigo misma en más de una ocasión, relajarme concentrada solo en mí, y desconectar de todo.

Estaba lista para irme, para dejar ese que había sido mi hogar los últimos meses y volver a casa donde estaban los míos y abrazarlos tanto como deseaba hacerlo.

Un vistazo al apartamento desde la puerta y cogí mi equipaje para bajar en el ascensor una última vez sabiendo que no volvería a subir más.

Tras dejar las llaves en portería donde me despedí del señor Somers con un afectuoso abrazo, salí a la calle para subir al taxi que ya estaba esperándome para ir al aeropuerto.

Estaba deseando ver a mis padres y cenar con ellos en esa noche siguiente que daba comienzo a las fiestas de Navidad, era como si ya pudiera saborear el asado de mi madre con el puré de patatas. Es que se me hacía la boca agua...

Cuando llegamos al aeropuerto el taxista me ayudó a bajar el equipaje y entré suspirando de alivio al notar el calor que hacía, nada que ver con el frío de la calle.

—¡Auch! Cuidado —dije al notar que alguien chocaba conmigo con fuerza y ni se disculpó.

No vi muy bien quiénes habían sido porque iban corriendo hacia la puerta de salida, pero vamos que en el hombro me había llevado un buen golpe.

Fui a comprobar la zona desde la que saldría mi vuelo y aún no había hora para embarque, así que tenía tiempo más que de sobra para darme una vuelta por las tiendas y echar un vistazo, la aerolínea con la que viajaba era la que usaba Kim cuando venía y nunca había sufrido retrasos.

Vi una niña correteando cerca y como venía sin mirar, chocó con mis piernas y se cayó de culo al suelo.

—Ay —la escuché decir, y me miró.

—¿Estás bien, chiquitina? —le pregunté, ayudándola a levantarse, debía tener unos cuatro años.

—Me duele el culete —susurró y se tapó la boca con la mano mientras le salía una sonrisilla.

—Madison Rose Wilson —dijo una mujer de unos cuarenta años acercándose.

—Me va a reñir —la escuché decir y tuve que evitar reírme.

—Lo siento —se disculpó la mujer al llegar—. Pero mi hija es un pequeño diablillo que huye de mí constantemente.

—No se preocupe, no ha sido nada. Iba distraída, ¿verdad, Madison? —sonreí, haciéndole un guiño.

—Sí, mami, no me di cuenta.

—Ay, ¿qué hago contigo, hija mía? —La cogió en brazos— Vamos, que tu padre y tus hermanos están en la cafetería. De verdad que lo siento, ella es más revoltosa que mis dos hijos —volteó los ojos.

—Adiós —la pequeña sonreía mientras agitaba la mano y su madre la llevaba en brazos.

Me dirigí hacia una de las tiendas y pensé en comprar aquí los perfumes para regalo de mis padres, esos que sabía que me envolverían de manera elegante y no tendría que meter en la maleta porque podría llevarlos en la mano.

Se me fue el tiempo yendo de una tienda a otra hasta encontrar lo que quería hasta que lo vi. Antes de cogerlo fui a sacar el móvil del bolsillo del abrigo donde lo había guardado cuando entré en el aeropuerto, y no lo tenía. Pensé que tal vez lo había metido en el bolso y miré ahí, pero tampoco estaba, como tampoco encontré mi cartera.

Salí de la tienda y en un banco me quité el bolso y el abrigo y estuve mirando hasta la saciedad, pero no había ni rastro, no tenía mi cartera y tampoco el móvil.

—No puede ser —dije mirado hacia el final de aquel largo pasillo por el que había estado caminando—. Joder, joder, los que han chocado conmigo me han robado.

Por suerte mi DNI y el billete del vuelo los tenía aparte en otro bolsillo del bolso, al menos eso esperaba, y sí, ahí los encontré, pero me habían robado la cartera y el móvil dejándome sin la posibilidad de poder pagar nada.

Y si pensaba que eso era lo peor de la tarde, estaba muy, pero que muy equivocada, porque empeoró, y de qué manera.

—Señores clientes, les habla el responsable del aeropuerto. Lamento comunicarles que, dado el mal tiempo en algunos puntos del país, se han cancelado todos los vuelos con salida y destino aquí en Boston. Por favor pasen por los mostradores de sus correspondientes aerolíneas para más información.

Eso era sencillamente perfecto, estaba tirada en el aeropuerto a las puertas de la Navidad, ¿se podía tener más mala suerte? Ah, sí, claro, no tenía móvil y tampoco dinero.

Me puse el abrigo de nuevo, me colgué el bolso por delante a modo bandolera para tenerlo a la vista y evitar posibles futuros robos, aunque como no me robaran el paquete de chicles que llevaba no sabía qué iban a llevarse, y fui hacia la zona de mi aerolínea.

El aeropuerto se convirtió en un caos en cuestión de minutos, todo el mundo quejándose, gritando y pidiendo una solución a la cancelación de ese viaje.

Y me tocó a mí hablar con la chica de la aerolínea, y en un momento dado me vi tan sobrepasada que no pude callarme más y me eché a llorar mientras le chillaba con un cabreo y un agobio, que me tenían de lo más alterada.

—¡Qué no tengo dónde ir! —grité con los ojos bañados en lágrimas— Volví hoy a casa después de cinco meses aquí viviendo, he entregado las llaves del apartamento que tenía aquí alquilado, me he quedado sin alojamiento y encima al entrar me han robado. Se han llevado mi cartera y el móvil, no tengo dinero ni para un jodido café, así que, ¡¡no me pida que me calme, joder!!

—Señorita, de verdad que lamento... —ni hablar la dejé.

—¿Lamenta? ¿Usted lamenta esto? ¿Es eso lo que iba a decir? Pues no me lo diga porque no lamenta una mierda, que usted de aquí se va a su casa, calentita, donde podrá comer, ducharse y dormir, y yo estoy aquí tirada como una colilla sin nada. ¡¡No me diga que lamenta mucho que se haya cancelado mi vuelo para volver a casa con mi familia!!

i —Es que...

—¡¡No!! No me diga otra vez que usted lo siente y que su jefe lo siente porque por mí como si el mismísimo San Pedro a las puertas del cielo y Jesucristo en lo alto del monte de los olivos lo sienten, porque usted y los demás se irán a casa, y aquí estaremos nosotros, los más afectados por las cancelaciones, asqueados y esperando que nos den una solución. ¡¡Y, sobre todo, que no tengo ni un maldito centavo!!

No podía dejar de llorar porque solo quería volver a casa con mi familia, sentir el calor de sus brazos y recibir el beso de mi madre, y no iba a poder.

Acabé apoyando la frente en el mostrador mientras lloraba por la mala suerte que estaba teniendo, por el cabreo y por la situación en la que me habían dejado esos dos malnacidos que me habían robado, y cogí aire para calmarme.

—Perdón —me disculpé con la chica, que al final no tenía la culpa, y cogí mi equipaje para hacerme a un lado.

Veintitrés de diciembre, a poco más de veinticuatro horas de la cena de Nochebuena, y estaba tirada en el aeropuerto, incomunicada y sin dinero para irme a un hotel.

Qué bien empezaban mis Navidades...

Capítulo 7



Alex

El taxista me dejó en la terminal y después de sacarme el equipaje del maletero le di una propina.

Entré al aeropuerto y vi un caos que no era normal. La gente enfadada y quejándose. ¿Qué estaba pasando?

Me quedé mirando las pantallas incrédulo al ver que estaban cancelando todos los vuelos, incluido el mío. ¡No podía estar pasando!

Me dirigí hacia la zona de facturación y allí me indicaron que cualquier cosa debía ir al mostrador principal de la aerolínea. Solo había un chico indicando a todos los pasajeros lo mismo.

Los megáfonos anunciaban las cancelaciones por las condiciones meteorológicas, y no solo eso, ya indicaban también que no se podía salir de la ciudad debido a los cortes de carretera. Esto debía de ser una broma y a mí me estaba comenzando a asfixiar la idea de saber que no podría reunirme con mi familia en Navidad. Tenía que encontrar el modo de llegar de otra manera.

Hice un par de llamadas y confirmé lo que me temía. Estaba bloqueado en Boston y no había manera de salir en los próximos días. Todo era un caos cada vez más grande.

Desesperado me fui hasta la ventanilla de la aerolínea para ver si por algún milagro me daban alguna solución, cosa que iba a ser imposible, pero con esto de la esperanza uno se agarraba a un clavo ardiendo.

Justo cuando llegaba había gente y una chica desesperada que por lo visto le habían robado y no tenía ni alojamiento ni dinero para un simple café. Lloraba desde la rabia e impotencia.

Cuando se giró me dio la sensación de que la había visto antes en alguna parte. ¿De qué la conocía? Observé cómo se echaba a un lado y se sentaba abatida en una de las sillas.

Un flash me vino a la mente y recordé que era aquella jovencita que tomaba un chocolate en la cafetería mientras pensativa miraba hacia la calle y a una niña que le entregaba la carta a Santa Claus.

Sin saber por qué, me acerqué hasta ella. Yo también estaba desesperado, pero su situación era mucho más delicada que la mía. Me senté a su lado.

—Perdona, te he escuchado hablar con la azafata...

—Sí, todos hemos perdido el vuelo a California.

—Yo voy para Alemania.

—No, tú te quedas aquí como todos los que íbamos a viajar hoy —murmuró.

—¿Te han robado?

—Sí, hasta las ganas de vivir.

—No digas eso —le toqué el hombro al verla cómo lloraba—. Me llamo Alex y hace un par de días tomé un chocolate justo a tu lado, en una cafetería donde los dos vimos desde el interior a una niña entregando su carta a Santa Claus. Estaba en la mesa de al lado y ahora al verte te recordé.

—No te recuerdo, pero con lo despistada que soy —sonrió con tristeza—. Me llamo Lisa.

—Encantado.

—¿Te vas a quedar aquí como yo hasta el día que nos dejen viajar?

—No —sonreí—. Regreso al apartamento que me deja mi empresa.

—Me da mucha vergüenza hacerlo, pero, ¿me dejarías cien dólares para pasar aquí estos días y poder comer algo? Te prometo que te los devolveré en cuanto recupere mis pertenencias al llegar a California.

—Te quiero ayudar, Lisa. Sé que es una locura y que no deberías fiarte de mí, pero puedes venir al apartamento conmigo, hay dos habitaciones y puedes alojarte en una. No tendrás problema por los gastos de comida.

—¿De verdad? —Me miró incrédula y con las lágrimas que le caían a borbotones por las mejillas.

—Mi mujer y mi hija están esperándome en Alemania y no voy a poder reunirme con ellas por Navidad. No sabes lo que te entiendo, imagino que a ti también te está esperando tu familia.

—Mis padres se van a llevar el disgusto de su vida...

—No llores, Lisa —la abracé, viendo que estaba de lo más desesperada.

—¿Me puedes prestar tu móvil unos segundos para avisar a mi familia?

—Claro. Toma —lo desbloqué.

Lo que Lisa comenzó a llorar al escuchar la voz de su madre tras el aparato era algo descomunal, no le salían la palabras mientras le intentaba explicar que se había quedado tirada en el aeropuerto.

—Diles que pueden llamarte en todo momento a mi teléfono —le dije.

—Dicen que si pueden enviarme dinero a tu cuenta y que lo saques por el cajero para dármelo.

—Claro.

Me dio el teléfono y hablé con su madre para tranquilizarla. Le dije que podía ver en la web de mi empresa mi historial y que no se preocupara, que su hija estaría conmigo hasta que la trajera de nuevo al aeropuerto cuando pudiéramos por fin volar a nuestros destinos. Le conté que mi mujer y mi hija también me estaban esperando. La madre lloraba agradeciéndome que hubiera tenido ese gesto con Lisa.

Le hizo una transferencia de cuatrocientos dólares al momento y fuimos a un cajero del aeropuerto a sacárselo. Durante el trayecto en taxi hacia el apartamento llamé a mi mujer y le expliqué lo sucedido.

—Son cosas que pasan, Alex. De todas maneras, avisa a tus padres. Diles que ya nos reuniremos todos cuando regreses, a mí no me apetece ir sin ti —fue una manera sutil de decirme que, si yo no iba, ella menos.

—Hablaré con ellos. Pásame a la niña, por favor.

—Papi, ¿ya no vienes? —debía haber pillado algo de la conversación con su madre, porque me lo preguntó con un tono de lo más triste que me partía el alma.

—Cariño, si salen los vuelos corremos el riesgo de sufrir un accidente. Llegaré, no para Navidad, pero llegaré y la celebraremos juntos ese día.

—Te voy a echar mucho de menos, papi —decía sollozando.

—Y yo también, mi amor —dije, sin poder contener el montón de lágrimas que me caían.

Colgó la llamada mientras yo seguía mirando por la ventanilla del taxi. Lisa estaba a mi lado y noté que me estaba mirando. Lo que más me dolía era haber percibido lo poquito que le había importado a mi mujer que yo no lograra llegar para esa fecha. Dolía muchísimo.

—Nos espera una Navidad muy triste —murmuró ella acariciándome afectivamente el hombro.

—La superaremos —sonreí entre lágrimas—. Toma, llama para que te cancelen las tarjetas. Puedes buscar los teléfonos aquí —le puse el buscador de Google.

s —Gracias, Alex.

Había tenido la suerte de que aún no habían hecho nada con ellas. Las canceló y quedaron en que le enviarían las nuevas a su dirección de California.

Me pidió permiso para llamar a su amiga Kim para explicarle todo y decirle que cualquier cosa la podía localizar en este teléfono. De nuevo Lisa lloraba sin consuelo y con una tristeza que le embargaba al igual que a mí.

Le eché la mano por el hombro cuando colgó y le di un beso en la cabeza.

—Los echaremos mucho de menos, pero piensa que vamos a tener la oportunidad de volverlos a abrazar.

—Gracias, Alex. Eres mi milagro de Navidad. No me quiero ni imaginar qué hubiera sido de mí, tirada sin tiempo indefinido en ese frío aeropuerto en unas fechas tan especiales.

—Nada que agradecer, solo me puse en tu lugar.

La radio del taxi anunciaba a la población que evitaran salir a la calle durante las próximas setenta y dos horas, ya que el clima iba a volverse extremo y la movilidad casi imposible.

Nos dejó en la puerta del edificio y el conserje me miró entendiendo que yo era uno de los miles de pasajeros que se habían quedado en tierra.

—Lo siento —dijo dándome la llave.

—Tranquilo —le sonreí—. Al menos sigo vivo.

—Y hay que estar agradecido por ello —dijo él, afirmando con empatía.

—Ella se queda conmigo, es una amiga y se ha quedado tirada en la ciudad.

—Sabes que no tienes problema y puedes alojar a visitas.

—Bueno, solo te lo quería decir por si la veías por el edificio sola en algún momento.

—Claro. Por cierto, yo que vosotros iría a comprar porque puede que todo se cierre en tres horas y no puedan abrir hasta dentro de tres días.

—Contaba con eso. Dejamos las maletas y salimos al supermercado.

—Entonces genial, todo controlado.

Subimos al apartamento y le indiqué su habitación para que dejara la maleta. No nos dio tiempo a nada más, ya que salimos rápidamente a la calle para hacer la compra. Costaba hasta andar, menos mal que teníamos un supermercado cerca.

Cogimos un carro grande y en la parte de abajo metimos dos paquetes de agua para que no nos ocupara espacio en el interior.

—¿Te gusta el vino? —le pregunté, para contemplarlo para la cena de Nochebuena.

—En estos momentos me bebo hasta el alcohol de noventa y seis de farmacia —murmuró, causándome una carcajada.

—¿Blanco o tinto?

—De los dos, de los dos —decía ella, intentando bromear en un momento que lo que menos hacía era gracia, pero a mí me hacía reír con sus cosas y los gestos de cara que hacía—. Piensa que mínimo son tres días encerrados. Y cuenta con que tengo cuatrocientos dólares para poner.

—No tienes que poner nada, Lisa —dije echando un par de botellas de cada y hasta una caja de ocho cervezas.

—Quiero poner todo el dinero. Me has dado el alojamiento y me has pagado el trayecto del aeropuerto. ¿En serio también me vas a decir que yo no puedo pagar lo que compramos?

—Muy en serio, demasiado —continué hacia la frutería para hacerme con la verdura y algo de fruta.

—No me ignores, Alex.

—No lo hago, pero hay cosas que no son negociables.

—¿Y dónde dice eso?

—¿Eres más de carne o de pescado?

—La dos cosas, como de todo, pero soy de evitar los azúcares.

—¿Frutos secos?

—De todas las formas —sonrió.

Compré una buena pieza de carne de Kobe que era una de mis favoritas para momentos especiales. Se puso bizca cuando el carnicero la pesó y vio el precio que iba a pagar por ella.

—¿En serio vas a pagar eso por dos trozos de carne? No tiene ni seiscientos gramos y te van a cobrar cuatrocientos dólares, lo mismo que yo tengo para sobrevivir a estos días —se echó a reír—. ¿Eres millonario?

—No, pero tampoco me puedo quejar.

—¿Tu mujer trabaja?

—Sí, es profesora de piano en el Conservatorio de la ciudad.

—Mola, yo soy bailarina.

—¿En serio?

—Sí, he estado aquí trabajando en una escuela durante cinco meses. Ya regresaba definitivamente a California y, además, me acababan de dar la sorpresa de que me han dado una plaza allí.

—Ya pronto estarás de regreso —mientras comprábamos me iba contando lo que le pasó de su lesión y cómo llegó hasta aquí. Hasta me habló de ese ex que la dejó con el corazón roto por vivir su éxito sin ella como carga al lado. Me ponía en su lugar y entendía lo que debía haber sufrido.

Llenamos el carro hasta arriba por lo que pudiera pasar, además, los dos coincidimos en que, aunque no estuviéramos en el lugar que nos correspondía, íbamos a hacer de esta Nochebuena y el día de Navidad algo especial y para recordar, porque hasta de las cosas malas, había que sacar su lado bueno.

Se veía una chica muy simpática y educada, con mucho sentido del humor.

—¿Vais a confinaros como con el COVID? —nos preguntó la cajera bromeando.

—Casi —respondió Lisa riendo—. Nunca se sabe lo que puede pasar.

—Y más en estos días que comemos de más aprovechando la excusa de las fechas en las que estamos —terminé de decir yo.

—Así, es —respondió, mientras metíamos las cosas en bolsas.

—Son novecientos veinticinco dólares —dijo la cajera y la cara de Lisa era un poema.

Le pedimos a uno de los jóvenes que trabajaba ayudando a llevar la compra que nos acompañara con el carro de transporte hasta el edificio y nos lo llevó todo hasta la cocina del apartamento. Se ganó una buena propina.

—Así, es —respondió, mientras metíamos las cosas en bolsas.

—Son novecientos veinticinco dólares —dijo la cajera y la cara de Lisa era un poema.

Le pedimos a uno de los jóvenes que trabajaba ayudando a llevar la compra que nos acompañara con el carro de transporte hasta el edificio y nos lo llevó todo hasta la cocina del apartamento. Se ganó una buena propina.

Capítulo 8



Lisa

Al final sí que iba a tener que creer en eso de los milagros y la magia de la Navidad, porque de estar angustiada y pensando que me quedaba tirada en el aeropuerto hasta a saber, cuándo, podía estar en un lugar cálido y acogedor hasta que me dieran otro vuelo.

Alex era como un ángel caído del cielo para mí en ese momento, no solo se había acercado para darme un poquito de consuelo en el banco en el que pensé que dormiría los próximos días, sino que me prestó el móvil para hablar con los míos y contarles lo ocurrido.

Un santo, más que un ángel, Alex era un santo a mis ojos, pues me había salvado esos días fríos de principios de Navidad.

No estaría con mi familia que era lo que más deseaba en estos momentos sino con un completo desconocido, pero al menos no estaría deambulando por el aeropuerto de Boston en unas fechas como estas.

Y había comprado una cantidad de comida alucinante para varios días, que parecía que nos hubiéramos preparado para meternos en un búnker en caso de tornado.

Se le veía buena persona, y eso me lo decían sus ojos, esos que como tantas veces me dijo mi padre, eran el reflejo del alma de una persona y no mentían.

Los suyos eran así, vivos y sinceros, pero con una pincelada de tristeza que me dejaban ver que algo había en su vida.

No solo sus ojos, sino esa breve conversación que tuvo en el taxi con su mujer y que, aunque nunca había sido una cotilla, alguna que otra cosa escuché.

Después de colocar toda la compra me dijo que si quería podía darme un baño, y no es solo que quisiera, es que necesitaba meterme bajo el agua caliente y quitarme ese destemple que tenía por la tensión y el agobio vivido en el aeropuerto.

Me puse un pijama calentito tras esa ducha que me supo a gloria, y fui a reunirme con Alex, solo que él aún no había acabado de ducharse.

Cogí algunas cosas de lo que habíamos comprado y me puse a preparar la cena, era lo menos que podía hacer dado que no me permitía poner para la compra el dinero que me habían enviado mis padres.

Corté un tomate en rodajas y trocéé la lechuga mientras ponía unos filetes de pollo para hacerse a la plancha. Unté mahonesa en el pan de molde y fui colocando todo por capas hasta tener un par de sándwiches de pollo listos, esos que acompañé con unas patatas chips.

—Creo que me acaba de dar hambre —dijo Alex entrando en la cocina y sonreí.

—Pues vamos que la cena está lista y no hay que dejar que se enfríe.

—Tiene buena pinta —sonrió al ver los platos—. ¿Vino?

—Pero solo una copa.

—¿No eras tú la que iba a beberse hasta el alcohol de la farmacia? —rio.

e

—Mañana, mañana —contesté llevando los platos a la mesa de café, pues íbamos a cenar sentados en un cojín en el suelo, algo informal.

Me había fijado en que el pantalón de algodón azul marino y la camiseta gris clarita que llevaba le sentaban bien, y se notaba que Alex hacía ejercicio porque al estar sin abrigo le vi un poco mejor esos brazos fuertes y trabajados.

Apareció con las dos copas de vino y nos acomodamos para cenar. En cuanto dio el primer bocado cerró los ojos saboreándolo.

—Buenísimo —dijo tras comerlo.

l

—Me alegro que te guste. Mañana ya desplegaremos nuestras dotes culinarias para preparar la cena de Nochebuena.

—¿Estás un poco más tranquila? —curioseó.

—Sí, pero solo porque mis padres no han enviado al FBI a buscarme, se ve que lo que le dijiste a mi madre de la página de tu empresa les ha dejado tranquilos, se fían de que no eres un asesino en serie.

—Bueno, muchos lobos se esconden detrás de pieles de cordero.

—No me asustes a ver si no voy a ver amanecer mañana.

—Que sí, que sí, tú confía —sonrió.

—La verdad es que te agradezco esto, Alex, y mucho. Porque te juro que me vi como Tom Hanks en la película esa, vagando por el aeropuerto —suspiré.

—A ver, estando en tu misma situación y teniendo sitio, ¿por qué no echarte una mano?

—Eres una buena persona, eso se ve —sonreí.

—Gracias.

—Pero tienes unos ojos muy tristes. No quiero meterme donde no me llaman, pero, ¿es por tu mujer?

—Se ve que lo del sexto sentido de las mujeres es verdad —sonrió de medio lado, pero sin que ese gesto les llegara a los ojos—. Sí, es por ella. No sé qué le pasa, la noto más distante, más... no sé —se encogió de hombros—. Llevamos muchos años juntos, la he querido desde el minuto uno y la quiero con todo mi corazón, me ha dado el mayor tesoro que tengo, que es mi hija, pero está diferente a como era.

—¿Crees que pueda haber otra persona? Lo digo porque bueno, mi ex, ya sabes, yo lo pensé cuando empecé a verlo diferente.

—No te voy a mentir, lo he pensado, pero no quiero ni planteármelo, porque ella no es así, no me podría creer que estuviera con otro. Igual hay algo que se me escapa y no lo veo, pero me mata estar así —dijo con la voz entrecortada y noté que se le humedecían los ojos—. ¿Sabes lo frustrante que es no recibir ni una sola sonrisa sincera cuando estamos en una videollamada? Y en la intimidad, otro tanto de lo mismo. Lo hace como si no estuviera allí.

—Vamos, que es como una muñeca.

—Algo así —sonrió de nuevo, pero empezó a llorar.

Nunca había visto a un hombre llorar, me refiero a uno que no fuera mi padre porque a él lo vi el día que me lesioné, y me estaba partiendo el alma por cómo vivía esa situación.

Yo era de lo más empática, Kim siempre me lo decía, y acabé llorando con él mientras le daba un abrazo. Se notaba que a esas alturas estábamos los dos de lo más agobiados por la situación, pero a él además se le acumulaba el hecho de que su mujer no le diera muestras de cariño.

—La noto más fría conmigo que antes y eso me duele —confesó entre lágrimas.

—Vamos, que tu mujer es más fría que Boston —me salió del alma, y cuando lo vi que se apartaba mirándome con el ceño fruncido, entré en pánico por lo que acababa de soltarle—. Perdón, perdón —junté mis manos a modo súplica para disculparme—, no quise decir eso, de verdad.

—No, si tienes razón —contestó—, es más fría que esta ciudad.

Lo vi secarse las lágrimas y volví a abrazarlo, era un buen hombre que lo estaba pasando mal y en ese momento necesitaba desahogarse.

Seguimos llorando en silencio allí abrazados hasta que noté que se relajaba en mis brazos, nos separamos para limpiarnos las lágrimas, esas que en su caso eran de dolor y rabia, y le froté la espalda.

—No mereces que te esté pasando esto, Alex. En serio te digo que eres un buen hombre y no lo mereces.

—Lo peor es que no parece darse cuenta del daño que hace, no solo a mí. Mi madre también ha notado el cambio y la pobre mujer piensa que ellos han hecho algo malo. Todos los años en Nochebuena cenamos con ellos, que disfrutaban de mi hija como enanos, y este año para mi mujer el que me haya quedado aquí atrapado por el temporal le ha venido como anillo al dedo para no ir a casa de mis padres. ¿Qué le cuesta ir para que estén con su nieta? No era así, Anna no era así y no sé qué ha pasado, en qué he fallado, qué he hecho...

—No, eso sí qué no —le dije dándole un apretón en el hombro—. No te comas la cabeza pensando en que tú pudiste hacer algo y no sabes qué, eso no es bueno para ti, te lo aseguro Alex. Yo lo hacía, y de lo único que me sirvió fue para pasarlo mal. Si hasta cuando estaba con él en la cama pensaba en que, si me engañaba con otra y le hacía lo mismo que a mí, se me iba el punto y acababa fingiendo. Pero no hablemos de eso —dije moviendo las manos al ver que me miraba con la ceja arqueada—. Lo que quiero decir es que pensar en qué hiciste mal para llegar a este punto, solo conseguirás estar así, tristón, decaído, verás cosas raras en todas partes y vivir así no es sano. Intentarás que nadie de tu entorno note que estás así, pero lo notarán, y tu niña no merece ver un padre hecho mierda.

—¿Tan mal me veo?

—No, si te ves muy bien, un papá muy guapo y todo eso, pero la mirada habla mucho de nosotros, y aunque quieras ocultarlo, en ella se ven pinceladas de esa tristeza.

—Es que esta situación me sobrepasa, de verdad, y sí, pienso en mil cosas que no debería, pero no lo puedo evitar.

Volví a verle esas lágrimas que no tardaron en aparecer también en mis ojos, cayendo por las mejillas de ambos de tal modo no dábamos abasto para secarlas. Me ponía en su lugar y era normal que estuviera así, yo misma pasé

por algo tan similar que era de lo más doloroso.

—Sé cómo te sientes —dije sin dejar de llorar—. Es duro ver cómo esa persona a la que quieres cambia de un momento a otro.

—Y sin saber por qué, que eso es lo que peor llevo —se pasó ambas manos por el rostro retirando algunas lágrimas, pero seguían cayéndole más.

Pasamos así un buen rato después de la cena, llorando y terminándonos esa copa de vino que alargamos tanto como pudimos, porque si encima de que estábamos los dos llorando como nunca, bebíamos más, aquello iba a acabar siendo como el confesionario de una iglesia.

Nos marchamos a la cama algo cansados por todo en general, por su situación, por haber llorado mientras nos desahogamos un poco y, sobre todo, por el hecho de estar atrapados en Navidad lejos de las personas con las que queríamos estar.

Le di las buenas noches en la puerta de su habitación y nos abrazamos con afecto, lo que me dejaba claro una vez más que, aunque no estuviera con mi familia en esos días, iba a pasar la Navidad con un buen hombre, una persona que tenía un corazón de esos grandes que no le cabían en el pecho, como decía mi madre.

por algo tan similar que era de lo más doloroso.

—Sé cómo te sientes —dije sin dejar de llorar—. Es duro ver cómo esa persona a la que quieres cambia de un momento a otro.

—Y sin saber por qué, que eso es lo que peor llevo —se pasó ambas manos por el rostro retirando algunas lágrimas, pero seguían cayéndole más.

Pasamos así un buen rato después de la cena, llorando y terminándonos esa copa de vino que alargamos tanto como pudimos, porque si encima de que estábamos los dos llorando como nunca, bebíamos más, aquello iba a acabar siendo como el confesionario de una iglesia.

Nos marchamos a la cama algo cansados por todo en general, por su situación, por haber llorado mientras nos desahogamos un poco y, sobre todo, por el hecho de estar atrapados en Navidad lejos de las personas con las que queríamos estar.

Le di las buenas noches en la puerta de su habitación y nos abrazamos con afecto, lo que me dejaba claro una vez más que, aunque no estuviera con mi familia en esos días, iba a pasar la Navidad con un buen hombre, una persona que tenía un corazón de esos grandes que no le cabían en el pecho, como decía mi madre.

Capítulo 9



Alex

Era la mañana de Nochebuena y me levanté con un nudo en la garganta de saber que, por primera vez, no pasaría con mi familia la Navidad.

Fui hacia la cocina para prepararme un café después de pasar por la ducha y me encontré con Lisa que me sonreía.

—Buenos días, Alex, ahora mismo te hago el café.

—Buenos días, Lisa. Gracias —le dije cuando ya la vi metiendo la capsula en la cafetera—. ¿Qué tal has dormido?

—Anoche estuve a punto de irme contigo a tu habitación. Tuve una pesadilla —se echó a reír—. Pero lo pensé dos veces por si me dabas una paliza por intrusa.

—Me podrías haber avisado y nos hubiéramos venido al sofá —le apreté el hombro.

—Lo del sofá es muy bueno. No meto a una mujer en mi cama, pero en el sofá ya suena diferente —contestó, causándome una risilla.

—¿Qué pesadilla tuviste?

—No lo recuerdo. Solo sé que me levanté muy nerviosa, agitada y temblorosa.

—Si te vuelve a pasar, me avisas. Tengo una hija, estoy acostumbrado a tener que levantarme cuando le han dado pesadillas.

—¿Me estás diciendo que puedo ser tu hija? Interesante... —bromeó.

—No tanto como eso —negué—, pero que sé cuidar a las personas, al menos eso creo, bueno, qué más da —volteé los ojos y seguí riendo.

—Eres un gran hombre, Alex, pero de esos que quedan poquitos, como dice mi madre. Solo te mereces que te pasen cosas bonitas.

—Este gran hombre que dices, hoy se la va a pasar cocinando para que nos quede una cena tan espectacular como la comida de mañana.

—Yo seré tu ayudante. ¿Me contratas?

—Por supuesto, cuatro manos son mejores que dos —contesté viendo cómo se disponía a tostar el pan para el desayuno—. ¿Qué le vas a untar? ¿O prefieres embutido?

—Me da igual, incluso con un poquito de ese aceite de oliva me gusta.

—Pues a mí también me apetece, oye —cogí la botella.

Durante el desayuno sonó el teléfono y era su madre. Se lo di y comenzó a hablar con ella. No dejaba de decirle que me agradeciera todo lo que estaba haciendo por ella. Incluso lo puso en manos libres.

—Buenos días, Clare.

—Buenos días, Alex, hijo. Gracias de nuevo por todo. De verdad, siempre tendrás en mi hogar un sitio para ti.

—Me siento bendecido por ello. Gracias igualmente y no se preocupe, que al menos nos estamos haciendo compañía.

—Ya me ha dicho que vais a preparar la comida y que ayer compraste para un regimiento.

—Bueno, es un poco exagerada su hija —carraspeé—. Pero hambre no vamos a pasar.

—Dios te bendiga, Alex.

—Igualmente, Clare. Un abrazo.

Lisa terminó de hablar con su madre y seguimos desayunando mientras veíamos tras los cristales la densa nieve que ya hacía un gran manto en la ciudad.

—Como siga cayendo de esa manera nos da aquí enero —bromeó.

—Es el primer año que me quedo atrapado en la ciudad. Pasó más veces, pero yo estaba ya de regreso.

—Esto es de coña. Dos desconocidos atrapados en un apartamento en Boston.

—Lo mismo nos hacemos hasta familia —bromeé.

—Lo que yo te diga, al final te vas teniendo otra hija.

—Qué manera de llamarme viejo —reí.

—No, viejo no, papá joven —me hizo un guiño.

—Pues el papá va a hacer el mejor pastel de marisco que hayas comido en tu vida.

—Iré copiando la receta mientras te ayudo.

Terminamos de comer y nos dispusimos a prepararlo. Pusimos sobre la encimera la merluza, los palitos de cangrejos, la lata de atún natural, las gambas, la gelatina, el queso crema, la mayonesa, el coñac y me dispuse lo primero a cocer el pescado con el que el agua de la cocción también me serviría para usarla.

—Muchas cosas veo sobre la encimera —hizo la que se desmayaba—. ¿Cuánto tiempo tiene que estar cociéndose la merluza?

—Unos seis minutos.

—¿Voy disolviendo las láminas de gelatina?

—Claro —sonreí mirándola—. Me da a mí que te estás quedando conmigo y sabes hacerlo.

—No, no, pero es obvio que la gelatina hay que disolverla —hizo un giro sobre sí en plan bailarina y se me deshizo una sonrisa. Tenía clase en los movimientos.

—Cuando la disuevas me picas los palitos de cangrejo.

—¿Solo eso?

—Puedes escurrir el aceite del atún.

—¿Algo más?

—¿Quieres hacerlo sola?

—Debería, no hay mejor manera de aprender —me hizo una burla y la miré de lado riendo.

Le fui indicando todo el proceso mientras la grababa con mi móvil para que se lo mandara a su madre. Le quedó genial y lo colocó en el recipiente para meterlo en la nevera unas horas hasta que se pusiera compacto.

—Te quedó insuperable —le dije emocionado.

—¿Le puedes mandar el video a mi madre y luego le mandamos la foto que le hagamos cuando lo emplatemos para la cena?

—Claro —cogí el móvil y se lo envié.

Estaba terminando de hacer el relleno para las bolsitas de hojaldre, ya que compré la masa preparada con intención de hacer un aperitivo que nunca faltó en casa de mi madre.

—Qué pinta está cogiendo el relleno.

—Se está fusionando todo y los sabores son de lo más explosivos.

—Al final va a ser una bendición que me haya quedado tirada en Boston —rio.

—No estaría mal que lo vieras así —me reí—. Bendición eres tú.

—Oye, los alemanes tienen fama de serios y secos.

—¿Me ves así?

—No, para nada, por eso me extraña, pero la fama la tenéis.

—Somos muy irónicos, eso sí, pero no tan fríos como queréis hacer ver.

—¿Y a mí por qué me metes?

—Eres tú la que has hablado de eso —reí negando.

—He dicho que tenéis fama. Ya me cargó la culpa —se santiguó y unió sus manos. Era de lo más divertida—. Vamos a rellenar esas bolsitas que nos van a quedar de lo más deliciosas. Y ahora dirás que lo has hecho tú, pero liarla también tiene su trabajo y te voy a ayudar. Ya me he puesto nerviosa —dio un giro en plan bailarina y se volvió a colocar delante de la masa que ya estaba cortada en círculos pequeños listas para ponerles el relleno en medio y cerrarlas con un giro final arriba—. Tú, tranquilo, que yo a veces hablo conmigo misma —se puso bizca.

—¿Una cerveza? —La saqué de la nevera.

5 —O dos, pero dame algo. De aquí salgo borracha —se reía.

—Una, mejor una. ¿Qué te pasa? —No entendía porque se había puesto así, pero la veía de lo más nerviosa.

—No lo sé, pero estoy graciosa —se reía.

—¿Qué se te ha pasado por esa cabeza?

—¿Y por qué se me tiene que pasar algo?

—Esa risita y nerviosismo es porque se te pasó algo por la cabeza.

—Pues no —hizo un gesto de no ser así, pero de nuevo se echó a reír.

—¿Por qué no me lo dices y nos reímos los dos?

—Imagínate el día que tenga que contarles a mis hijos, que con treinta años me quedé tirada en el aeropuerto de Boston sin dinero y que un desconocido, que encima era alemán, casado y diez años mayor que yo, me llevó con él a su apartamento a pasar las fiestas —nos reímos.

—Suenas gracioso —se reía.

—No le vas a contar a tu mujer la anécdota, ¿a qué no?

—No me importaría hacerlo ahora mismo, el problema es que a ella no le importa ni siquiera cómo voy a pasar el día. Me va a ignorar en todo momento. A mi hija, sí que se lo contaré —le hice un guiño.

—No sabe tu mujer el hombre tan grande que está perdiendo.

—El problema es ese, que ella sabe que no me está perdiendo y que estoy ahí.

—Tú crees que estás ahí, pero estoy segura de que cada vez lo estás menos y dejaras de estarlo completamente si ella sigue en ese mismo rol durante más tiempo.

—Por estas Navidades —levanté el botellín de cerveza y brindamos.

—Por haber tenido la suerte de haber conocido a alguien como tú.

—Sí, claro, yo también me siento muy afortunado —apreté su hombro.

—¿Un abracito?

—Claro —la arropé en mis brazos besándole la coronilla. Era muy adorable y cariñosa. Se hacía querer.

—Gracias por todo, Alex.

—No me las des más, por favor —le acaricié la mejilla y noté que se ruborizó. Me hizo gracia.

Seguimos preparando la comida de la cena menos la carne, que la filetearía muy fina y la pasaría por la plancha antes de servirla.

Me contaba anécdotas sobre estos meses en Boston y se notaba que los había vivido con intensidad. Sin duda, el ballet era su vida, se notaba solo en el tono con el que hablaba refiriéndose a ello. También me contó otras que no tenían que ver con la escuela, pero ya era diferente, lo hacía más divertida. La forma que tenía de explicar las cosas con tanta efusividad me producía mucha frescura. Estaba en esa edad que todo se vive con demasiada intensidad.

Para comer nos preparamos una ensalada con dados de queso, trozos de salmón, cebolla y unos langostinos. Simple, pero que quedó perfecta con una salsa de yogurt que ella misma preparó y a la que caí rendido cuando la probé.

No queríamos atiborrarnos para estar ligeros para la cena, ya que cada plato que habíamos preparado merecía la pena disfrutarlo sin sentirse lleno.

Estábamos comiendo cuando me entró una videollamada. Coloqué el móvil delante de mí, ya que ella estaba enfrente de la mesa y así solo se me veía a mí.

—¡Hija! Buenos días —la recibí con alegría.

—Papi, te echo de menos.

—Lo sé, mi princesa, lo sé, pero ya sabes que pronto vamos a estar juntos.

—Esta noche te echaré más aún de menos.

—Y yo a ti, pero luego lo compensaremos. Lo sabes, ¿verdad?

—Sí. Ahora nos vamos con los abuelitos de mamá —se refirió a mis suegros—. Nos quedaremos allí hasta pasado mañana —dijo, causándome una tristeza muy grande porque ya podría haber ido esta noche a cenar con

mis padres y mañana se hubiera ido con los suyos.

—¿Y mamá?

—Aquí estoy —se asomó con un café en la mano y cuando iba a desaparecer...

—Anna.

—Dime —volvió a asomarse.

—¿No hubiera sido más lógico que esta noche fueras con mis padres y mañana con los tuyos?

—Son tus padres, no los míos.

l

—Pero son sus abuelos —le respondí con tristeza—. Da igual, no es momento...

—Eso es —dijo ella con una sonrisa irónica y desapareció de la pantalla.

—Papá, cuando tú vengas vamos a ver a mis abuelitos tuyos.

—Claro, cariño, no te preocupes. Pásalo muy bien, ¿vale?

—Lo intentaré, pero me faltas tú.

—A mí también me faltáis, mi vida.

—Luego hablamos.

—Cuando quieras, princesa —murmuré con tristeza—. Te amo.

—Yo también papá —me tiró un beso al aire y colgó.

Anna no se podía imaginar el daño que me estaba haciendo, porque si fuera consciente intentaría hacer las cosas de otra manera. De todas formas, no era nadie para decirle con quién tiene que cenar o no, eso lo comprendía.

—Alex —me acarició la mano y se levantó viniendo hacia mí. Me abrazó y dio un beso en la sien—. Tienes el cielo ganado, pero tienes que despertar.

—La amo demasiado, Lisa. Amo a mi familia —se me cayeron las lágrimas.

—Lo sé, eres un hombre de los que ya no hay, pero tienes que despertar, te estás engañando a ti mismo.

Lisa se pasó toda la comida intentando animarme, contándome cosas que le habían pasado con su mejor amiga o cualquier otra que recordaba. Se notaba que no me quería ver triste en ningún momento.

—Pues sí que me ha llenado la ensalada —dijo cuando estaba recogiendo los platos.

—Estaba riquísima con la salsa que has hecho. Al final va a resultar que eres una gran cocinera.

—¿Al final? —se echó a reír y volteó los ojos.

—Lo sé, eres un hombre de los que ya no hay, pero tienes que despertar, te estás engañando a ti mismo.

Lisa se pasó toda la comida intentando animarme, contándome cosas que le habían pasado con su mejor amiga o cualquier otra que recordaba. Se notaba que no me quería ver triste en ningún momento.

—Pues sí que me ha llenado la ensalada —dijo cuando estaba recogiendo los platos.

—Estaba riquísima con la salsa que has hecho. Al final va a resultar que eres una gran cocinera.

—¿Al final? —se echó a reír y volteó los ojos.

Capítulo 10



Lisa

Nos estábamos tomando un café relajadamente y viendo una película a la que mucha atención no prestaba, la verdad, porque a estas horas ya debía estar en casa con mis padres terminando de ultimar esos detalles antes de la cena de una noche tan especial como esta.

Y no es que me quejara de la compañía ni mucho menos, porque Alex estaba siendo encantador y buscaba la manera de que me riera a cada oportunidad que tenía, igual que yo hacía cuando se le venía algo de su niña a la cabeza.

Se veía que tenía auténtica pasión por su hija, y sí, me daba a mí la sensación de que era un buen padre.

—Estás pensando mucho, que lo oigo desde aquí —dijo y me giré a mirarlo.

—Ni que fueras un *X-Men* —reí—. Aunque en todo caso diría que eres como Superman, porque apareciste para rescatarme.

—Mientras no me pidas que me ponga unas medias azules y los calzoncillos rojos por encima, nos llevaremos bien.

—Pues mira, ahora que lo dices...

—No, por ahí sí que no.

—Vaya por Dios —suspiré—. Con lo bien que te verías, aunque bueno, Superman era moreno, ¿no? Tú eres muy rubio, muy alemán.

—Entonces me va más el papel de Thor.

—No —fruncí los labios—, no te verías bien con el pelo largo.

—Y con medias azules tampoco, te lo aseguro. Tranquila, que el año sí lo despides con tu familia —dijo

acariciándome la mejilla y sonreí, fue un gesto de lo más tierno.

—Eso espero, porque no he pasado ni una sola de estas fechas lejos de ellos.

—Yo tampoco, y a la peque correteando y gritando nerviosa por toda la casa, pues como que se la echa de menos.

—¿Y a tu mujer?

—También, porque como te dije, a pesar de que está distante la sigo queriendo.

—Sé de lo que hablas —suspiré.

Nos terminamos el café y la peli acabó sin que yo llegara a enterarme de quién era el malo, pero es que cuando estaba sumida en mis cosas, nada de lo que me rodeaba existía en ese momento. Era algo que debía cambiar porque a veces ni cuenta me daba de que me estaban hablando hasta que llamaban mi atención.

—¿Otro café? —preguntó, al tiempo que se incorporaba.

—Mejor un whisky —suspiré.

—¿Un whisky? ¿Ahora?

—¿Es pronto? —Arquee la ceja.

—Hombre, si quieres llegar a medianoche borracha como una cuba, no, pero si quieres cenar tomando un vino en plan relax, sí —sonrió.

—Pues un café, venga, cafeína y nervios para el cuerpo —me puse de pie y lo vi mirarme como de refilón—. Cuidado las miraditas —le advertí y sonrió.

No, Alex no me miraba mal ni mucho menos, y tampoco con lascivia como diría Kim, él simplemente me observaba y diría que apreciaba mi figura. A ver, era bailarina, o sea, lo había sido, pero la danza seguía en mí como el ADN en mis venas.

—¿Y si jugamos a algo? —pregunté, mientras preparábamos los cafés.

—Pues como no sea a piedra, papel o tijeras, ya me dirás, aquí no hay nada para jugar.

—Verdad o reto, ¿qué dices? ¿Te atreves?

—Digo que me das miedo —volvió a reír—. Pero vale, me atrevo. Es sí, ¿quieres darle más emoción al juego?

—No sé yo... A ver qué me vas a pedir.

—Saca la caja de bolitas de chocolate rellenas de avellana, y si no respondemos o hacemos el reto, nos comemos una.

—Chico listo, en vez de beber para que no me emborrache, que es lo que debería hacer, quieres que me atiborre a chocolate. Qué malvado eres —fruncí el ceño—. Ni, Superman, ni el dios del trueno, ¡tú eres Loki!

—Loco me vas a volver a mí, sí —chascó la lengua.

Era divertido, al menos eso se lo agradecía, porque si tenía que escoger entre haberme quedado tiradas varios días en el aeropuerto rodeada de desconocidos con caras largas, y estar aquí con un hombre encantador y divertido como Alex, pues no había color, la verdad.

Con los cafés y las bolitas de chocolate en un plato, regresamos al sofá donde nos acomodamos, y empezó él a hacer las preguntas.

—¿Verdad o reto?

—Verdad —respondí sonriente.

—¿Cuál es tu mayor miedo?

—¿Además de haberme quedado sin Navidad con mis padres? —arqueé la ceja y se echó a reír— Ok, ok, seré seria —di un sorbo al café—. Mi mayor miedo desde mi lesión siempre ha sido no poder volver a bailar.

—Pero lo haces.

—Como profesora, sí —sonreí—. Y como dice Kim, algo es algo. Te toca, ¿verdad o reto?

—Verdad.

—Pues misma pregunta entonces, caballero —nos reímos y él negó—. ¿Cuál es tu mayor miedo?

—Perder a mi hija, te confieso que desde que supe que estaba en el vientre de Anna, mi mayor miedo ha sido perderla.

—Es normal, ningún padre quiere perder a sus hijos —le di un apretón en el brazo al ver que le había cambiado el rostro a uno más triste.

—Tu turno de nuevo.

—Elijo reto.

—Tenemos una atrevida entre el público, damas y caballeros —dijo y me salió una carcajada—. Veamos... —echó un vistazo alrededor mientras pensaba— Ve a la nevera y coge algo para comer, pero sin mirar.

—¿Qué dices?

—Es un reto. Sabes lo que hay en la nevera, así que, si te guías por tu instinto, seguro que eliges bien.

—Mi instinto dice —resoplé mientras iba a la cocina y él me seguía para comprobar que había la nevera y cogí algo sin mirar—. Mi instinto, alguna que otra vez me ha fallado.

—Cierra los ojos, que los tienes muy abiertos.

—Pero si no estoy mirando a lo importante.

—Cierra los ojos —repitió al mismo tiempo que los cubría con su mano.

Cogí algo totalmente al azar, me lo llevé a la boca y di un mordisco, y en qué hora lo hice sin mirar, porque acababa de meterme un trozo de cebolla en la boca como si fuera una manzana.

—¡Ay por Dios! —grité yendo a la basura para escupir los trozos mientras Alex se partía de risa a mi costa— Necesito beber algo, rápido —abrí la nevera y me fui por una lata de refresco como si fuera una bombona de oxígeno en el espacio, en serio.

Ni en respirar me molesté, me lo bebí de un tirón para quitarme ese mal sabor de boca.

—Toma, come un poco de chocolate —dijo dándome una de las bolitas del juego.

—Menudo reto me has puesto, esta me la pagas que lo sepas —le advertí, levantando el dedo.

—Con no escoger reto —se encogió de hombros y muerto de risa.

—Qué malvado eres, en serio —entrecerré los ojos y volvimos al salón.

—Venga, elijo otra vez verdad.

—No, no, hombre, atrévete a elegir reto.

—Claro, claro, no estoy tan loco —rio.

—Vale, ¿qué es lo más vergonzoso que te ha pasado en una cita?

—Cuando dices cita, ¿te refieres a una cita médica, una reunión de trabajo, alguna comida o cena con amigos...? ¿Qué, exactamente?

—No te hagas el sueco, que eres alemán. Una cita con una mujer.

—Pues en una de mis primeras citas con Anna, recuerdo que la llevé a cenar a un restaurante para impresionarla, y acabamos en urgencias. Digamos que la culpa fue de un cangrejo que se escapó del estanque donde esperaba ser alimento de los clientes, se dio un paseo por todo el bar, yo pensé que lo que subía por mi pierna era el pie de mi chica y...

—No —abrí los ojos y la boca mirando hacia su entrepierna, pero solo un vistazo rápido—. Dime que no es lo que pienso.

—Lo es, lo es —rio—. Le dije que me estaba excitando con su pie por mi pierna, ella frunció el ceño, y cuando los dos miramos por debajo del mantel, ahí estaba el cangrejo que no dudó en darme un pellizquito.

—Ostras —empecé a reír de tal modo que no podía parar, porque me imaginaba a ese pobre muchacho gritando y pidiendo ayuda hasta que alguien le quitó el cangrejo.

—Vergüenza es poco para lo que pasé, y como digo, acabamos la cena en urgencias.

—Alex, creo que te persigue la mala suerte. Y me has contagiado, seguro que el vuelo cancelado es por tu culpa —no podía dejar de reír.

—Claro, es que se me olvidaba que como soy el dios del trueno, tengo mano con el clima —volteó los ojos.

—No te diría yo que no.

—Venga, elije.

—Pues mira, me atrevo otra vez con reto.

—¿Segura? —Arqueó la ceja.

—Sí, porque peor que la cebolla no puede ser, vamos.

—Haz una coreografía corta que sea dulce y tierna, escuchando música rock.

—Muy buena esa, sí señor. Ese es un gran reto para una bailarina acostumbrada a la música clásica —sonreí—. Ponme la música —le pedí mientras me levantaba del sofá y, tras quitarme las zapatillas hice unos estiramientos rápidos y me preparé.

No tardé en escuchar los primeros acordes de “*Dream on*”, un tema de *Aerosmith* que, para mí, no era la primera vez que la escuchaba.

Sonreí porque me pareció curioso que, de entre toda la música rock que existía, Alex hubiera escogido esa, como si supiera que era un tema que me gustaba.

“Every time that I look in the mirror...” ^[1]

Comencé a dejarme llevar por la melodía, por la voz de Steven Tyler, y seguí haciendo giros, piruetas, liberando todo eso que la música siempre me hacía soltar.

“Sing with me, sing for the years, sing for the laughter, sing for the tears...” ^[2]

Y como decía esa letra que yo hacía mía, en vez de cantar por los años, las risas y las lágrimas, yo bailaba. Bailaba dejándome llevar por la música porque podía, porque después de aquella lesión pensé que nunca más podría hacerlo.

Y cuando acabé de bailar sentándome en el suelo con una sonrisa, vi que Alex aplaudía poniéndose en pie.

—Impresionante —dijo, y me puse en pie aún con la respiración agitada.

—Voy a empezar a creer que te gusta verme bailar —arqueé la ceja cuando me acerqué.

—Pues sí, porque no se te resiste ningún estilo —contestó sonriendo, mientras me daba un pellizco en la mejilla.

—Me caes bien, ángel caído del cielo para salvar mi Navidad —le di un abrazo que él me devolvió.

No mentía, ese hombre me caía bien y notaba una conexión bonita con él, una complicidad que crecía poco a poco, pero no penséis que era algo sexual, que él amaba a su mujer y yo no me había fijado en él de ese modo.

Nos terminamos el café y tras lavar las tazas, pensamos que era momento de preparar la mesa.

Capítulo 11



Alex

Reconozco que me lo estaba pasando muy bien con Lisa, con la que no podía parar de reír a cada momento, pues tenía un carácter muy divertido.

Le hice una llamada a mi pequeña antes de ducharme y estuve hablando con ella como unos diez minutos. Se me hacía un nudo en la garganta verla con esa tristeza por no tenerme a su lado.

Estuve un rato bajo la ducha recreándome en mis pensamientos y soltando alguna que otra lágrima, todo sea dicho. Cuando salí ella entró.

Me serví una copa de vino mientras hacía la carne en la plancha eléctrica. Me había puesto un pantalón de pijama ancho con una camiseta blanca, ella iba a hacer lo mismo, claramente la idea fue de Lisa y a mí me hacía gracia cenar tan cómodamente por primera vez.

—Aquí está lo más bonito de todo el edificio.

—Necesito que te quedes terminando de poner la mesa porque quiero ir a por John.

—¿Quién es John? —preguntó ella extrañada.

—Es el conserje, va a cenar solo, vive ahí y no tiene familia.

—Jo, voy a llorar, me has emocionado.

—Ahora vengo —le hice un guiño.

Bajé en el ascensor y al salir me lo encontré barriendo la entrada. Me miró sonriendo al verme así en pijama.

—¿Qué haces barriendo en Nochebuena?

—Lo mismo de extraño que usted en pijama —sonreía.

—Vengo a por ti.

—¿Y dónde vamos con una escoba y en pijama? —bromeó.

—A mi apartamento. La mesa nos espera.

—No, Alex, tranquilo, no te preocupes por mí.

—Estoy arriba con una amiga que debería de estar con su familia al igual que yo con la mía, y tú estás en el mismo edificio. Somos tres personas que estamos solas ante una noche fría y nevada de Boston. ¿Cómo no nos vamos a arropar en estos momentos? —Le quitó la escoba de las manos.

—Estoy acostumbrado a pasarlas solo —sonreía con tristeza.

—Pues esta noche para todos será diferente —lo llevó por el hombro hasta el ascensor.

Subió emocionado, de la misma manera que Lisa lo recibió y le apartó la silla para que se sentara.

—Gracias, chicos. Esto es un lujo para mí —dijo, observando los platos tan bonitos presentados.

—El lujo es para los tres, ya que esta noche tenemos con quién compartir la cena —contestó ella.

—Gracias de nuevo. Y aunque salgo beneficiado, lamento mucho lo que os ha pasado.

—Tranquilo, si al final hasta nos lo estamos pasando bien —contestó ella entre risitas que nos contagió.

—Bueno, vamos a brindar —había llenado las copas y llegaba el momento.

—Pido la palabra —exigió, levantándose rápidamente.

—Un honor escucharte —le dijo John y yo asentí sonriendo.

—Quiero decir que —se echó a reír y vi cómo se le escapaban las lagrimillas—, que en realidad estoy muy emocionada de estar aquí con vosotros viviendo una Navidad diferente. Somos dichosos. Hay muchas personas que ni siquiera tienen un techo, ni nada que llevarse a la boca, o peor aún, muchas que están sumergidas en una guerra sin tener un lugar seguro donde protegerse. ¿Cuántas personas están siendo maltratadas, abusadas o esclavizadas en estos momentos? Somos dichosos y aunque a veces me queje de las cosas que me suceden, en momentos como este me doy cuenta de que soy la chica más afortunada del mundo. Alex, te voy a querer toda mi vida, y a ti, John, te recordaré siempre con la mejor de mis sonrisas y también te llevaré en mi corazón. Hay personas que saben que nunca más podrán abrazar a sus seres queridos, esto es solo un alto para valorar lo

afortunados que somos.

—La tercera mujer que me hace llorar en la vida —dijo John, causándonos una carcajada.

Nos dimos un abrazo conjunto antes de disponernos a disfrutar de la mesa que habíamos preparado con mucha ilusión, a pesar de todo, como decía, éramos unos afortunados.

—John, ¿no tienes familia? —le pregunté, ya que nunca habíamos hablado sobre eso.

—Si John te contara... —dijo, refiriéndose a él mismo— Mis cincuenta y cinco años han dado para mucho.

—Pues mira, podrías contarnos, así en una mesa tan especial como la que estamos ahora —le animó Lisa.

—Encantado lo haré —sonrió y dio un trago a su copa—. Nací aquí, en Boston, lugar de origen de mi familia paterna, mi madre sin embargo era de Nigeria —de ahí ese color de piel oscurita y rasgos entremezclados que tenía.

—Ya tenemos los orígenes —murmuró ella, mientras probaba el pastel de marisco y gemía.

—Mi padre era el dueño de este edificio y vivíamos en una casa que hay dos manzanas más atrás.

—¿Tu padre era el dueño de este edificio? —preguntamos los dos al unísono. Me estaba quedando alucinado.

—Así es, fui yo al heredarlo el que se lo vendió a tu empresa con la condición de que me dejara el tiempo que me quedara de vida trabajando como conserje y disfrutando de la casa de abajo.

—A ver, a ver, que estoy en shock —dije mientras veía que Lisa abría la boca incrédula—. ¿Tú has vendido este edificio y estás de conserje?

—Eso es. Podría vivir en una bonita casa, con alguien que me cocinara y la limpiara, pero yo tengo mi corazón aquí.

—No entiendo nada —murmuré incrédulo.

—Yo sí que no lo entiendo. ¿Cómo teniendo una cuenta bancaria que debe ser más gorda que la de cualquiera de nosotros estás trabajando de conserje y de prestado en el apartamento? —preguntó Lisa, tan impactada como yo.

—Os cuento... —sonrió levemente— Tenía veinte años cuando me enamoré de una joven dominicana que me hizo perder la cabeza y no lo digo en el mal sentido, todo lo contrario. Fue de esos amores que traspasan fronteras nunca mejor dicho. Pero claro, a mis padres les cayó como un jarro de agua fría y no la aceptaron en la familia.

—Pues vaya, cuando ellos venían también de dos culturas bien diferentes —contestó Lisa.

—Así es, pero como gracias a mi abuelo, que fue quien le dejó a mi padre el edificio y una buena suma de dinero con la que compraron la otra casa, se sentían muy superiores a los demás, pues querían para mí una mujer : la altura, (palabras de ellos). Yo me negué a dejarla y mi padre me dijo que mientras estuviera con ella no me iba : mantener, que si quería hacer mi vida me viniera a ese apartamento del edificio, trabajara de conserje y me ganase mi pan para vivir con esa mujer, como ellos la llamaban.

—No me lo puedo creer —murmuró ella, con la boca abierta y los ojos como platos.

—Y me vine a vivir aquí, comencé a trabajar como conserje y ella como limpiadora en otro edificio. Aquí nació nuestra hija Adamari, mismo nombre que su madre.

—¿Y tus padres la veían?

—No, no teníamos contacto, a mí me ingresaban mi sueldo y poco más. Ellos pensaban que yo me iba a cansar de la situación y la terminaría dejando.

—Pero tu hija siempre sería tu hija —comentó ella, que estaba tan impactada como yo.

—Sí, pero para ellos era indiferente. Mis padres fallecieron al poco tiempo. Él, en un accidente aéreo que fue muy sonado y ella de un infarto, con lo cual se marcharon sin arreglar nada conmigo, eso sí, toda su fortuna y propiedades quedaron para mí, pero mi mujer que sufrió mucho con la indiferencia de mis padres se negaba a cambiar su vida. Siguió limpiando y yo seguía de conserje. En aquel entonces el edificio estaba alquilado a diferentes inquilinos. Éramos felices sin necesidad de mucho, pero un día —se le cayeron las lágrimas y la voz le temblaba.

—Tranquilo, John —le dije acariciando su hombro.

—Yo estaba en el médico en una revisión anual y cuando llegué —rompió a llorar con desgarro—, el apartamento ardía con ellas dentro y los bomberos no pudieron hacer nada.

—Mierda —murmuró Lisa, levantándose para abrazarlo.

—Las perdí, a mis dos grandes amores las perdí. Ellas eran mi verdadera familia.

—John, lo sentimos mucho. Se te ve un buen hombre.

, —Soy una persona muerta en vida, pero aquí estoy —le acarició la mejilla— agradecido de pasar esta noche tan triste para mí cenando con vosotros.

—Y yo soy la mujer más feliz del mundo de haber perdido ese avión —dijo llorando y abrazándolo fuertemente para luego venir a mí y hacer lo mismo.

a —Siento haberos dado la noche.

a

’ —Para nada —dijo Lisa, mirándolo con mucho cariño—, pero eso sí, termina de contar la historia —dijo provocándonos una risita—. Una tiene corazón, pero también le va el salseo —decía en un intento de relajar un poco ese momento.

—Mi vida se paró en ese momento entre lágrimas de desolación que hoy en día sigo derramando. El seguro arregló la casa y de ella sacaron algo de los restos. Para mí, se habían quedado para siempre ahí y ahí estaré hasta el día que muera. Recuerdos mientras trabajo en memoria de esos días que fui tan feliz. Viviendo en esa casa que tantos momentos bonitos construimos. Anclado a mis dos amores, esos que están a cada segundo en mi corazón. Esto pasó hace diez —suspiró—. En esos momentos dejé de ir alquilando apartamentos conforme se fueron vaciando, ya que pensaba hacer una pequeña reforma, pero fue entonces cuando tu empresa me propuso comprar el edificio y yo les puse como condición que yo sería el conserje hasta que me quedara sin fuerzas y viviría en la casa hasta el final de mis días. Y aquí estoy, trabajando para la empresa, en la casa que un día fui plenamente feliz y con el sueño de poder reunirme con ellas algún día.

—Como para comerme la carne. Tengo la garganta cerrada —murmuró Lisa entre lágrimas—. Con vosotros do estoy llevándome la mayor lección del mundo y es que aún hay hombres que se merecen todo lo más bonito, como es en vuestro caso —nos señaló a los dos simultáneamente—. Cada vez me alegro más de no haber podido coger ese vuelo.

—John, nunca te lo he dicho, pero siempre vi en tus ojos la bondad en todo su resplandor y ahora no me queda más que ratificarlo después de habernos regalado la posibilidad de conocer tu historia.

—Y yo soy la mujer más feliz del mundo de haber perdido ese avión —dijo llorando y abrazándolo fuertemente para luego venir a mí y hacer lo mismo.

—Siento haberos dado la noche.

—Para nada —dijo Lisa, mirándolo con mucho cariño—, pero eso sí, termina de contar la historia —dijo provocándonos una risita—. Una tiene corazón, pero también le va el salseo —decía en un intento de relajar un poco ese momento.

—Mi vida se paró en ese momento entre lágrimas de desolación que hoy en día sigo derramando. El seguro arregló la casa y de ella sacaron algo de los restos. Para mí, se habían quedado para siempre ahí y ahí estaré hasta el día que muera. Recuerdos mientras trabajo en memoria de esos días que fui tan feliz. Viviendo en esa casa que tantos momentos bonitos construimos. Anclado a mis dos amores, esos que están a cada segundo en mi corazón. Esto pasó hace diez —suspiró—. En esos momentos dejé de ir alquilando apartamentos conforme se fueron vaciando, ya que pensaba hacer una pequeña reforma, pero fue entonces cuando tu empresa me propuso comprar el edificio y yo les puse como condición que yo sería el conserje hasta que me quedara sin fuerzas y viviría en la casa hasta el final de mis días. Y aquí estoy, trabajando para la empresa, en la casa que un día fui plenamente feliz y con el sueño de poder reunirme con ellas algún día.

—Como para comerme la carne. Tengo la garganta cerrada —murmuró Lisa entre lágrimas—. Con vosotros dos estoy llevándome la mayor lección del mundo y es que aún hay hombres que se merecen todo lo más bonito, como es en vuestro caso —nos señaló a los dos simultáneamente—. Cada vez me alegro más de no haber podido coger ese vuelo.

—John, nunca te lo he dicho, pero siempre vi en tus ojos la bondad en todo su resplandor y ahora no me queda más que ratificarlo después de habernos regalado la posibilidad de conocer tu historia.

Capítulo 12



Alex

Terminábamos la segunda botella de vino mientras seguíamos impactados con la historia de John. Era toda una lección de vida que te hace reflexionar de que no se puede juzgar a las personas por dónde estén o cómo vivan, muchas veces podemos estar realmente equivocados. La lección había sido tan grande que dejaba claro que la lealtad y el amor seguían existiendo en un mundo que estaba totalmente cambiando.

Lisa, que no estaba muy acostumbrada a beber y las cuatro o cinco copas de vino ya las llevaba encima, decía que quería ir a vivir la noche a la nieve. Por no mencionar la copa de champán que también se bebió.

Sacó una botella de Whisky que yo había comprado y unos refrescos. La miré aguantando la risa porque como siguiera bebiendo no sabía cómo iba a terminar.

Volvió a coger hielo para los vasos y sirvió las tres copas.

—Aquí, vuestra camarera oficial, más que nada porque soy la pobre del grupo —sonrió ampliamente—. Pero luego nos vamos a la nieve. Una copita y a la calle.

—En la calle no se puede estar —murmuró John.

—¿A que os demuestro qué sí? —Nos miró sacando mofletes.

—Lisa, estás bebiendo mucho.

—Dice un refrán que hay que beber, vivir y... lo otro ni se me pasa por la cabeza —murmuró, causándonos una risita y John negaba el pobre hombre sonriendo y asombrado—. Tirada en Navidad, con dos desconocidos que son dos amores de hombres, y una cena que estuvo más que deliciosa. ¿Cómo no vamos a hacer un muñeco de nieve para terminar el día?

—Hace demasiado frío. Es como si clavasen cuchillos en el cuerpo.

—John, por favor, que eres de aquí, que no se diga —protestó ella con gesto de cabeza incluído.

—A esta hora es impensable salir a la calle.

—Señor serio —se refirió a mí, por lo que se decía de los alemanes—. Que no se diga, que ya se te debería de haber contagiado mi alegría. Tiempo has tenido. Además, vas a salir por la puerta el primero.

—¿Y qué hice para merecer eso?

—No vivir la vida y estar estancado en algo que no te deja avanzar. ¿Te parece poco?

—No bebas más, por el bien de los tres —murmuré aguantando la risa ante un John que no podía contenerla.

—Quiero mi muñeco de nieve de recuerdo de estas maravillosas Navidades.

—Al menos las defines como maravillosas —me froté la cara.

—Vamos, Alex, más vidilla, que parece que tienes setenta años.

—Uy, esto se pone duro —murmuró John.

—Tranquilo, si lleva desde ayer haciendo referencia a que podría ser su padre —volteé los ojos.

—Tú, mi padre y él, mi tío. Si es que más familiar no hemos podido tener la cena —se levantó y le dio un beso en la mejilla a John y otro a mí—. Bebeos rápido la copita que nos vamos a la calle —le dio un trago larguísimo a whisky.

—Lisa, por favor.

—Dímelo bailando salsa.

—Te recuerdo que soy alemán —me aguanté la risa.

—Por eso, no me lo puedo perder.

l

n

—No me imagino a Alex bailando a ritmo latino —murmuró John, mirándola con la ceja levantada.

—¿Bailas o bajamos? —me preguntó, señalándome con el dedo.

—Ahora mismo te hago ese muñeco de nieve —respondí viendo que era capaz de ponerme a bailar.

—¡¡¡Vamos!!! —levantó las manos recordándome a mi hija pequeña. Se puso un chaquetón largo, las botas de pelo, un gorro, una bufanda y se fue cantando hacia la puerta la típica canción de Navidad de Mariah Carey.

Menos mal que no había nadie más que nosotros tres en el edificio porque la voz cada vez la iba elevando más haciendo la subida y bajada de tonos de la canción.

—Qué bien canto —se dijo así misma mientras salía del ascensor y comenzaba a intentar hacer unos pasos de ballet, pero no tenía equilibrio.

El pobre John estaba en alerta por si iba al suelo de boca. Yo negaba incrédulo, viendo la situación. Me sentía en la época de soltería donde nos tocaba vigilar al que se había emborrachado del grupo.

—Toma —le di el móvil a John con el modo cámara encendido y le hice un gesto para que nos grabara. Lisa iba directa hacia afuera.

Aligeré el paso para cogerla en brazos y salir con ella en alto para hacer la broma de que la iba a lanzar a la nieve.

—A la de una, a la de dos y a la de...—¡Mierda, se me había escapado!

—¡¡¡Hijo de puta!!! —gritó mientras que iba directa a una montaña de nieve.

—¡Joder! —Me agaché preocupado— ¿Estás bien?

l

—¡Asesino de jovencitas! —me gritó moviendo las piernas y brazos mientras seguía tirada para no dejar que me acercara más.

—Te juro que fue sin querer —le aguanté las piernas y al mirar al lado me vi a John grabando todo y muerto de risa. Le hice un gesto de que no se riera, pero no había forma.

—Te voy a decir una cosita —me señalaba sin dejar que la ayudara a levantarse—. Que tú serás todo lo fino que quieras, pero que esto lo pienso denunciar como intento de asesinato. Verás tus Navidades del año que viene entre rejas, van a ser también de lo más diferentes.

—Vamos —le agarré los brazos y la levanté.

—A la policía vamos, vamos que si vamos. ¡Asesino! Que has hecho desaparecer hasta a mi muñeco de nieve.

—¿Qué muñeco? No había ninguno.

—Sí lo había, pero me has lanzado contra él malintencionadamente para cargártelo.

—No sabes lo que dices —me reí negando.

—Elije, a la poli o me haces el muñeco de nieve.

—A la poli, siempre a la poli —murmuré causando una carcajada a John.

—Cuánto valor, Alex —me dijo él sin dejar de grabar ni de reír tampoco.

—Pues no quiero, ahora me vas a hacer el muñeco de nieve por haber jodido mi cadera —se ponía a andar despacito haciéndose la coja.

^a —¡Una rata! —grité en broma para que se le quitara la cojera sin saber que iba a ser mi segunda cagada de la noche. Dio tal salto que termino de boca contra la nieve.

Corrí a levantarla para que no se asfixiara y me miró con la cara roja casi quemada del frío que había recibo de golpe.

—Normal que tu mujer ni te hable —me dijo causándome una carcajada y escuché que la de John no fue menos grande.

—Venga, te ayudo a levantarte —la cogí por los brazos.

—No me toques, no me hables, no respires. ¡Eres un salvaje! —gritó y vi cómo una mujer se asomaba a la eventana tras el cristal y también comprobé que John se había tomado muy en serio lo de grabar.

Se levantó y me miró fijamente. Me señaló con su dedo y sacando morros se giró para dirigirse a John que seguía con el móvil apuntando a ella.

—Unas palabritas —le dijo él buscándome la lengua.

e

^o —Hoy, vísperas de Navidad en la ciudad de Boston.

—Y en el mundo entero —le rectificué y se agachó, cogió una bola de nieve y me la lanzó a la cara. La esquivé a lo justo.

—Sigue grabando —le exigió a John, como si el pobre no lo estuviera haciendo—. Lo que decía, esta víspera de Navidad —se ponía la mano en gesto de micrófono— estoy recluida con un alemán y un millonario que ejerce de conserje en el propio edificio que él vendió. Cosas extrañas que se viven en una ciudad que está bloqueada sin acceso ni salida a ella. El alemán me quiere matar o no entiendo esos intentos de estamparme contra el suelo.

—Contra la nieve, contra la nieve —le rectificué y me lanzó otra bola que esta vez sí me dio en la cara.

—Corta que lo mato —le dijo a John mientras yo veía cómo venía directa hacia mí, pero dio un tambaleo y volvió a caer.

—Está para meterse en la cama y dormir —dijo John, grabándola con el móvil.

Me daba a mí que él estaba en ese punto de haber bebido tanto que se había metido en el papel de fotógrafo, pues no dejaba de immortalizarlo todo.

—Yo a la cama no, que hoy tengo que bailar con el alemán —dijo estirando las manos para que la levantara y le hice con tanta fuerza que cuando llegó a mí caímos hacia atrás. Yo de culo y ella encima agarrada a mi cuello.

—¿Estás bien? —le pregunté preocupado y mirándola a pocos centímetros de mí.

—Qué guapo estás, papá.

—Ya te vale —le dije riendo y escuché a John que también lo hacía.

—¿Y si nos quedamos aquí toda la noche?

—Moriremos congelados —carraspeé.

—Si no mueres congelado, vas a morir de pena por esa mujer. Así que tú decides —se echó a reír sobre mi hombro.

Entre risas nos levantamos como pudimos y ya nos adentramos en el edificio.

—Aquí llevas el reportaje de tu vida —dijo John, devolviéndome el móvil—. Ha sido una gran noche, os lo agradeceré de por vida.

—Ya me has hecho llorar —dijo Lisa, dándole un abrazo—. Reza por mí que este es capaz de pagar conmigo esta noche lo que no hace con la mujer.

—Dudo que el señor Alex sea capaz de algo así —sonrió y le acarició la mejilla.

—Que descanses, don rico escondido —le dijo ella, a la vez que se giraba y me cogía de la mano—. Me voy con mi padre adoptivo.

Volteé los ojos sin perder la sonrisilla. Desde luego que de este día lo iba a recordar absolutamente todo para el resto de mis días.

—Elige, abrimos una botella de vino o nos echamos otro Whisky —me dijo, cuando íbamos en el ascensor aún de la mano que no me la soltaba.

—No voy a elegir, tú no debes beber más.

—¿Qué pasa, que me salvas de una situación catastrófica en el aeropuerto para venderme que cuidarás de mí para ahora ponerme normas y no dejarme beber lo que has comprado? Esto es lo más cruel que he vivido en unas Navidades. Esto no lo puedo permitir. Quiero un Whisky o chillo mucho.

» —Estamos solos en el edificio. Puedes gritar lo que quieras.

—¿Ya no me quieres? —se pegó a mí poniendo cara de tristeza.

—Lisa —me reí abriendo la puerta del ascensor—. Has bebido mucho esta noche.

—¿Y? ¿En qué parte del contrato dice que no puedo beber a partir de una determinada cantidad de indigestión por etílicos?

—Para estar un poco pasada te explicas muy bien —le di un toque en la nariz antes de que pasara hacia el apartamento.

—¡Vamos a bailar!

—Elige, bailar o beber.

—Bailar, bailar —volteé los ojos y se me hizo un gesto de resignación.

—¿Una balada o reggaetón?

—Una balada, por favor.

—Lo de mover el culo no es lo tuyo, ¿verdad?

—Verdad de la buena —me fui quitando todas las capas de ropa que llevaba.

—Busca en tu móvil la canción de *Imagine* de *John Lennon* —me pidió.

—Es un temazo. Lo tengo en mi *Playlist* —la busqué y la puse dejando el móvil en la mesa.

Se vino hacia mí y la agarré de manera suave para bailar. No es que tuviera una sincronización muy grande para el baile, pero alguna que otra balada había bailado en alguna ocasión.

Pegó su cabeza a mi hombro y nos dejamos llevar por esa canción que, sin duda, muchas personas coincidían en que era una de las más bonitas del mundo.

Cerré los ojos y me dejé llevar por la música con una Lisa que tarareaba la letra y le ponía un tono de lo más dulce. Se me erizó por unos segundos la piel y sentí cómo el olor de su perfume se impregnaba en mi olfato.

Tenía la sensación de que se me iban despertando las emociones y que conectaba conmigo mismo. La música producía como una especie de fantasía que se expresaba a través de los movimientos.

Era increíble cómo el baile se podía transformar en alegría, melancolía, tristeza, dolor... Todo dependía del momento y de con quién estuvieras en ese instante.

Ahora mismo mis sentimientos estaban divididos entre la tristeza de no poder vivir esto con la mujer que amaba, y la frescura y alegría que me causaba Lisa. Todo muy contradictorio y fuera de la lógica.

Me dejé llevar por la música y aunque ella era la experta de los movimientos, se dejó llevar por los míos. Por unos momentos pensé que se había quedado dormida en mi pecho cuando dejó de tararear, pero la observé y me miró lanzando su mirada hacia mis ojos a la vez que me sonreía. Volvió a su lugar a seguir disfrutando del mágico momento en el que nos estaba envolviendo la música, mi pecho.

Cuando terminó la canción me cogió de la mano y me llevó al sofá para que nos sentásemos allí.

Estaba muy bebida, momento que aproveché cuando se quedó dormida sobre mi hombro para levantarla en mis brazos y llevarla a su cama.

La dejé allí acostada y tapada. La miré sonriendo y recordando tantos momentos vividos esta noche que no se me olvidarían en la vida.

Se vino hacia mí y la agarré de manera suave para bailar. No es que tuviera una sincronización muy grande para el baile, pero alguna que otra balada había bailado en alguna ocasión.

Pegó su cabeza a mi hombro y nos dejamos llevar por esa canción que, sin duda, muchas personas coincidían en que era una de las más bonitas del mundo.

Cerré los ojos y me dejé llevar por la música con una Lisa que tarareaba la letra y le ponía un tono de lo más dulce. Se me erizó por unos segundos la piel y sentí cómo el olor de su perfume se impregnaba en mi olfato.

Tenía la sensación de que se me iban despertando las emociones y que conectaba conmigo mismo. La música producía como una especie de fantasía que se expresaba a través de los movimientos.

Era increíble cómo el baile se podía transformar en alegría, melancolía, tristeza, dolor... Todo dependía del momento y de con quién estuvieras en ese instante.

Ahora mismo mis sentimientos estaban divididos entre la tristeza de no poder vivir esto con la mujer que amaba, y la frescura y alegría que me causaba Lisa. Todo muy contradictorio y fuera de la lógica.

Me dejé llevar por la música y aunque ella era la experta de los movimientos, se dejó llevar por los míos. Por unos momentos pensé que se había quedado dormida en mi pecho cuando dejó de tararear, pero la observé y me miró lanzando su mirada hacia mis ojos a la vez que me sonreía. Volvió a su lugar a seguir disfrutando del mágico momento en el que nos estaba envolviendo la música, mi pecho.

Cuando terminó la canción me cogió de la mano y me llevó al sofá para que nos sentásemos allí.

Estaba muy bebida, momento que aproveché cuando se quedó dormida sobre mi hombro para levantarla en mis brazos y llevarla a su cama.

La dejé allí acostada y tapada. La miré sonriendo y recordando tantos momentos vividos esta noche que no se me olvidarían en la vida.

Capítulo 13



Lisa

Estaba tan calentita en la cama que no quería levantarme. No sabía qué hora era, y lo de abrir los ojos pues como que tampoco me apetecía, vaya.

Entraba luz por la ventana, pero había algo que no me cuadraba. ¿Tenía una ventana nueva? Porque cuando dormía recostada, la luz me llegaba por la derecha, no por la izquierda como era el caso. Ah, pero que igual era yo la que estaba mal acostada.

¿Y por qué me dolía la cabeza? ¿Qué había hecho en las últimas horas? O días, ya puestos, porque, ¿qué día era?

Uf, qué pereza, no quería levantarme de la cama, y me estaba notando unas ganas de ir al baño que, o iba, o me lo hacía encima. Me aguantaría un poquito más, que estaba muy a gusto con las sábanas calentitas y suaves.

Calentitas y suaves, como las de casa de mi madre, claro, de ahí que la ventana estuviera a la izquierda de la cama. Entonces estaba en California de vuelta por Navidad, así que, sí, me podía permitir unos minutos más durmiendo.

Suspiré acurrucándome de nuevo en la cama y me quedé allí dormida unos minutos más, aunque no sabría decir cuántos, hasta que mi cuerpo y mi vejiga dijeron basta.

A regañadientes retiré las sábanas, pero sin abrir los ojos, y tenía tal dolor de cabeza que mis movimientos empezaron a ser como los de ese animalito, el perezoso que iba tan despacio y lento. Fui entreabriendo los ojos poco a poco para acostumbrarme a la luz y cuando lo hice, por Dios que los abrí de golpe.

¿Dónde estaba? Porque esa habitación no era la de casa de mis padres, ni por asomo. No había viejas fotos mías ni el peluche favorito de mi infancia y mucho menos vi esa foto de tamaño grande que tanto Kim, como yo, teníamos de nuestra primera función oficial como parte del cuerpo de baile de la compañía en la que entramos con papeles importantes a los dieciocho años, las dos vestidas de rojo y negro, impecables tras esa función.

¿Había salido con ella la noche anterior de copas y estaba en la habitación de algún hotel después de irme con

alguien? Dios, que no fuera eso, por favor.

Al menos estaba vestida, pero eso sí, más que a mi perfume olía a destilería.

Y me hacía pis, mucho, así que tenía que ir en busca del baño perdido, a lo Indiana Jones, por lo que tras echar un vistazo a las puertas que resultaron ser de un armario empotrado, y buscar el baño sin éxito, al igual que mi móvil, abrí la puerta de la habitación y salí al pasillo. Esto no era un hotel, porque dudaba mucho que el baño fuera compartido.

Entré, hice pis y salí de nuevo al pasillo, tal vez Kim había alquilado un apartamento nuevo y estaba en él, en vez de en casa de mis padres. Dios mío, qué dolor de cabeza...

Cada paso que daba me pesaba más que el anterior, ¿cómo podía ser eso posible? Si es que de verdad que me veía caminando con los pies arrastras porque no podía con mi alma.

Y entonces me vino un delicioso olor a café, el aroma de ese líquido negro que me revivía y me activaba con las pilas bien cargadas, así que me guié por mi olfato y llegué a lo que sin duda era el salón.

Escuché ruido y deduje que era Kim haciendo el desayuno, ahora hablaría con ella para que me dijera qué había pasado esta noche porque de verdad que no tenía ni la menor idea. Y ya puestos que me dijera cuándo se había mudado de apartamento porque este no era en el que vivía antes, ese donde yo me había instalado como una *okupa*.

Al ir a entrar en la cocina me quedé parada, anonadada más bien, al ver allí de espaldas ajeno a mi presencia a un hombre alto, de cabello rubio, con una espalda, unos hombros, y un trasero que... Llevaba mucho tiempo sin estar con un hombre y esa visión había sido de lo más pecaminosa para mi mente.

Qué bien le sentaba el pantalón de pijama, ¿no? Debía ser un ligue de Kim, ¿o sería el mío? Entrecerré los ojos y me quedé mirando a aquel hombre que seguía cocinando sin darse cuenta de que yo estaba ahí, y mejor porque si era al ligue de Kim no quería que pensara que yo era una especie de mirona.

Pero volviendo a mis pensamientos, intenté verme con ese hombre en la cama, incluso cerré las piernas a ver si notaba alguna ligera molestia que antes no estuviera ahí... Pero nada, no había molestias por lo que ese rubio debía ser el ligue de Kim.

—Eh... buenos días —dije con un carraspeo, y él se giró con una bonita sonrisa.

—Buenos días, Lisa.

—Uy, pero si eres Alex —fruncí el ceño—. ¿Qué haces en el apartamento de mi amiga?

—¿Perdón? —Me miró con los ojos muy abiertos.

—Por tu cara creo que la que está equivocada, soy yo.

—Pues me da a mí que sí —rio—. No me digas que no recuerdas nada de lo que pasó anoche.

—No, espera —levanté la mano y cerré los ojos, concentrándome, y algunas cosas de la noche anterior sí que vi, sí—. Vale, cenamos con John, el portero, tuvimos una noche divertida y... el resto está en blanco —suspiré.

—¿En serio? No me lo puedo creer.

—Y tan en serio, como que después de esa copa de champán no recuerdo nada.

—Ya me extrañaba que no hubieras sido muy efusiva con tus buenos días —carraspeó.

^s —¿Qué quieres decir?

—Nada, nada —sonrió de medio lado—. ¿Café?

^l —Por litros, y una pastilla también, por favor.

—¿Dolor de cabeza?

—Como si estuvieran dando las campanadas ahí dentro —suspiré.

Cogió unas pastillas del mueble de la cocina, me puso dos junto al café y me las tomé con ese primer sorbo que supo a gloria, de verdad. Esperaba que las pastillas me hicieran efecto pronto porque el dolor de cabeza que tenía era como una tortura.

—¿Bebí mucho? —curioseé.

—Hombre, un poquito sí —sonrió.

—O sea, que viste mi peor faceta, esa que no es la de mujer responsable, qué bien —resoplé—. Sé que bebí de más porque me he levantado pensando que este era el nuevo apartamento de Kim —preferí no decirle que a él lo había confundido con su ligue, o incluso el mío.

—Es que te propusiste beberte todo el alcohol de la casa, y casi cumples tu promesa. Si no te lo llego a impedir, lo habrías hecho.

—Qué vergüenza —me tapé la cara con ambas manos—. Dime que no hice nada que resultara bochornoso, por

favor.

—Me da penita que no recuerdes nada.

—¿Penita por qué?

—Porque... Nada, olvídalo —le quitó importancia con un gesto rápido de la mano.

—No, no, habla ahora o calla para siempre.

—Mejor me callo.

—Ah, no, a mí no me dejes con esa intriga.

—Digamos que... —Se acercó un poco más a mí para dejarme un plato con huevos revueltos, bacón y pan tostado— No fuiste sola a la cama —murmuró.

Y para poneros en situación de cómo se me quedó la cara en ese momento y me visualicéis tal cual, ¿la película *Jurassic Park*, donde la niña se quedaba con la gelatina en la mano temblando y la cara de circunstancias, os suena? Pues justo era mi cara en este preciso instante.

Dios mío de mi vida, ¿me estaba diciendo lo que yo pensaba que me estaba diciendo? ¿Me había ido a la cama con él? ¿Me había acostado con un hombre prácticamente desconocido para mí, que además estaba casado y tenía una hija?

No podía ser, de verdad que no, yo no había hecho eso, normalmente si me tomaba una o dos copitas de más controlaba. En qué momento perdí el Norte, el Sur, ¿y todos los jodidos puntos cardinales?

Tragué saliva con fuerza y ni tiempo me dio para preguntarle pues su móvil empezó a sonar y me lo dio al ver que era Kim quien me llamaba.

—Buenos días, Feliz Navidad —dije mientras me iba hacia el pasillo para encerrarme en la que era mi habitación de prestado.

—¡¡Feliz Navidad!! ¿Qué tal pasó mi mejor amiga la noche?

—Pues se ve que me lo pasé de miedo, porque bebí tanto que no me acuerdo de nada, y ahora creo que me he acostado con mi ángel rescatador.

—¿Qué?

—No chilles, que tengo la cabeza que parece que está tocando la banda de música del instituto.

—Pero, ¿cómo te vas a haber acostado con un hombre y no recordarlo?

—Eh, ¿hola? Se llama resaca, Kim, resaca etílica. Y él está casado, que es peor.

—Mira el ángel, qué diablillo nos ha salido —rio la muy cabrita.

—No te rías, que esto es serio.

—¿Dónde estás?

—En la habitación que ocuparé durante este temporal —suspiré.

—¿Huele a sexo en el ambiente?

—¿Qué? Por Dios, Kim.

—Mujer, si te has liado con el angelito ese, pues olerá a sexo, digo yo.

—Yo solo me huelo a mí, y tengo un tufillo a destilería que en cuanto desayune me doy una ducha.

—Entonces cálmate, si no has apreciado olor a sexo, puedes estar tranquila. Tal vez solo te comió un poquito, ya sabes...

—Madre mía, no estoy para mantener esta conversación —resoplé.

—Claro, porque estás borracha todavía —rio—. Oye, que solo quería comprobar que ese hombre no te había cenado, pero vamos que igual te tomó de postre.

—Vale, Kim, se acabó. Gracias por cerciorarte de que sigo viva, Feliz Navidad.

—Venga, mañana te llamo a ver qué tal clima tenéis.

—Pues malo, y yo estoy cagadita de miedo por si no puedo salir antes de Fin de Año de Boston.

—Verás como sí, cariño, tú tranquila y confía. Te quiero.

—Y yo, adiós. Y gracias por llamar, en serio.

Colgué y volví a la cocina donde Alex me esperaba para desayunar. Le devolví el móvil y mientras comíamos ninguno de los dos dijo nada, pero a él le veía de vez en cuando una risilla en los labios, era un gesto más bien discreto, pero estaba ahí, mortificándome mientras me hacía una y otra vez la misma pregunta.

¿Me había acostado con Alex, un perfecto casi desconocido?

Colgué y volví a la cocina donde Alex me esperaba para desayunar. Le devolví el móvil y mientras comíamos ninguno de los dos dijo nada, pero a él le veía de vez en cuando una risilla en los labios, era un gesto más bien discreto, pero estaba ahí, mortificándome mientras me hacía una y otra vez la misma pregunta.

¿Me había acostado con Alex, un perfecto casi desconocido?

Capítulo 14



Lisa

Tras el desayuno fui a darme una ducha, necesitaba quitarme el olor a destilería y ponerme un poquito de mi perfume.

Y que bien me sentó esa ducha calentita y relajante. Pero seguía sin recordar lo que hice la noche anterior.

Al menos el dolor de cabeza había pasado un poco, esas pastillas hicieron milagros.

Alex seguía evadiendo mis preguntas, dando a entender que había pasado algo, no me decía qué, pero a ver, que no había que ser muy listos para saber que dos adultos solos en un apartamento y con un poquito de alcohol en el cuerpo, habrían pedido la cabeza en algún momento.

Cuando salí del baño ya vestida con unos leggins negros y una camiseta con lo que estaría la mar de cómoda para pasar ese día de Navidad fui hacia el salón donde Alex revisaba algo en el móvil.

—Toda tuya —dije y cuando me miró arqueó la ceja—. Me refiero a la ducha.

Sonrió de medio lado y se fue hacia el cuarto de baño. Yo me serví un café, necesitaba estar ocupada con algo porque tanto pensar me iba a volver loca.

Me senté con la taza de café caliente entre las manos, cerré los ojos mientras aspiraba el aroma y tuve como un flash en ese momento.

Recordé la cena con John, todo lo que nos contó a Alex y a mí, y se me volvió a hacer un nudito en la garganta con ese pellizco en el corazón, la verdad es que era una pena que hubiera perdido a sus dos grandes amores de esa manera.

Me sequé unas lagrimillas que caían por mis mejillas, y de repente los recuerdos de la noche anterior me fueron viniendo de a poquito.

Además de llorar por lo que nos contó John, reímos y mucho, hasta el punto de que a mí me dolía la barriga de

tal manera que creí que no podría levantarme sin hacerme pis encima.

Y comimos dulces, bebimos como era obvio, y bailamos. O sea, el señor alemán y yo estuvimos bailando.

Debía admitir dos cosas, que para no ser un experto bailarín se le daba muy bien, y la segunda que me había fijado en Alex mucho más de lo que pensaba.

Regresé poco después y mientras se servía un café le entró una llamada de su peque, momento en el que le vi esa preciosa sonrisa que comenzaba a gustarme, tanto que, si me dejara y tuviera mi móvil, le haría una foto para no olvidarme nunca de ella.

—¡¡Feliz Navidad, papi!! —la escuché gritar y sonreí.

—Feliz Navidad, mi niña preciosa —le dijo él sin perder esa sonrisa.

Yo me quedé donde estaba y él se sentó de modo que quedé a un lado suyo y donde la niña no me viera, aunque me hubiera dicho que a su pequeña sí le contaría esta anécdota, no era plan de que hiciera preguntas ahora o que su mujer pudiera verme.

;

—Papi, me ha traído Santa Claus en casa de los abuelos de mami unos regalitos.

—¿Sí? Eso es que este año has sido muy buena.

—Pero me faltabas tú, que yo quería darte un abrazo.

—Y me lo vas a dar en cuanto llegue, cariño, ya lo verás.

—Te echo de menos.

—Y yo, mucho, mucho —le vi darse un beso en la mano y se lo lanzó a ella, que empezó a reír flojito—. ¿Y mamá?

—Con la abuela hablando en la cocina, se están tomando un café. A ella también le han dejado regalitos.

—Ya imagino.

—Hanna, ¿qué haces con mi móvil? —escuché que preguntaba la madre con un tono bastante poco cordial, la verdad— Dámelo.

—Estoy hablando con papá, te lo he dicho, pero estabas con la abuela.

—Anna —dijo él para que lo escuchara.

—Ah, hola. No veía a la niña y me asusté.

—Ya. ¿Cómo estás? —le preguntó él.

—Pues bien, con los míos, ya sabes. Tengo que llevarme el móvil, que mi madre quiere ver unas cosas que va a comprar.

—Claro. Hija, te quiero, nos vemos pronto, ¿vale?

—Vale, papi. Yo también te quiero mucho, como en *Toy Story*.

—Hasta el infinito, mi niña —lo vi sonreír—. Adiós.

—Adiós, pa...

Me quedé mirando a Alex con ambas cejas elevadas, porque me daba la sensación de que la mujer había cortado la llamada. Él me lo confirmó cuando murmuró eso mismo.

—¿Cómo has visto a tu princesa? —le pregunté dando un sorbo al café para quitarle esa carita de pena.

—Preciosa, como siempre —sonrió.

—Así es como ella tiene que verte —dije señalándolo—. Siempre sonriendo, nunca triste. Es una niña y aunque sea pequeña, seguro que se da cuenta de las cosas.

—Lo sé, y te aseguro que algo sí nota.

—Siento decirte esto, pero Anna ha estado un poquito...

—No lo digas que lo sé, fría, distante, borde, ¿cuál eliges?

—Eh... ¿todos? —sonrió de nuevo— Bueno, ¿qué te parece si vamos poniendo la mesa, y mientras picamos algo de la comida? Después nos tomamos el plato fuerte.

—¿Y ese cuál es?

—Pues mira, si anoche entre tú y yo hubiera pasado algo, te diría que yo —me señalé con el dedo en el pecho—. Pero como me he acordado de todo y en ningún momento hicimos nada, el plato fuerte es la carne, como anoche.

—¿Recuerdas todo?

—Sí, también sé por qué has dicho que no me fui sola a la cama. Me llevaste tú en brazos.

—No creas que no me costó, que pesas lo tuyo.

—¿Disculpa? —chillé abriendo los ojos y se echó a reír— Soy un peso pluma, por favor. Ligera como un cisne, mira —me puse en pie y comencé a moverme por allí, dando algunos leves saltitos y girando sobre mí misma—. Que te hago el salto del...

—No me digas del tigre, por favor.

—No —reí—. Iba a decir el salto de *Dirty Dancing*, que es el más famoso del cine, y así comprobarías que de verdad no peso nada. O sea, anoche es que, entre la comida, los dulces y el alcohol, pues estaba hinchadita —me encogí de hombros.

—Eres única, Lisa —me dijo con una bonita sonrisa en los labios mientras me acariciaba la mejilla, y noté que esta empezaba a arder un poquito.

—Sí, no tengo gemelas ni nada, ni siquiera hermanos. Lisa bailarina solo hay una —contesté haciendo una leve reverencia como las que hacíamos en las funciones.

—Venga, vamos a poner la mesa y picamos mientras.

—Eso, que estoy deseando comerme esa carne.

—Seguimos hablando de la misma carne, ¿verdad?

—Pues claro, a ver en qué carne estás pensando tú —le hice una burla sacándole la lengua y se echó a reír.

Fuimos poniendo la mesa y picando mientras, tal como habíamos dicho, por no hablar de que nos bebimos una copa de vino la mar de a gusto.

Nos sentamos a la mesa y brindamos por esa Navidad tan diferente que estábamos viviendo, y yo no dejaba de pensar que de verdad el haberme quedado tirada en el aeropuerto había sido al final algo bueno.

No estaba con los míos y los echaba mucho de menos, pero había tenido la oportunidad de pasar estas fechas tan especiales con una persona que lo era aún más.

Y en el veía tantas cosas que me habían pasado a mí antes, que me dolía ver que estaba pasándolo mal por su

mujer, por el modo en el que se relacionaban.

Si fuese yo quien estuviera en casa con mi hija esperando la llegada de mi marido para pasar estos días, y me dijera que se quedaba tirado por el mal tiempo, no me despegaría del teléfono para hablar con él y que viera a nuestra hija cada media hora, vamos.

—¿Postre? —preguntó.

—Por favor, eso ni, se pregunta, ni se duda. Siempre hay un huequito para el postre —me di un par de palmaditas en la barriga y él soltó una carcajada.

Nos comimos para el postre unas copas de chocolate con nata buenísimas, y el café lo tomamos en el sofá donde nos acomodamos con una manta para ver alguna película.

—Te dejo elegir —dijo dándome el mando—. Pon la película que quieras.

—¿De verdad?

—Sí.

—¿Estás seguro?

—Absolutamente.

—Ay, ¡qué te como! —le di un abrazo que me salió del alma, pero es que ese hombre era de lo más achuchable — Me encanta ver en estas fechas *The Holiday*, es una peli muy navideña —dije mientras la buscaba.

La encontré, lo miré y sonrió.

—Venga, dale, no te cortes —rio.

La puse y me acomodé bien para verla, como le había dicho, esa película me gustaba mucho verla en estas fechas.

Empezó y lo vi la mar de atento observando lo que pasaba en la película. Yo la había visto tantas veces a lo largo de los años, que no verla en Navidad para mí sería como un sacrilegio.

ⁿ Había una parte, una frase en concreto, que nunca pensé que me podría identificar tanto, pero lo hizo en el momento en el que Paul y yo nos dijimos ese adiós definitivo rompiendo nuestra relación.

“Para algunas personas, de forma inexplicable, el amor se apaga. Para otras, el amor sencillamente se va”

El mío con Paul se apagó y terminó por irse, así sin más.

Notaba que me pesaban un poquito los párpados, pero no quería dormirme, sería de mala educación estando Alex allí. Pero al mirarlo acabé sonriendo al ver que se había quedado dormido.

Me quedé observándolo y parecía tan tranquilo en ese momento, que nadie diría que estaba al lado de una desconocida, que ahora mismo podría robarle y salir corriendo.

Vale, con el temporal que teníamos fuera no iba a llegar muy lejos, pero básicamente se estaba fiando de mí durmiendo así de tranquilo.

e

Volví a acomodarme bien, seguí viendo la película y lo dejé dormir, debía estar cansado no solo de la noche que tuvimos entre risas y demás, sino porque pensar también agota y mucho.

Y él no dejaba de pensar en su mujer, quién a mi modo de ver, no solo era fría con un Alex que se veía que la quería y se desvivía por ella y su hija, sino que parecía como si nada de lo que le ocurriera le importara.

¿Te quedas atrapado en Boston? Perfecto, yo me voy con la niña a casa de mis padres un par de días.

Suspiré, me acurruqué un poco más con la manta y pensé en la suerte que tenía Anna y lo poco que se molestaba en valorarla.

El mío con Paul se apagó y terminó por irse, así sin más.

Notaba que me pesaban un poquito los párpados, pero no quería dormirme, sería de mala educación estando Alex allí. Pero al mirarlo acabé sonriendo al ver que se había quedado dormido.

Me quedé observándolo y parecía tan tranquilo en ese momento, que nadie diría que estaba al lado de una desconocida, que ahora mismo podría robarle y salir corriendo.

Vale, con el temporal que teníamos fuera no iba a llegar muy lejos, pero básicamente se estaba fiando de mí durmiendo así de tranquilo.

Volví a acomodarme bien, seguí viendo la película y lo dejé dormir, debía estar cansado no solo de la noche que tuvimos entre risas y demás, sino porque pensar también agota y mucho.

Y él no dejaba de pensar en su mujer, quién a mi modo de ver, no solo era fría con un Alex que se veía que la quería y se desvivía por ella y su hija, sino que parecía como si nada de lo que le ocurriera le importara.

¿Te quedas atrapado en Boston? Perfecto, yo me voy con la niña a casa de mis padres un par de días.

Suspiré, me acurruqué un poco más con la manta y pensé en la suerte que tenía Anna y lo poco que se molestaba en valorarla.

Capítulo 15



Lisa

Me había quedado dormida, pero eso no lo era lo peor, sino que al despertarme tenía la cabeza y una mano sobre el pecho de Alex.

Qué vergüenza, madre mía, qué vergüenza.

Lo notaba respirar despacio y tranquilo, su pecho subía y bajaba y yo me miraba la mano allí apoyada y lo malo es que no se me hacía raro, ni un poquito.

Alex era un buen hombre, uno de esos que como ya le había dicho a él, quedaban pocos, y ahora que sabía que me quedé dormida viendo la película, lo que soñé no fue solo un sueño, sino que pasó la noche anterior.

En alguna que otra ocasión nos abrazamos y sentí una calidez increíble. Que fuera por delante que yo no era de enamorarme con facilidad, pero es que de Alex sería súper fácil hacerlo porque era un ser maravilloso.

Al final tendría que darle las gracias al dios del trueno, o a quien fuera que provocó este temporal que me dejó en tierra por Navidad.

Suspiré sin darme cuenta y noté que Alex movía la mano en mi hombro, lo que me daba a entender que, o ya estaba despierto de antes o se había despertado hacía poco.

Miré hacia arriba poco a poco y él hizo lo mismo, hasta acabó sonriendo al verme.

—Me he dormido —dije.

—Mi brazo lo ha notado.

—Ay, Dios —me aparté asustada y él comenzó a moverlo.

—Está algo dormido, pero no hay que lamentar daños.

—Lo siento, y mira que me quedé aquí a un ladito...

—No te preocupes. ¿Quieres que vayamos preparando la cena?

—Claro, sí —sonreí.

Nos levantamos del sofá y cuando entramos en la cocina sonó su móvil, era mi madre y me dio el móvil.

—Hola, mamá. Feliz Navidad.

—Feliz Navidad, mi niña. No te llamé antes porque seguro que anoche os dieron las tantas charlando y riendo y estaríais descansando.

—Pues sí —reí—, nos acabamos de despertar de la siesta, vamos a preparar algo de cena.

—Muy bien, cariño ¿Cómo estás?

—Pues seguimos atrapados por la nieve, pero al menos no estoy en el aeropuerto durmiendo en un banco.

—Eso es verdad, bendito Alex que llegó en el momento oportuno —sonrió.

—¿Vosotros qué tal?

—Bien, echándote de menos y con ganas de abrazarte por fin. Aquí están tus regalos para cuando vuelvas.

—Yo tendré que comprar los vuestros, que iba a cogerlos en el aeropuerto, y no pude.

—No te preocupes, mi niña, que con saber que estás bien y en buenas manos, ya estamos más que regalados.

—¿Es la niña? —escuché a mi padre de fondo y me reí.

—Dile que la niña ya tiene edad de tener canas —le dije a mi madre riendo.

—Te he oído, que tu madre justo ha puesto el manos libres —contestó mi padre—. ¿Cómo estás, cariño?

Adoraba a mis padres, ellos siempre estuvieron ahí para mí y sobre todo en esos peores momentos cuando mi vida dio un giro radical.

Seguí hablando un poquito más con ellos mientras que Alex se centró en preparar la cena, que lo vi cortando lechuga en tiras muy finas y troceando el tomate.

Cuando me despedí de ellos me pidieron que le deseara también a él una Feliz Navidad y así lo hice, solo que además le di un breve y rápido beso en la mejilla.

—¿De parte de tus padres también? —preguntó con una sonrisilla.

—De mi madre, seguro —reí.

Mientras yo aliñaba la ensalada que estaba casi lista, él hizo unas jugosas tortillas con jamón que olían de maravilla.

Nos sentamos a la mesa a cenar con una botella de vino y entonces caí en algo importante, un detalle que se nos había pasado por alto a los dos.

—No nos hemos dado ningún regalo, ¿te lo puedes creer? —le dije— Aunque tampoco es que yo tuviera la posibilidad de comprar algo, y de salir a una tienda, ni hablamos —se me escapó una risilla y a él igual.

—Seguro que tengo por ahí unos calcetines que te sirvan.

—Oh, por favor. ¿Unos calcetines tuyos?

—Oye, que, en temporales fríos como este, un par de calcetines te iban a ir de lujo.

—Tienes razón, te perdono. Pero yo sí quiero darte un regalo.

—Venga, ¿nos echamos a la calle? Ahora que parece que sale el sol...

—Ñiñiñiñi—le saqué la lengua a modo de burla—. Una carta, te voy a escribir una carta y quiero que tú me escribas otra.

—Me parece bien, dame un momento —dijo mientras se levantaba recogiendo los platos para llevarlos a la cocina.

Esperé sentada a la mesa y no tardé en oler el café, sonreí y poco después apareció con ellos y una libreta con dos bolígrafos.

—Aquí tienes, para que me escribas tu carta.

Lo cogí y él se fue al sofá, de modo que cada uno teníamos nuestro espacio para escribir a solas esas palabras que queríamos regalarnos en esta Navidad tan diferente que estábamos viviendo.

Y tras dar un sorbo a mi café, comencé a escribir...

“Querido Alex.

Ya te lo he dicho, pero te lo repito, eres mi ángel, mi guardián en Navidad, ese Superman que me sacó del aeropuerto para darme la oportunidad de pasar el temporal durmiendo en una cama.

Que sepas que estas, a pesar de ser unas Navidades de lo más diferentes, siempre me quedarán grabadas en la memoria y en el corazón. Como grabado tengo a pesar de haber estado borracha y como recién bajada de quince viajes en una noria, que intentarás asesinar me varias veces tirándome a la nieve. Y de los moratones que tengo por todo el cuerpo, mejor ni hablemos. Qué valor, Alex...

Ahora en serio, eres un gran hombre, me alegro de haber tenido la suerte de toparme contigo y poder conocerte. Anna no sabe el hombre que tiene al lado, y espero que esto no haga que te enfades.

Y te felicito por esa niña que tienes en tu vida, ese, querido y joven papá, es el mejor de los regalos que puedes tener.

De estos días contigo, sean los que sean los que nos queden por estar aislados del mundo, me llevo ese gran corazón que tienes, ese humor tan tuyo porque, aunque seas alemán eres gracioso, y el cariño con el que me has cuidado sin pedir nada a cambio.

Has sido ese algo inesperado que apareció para demostrarme que, aunque pocas, aún quedan personas en el mundo capaces de ayudar a otras sin pensarlo ni un segundo.

Gracias por confiar en que no iba a robarte cosas de valor si me alojabas contigo.

Con cariño, agradecida por estos días y con la certeza de que siempre, siempre, te llevaré en mi corazón, tu amiga, Lisa”

Doblé la carta y vi que él estaba escribiendo, cuando terminó miró por encima de su hombro y sonrió levantando el papel doblado.

—¡Regalitos! —grité como si fuera una niña y él se echó a reír— Estoy nerviosa y todo —dije mientras se me escapaba una risilla—. Toma, Feliz Navidad, Alex —le di mi carta.

—Feliz Navidad, Lisa —cogí la suya.

Nos quedamos cada uno en un lado del sofá y empezamos a leer.

“Querida Lisa.

Estas son unas fechas para pasar en familia y con los seres queridos, y tú y yo nos vimos obligados a no poder hacerlo.

Cuando te reconocí en el aeropuerto, vi esa misma mirada triste de la tarde en la cafetería y no quería que esa siguiera ahí tras la cancelación de los vuelos. Ahora me alegro de haber podido ayudarte a tener unas fiestas agradables.

2 Eres única, y eso es perfecto, porque ser como el resto puede ser aburrido.

Gracias de corazón por estos días, por hacerme sonreír con tus locuras para que no me volviera loco pensando que no podía estar con mi familia.

Y como sé que me lo vas a decir... No intenté asesinarte en la nieve, fueron terribles accidentes. Eso sí, te aseguro que no me había reído tanto desde hacía tiempo.

Eres una mujer increíble, a la que no olvidaré nunca y siempre tendré estos días en el recuerdo. Ojalá la vida te dé todo aquello que mereces y que consigas alcanzar todos y cada uno de tus sueños, sean cuales sean.

Gracias, Lisa, por compartir conmigo unas Navidades diferentes, pero preciosas.

Tu amigo por siempre, Alex”

Los dos reímos en algunos momentos de la lectura, pero también se nos escapó alguna que otra lagrimilla. Cuando acabamos, nos fundimos en un abrazo de esos cargados de cariño porque estaba claro que a esas alturas nos lo teníamos.

Era un buen hombre, no había más que verlo y cómo se había ofrecido de esa manera tan humana y desinteresada a ayudarme cuando más desamparada me había quedado.

—Que sepas que te tomo la palabra —dijo apartándose y me secó las mejillas con los pulgares.

—¿En qué?

—En lo de que eres mi amiga. Porque sí, así te considero y eso que nos acabamos de conocer.

—Yo también te considero así, uno de esos amigos que llega al rescate después de una faena del clima.

—Eso sí, ¿puedo pedirte otro regalo de Navidad? Aunque este será para todo el año —sonrió.

—Por pedir que no quede, otra cosa es que te lo pueda dar.

—Que no pierdas nunca esa luz que tienes, Lisa, que no dejes de sonreír ni permitas que nadie te la borre. Ni siquiera un temporal que te deja atrapada en Boston en Navidad.

—Intentaré que así sea, pero como no me vas a ver, pues igual algún día termino un poquito tristona y llorando —fruncí los labios.

—Eres una mujer fuerte, Lisa. No dejes que puedan contigo nunca.

—Vale, pero tú prométeme que no vas a pensar en eso que te haga mal, que te digo yo que no es bueno, Alex.

,

—Lo intentaré, pero como no me vas a ver... —hizo un gesto de lo más cómico y me tuve que reír.

A esas alturas y sin que me lo hubiera planteado, había algo de Alex que me hacía sentir diferente.

Me abrazó, dejó un beso en mi frente antes de acomodarnos para ver un poco la televisión antes de irnos a dormir, y en mi mente solo había un pensamiento en ese instante.

Ojalá que aún no abrieran la ciudad y el aeropuerto para poder volar, ojalá que no...

—Que no pierdas nunca esa luz que tienes, Lisa, que no dejes de sonreír ni permitas que nadie te la borre. Ni siquiera un temporal que te deja atrapada en Boston en Navidad.

—Intentaré que así sea, pero como no me vas a ver, pues igual algún día termino un poquito tristona y llorando —fruncí los labios.

—Eres una mujer fuerte, Lisa. No dejes que puedan contigo nunca.

—Vale, pero tú prométeme que no vas a pensar en eso que te haga mal, que te digo yo que no es bueno, Alex.

—Lo intentaré, pero como no me vas a ver... —hizo un gesto de lo más cómico y me tuve que reír.

A esas alturas y sin que me lo hubiera planteado, había algo de Alex que me hacía sentir diferente.

Me abrazó, dejó un beso en mi frente antes de acomodarnos para ver un poco la televisión antes de irnos a dormir, y en mi mente solo había un pensamiento en ese instante.

Ojalá que aún no abrieran la ciudad y el aeropuerto para poder volar, ojalá que no...

Capítulo 16



Alex

Escuché a Lisa preparándose un café en la cocina y me dirigí hacia allí mientras escuchaba las noticias desde su móvil.

—Buenos días —sonreí y me hizo un guiño—. ¿Qué dicen las noticias?

—Si las condiciones siguen mejorando, se prevé que todo comience a funcionar en dos días. Además, la aerolínea mandó un correo avisando de que en breve nos reubicarán en los nuevos vuelos. Tu mensaje también me llegó al otro correo —le dije, ya que ella habló por teléfono con la aerolínea para que todo se lo notificaran a mi otro correo y a mi número móvil.

—Vaya mierda —se le escapó y se puso las manos en la boca—. Perdón, tuve un lapsus —soltó el aire.

—¿Qué te pasa? —sonreí mirándola y acercándome a ella para darle un beso en la frente.

—Ahora me da pena deirme —confesó con tristeza—. Tengo miedo a que de repente te llegue un correo con los vuelos y que nos tengamos que despedir precipitadamente y no vernos más.

—Dame un abrazo, anda —la balanceé en mis brazos—. Te voy a echar de menos, amiga, mucho de menos.

—Mucho, amiga, pero no estaremos en contacto —se secó las lágrimas y volvió a echarse en mi hombro abrazándome con más fuerzas.

—Lisa, te voy a llevar en mi corazón para siempre.

—Pero eso no es suficiente, no sabré de ti, aunque mis padres tienen tu teléfono —carraspeó.

—Lo tienen y si algún día me necesitas para algo, no dudes en escribirme.

—Pero si no te necesito, qué me den, ¿no?

—No así exactamente —sonreí y le acaricié la mejilla—. Pero me vas conociendo.

—No quieres ocasionar nada que pueda molestar a tu mujer.

—Algo así —sonreí con tristeza.

—Me da pena porque no te merece.

—No digas eso, por favor. Es la madre de mi hija —murmuré apenado.

—Perdón, pero es que lo veo todo tan injusto —le caían las lágrimas y se fue hacia el sofá.

Suspiré mientras le preparaba el café. La entendía como ella no se podía imaginar. No hacían falta palabras donde se habían movido sentimientos con mucha intensidad.

—Aquí tienes —se lo puse sobre la mesa de delante del sofá.

3 —Gracias, Alex —murmuró mientras me acomodaba a su lado con mi taza en la mano.

—No quiero que estes triste, Lisa —le cogí la mano y se la acaricié.

—¿Cómo no voy a estar triste si he conocido al hombre más increíble del mundo con el que he vivido la cena de Nochebuena más emotiva de mi vida? Por no hablar del día de Navidad y muchos otros momentos que se me van a quedar en mi corazón y me va a doler recordar.

—No deberían dolerte y sí sacarte una sonrisa.

—Tengo corazón y ese es el que manda. Si no, pregúntaselo al tuyo que no atiende a razones —sonrió con tristeza.

—Lisa, te entiendo —le acaricié la mejilla y llevé mis labios a su sien para darle un beso.

—Si me entiendes, reaccionarías.

—Sabes que no puedo —tragué saliva con todo el dolor de mi corazón.

—¿Y si pudieras qué hubiera pasado? —preguntaba entre sollozos.

—Cogería el mismo vuelo que tú para California —confesé a pesar de querer tragarme mis propias palabras.

—Esto es muy injusto —se levantó con rabia y se fue hacia la ventana.

—Lisa —murmuré cuando llegué hasta detrás de ella—. Sé lo que me quieres decir y no te atreves a expresar. Créeme que lo sé porque yo también lo he vivido con la misma intensidad queriéndome hacer creer que era el momento nada más, pero fue mucho más que eso. Ese baile se va a quedar en mi mente cada día de mi vida, incluso ese numerito que montamos por la noche en la nieve. Todo es un cúmulo de cosas que aceleran el corazón. Me he sentido en una nueva juventud a tu lado y me han provocado ganas de hacer mil locuras, pero si las hiciera no soy yo. Prometí casarme para toda la vida y mi hija nunca va a poder decir que su papá abandonó a su mamá. Me debo a mi familia y a la lealtad que un día le prometí a mi mujer ante los ojos de Dios.

—No me digas nada más, por favor —lloraba sin consuelo.

—Estás muy sensible, Lisa.

—Estoy destrozada, no debía de haber mejorado el tiempo. No quiero que llegue ese maldito email que me mande de vuelta a la realidad. Ya no quiero esa vida, he conocido otra mucho mejor y no quiero irme de aquí.

La abracé muy fuerte. Juro que la entendía porque, aunque fuera contradictorio, después de perderme la Navidad con mi familia, no me hubiera importado quedarme aquí hasta el mismo día treinta y llegar para Fin de Año. Lo hubiera hecho con la misma felicidad que de algún modo estaba viviendo en estos momentos.

Regresó al sofá y se sentó en una esquina con las piernas flexionadas y pegadas a su pecho mientras tomaba el café con los ojos lagrimeando y su mirada perdida al suelo.

¿Cómo podía haber cambiado todo tanto en setenta y dos horas? Nuestras vidas no volverían a ser como antes porque ahora quedaba la vivencia de algo que, de algún modo, nos marcaría para todos nuestros días. Al menos en estos momentos se sentía así.

Nuestro lenguaje corporal había hablado en muchos momentos, eso era innegable, como también lo era que yo me había sentido en estos días más vivo que nunca, pero sin quitar de mi cabeza a mi familia, a esa que la iba a respetar por mucha confusión que apareciera en mi cabeza. La tentación siempre iba a estar ahí, pero en nosotros estaba anteponer los valores que nos inculcaron un día.

Lisa no era solo una tentación, que lo era, porque además de preciosa tenía un cuerpo que era lo más parecido a una obra de arte, pero ella era mucho más que todo eso, era un corazón lleno de bondad, alegría, humildad y amor para dar y regalar. Podía definirla de mil maneras: enérgica, real, inteligente, soñadora, graciosa, romántica, paciente...

Y me había dado cuenta que su corazón, desde antes de lo que ella creía, ya estaba latiendo por mí. Su forma de sonrojarse cuando le hacía un gesto afectivo o cuando la miraba con mi sonrisita, era el claro ejemplo de lo que estaba hablando. Todo eso precedido por un baile en el que ella se dejó de llevar muy diferente a lo que estaba

acostumbrada, un baile que a los dos nos erizó la piel y nos movió todo el interior. Un baile, un solo baile en el que nos hubiéramos quedado sumidos por horas si no fuera porque la canción se acabó.

Todos los ingredientes para que hubieran sucedido más cosas que frenaron mi situación. Consciente de ello evité muchas otras para no dar más pie. No digo que me hubiera liado o acostado con ella, eso no lo haría, pero sí que me contuve de dejarla abrazada sobre mi pecho durante toda una noche. A eso me refiero con que evitaba crearle más confusión y yo unirme más a ese hilo que ya había entre nosotros. Un hilo que no se veía y nos conectaba, no sé si rojo como el de la leyenda o simplemente invisible, pero algo había entre los dos que nos acercaba el uno al otro.

Lo habíamos hablado. Una vez que cada uno regresara junto a su familia ya todo esto quedaría como el más bonito de los recuerdos. No quería vivir pendiente a un móvil y distraído de mi tarea familiar. Yo no era así, cuando estaba con alguien, estaba hasta el final.

Me pegué de nuevo a ella y rodeé con mis manos sus rodillas que aún seguían pegadas a su pecho. Dejé un beso sobre ellas y luego la miré.

—¿Sabes que siempre serás mi bailarina favorita?

—Y ella tu pianista —sonrió con tristeza. Era muy directa, demasiado, pero me gustaba que soltara su genio y no se contuviera en decir lo que le salía en esos momentos del alma.

—Ven —la cogí y la senté de lado en mis piernas—. Quiero enseñarte algo para que te saque unas risas —busqué en el móvil el video de cuando salimos por la noche a la calle que estaba grabado desde el principio. Lo puse para verlo los dos.

1

—Qué fuerte —murmuraba alucinada y riendo.

Cada vez las carcajadas de ambos eran más grandes y es que no era para menos. El video era buenísimo y John había sido un genio consiguiendo que se viera claro y cerca. Se podía escuchar todo lo que decíamos.

—Esto no se te ocurra mandárselo a mi madre —murmuró, riéndose a carcajadas—. Mándamelo a mi email, por favor.

—Claro —le pellizqué la mejilla.

;

Capítulo 17



Alex

La mañana se notaba que iba mejorando y el temporal desapareciendo. Ella miraba por la ventana de la cocina tomando el tercer café de la mañana y yo estaba preparando la comida del mediodía.

—Huele muy bien —murmuró, apenas acercándose a mi lado.

—Verás como el arroz te va a parecer una delicia —estaba haciendo el fondillo y dorando el pollo para luego solo tener que echar el arroz un rato antes de comer.

—Siento lo de antes, Alex.

—No pasa nada, Lisa —le eché la mano por el hombro y le di un beso en la mejilla—. Estamos con los sentimientos a flor de piel, es comprensible.

—Estoy muy agradecida por haber vivido esta experiencia —sonrió mirándome.

—Yo también, Lisa. ¿Sabes? Si volviera a ese veintitrés de diciembre y de mí dependiera que saliesen los vuelos o no, sabiendo lo que he vivido, el vuelo tampoco saldría y mira que me dolió muchísimo no pasar la Navidad con mi hija, pero reconozco...

—¿Qué, Alex?

—Que hacía mucho tiempo que no sentía una conexión así —murmuré después de tragar saliva.

—Qué rabia de todo. La vida es muy injusta. Realmente lo es el amor. ¿Cuántas personas se enamoran de otras con las que no van a tener la posibilidad de vivir ni un momento bonito? ¿Y cuántas otras lo viven a sabiendas de que no pasará nada más que eso? La conexión no es suficiente muchas veces. No me sé ni explicar. Siento eso, rabia, mucha rabia.

—Entiendo lo que quieres decir. Te juro que lo entiendo.

—Dame un abrazo que me metas dentro de ti para siempre y me quede ahí —murmuró causándome una sonrisa de lo más triste.

Nos abrazamos fuertísimo, tanto que pensaba que le iba a hacer daño, pero es que yo también sentía por ella un cariño muy especial. Quizás fuera por lo ocurrido, la situación, llamémosle como quisiéramos, pero los sentimientos estaban ahí.

El arroz me quedó de vicio y ella no dejaba de decirlo cuando nos sentamos a comer. En ese momento me entró una llamada de mi hija.

—Papi, hola. ¿Cuándo vienes?

—Hola, mi amor, pues parece que ya pronto. Está mejorando el clima. ¿Dónde estás?

—En casa de la prima Martha. Me acaba de traer mamá para que pase el día aquí porque ella se va a comer con las compañeras de trabajo que han reservado en un restaurante.

—Pues te lo vas a pasar en grande. ¿Y mamá? —pregunté extrañado porque me estaba llamado desde el móvil de ella.

—En la cocina tomando un café con la tía Susan y yo estoy en la habitación de la prima.

—Hola, tito.

—Hola, Martha, cariño —sonreí.

—Hoy vamos a jugar a maquillarnos.

—Qué bien, estoy seguro de que vais a quedar más guapas de lo que ya lo sois.

—Tito, ¿hay mucha nieve allí?

—Muchísima —me reí.

—¿Y nos puedes traer una poquita en un frasco?

—Se derrite —dijo mi hija riendo.

—Es verdad, pues nos traes otra cosa.

—Eso sí —le dije viendo cómo enfrente de mí, Lisa se aguantaba la risa.

Me despedí de las niñas, ya que escuché que la madre la llamaba para que le diera el móvil. Ni el detalle de saludarme ni nada por el estilo. ¿De dónde le había venido esa frialdad?

—Es increíble que no se asome ni a saludarte —murmuró ella, mientras comía el arroz.

—Muy increíble, quizás esta vez voy a hablar con ella más directo a ver si es capaz de abrirse y contarme qué le pasa. Todo en la vida tiene solución.

—Estás aferrado a algo que quizás ya esté más que muerto.

—Comamos mejor el arroz —murmuré y le causé una risilla—. Menos mal que la vida me dio paciencia.

—No comento eso, porque más que paciencia veo que te dio poca sangre —dijo causándome una risa—. Por cierto, ¿nunca te atrajo nadie durante el tiempo que llevas con ella?

—No, claro que no, cuando amas no vas fijándote en nadie. Hasta ahora, que me has hecho caer rendido a tus pies —le hice un guiño.

—Pues no te veo por el suelo —miró hacia abajo—. Yo también soy de las que cuando están con alguien, mi vida se centra en eso —reconoció.

Después de comer recogimos los platos y nos fuimos con un par de cafés al sofá a ver una película. Esta vez eligió una de terror con la que se pasó todo el tiempo, pegada a mí y abrazada a mi brazo como si me fuera a escapar.

Estaba concentrado viendo la peli cuando un susto ocasionó que ella, de los nervios, diera un bote, moviera la mano y terminara dándome una clase de hostia que si hubiera sido un tío se la hubiera devuelto. Me reí negando.

—Jo, te he pegado sin querer.

—Tienes fuerza, ¿eh?

—Lo siento, lo siento —me abrazó por el cuello y comenzó a darme besos por toda la cara—. Tú me perdonas, que me quieres un poquito —me daba más besos.

—Claro que te perdono, ahora te ato y te hago cosquillas hasta que lo pagues.

—No eso no, porque me puede dar un infarto, que yo me pongo muy nerviosa.

En ese momento llamaron al timbre y escuché a John desde fuera decir que era él.

Venía con una bandeja de dulces en sus manos y una sonrisa de oreja a oreja.

—Os he traído esto. La pastelería de enfrente ya abrió solo para ventas, no para atender en mesas.

—¡John! Aún tengo amoratado todo el cuerpo.

—No me extraña, Lisa —se rio.

—Voy haciendo los cafés —dijo ella, metiéndose en la cocina.

—Solo vine a traerlos para vosotros.

—No, no, aquí o nos lo comemos los tres o te lo llevas de vuelta —le contestó ella, además en tono advertencia y seria, aunque se aguantara la risita.

—Está bien, me tomaré el café y probaré uno de los chiquititos que son una exquisitez, pero que en mi casa tengo un par de ellos.

—Y aquí también —le dijo ella ladeando la cabeza y dejando claro que iba a merendar con nosotros.

—Ya van a abrir todo a partir de mañana y el aeropuerto empieza a operar a primera hora.

—Sí, lo sabemos —dijo Lisa, poniendo cara de asco.

—Qué pasa, ¿ya no te quieres ir?

—No, John, me quiero quedar aquí, pero el alemán prefiere regresar con su familia.

—Normal —dijo él riendo y observándola.

—¿Normal? Pues con la cruz que tiene en casa lo normal sería no querer ni regresar. ¡Joder! —exclamó cuando le tiré de su coleta— Una no tiene derecho ni a desahogarse —soltó el aire y John reía mirándola.

—Os vais a echar de menos, parecéis tal para cual.

—¿Lo ves? —me dijo Lisa por las palabras que John había dicho.

—Claro que te voy a echar de menos. ¿Cuándo dije qué no?

—No lo ves, tienes una venda —se puso la mano en los ojos después de poner los cafés sobre la mesa.

Estaba muy nerviosa con esto de que abrían la ciudad y tendríamos que retornar a nuestros lugares de origen. Me daba tristeza hasta a mí, así que la comprendía a ella, que no tenía la responsabilidad de una familia como yo.

No pasaron ni diez minutos desde que John se fue, cuando nos llegaron simultáneamente los emails con los vuelos para el día siguiente. Ella a las tres de la tarde y yo a las seis. Obviamente nos iríamos juntos para el aeropuerto y allí la despediría.

—No, joder —dijo negando al saber que ahora sí, teníamos fecha de retorno.

—Lisa, no quiero que lo pases mal de aquí a mañana. Sabíamos que esto pasaría.

—Lo sé, pero joder, es que —negó de nuevo y se le cayeron las lágrimas por las mejillas. Se levantó muy agobiada—. ¡La vida es una mierda!

Fui, la abracé por detrás y me contuve también de llorar. Yo también era débil y estaba viviendo todo de algún modo como ella y ahora tocaba dejarla ir para siempre y eso no era fácil, pero sí necesario. Mi vida la tenía muy clara y mi lealtad era algo con lo que quería pasar intacto el resto de mi vida sin tener ningún tipo de remordimientos.

—Con todo lo que venden en Amazon, ya podrían vender tiempo para comprar algunos días de más —dijo ella bromeando, pero desesperada por saber que se nos acababa el tiempo.

Pasamos la tarde cabizbajos en el sofá en el que ella no se despegó de mí en ningún momento. Apoyaba su cabeza en mi hombro, en mis piernas, se sentaba encima de mí, me abraza con todas sus fuerzas y me miraba de forma que miedo me daba a que hiciera una de las suyas, pero no lo hizo, me respetó en todo momento.

Esa noche entre lágrimas me pidió que durmiera con ella en el sofá, que, si no quería en la cama, al menos en el sofá. Quería estar a mi lado en esta última noche que se esperaba que fuera un tanto desoladora. Hasta a mí me costaba respirar con normalidad y menos aún asumía que ya faltaba poco para que todo esto terminara.

¿Y qué era todo esto? Pues un montón de emociones, momentos y complicidad que se guardaron en mi corazón para tenerlo como el mejor de mis recuerdos.

Preparamos el sofá con las almohadas, sábanas y manta. Se echó a mi lado sobre mi pecho y se durmió entre lágrimas que notaba que caían hasta sobre mí. Estaba mal, desolada, pero es que no podía hacer nada por aliviarla.

El temporal de Boston no solo había arrasado la ciudad, también nuestras vidas y eso se nos iba a quedar tatuado para siempre en nuestros corazones.

Capítulo 18



Alex

Noté que estaba conteniéndose de llorar, pero no podía reprimir sus lágrimas. La abracé con todas mis fuerzas.

—Ojalá me hubieras dejado tirada en ese aeropuerto.

—No digas eso. Vaya manera de darme los buenos días —carraspeé teniéndola entre mis brazos.

—Lo voy a pasar muy mal, me conozco.

—Lisa, por favor, no me hagas esto.

—Me lo estoy haciendo yo, tranquilo.

—No puedo estar tranquilo, no me gusta verte así —le besé fuerte en la mejilla—. ¿Me dejas que te prepare el mejor desayuno del mundo?

—Di mejor, el último desayuno entre nosotros.

—Te has levantado muy bajita de ánimos. Vamos a tomar un café.

—No, quiero estar aquí contigo abrazada.

—Pero no llores, que me pones mal, Lisa.

—Tranquilo, tú pronto estarás con tu familia.

—Y tú con la tuya, no se te olvide.

—No es lo mismo y lo sabes, Alex.

Después de un rato en silencio en el que solo podía notar cada lágrima que derramaba por sus mejillas, nos levantamos dispuestos a tomar un café porque por mucho que la intentaba animar, para ella eso de comer algo ahora era impensable, como decía, tenía el estómago de lo más cerrado.

Terminamos de preparar las maletas con tiempo, ya que el vuelo de ella era más temprano que el mío. Un taxi nos esperaba en la puerta para llevarnos al aeropuerto y ella iba todo el tiempo mirando por la ventanilla a lágrimas tendidas mientras yo le acariciaba la mano.

¿Qué decirle para calmarla cuando todo lo que necesitaba, yo no se lo podía aportar? Me sentía mal por dejarla marchar en estas condiciones, pero desde el principio le dejé muy claro qué significaba mi familia para mí y eso era innegociable.

El taxi nos dejó en la terminal y buscamos su zona para tomar algo haciendo tiempo, ya que a ella le quedaba aún un rato para embarcar. Ya había facturado sus maletas y también me habían cogido las mías, pues al ir en primera clase esta aerolínea me permitía hacerlo con bastante antelación.

Lisa estaba ausente, con los ojos brillosos y la mirada perdida en las personas que iban y venían por el aeropuerto que estaba repleto de viajeros que por fin iban a poder abordar el vuelo que no pudieron coger días atrás.

Eran días de mucho tráfico aéreo por las fechas en las que nos encontrábamos sumergidos. No me salían las palabras porque sabía que, dijese lo que dijese, a ella no la iba a calmar.

Llegó el momento de irnos para su zona de embarque. Su cara cada vez se veía más desencajada y pálida. Nos paramos a un lado de la zona para despedirnos y puse mis manos en su cara.

—Eres lo más bonito que he vivido jamás en esta ciudad —le dije, mirándola con los ojos a punto de romper a llorar.

—No me dejes ir Alex, no me dejes ir —respondió, mirándome entre sollozos.

—No puedo hacer eso, Lisa, no puedo, tengo a mi familia esperándome.

—No a toda y lo sabes —contestó con rabia.

—Lisa, no te he mentado, en ningún momento, y siento todo esto que he ocasionado en tu vida.

—¿Y en la tuya? —me preguntó mirándome tan fijamente que hasta me erizó la piel.

—No me lo pongas más difícil —pegué mi frente a la suya y me eché a llorar del mismo modo que lo hacía ella sin consuelo.

—Alex, no quiero perderte, no quiero.

—Lisa, por favor —le pedía con el corazón en un puño.

—Alex, que no se te olvide esto... Te voy a esperar cada día de mi vida.

—No lo hagas, por favor, no lo hagas. No pierdas el tiempo esperando algo que no va a pasar.

—¿Y tú si lo pierdes esperando a que tu mujer cambie? —preguntó, dejándome sin respuesta— Sé que lo que he sentido, lo hemos sentido los dos, Alex, pero tú estás atrapado en una historia que no te va a llevar a ningún sitio.

—Es mi familia, Lisa —murmuré desesperado aún con mi frente en la suya.

—¿Te puedo pedir algo?

—Dime —murmuré tembloroso.

—Dentro de un año, el día veinte de diciembre que estarás en la ciudad. Si tu vida ha cambiado, ve a las cuatro de la tarde a la cafetería donde me viste la primera vez. Si la mía no ha cambiado, estaré ahí esperándote.

—No vayas a ir, por favor.

—Lo haré, Alex, si sigo sintiendo esto lo haré. No se te olvide, el veinte de diciembre a las cuatro de la tarde estaré ahí si todo sigue igual y espero que aparezcas si tu vida cambió, pero si no lo hizo, no vayas, no quiero volver a pasar por esto —decía entre lágrimas.

—Lisa, no me hagas esto.

—Me voy, Alex. ¿No me vas a dar ni tan siquiera un único beso?

—No puedo, Lisa, sabes que no puedo, no me pidas eso, por favor.

—Hazlo, Alex —cerró los ojos, aunque eso no le quitaba de seguir derramando un manto de lágrimas.

—No puedo, lo siento —le di un beso en la frente y me marché sin mirar hacia atrás porque sabía que cualquier intento de alargar el momento nos haría mucho más daño del que nos estaba haciendo.

—¡¡¡Te esperaré, Alex!!! —me gritó a todo pulmón y no fui capaz de girarme.

Entré a la zona VIP de mi aerolínea para esperar el tiempo que me quedaba para abordar el vuelo. Entré al baño de este y me senté sobre una taza de váter a llorar como hacía mucho tiempo que no lloraba.

Estaba renunciando a algo que me había movido hasta los cimientos de mi alma, pero había prometido ante los ojos de Dios que estaría junto a Anna en lo bueno y en lo malo, y así haría hasta el fin de mis días o hasta que ella decidiera tirar por la borda todo lo que nos habíamos prometido el día que decidimos unir nuestras vidas.

Llamé a mi pequeña por teléfono cuando conseguí relajarme un poco y habiéndome lavado la cara. No quería por nada del mundo que ella notara algo que la pudiera dejar pensativa o mal.

—¡Papá! —dijo con una felicidad enorme— ¿Ya estás en el aeropuerto?

—Sí, mi amor y mañana estaré dándote el abrazo más grande del mundo.

—Papá, se me van a hacer las horas infinitas.

—Todo pasa, mi vida, y estas horas pasarán y estaremos juntos para disfrutar el resto de las fiestas y vivir todos los momentos que nos hemos perdido.

—Te amo demasiado, papá.

—Y yo, corazón mío. Mi princesa favorita —dije emocionado antes de colgar.

Solté el aire y me froté la cara con la mano. Sentía que estaba dividido entre un montón de sentimientos que me tenían de lo más confundido. El dolor por haberme despedido de alguien que me hizo vivir unos momentos increíbles y la alegría de saber que pronto podría abrazar a la princesa que tanto había echado de menos.

Me quedé en la sala relajado, ya que no había nadie más y esperé el momento de poder ir a coger ese vuelo que me llevaría de nuevo a casa.

Una azafata vino a avisarme de que ya podía dirigirme hacia la zona de embarque, ya estaban abriendo y los de primera clase seríamos los primeros en entrar.

Me dirigí hacia allí despidiéndome mentalmente de todo lo que había sido este viaje que me había llevado a vivir lo que jamás hubiera podido imaginar que me pasaría y en la forma que sucedió.

Me acomodé en mi asiento que era amplio y lleno de comodidades. La azafata me ofreció una copa de champán que no dudé en coger. Necesitaba varias para caer en un profundo sueño y olvidarme de todo hasta aterrizar en Alemania.

No era fácil cuando estás lleno de sentimientos, sensaciones y también un desgarrado sentimiento de soledad

que me había dejado el separarme de Lisa, la joven que llegó a mi vida para mover todo eso que estaba dormido en mí desde hacía mucho tiempo.

Tal y como el vuelo despegó, rompí a llorar de tal manera, que una azafata se dio cuenta y vino hacia mí.

—¿Está bien, señor?

—Sí —la miré con una sonrisa envuelta en un mar de lágrimas—. Solo es tristeza.

—Si necesita algo solo tiene que decírmelo —me dijo apenada por verme así.

—Tranquila, estoy bien. Gracias.

Me recosté de lado cuando el avión ya se estabilizó en el aire y cerré los ojos, quería dormir y desconectar de todo. La desolación que sentía en estos momentos era tan grande que pensaba que me iba a volver loco.

que me había dejado el separarme de Lisa, la joven que llegó a mi vida para mover todo eso que estaba dormido en mí desde hacía mucho tiempo.

Tal y como el vuelo despegó, rompí a llorar de tal manera, que una azafata se dio cuenta y vino hacia mí.

—¿Está bien, señor?

—Sí —la miré con una sonrisa envuelta en un mar de lágrimas—. Solo es tristeza.

—Si necesita algo solo tiene que decírmelo —me dijo apenada por verme así.

—Tranquila, estoy bien. Gracias.

Me recosté de lado cuando el avión ya se estabilizó en el aire y cerré los ojos, quería dormir y desconectar de todo. La desolación que sentía en estos momentos era tan grande que pensaba que me iba a volver loco.

Capítulo 19



Lisa

Aquel había sido el peor vuelo de mi vida, ese que pasé llorando sin consuelo y con un dolor enorme porque tenía unos sentimientos muy fuertes por Alex.

Había avisado a mi familia de que al fin regresaba a casa y le pedí a Kim que fuera a recogerme al aeropuerto, ya vería a mis padres al día siguiente con más calma, pero en ese momento en el que me encontraba, solo mi mejor amiga podía servirme como consuelo.

Lo peor del viaje de vuelta había sido que no podía ver las fotos y vídeos que nos hicimos porque no tenía mi móvil para entrar en el correo, así que no me quedaba más que el recuerdo de todos esos momentos vividos.

—*Señores pasajeros, les informamos que estamos a unos minutos de llegar a California y tomar tierra*— comenzó a decir el comandante desde la cabina del avión, y dejé de prestar atención al resto mientras me abrochaba el cinturón y secaba las lágrimas que habían vuelto a comenzar a caer por mis mejillas.

Una vez tomamos tierra y bajé del avión todo eso que había vivido se quedaba en mi mente y en las horas del viaje. Alex no estaba y no volvería a estar en mi vida de ahora en adelante.

Fui por mi equipaje y no podía dejar de llorar, estaba tan mal que ni fuerzas tenía para tirar de mis maletas e ir hacia la zona en la que me estaría esperando Kim, esa que, tal como dijo, no le importaba la hora en la que tuviera que recogerme, porque allí estaría.

Y la vi a lo lejos, sonrió y empezó a saltar mientras agitaba el brazo a modo de saludo, por no decir que me llamaba a gritos por mi nombre como si acabara de volver de estar años fuera.

—¡¡Lisa!! —Se lanzó a por mí cuando estuve a solo unos pocos metros de ella— Ay, que ya estás aquí.

—Sí —contesté, y no tardó en apartarme.

—¿Has llorado? —Frunció el ceño.

—Ha sido un vuelo largo —me sequé la mejilla.

—¿Qué te pasa? Además de que te hace mucha ilusión volver a casa, con tus padres, conmigo... —Arqueó la ceja.

—Y me hace, que os he echado mucho de menos estos meses.

—A mí menos, que me has tenido por allí alguna que otra vez —me cogió una de las maletas y tiró de ella hacia la salida—. Dime, aunque te conozco y me puedo imaginar algo, ¿es por ese ángel que te rescató del aeropuerto?

—Sí —se me hizo un nudo en la garganta.

—Te gusta, ¿verdad?

—Más de lo que debería.

—Entre que en estas fechas te pones más sensible de lo normal, y que este hombre te ha calado hondo, sé cómo te sientes —me dio un beso en la mejilla.

—No lo voy a ver más, Kim, y lo voy a echar de menos. ¿Cómo es posible esto si apenas nos conocemos hace unos días?

—Cariño, esas cosas pasan. Hay veces que la conexión con otra persona es tan fuerte que no se necesitan meses para saber que es alguien especial.

—Si no tuviera familia, si no le atara nada a su país, se habría venido conmigo —dije entre lágrimas.

—¿Te lo dijo él?

—Sí.

—¿Antes o después de echarte un polvo?

—No hemos hecho nada, Kim, ni siquiera un beso.

—Y te ha dicho que habría venido a California contigo.

—Sí —lloré aún más y ella me abrazó—. ¿Por qué hay personas con la suerte de tener a alguien en su vida que las aman tanto y no lo valoran? Las conversaciones que escuché con su familia, ese hombre adora a su hija y se ve que a la mujer la quiere, pero ella, ella no aprecia lo que tiene.

—Eso pasa hasta en las mejores familias, cariño —me frotó la espalda—. Y ahora vamos a casa, te das una ducha y nos tomamos un chocolate caliente mientras me pones al día de todo.

—Mañana necesito ir a comprar un móvil, le pedí que me enviara por email unas fotos y vídeos que hicimos esos días.

—Pues no va a hacer falta porque te hemos comprado uno como regalo entre tus padres y yo, lo tienes a esperándote en tu habitación —sonrió.

—Sois lo que no hay, de verdad —sonreí mientras me secaba de nuevo las lágrimas al tiempo que negaba.

—A ver, que algo tendríamos que regalarte, ¿no? Tienes más cositas, pero el móvil era imprescindible y sabíamos que no lo comprarías hasta volver, así que nos adelantamos —se encogió de hombros.

Salimos del aeropuerto y a pesar de que la noche estaba sobre la ciudad y hacía un poco de frío, no tenía nada que ver con el clima de Boston.

Solo pensar en esa ciudad hacía que mis sentimientos afloraran de tal modo que me rompía por completo y las lágrimas caían solas.

De camino al apartamento en el coche con Kim me fue poniendo al día de algunas cosas de la escuela en la que yo sería profesora oficial a partir de enero. Me hacía ilusión que hubieran contado conmigo para el puesto porque en esa escuela siempre me sentí en familia, no solo con los demás profesores y la directora, sino con todos los alumnos.

Kim podría haber sido bailarina profesional, y de hecho formó parte de la compañía en la que empezamos durante mucho tiempo, hasta que un par de años después de mi accidente dijo que quería dedicarse a la enseñanza y poder formar a futuras bailarinas que era lo que haría yo.

Mi mejor amiga, a quien consideraba una hermana, dijo que, si yo no podía acompañarla en el éxito, ella no lo quería. Ni siquiera se planteó la decisión que había tomado cuando mi padre me dijo que forzarme para ser bailarina podría ser peor. Kim dejó la danza para ser profesora como yo.

La quería, era ese complemento perfecto que había en mi vida desde que nos conocimos en la escuela de ballet la que nos inscribieron nuestras madres cuando éramos unas niñas, y desde ese primer día, hacía ya tantísimos años, nos hicimos inseparables.

Nada más cruzar la puerta del apartamento de Kim situado en la sexta planta del edificio, pensé en aquella frase de *“hogar, dulce hogar”*.

No era un apartamento muy grande, pero sin duda era un hogar cálido y perfecto para una persona, o dos como

era el caso desde que me instalé con ella.

Situado en la costa de California, desde el ventanal del salón teníamos unas magníficas vistas a la playa. El salón era amplio, de paredes blancas y suelos de madera, muebles grises y sofás negros, el toque de color lo ponían los diferentes cuadros que tenía Kim de bailarinas de ballet en varias poses. Contaba con un balcón donde nos gustaba desayunar disfrutando del sol y las vistas en los meses que viví con ella, y donde desde el momento en el que se lo compró nos habíamos hecho más de una foto.

La cocina también era amplia y de lo más moderna, con muebles altos y bajos en madera blanca y una barra de desayuno que hacía las veces de pared divisoria con la zona del salón.

Las dos habitaciones eran igual de grandes, con la cama en medio, un armario empotrado de dos puertas, una de ella de espejo, dos mesitas de noche y la cómoda.

Solo tenía un cuarto de baño, pero las dos nos apañábamos bien para los turnos, y como nos conocíamos de siempre eso de estar al mismo tiempo las dos no era ningún problema tampoco, así mientras una se duchaba la otra se secaba el pelo.

Lo mejor del apartamento era que tenía dos piscinas comunitarias, una exterior para disfrutar de los días de verano, y otra interior donde en invierno también podíamos bajar a nadar un poco y despejarnos. Además de que la zona común tenía áreas verdes con césped e incluso un espacio a modo de parque para los más pequeños.

Dejé todo en mi habitación, me di una ducha caliente y me puse el pijama antes de ir al salón donde ya estaba Kim esperándome con los chocolates. Iba de lo más feliz con mi móvil y me dijo que habían solicitado a la compañía el duplicado de mi tarjeta, por lo que solo tenía que instalarla y poner el teléfono al día.

Lo hice mientras le iba contando esos días que había estado atrapada en Boston, lo bonitos que habían sido y todos los recuerdos que me traía.

—Unas Navidades diferentes, pero que no olvidaré nunca —dije con un suspiro mientras buscaba en el email lo que me había enviado Alex, y lo vimos juntas.

Nos reímos lo más grande con ese rato en la nieve, la vi sonreír cuando en la pantalla aparecíamos los dos caídos cuando él me ayudó a levantarme, y suspiré al recordarlo. Los ojos de Alex sería algo que siempre tendría grabado a fuego en mi memoria.

—Te echaba de menos, Lisa —dijo pasándome el brazo por los hombros.

—Y yo, pero tenemos que hablar.

—Espera, que me da que esto es una conversación del tipo “*no eres tú, soy yo*”.

Me eché a reír al escucharla, pero le dije lo que había podido comprobar estando viviendo sola en Boston, y que en cuanto pasaran las fiestas buscaría mi propio apartamento.

—Así que, me dejas —suspiró.

—Te dejo en paz que llevo aquí mucho tiempo —sonreí.

—Pero si te fuiste seis meses.

—Tú me entiendes.

,

—Pues no me parece bien, que lo sepas. Pero vale, te dejo porque pienso ir a pasar algún fin de semana contigo que te quede claro.

—Contaba con ello —reí.

,

Me eché a reír al escucharla, pero le dije lo que había podido comprobar estando viviendo sola en Boston, y que en cuanto pasaran las fiestas buscaría mi propio apartamento.

—Así que, me dejas —suspiró.

—Te dejo en paz que llevo aquí mucho tiempo —sonreí.

—Pero si te fuiste seis meses.

—Tú me entiendes.

—Pues no me parece bien, que lo sepas. Pero vale, te dejo porque pienso ir a pasar algún fin de semana contigo, que te quede claro.

—Contaba con ello —reí.

Capítulo 20



Alex

Aterricé en Alemania y me encontré con la sorpresa de que mis padres me esperaban en el aeropuerto. Al verlos se me hizo un nudo en el estómago y fui hasta ellos a abrazarlos.

—¿Qué hacéis aquí? —pregunté emocionado sin dejar de acariciar sus caras.

—Hijo, es lo menos que te mereces, que alguien esté aquí para darte todo ese amor que te mereces —dijo mi madre con tristeza.

—Mamá, sonríe que te ves mucho más guapa y yo vengo muy sensible —la volví a besar.

—Tu mujer me tiene muy preocupada, ya ni me responde a los mensajes y me deja en visto. ¿Qué está pasando?

—Mamá —le eché la mano por el hombro, ya que mi padre llevaba delante mi maleta hacia el coche—. No esté bien, ya te lo he dicho, pero seguro que es cuestión de tiempo.

—No nos deja ni apenas hablar con la niña.

—Mamá, lo solucionaré todo, te lo prometo.

—Solo quiero verte feliz, hijo, eres un gran padre, esposo y hombre, no quiero que te apaguen como persona.

—Tranquila, prometo que todo estará bien.

Me senté delante con mi padre, que el pobre prefería ni hablar, pero en su rostro se podía ver claramente que lo estaba pasando fatal.

Nos despedimos en la puerta de mi casa y ya ellos se fueron para el mercado a comprar algunas cosas para la comida que nos iban a preparar al día siguiente.

—¡Papi! —gritó mi hija, corriendo por el pasillo al escuchar la puerta.

—¡Princesa! —la cogí al vuelo y la abracé emocionándome y derramando algunas lagrimillas— Qué guapa estás.

—Papá, ya estás aquí —decía con efusividad.

—Hola, Alex —escuché a mi mujer apareciendo por el pasillo y saliendo de la cocina.

—Hola, preciosa —me acerqué a ella y le di un beso en los labios que casi ignoró—. ¿Todo bien?

—Han sido pocos días, nada nuevo —a ella le parecieron pocos...

—Ya —respondí conteniéndome de soltar algo, como venía haciendo desde hacía mucho tiempo.

—Papi, ¿cuándo vamos a comer con los abuelos?

—Mañana mi vida.

—Yo mañana tengo cita en la peluquería y en la esteticista, pero podéis ir vosotros a la comida.

—Puedo decirles que lo aplazamos para el día siguiente.

—Es que estoy pendiente de una comida con las alumnas.

—Vale —dije dando por concluida la conversación y viendo que no mostraba ni el más mínimo interés en ir a esa reunión familiar con mis padres.

—Papi, pero nosotros vamos, ¿a qué sí? —preguntó mi hija, insistiendo.

—Claro, princesa —le contesté, observando a la madre que estaba entretenida mensajeándose con alguien.

Estaba deshaciendo la maleta en la habitación con mi pequeña charlando cuando apareció Anna con unos taconazos que no debían de ser menos de diez centímetros y arreglada con un vestido negro y un abrigo abierto del mismo color. Los labios rojos y el pelo perfectamente alisado cayendo sobre su espalda.

—Alex, voy a salir a hacer algunas compras. ¿Te encargas de la comida de la niña? —me preguntó desde la puerta.

—Claro —murmuré tras tragar saliva.

Le di los regalos a mi pequeña y se enamoró tanto de la bruma como de la muñeca de trapo, las dos cosas le encantaron, al igual que los detallitos como bolígrafos, pulsera y demás que también le traía de Boston.

—¿Qué te parece si nos vamos a la calle a comer?

—¡Sí! —gritó emocionada— ¿Podemos ir a la hamburguesería del centro en la que hacen esas costillas que tanto me gustan?

—No veo mejor idea, así aprovechamos y damos una vuelta por el Mercado navideño.

—¿Y me comprarás una cosita? —Levantó el dedo.

—Claro, y dos, lo que mi princesa quiera. Hoy me toca consentirte —la cogí y la tiré en la cama para hacerle cosquillas.

La preparé para la calle abrigándola muy bien, ya que el frío aquí también era temible algunos días, cosa que a mi mujer no le parecía importar por la manera en la que iba vestida, pero bueno, solo podía hacer más que suspirar con intensidad pues notaba en ciertos momentos que me faltaba hasta el aire.

Hablé con mi madre aprovechando que había montado a la pequeña en un trenecito que giraba por la plaza lleno de niños cantando a ritmo de los animadores.

Le comenté que mi mujer no iría. Su respuesta fue que ya lo intuía. Era normal, yo también lo tenía como una de las posibilidades. Mi madre la pobre ya no me quería decir nada más por no causarme más sufrimiento, solo dijo que lo prepararía para los cuatro con el mismo cariño que si estuviéramos todos juntos.

Se me hizo un nudo en la garganta al colgar. Saludé a mi hija, ya que el tren pasó en esos momentos por delante de mí y mientras levantaba mi mano, con la otra le grababa un video a ella para immortalizar el momento.

Cuando se bajó nos fuimos a comer sus costillas a la barbacoa favoritas con patatas fritas. No dejaba de contarme las cosas que había hecho en esos días en los que no estuve. Me habló de mis suegros, de su prima, de los regalos que recibió allí por partes de ellos, pero no nombraba a su madre. Estaba observando que no hacía mención ninguna a ella.

Nos trajeron los platos una vez que nos acomodaron en el salón del restaurante donde se estaba de lo más calentito.

—¿Y con mamá que has hecho estos días?

—La prima dice que va a ir a Disney con sus papis —me cambió el tema con una facilidad que me quedé abrumado.

—¿Por qué no me respondes?

—No quiero hablar de ella.

—Hija, ¿te pasa algo que yo no sepa?

—Ella te tiene asco, cuando cuelgas las llamadas pone cara de vomitar.

—Está en un mal momento —murmuré con tristeza y un dolor que me llegaba a lo más profundo de mi ser.

—Ya no es la misma. No quiere hacer nada en familia y a ti te ignora.

—No llores mi vida —llevé la mano a su mejilla para secarle todas las lágrimas que le estaban cayendo.

—A veces siento que hasta yo le molesto.

—No, mi vida, ella te ama con todo su corazón.

—Tú eres más bueno y me cuidas mejor, papá.

—Cariño, vamos a pasar unos días preciosos y divertidos, ¿sí? Te prometo que van a ser los más especiales de todo el año.

—Vale, papi. Quiero estar contigo.

—Y aquí me tienes, princesa.

La cosa pasaba de castaño oscuro y no me hacía ni la menor gracia que ella no se cortara ni un pelo en poner caras delante de nuestra hija.

¿Qué cojones le pasaba a Anna para haber cambiado tanto? No podía haber otra persona porque a estas alturas ya se hubiera ido con ella o me habría dejado. Pero no estaba feliz a mi lado, se notaba con cada desprecio, gesto o pocas palabras que tenía hacia mí.

Después de comer me fui con la pequeña al mercado por el que estuvimos paseando relajadamente, deteniéndonos en cada uno de los puestos. Le compré un bolsito de tela rosa que le llamó la atención, ya que tenía unas margaritas bordadas que también le gustaban mucho.

Terminamos sentándonos en una pastelería a tomar un chocolate caliente. Me recordó a cuando vi por primera vez a Lisa, la verdad es que no había dejado de recordarla en ningún momento.

Llegamos a casa y mi mujer aún no había llegado. Duché a Hannah y le puse el pijama. Se tumbó en el sofá pequeño para ver los dibujitos y yo me senté en el otro.

Silencié el móvil para que no se escuchara y comencé a ver los videos y fotos de los días junto a Lisa en Boston. Tuve que contenerme de llorar. Habían sido momentos llenos de magia, complicidad, bienestar...

Le preparé un sándwich a la pequeña para cenar, su madre no solo no había aparecido aún, sino que no se preocupó en todo el día de poner un mensaje preguntando por su hija. Era lamentable la forma que estaba teniendo de comportarse no solo conmigo, sino con nuestra pequeña, esa que no se merecía sufrir las consecuencias de lo que pasara entre nosotros.

Acosté a la pequeña a las nueve de la noche que ya estaba más que dormida. La dejé en su cama y le di un beso en la frente.

—Voy a cuidar de ti cada día de mi vida —murmuré con tristeza—. Te quiero con todo mi corazón, hija.

Me dirigí hacia mi habitación pues yo también tenía ganas de cerrar los ojos y acabar este día en el que había disfrutado de mi pequeña, pero en el que también me había desgarrado aún más mi corazón.

Escuché más tarde entrar a Anna, incluso cambiarse en el vestidor. Se metió en la cama dándome la espalda y suspiró.

Me hacía el dormido haciendo de tripas corazón. Dolía tanto esta situación que me dejaba sin fuerzas. Se estaba llevando mi salud mental por delante mientras yo intentaba sostener el fino hilo que aún quedaba de esperanza.

Llegamos a casa y mi mujer aún no había llegado. Duché a Hannah y le puse el pijama. Se tumbó en el sofá pequeño para ver los dibujitos y yo me senté en el otro.

Silencié el móvil para que no se escuchara y comencé a ver los videos y fotos de los días junto a Lisa en Boston. Tuve que contenerme de llorar. Habían sido momentos llenos de magia, complicidad, bienestar...

Le preparé un sándwich a la pequeña para cenar, su madre no solo no había aparecido aún, sino que no se preocupó en todo el día de poner un mensaje preguntando por su hija. Era lamentable la forma que estaba teniendo de comportarse no solo conmigo, sino con nuestra pequeña, esa que no se merecía sufrir las consecuencias de lo que pasara entre nosotros.

Acosté a la pequeña a las nueve de la noche que ya estaba más que dormida. La dejé en su cama y le di un beso en la frente.

—Voy a cuidar de ti cada día de mi vida —murmuré con tristeza—. Te quiero con todo mi corazón, hija.

Me dirigí hacia mi habitación pues yo también tenía ganas de cerrar los ojos y acabar este día en el que había disfrutado de mi pequeña, pero en el que también me había desgarrado aún más mi corazón.

Escuché más tarde entrar a Anna, incluso cambiarse en el vestidor. Se metió en la cama dándome la espalda y suspiró.

Me hacía el dormido haciendo de tripas corazón. Dolía tanto esta situación que me dejaba sin fuerzas. Se estaba llevando mi salud mental por delante mientras yo intentaba sostener el fino hilo que aún quedaba de esperanza.

Capítulo 21



Lisa

Treinta y uno de diciembre, a solo unos minutos de acabar el año y empezar otro para el que ya tenía algunos planes, como mudarme a mi propio apartamento.

En esos días desde que volví de Boston había estado echando un vistazo a algunos de los que ofrecían en diferentes inmobiliarias de la zona, y me gustó mucho uno que estaba cerca de la escuela donde empezaría a trabajar en breve.

No se lo había dicho aún a Kim, tampoco a mis padres, pero hablé con la chica de la inmobiliaria y le dejé una señal para que me lo reservara, quedé en que cuando firmara el contrato de trabajo iría a formalizarlo todo, y no me puso problemas.

Por el momento me iba de alquiler durante un año, y tenía la posibilidad de optar después a renovar el alquiler o comprarlo.

Era una cucada, muy del estilo de Boston, un *loft* con un dormitorio y un cuarto de baño, más que suficiente para mí.

En esos días tras mi vuelta mi madre me había dado más abrazos que en toda mi vida, y es que la pobre me había echado de menos en los meses que estuve fuera, por no hablar de que esas habían sido las primeras Navidades que no pasábamos juntos, y ella temía que tampoco pudiéramos despedir el año.

Y no era la única, pues con el achuchón que me dio mi padre, creí que me rompía un par de costillas.

Eran mi mundo, los amaba por encima de todo, pero no podía dejar de pensar en Alex y la tristeza de estar lejos de él me asolaba a cada instante.

Teníamos ya todo preparado para despedir el año, en la televisión se veía la plaza de *Times Square* llena de gente esperando para tomarse las uvas, había un ambiente de lo más festivo allí y las cámaras enfocaban a parejas familias y grupos de amigos que no hacían más que saludar, reír, bailar y disfrutar de esos últimos instantes del año.

Kim estaba con su madre y el segundo marido de esta, pues su padre se fue a acostar un día hacía cinco años y ya no despertó, le dio un infarto sin previo aviso y falleció esa madrugada dejando a ambas desoladas. Apenas tenía cincuenta y cinco años, era joven y le quedaba mucho por disfrutar.

Su madre se enamoró de nuevo hacía un par de años, algo que le llegó tan inesperado que le dio miedo y le dijo a Kim que, si ella no quería, no seguía adelante, pero mi amiga le dejó claro que lo que quería era verla feliz, y ahora lo eran las dos.

Se casaron el año anterior y ese hombre adoraba a mi amiga como si fuera hija suya.

Habíamos quedado en que después saldríamos a tomar una copa juntas como siempre hacíamos, porque según decía ella, no había comienzo de año hasta que no nos bebíamos un gin tonic y un par de chupitos de tequila. Vamos, que me veía empezando el año borracha, igual que acabé la Nochebuena.

Y ahí estaba otra vez Alex en mis pensamientos, imposible apartarlo de ellos. Me hubiera gustado pasar estos últimos días del año con él, preparar la cena, charlar, reír y disfrutar en la nieve como un par de niños, perderme en sus ojos y sentir el calor de sus brazos, compartir un baile como aquella noche.

Pero no podía ser, su corazón pertenecía a otra mujer y además tenía a su hija, ese tesoro que siempre debía conservar.

—Lisa, cariño, ¿tienes todo? —me preguntó mi madre, sacándome de mis pensamientos.

—Sí, mis uvas y mi champán —sonreí.

—Perfecto.

Se sentó a mi lado y quedé en medio de mis padres, esos a los que miré y por los que di gracias un año más por tenerlos en mi vida. En los últimos años habían sufrido tanto como yo, mi caída fue para ellos un antes y después al igual que para mí, y se volcaron tanto en cuidarme que les había repetido mil veces que no tendría vida suficiente para pagarles.

Mi madre decía que no había nada que pagar porque eran mis padres y yo su bien máspreciado, y que siempre estarían ahí para mí, en todo aquello que necesitara de ellos.

Prestamos atención a la pantalla, mi padre subió el volumen y poco a poco comenzamos a tomarnos las uvas.

Una a una nos llenábamos la boca con ellas y al mirar a mi padre nos acabamos riendo los dos mientras tratábamos que no se nos salieran, porque parecíamos dos pequeños hámsteres con los mofletes tan abultados.

Hasta que por fin nos tomamos la última y conseguimos tragarnos todas sin acabar ahogados.

—¡¡Feliz Año Nuevo!! —grité adelantándome a ellos.

—Feliz Año Nuevo, cariño —respondieron al unísono y nos fundimos en un abrazo mientras ellos me daban un beso en la mejilla, ese que les devolví después.

—Os quiero y siempre os voy a querer —dije con los ojos algo vidriosos.

—Y nosotros a ti, mi niña —mi madre me acarició la mejilla y vi en su mirada ese leve rastro de tristeza que sabía que estaba contemplando ella en la mía.

Bridamos, nos tomamos esa copa de champán y cogí el móvil para hacerme algunos selfis con ellos, como todo los años.

Por suerte, aunque me habían robado el móvil tenía copia de todas las fotos, así que no perdí ninguna de esas que hice en los meses que estuve viviendo en Boston y ya había buscado un lugar donde me imprimieran esas que hice a las vistas del puerto desde mi apartamento para enmarcar y colgar en mi nueva casa.

Me sentí tentada de pedirle a mi madre el móvil y enviar un mensaje a Alex para felicitarle el año, incluso en mandar un email, pero no lo hice, no contacté con él a sabiendas de que tenía que ir olvidándome de su existencia.

Después de un rato con mis padres en casa me puse el abrigo, les di un beso y salí a la calle para coger el taxi que había pedido y acababa de pasar a buscarme.

Cuando me dejó en la puerta del local donde ya me esperaba Kim, le pagué dejándole una buena propina y felicitándole el año, algo que le dibujó una sonrisa en los labios.

—¡Feliz Año! —gritó Kim cuando llegué a ella.

—Feliz Año, cariño —la abracé—. ¿Qué tal la cena?

—Genial, ya conoces a Samantha y Liam, preparan comida para una semana —rio—. Es broma. Ha estado bien, como estos dos últimos años. Al menos ella está feliz, y es lo que me importa. Y Liam es un padrazo, también te lo digo.

—Tenemos mucha suerte de la familia que nos ha tocado.

—No me cabe duda. Y tú, ¿qué?, ¿lista para un nuevo año? —preguntó, mientras avanzábamos hacia la puerta.

—Sí, y no te lo había dicho, pero hay algo que celebrar esta noche —sonreí.

—No me digas que el angelito se ha dejado caer otra vez —curioseó abriendo mucho los ojos.

—No, no es eso —sonreí con cierta tristeza porque eso lo había deseado, pero sabía que no era algo que fuera a cumplirse.

Entramos y fuimos directas a la barra, el local estaba lleno y no sabía cómo la gente podía moverse por la pista para bailar. Kim pidió un par de gin tonics y unos chupitos de tequila que nos sirvieron lo primero.

—Tequila, limón y sal, para empezar el año de nuestras vidas —dijo cuando ambas cogimos los vasitos, y esa era la frase de cada año.

s

Nos lo tomamos y ya nos había puesto el camarero los gin tonics.

—Bueno, ¿y qué eso que tenemos que celebrar? —preguntó tras dar un sorbo.

,

—Que me mudo.

—Ya me lo dijiste, y sigo con el corazoncito roto porque me dejas sola —hizo un puchero.

—No me has entendido —reí.

—Pues habla en un idioma que entienda.

—Encontré un apartamento, está cerca de la escuela y lo tengo reservado hasta que firme el contrato para ir a formalizar el alquiler.

—Sí que has sido rápida, yo pensaba que te quedarías unos días más conmigo, o unas semanas.

—Necesito hacer esto, Kim, necesito estar en mi propio espacio.

—Lo sé —sonrió—. Cuando te fuiste a Boston sabía que ese tiempo viviendo sola te sentaría bien. Pero más te vale que, cuando vaya a verte, me abras la puerta, o dejo de ser tu amiga para siempre.

—Sabes que no puedes estar lejos de mí —reí.

—Es verdad, no podría dejar de ser tu amiga —suspiró—. Bueno, pues, por tu nuevo apartamento —levantó la copa e hice lo mismo para ese brindis.

No, no podíamos estar la una sin la otra, nunca habíamos podido y nunca podríamos.

Aquellas horas del comienzo del nuevo año las pasamos riendo y bailando mientras nos tomábamos algún que otro chupito y un par de copas más, regresamos al apartamento juntas, al día siguiente ya volveríamos a casa de nuestros padres para comer y pasar el resto del día con ellos.

Las Navidades llegaban a su fin, y al igual que las últimas desde mi lesión no eran motivo de alegría para mí, pero estaba rodeada de quienes me querían y solo por eso merecía la pena vivirlas.

Estas habían sido diferentes, algo extrañas, pero sin duda unas que nunca olvidaría.

Aquellas horas del comienzo del nuevo año las pasamos riendo y bailando mientras nos tomábamos algún que otro chupito y un par de copas más, regresamos al apartamento juntas, al día siguiente ya volveríamos a casa de nuestros padres para comer y pasar el resto del día con ellos.

Las Navidades llegaban a su fin, y al igual que las últimas desde mi lesión no eran motivo de alegría para mí, pero estaba rodeada de quienes me querían y solo por eso merecía la pena vivirlas.

Estas habían sido diferentes, algo extrañas, pero sin duda unas que nunca olvidaría.

Capítulo 22



Alex

Era el primer día de cole de mi hija después de las vacaciones de Navidad. Principios de un enero que venía frío, pero no tanto como otros años. Evidentemente el clima estaba cambiando, no por eso no dejaba de congelar la cara, manos y todo lo que no estuviera abrigado.

Me encargué de llevarla a la escuela porque sabía que le hacía mucha ilusión. Siempre intentaba hacerlo por lo menos dos o tres veces en semana, pero en este primer día de regreso de vacaciones no podía fallarle, ya que sabía lo feliz que le hacía.

—Luego nos vemos en casa, mi vida.

—Sí, papi —me abrazó feliz y me dejó un beso en la mejilla antes de que la bajara al suelo.

—Pásalo bien y disfruta del regreso con tus compañeros.

—Sí, adiós papi —me decía, colocándose en la fila de su clase y le hice un gesto de saludo con la mano a su profesora.

Llegué a las oficinas y saludé a Kristin, la recepcionista de la delegación.

Me preparé un café de la máquina de mi despacho antes de disponerme a trabajar. Justo cuando me senté me entró un mensaje que me llamó mucho la atención.

John: *Hola, Alex. Un poco tarde, pero quería felicitarte por el Año Nuevo y desear a tu familia todo lo bonito que os merecéis. Gracias por permitirme sentarme en tu mesa el día de Nochebuena. No se me olvidará nunca. Abrazos.*

Me emocioné al leerlo y también entendí que no quiso nombrar a Lisa para no ponerme en ningún aprieto si estaba junto a alguien. Era un hombre de admirar que me había dado toda una lección de humildad.

Alex: *John, Feliz Año Nuevo, amigo. Qué alegría leerte. Nada que agradecer, fue todo un lujo compartir*

contigo la cena. Tú sí que te mereces lo mejor del mundo. Nos vemos en junio, pero ya sabes, aquí me tienes para cuando me quieras escribir. Un fuerte abrazo.

Había sido una cena tan emotiva, que la consideraba como un regalo que me había hecho la vida.

Venía de unos días duros, en los que ni siquiera logré en Fin de Año sentar a mi mujer con nosotros. Decidió que se iba a casa de sus padres y me dejó a mí con la niña en casa a solas.

Mis padres me ofrecieron ir en reiteradas ocasiones, pero yo no tenía cuerpo para nada. Estaba pasando un momento tan duro que solo gastaba esfuerzo en intentar que la niña no notase nada, pero tonta no era y el ambiente estaba tan frío como el clima.

Le pregunté a solas qué le pasaba y su respuesta no fue otra que, “simplemente necesitaba un poco de aire”, que no era mi sumisa para tener que estar haciendo lo que me diera la gana ni viviendo para mí. Eso salió de su boca entre otras muchas cosas que me herían como si de un cuchillo rajándome en el pecho se tratara.

1 No lo entendía, no podía comprender nada de ese cambio sin razón aparente y lo peor de todo es que no tenía las agallas de enfrentarse a mí y decirme lo que realmente le ocurría, porque si se había desenamorado o ya no me quería, solo me lo tenía que decir.

Anna lo ganaba muy bien y podía mantenerse económicamente, de ahí a que no pudiera pensar que estaba conmigo para vivir más cómodamente o porque le diera un buen nivel de vida.

Obviamente yo ganaba muchísimo más que ella, no había color, pero Anna no necesitaba de tanto, ya que era una mujer que, aunque se permitía comprar sus caprichos, no tiraba el dinero sin sentido o era una gastosa compulsiva de las que compraban por comprar.

Me estaba volviendo loco al ver cómo todo se iba de mis manos y que la paz familiar iba desapareciendo cada vez más.

Mi hija se refugiaba en mí constantemente y en su mirada podía ver que su tranquilidad dependía de mis brazos. Cada vez tenía menos complicidad con su madre, porque esta tenía la cabeza en otro sitio y cada vez le prestaba menos atención y eso a la niña le frustraba y entristecía.

Estuve una hora trabajando antes de reunirme con mi equipo a valorar las estrategias de este nuevo año que comenzaba. Tres horas duró la reunión que yo dirigía y a pesar de eso, no se me quitaban los problemas familiares de la cabeza.

Regresé al despacho e intuitivamente me puse a ver las fotos con Lisa y los videos que ya me sabía de memoria. Esa chica había sido mi cura por unos días y la recordaría siempre. Se merecía ser feliz, encontrar alguien a su altura y que la cuidara tanto como yo lo había hecho con mi mujer.

Comí con mis padres, ya que mi mujer iba a recoger a la niña, puesto que salía en el mismo horario del conservatorio y lo tenía justo al lado.

—Hijo, estás más delgado y se te ve pálido.

—En enero no sería normal que estuviese moreno, mamá —le hice un guiño y sonrió.

—Sabes de lo que te hablo...

—Sí, mamá, pero ya sabes que no son buenos tiempos.

—Siempre te inculqué que el matrimonio es para cuidarlo y que dure toda la vida.

—Lo sé y eso hago.

—Ahora que estoy viviendo lo tuyo en mis propias carnes, quiero decirte que si decides separarte te vamos a apoyar en todo. Solo deseamos que seas feliz y si con ella no puede ser, no pasa nada, hijo. Los tiempos son diferentes. Solo quiero que sepas que siempre te vamos a apoyar en tus decisiones —decía mientras mi padre afirmaba con tristeza.

—Seguiré luchando mamá, pero me reconfortan tus palabras y las tengo en cuenta —dije intentando zanjar un tema que me dolía mucho.

Me mataba imaginar que mi hija no creciera desde una unidad familiar con sus dos referentes, eso es lo que más me dolía en el corazón.

Llegue a mi casa a las cuatro de la tarde. Mi pequeña corrió a mis brazos y Anna simplemente fue a darse un baño relajante de esos en los que se pasaba una hora con velas, la luz apagada y sales con olor a vainilla.

Me quedé con mi pequeña en el sofá charlando de su día en la escuela y lo feliz que estaba porque su profesora le había dicho que era muy aplicada.

Estaba tan orgulloso de ella que me emocionaba escucharla de esa manera, pero eso no quitaba la tristeza que representaba en todo momento ya que aquí éramos los dos sufriendo por la misma persona, esa que ya no era igual con nosotros.

Me estaba volviendo loco buscando en Google las posibles situaciones que llevaban a un matrimonio a estar así pero todo era muy complejo y obviamente cada pareja y persona era un mundo.

Centrarme en el trabajo y en mi hija era lo único que me daba fuerzas para llevar una situación tan lamentable y

desagradable.

Recordé en muchos momentos lo que me dijo Lisa acerca de esto, que por mucho que quisiera me iría desgastando en el tiempo hasta terminar dejándola ir, pero claro, es que ella no hacía referencia a que lo quisiera hacer y era lo que más desorientado me tenía.

Dolía en el alma, estaba abatido, destrozado y con una rabia e impotencia que no me dejaba vivir. Dios sabe cuántas lágrimas me estaba costando este sufrimiento.

Cené con mi pequeña y ella ni apareció por la cocina, esperó a que lo hiciéramos nosotros para luego entrar ella. Si eso no era desprecio, que viniera Dios y lo viera, porque no entendía hasta qué punto podía hacerle eso a su hija.

A la hora de irme a la cama la esperé hasta que entró a acostarse con el propósito de hablar con ella.

—Anna...

—Me has asustado, pensé que estabas dormido.

—Lo siento —me disculpé—. Anna, ¿por qué no me dices qué es lo que te está pasando?

—No empieces. Estoy saturada, la casa, el trabajo, la niña, no sé, siento que se me va la vida con todo. No hay nada especial en mi conducta, solo que necesito evadir mi mente y no estoy en buen momento. Se llama depresión matrimonial y todo el mundo pasa por eso en su vida alguna vez.

s

—Quiero ayudarte, sabes que te amo con todo mi corazón y que por vosotras haría lo que fuera, pero no te dejas.

—Solo necesito tiempo para volver a sentirme bien —me dio un beso en la mejilla y se giró.

No entendía eso de la casa cuando yo era el que más limpiaba, recogía las cosas y me encargaba de la niña, pero no estaba por la labor de hablar y yo ya no sabía qué hacer para solucionar nuestro matrimonio, ese que sentía que cada vez estaba más roto y en desunión.

1 Mi hija, esa era la que realmente me estaba doliendo, porque yo sí veía lo que estaba sufriendo con todo.

,

,

..

1

)

;

Capítulo 23



Lisa

Febrero, y ese primer mes del año se me había pasado rápido y sin apenas darme cuenta.

Nada más firmar el contrato en la escuela me fui con él a la inmobiliaria para formalizar el alquiler de mi nuevo apartamento, Kim y mis padres me ayudaron a instalarme y estaba encantada con él, lo tenía de lo más coqueto, casi como el de Boston.

Y sí, una parte de aquel lugar estaba aquí conmigo, pues las fotos del puerto en diferentes momentos del día, estaba colgadas en una de las paredes del salón.

Había pasado los días centrada en el trabajo, impartiendo clases todas las tardes de lunes a viernes a grupos de niñas de diferentes edades, y estaba encantada con todas ellas.

También había pensado en Alex, eso era imposible no hacerlo y más cuando a cada rato que estaba sola en casa por las noches, volvía a ver esos vídeos y fotos que nos habíamos hecho durante los días que pasamos en Boston.

Kim me animaba y decía que poco a poco y con el tiempo acabaría superándolo, y sabía que era así, solo que aún dolía demasiado.

Días atrás mi padre me habló de Paul, estaba en la clínica en la que él trabajaba desde que lo trasladaron poco después de su caída y la verdad es que no me dio buenas noticias.

Por lo que me contó, las lesiones que sufrió, no solo no le permitirían volver a bailar, sino que había sido más grave de lo que en un principio contaron en los medios, pues sufrió una lesión fuerte en la columna que lo mantendría en una silla de ruedas el resto de su vida.

Lo sentí por él, de verdad que sí, porque a pesar de que lo nuestro se acabara, sabía lo difícil que era superar algo así y convivir con el hecho de que habías perdido tanto en la vida.

Era sábado y tras mucho pensarlo y armarme de valor, decidí visitar a Paul en la clínica donde aún lo mantenían hasta que se recuperase más de esas lesiones, además era una clínica privada y allí tenía enfermeras y médicos a

su disposición sin que tuviera que contratar a alguien para que lo ayudara en casa.

Fui directa a la habitación en la que me dijo mi padre que estaba y antes de entrar cogí una gran bocanada de aire. Di un par de golpecitos y abrí asomando la cabeza para ver si estaba con alguien, pero lo vi solo en la cama mirando por la ventana.

—¿Lisa? —preguntó frunciendo el ceño cuando se giró y me vio.

—Hola, Paul —sonreí.

—¿Qué haces aquí?

—Solo vine a ver cómo estás, mi padre me ha puesto al corriente de todo. Quise venir antes, pero, entre unas cosas y otras...

—Ni siquiera te esperaba, sinceramente.

—Ya imagino —volví a sonreír—. No es que acabáramos muy bien —dejé el jarrón con las flores que había comprado en la mesa junto a otras que había allí.

—La verdad, me sorprende que estés aquí.

—Que rompiéramos no quiere decir que sea una imbécil, de sobra sabes que nadie mejor que yo entiende que estés mal por lo que te ha pasado.

—Pues precisamente por eso, Lisa, no sé por qué has venido.

—Los dos hemos tenido mala suerte, una caída no es plato de gusto y menos saber que no volveremos a bailar nunca.

—Tú al menos caminas, no me jodas, yo voy a pasar el resto de mi vida en una puta silla de ruedas.

—Paul, tranquilo, no es bueno que te alteres. Además, hay profesionales que pueden ayudarte. No me avergüenza decir que para superar mi lesión y el hecho de que no podría volver a bailar, fui a ver a una psicóloga.

—Joder, no me vengas con eso, Lisa.

—Oye, que la que se quedó dolida cuando la dejaste, fui yo, y más cuando después de solo un mes ya estabas con otra.

1

—Siempre fuiste tan inocente —resopló.

—Si lo dices porque tal vez ya estabas con ella de antes, pues mira, tenía alguna sospecha, pero no quería creerlo. ¿Era así?

—No, no estuve con ella, pero tu caída no fue solo un accidente.

—Paul, ya hablamos de eso, y sé que no tuviste nada que ver. No fue culpa tuya que esa ayudante de estilismo no hiciera bien su trabajo.

—En lo que respecta a la compañía, no, pero en cuanto a mí, sí.

—¿Qué quieres decir?

—Que me follaba a esa chica, Lisa, y la convencí para que hiciera lo que pudiera para que ese día sufieras la caída. Y lo hizo, no aseguré bien el arnés que llevabas puesto, el mosquetón que tenías se abrió y caíste, al menos no fue una altura tan grande.

—Paul... —sentía un nudo en la garganta y una opresión en el pecho que no me dejaban respirar ni hablar. Nunca pensé que fuera cosa suya, jamás se me pasó por la cabeza.

—Ibas a triunfar, Lisa, ¿y yo? Qué iba a ser yo, ¿eh? ¿El novio de una gran bailarina de fama internacional, como lo fue tu padre? No, no quería ser el novio “de”, quería ser el triunfador de los dos. Y, ya me ves, con el tiempo el jodido *karma* se ha cobrado lo suyo. Tú sigues caminando y yo me quedo en una puta silla de ruedas hasta que me muera.

Lo estaba diciendo con tanta rabia que veía el odio en su mirada, y no entendía por qué me hizo aquello, solo por no ser una especie de segundón cuando yo nunca competí con nadie en mi vida.

—¿Cómo sabías que yo...?

—Vi la carta en casa semanas atrás, y no me contabas nada, entonces pensé: ¿y si quiere dejarme para triunfar? No iba a permitir eso tampoco.

No me podía creer que estuviese escuchando todo aquello salir de la boca del que una vez fue el hombre al que tanto quise.

Y empecé a llorar, por la rabia y el dolor de todo lo que a mí me fue arrebatado con aquella caída y solo mis padres y Kim sabían.

—Está claro que tarde o temprano, quien la hace, la paga —resopló.

—Estoy de acuerdo, Paul, porque aquel día me hiciste algo mucho peor que privarme de la danza. Sí, me habías ofrecido el puesto con el que toda bailarina que se precie sueña de niña, iba a llegar a lo más alto, sería reconocida como lo fue mi madre, y tanto ella, como mi padre, habrían estado orgullosos de mí. Pero lo único que hicimos esa noche, junto con Kim que estuvo a mi lado mientras mi novio hablaba con la prensa todo afligido y con lágrimas falsas por lo que ahora sé, fue llorar, Paul, llorar la pérdida de nuestro bebé —al escucharme decir aquello me miró con los ojos muy abiertos—. Unos días antes de recibir aquella carta supe que estaba embarazada, teníamos esa función de Navidad a la que no podía faltar y en la que nos verían a los dos juntos en el escenario como tantas veces habíamos querido, y era esa noche cuando pensaba decirte que ibas a ser padre, justo al acabar la función, anunciando que me iba a centrar en ese bebé —las lágrimas caían por mis mejillas sin control y no me molestaba en secarlas, quería que las viera, que se diera cuenta de que todo el dolor que sentí después de la caída, no era por no poder bailar o porque pensara que me engañaba con otra, sino por lo que realmente perdí aquella noche—. Iba a rechazar esa compañía, Paul, iba a renunciar a todo por un tiempo, por nuestro hijo y por ti. Y tú me lo arrebataste. Me quitaste a mi bebé.

Seguía mirándome, escuchando callado y sin decir una sola palabra mientras yo volvía a revivir todo lo de que aquella noche, víspera de Nochebuena.

Notar cómo mis pies abandonaban el suelo mientras ponía esa pose en el aire, sentir que algo no iba bien y el momento exacto en el que mi cuerpo comenzó a caer. El golpe, el dolor, los gritos de la gente, y yo pensando en mi bebé, pidiendo porque mi pequeño estuviera bien.

Las lágrimas de mi madre cuando desperté y la vi a mi lado, el momento en el que me dijo que había perdido el bebé y cómo lloramos las dos, mejor dicho, los cuatro, porque mi padre y mi mejor amiga estaban en esa habitación conmigo. Kim ni siquiera se había quitado el traje de la función, estaba vestida por completo de bailarina, con todo el rímel hecho un desastre mientras lloraba con ese mismo desgarramiento que yo tenía, diciéndome que pensaba que además de a su padre, también perdía a su hermana.

Porque sí, los médicos a mi padre le dijeron que había sufrido un leve golpe en la cabeza y como no despertaba, le dijeron que temieran lo peor.

Pero abrí los ojos, me sedaron tras un reconocimiento y me llevaron a quirófano donde mi propio padre, me operó para salvarme la pierna.

Tenía una cicatriz que me recordaría siempre que me lesioné, pero otra que no se veía y también estaba ahí.

—Jamás me he alegrado ni me alegraré de lo malo que pueda pasarle a alguien, Paul, pero sin duda tienes lo que mereces. Mi hijo no tuvo la suerte de poder nacer, así que agradece que no has muerto como le pasó a él, y acostúmbrate a la silla de ruedas.

Salí de la habitación secándome las lágrimas y él seguía sin decir una sola palabra. No me alegraba de su desgracia, pero desde luego que con lo que me hizo pasar a mí, estaba claro que tenía lo que se merecía.

1 Cuando llegué a la calle me apoyé en la pared a llorar con el mismo desgarró que aquella noche. Había sido
i todo culpa suya y fingió durante tanto tiempo sin confesar nada.

Subí a un taxi cuando me calmé y fui a ver a Kim, que me recibió con los brazos abiertos como siempre y escuchó lo que le decía sin salir de su asombro y maldiciendo a Paul cuando acabé.

Lloraba tan desconsolada como yo, como tantas veces hizo a lo largo de estos años.

1 Qué diferente era el amor de mi mejor amiga, casi una hermana, al que había tenido Paul por mí. Mientras él se encargó de trincar mi carrera para siempre solo porque no quería ser eclipsado por mi éxito, ella renunció al suyo porque yo no podría llegar tan alto.

No entendía que la persona que más debía amarme y cuidarme, fuera la causante del mayor dolor por el que había pasado en toda mi vida.

Y no, jamás le perdonaría todo lo que me hizo pasar.

Cuando llegué a la calle me apoyé en la pared a llorar con el mismo desgarró que aquella noche. Había sido todo culpa suya y fingió durante tanto tiempo sin confesar nada.

Subí a un taxi cuando me calmé y fui a ver a Kim, que me recibió con los brazos abiertos como siempre y escuchó lo que le decía sin salir de su asombro y maldiciendo a Paul cuando acabé.

Lloraba tan desconsolada como yo, como tantas veces hizo a lo largo de estos años.

Qué diferente era el amor de mi mejor amiga, casi una hermana, al que había tenido Paul por mí. Mientras él se encargó de truncar mi carrera para siempre solo porque no quería ser eclipsado por mi éxito, ella renunció al suyo porque yo no podría llegar tan alto.

No entendía que la persona que más debía amarme y cuidarme, fuera la causante del mayor dolor por el que había pasado en toda mi vida.

Y no, jamás le perdonaría todo lo que me hizo pasar.

Capítulo 24



Alex

Febrero, el mes que llamaban del amor, ese que yo celebraba con Anna haciendo de ese día una ocasión especial, aunque realmente, siempre hice que todos los meses tuvieran infinitud de días así, pero bueno, el catorce de febrero nunca se me pasaba por alto.

Y hoy era ese día en el que ningún plan aparecería en nuestras vidas porque después de haberle propuesto mil ideas, desistí de seguir haciéndolo. Tampoco es que me cogiera por sorpresa, pues ya hasta evitaba comer o cenar conmigo al mismo tiempo.

No por eso iba a dejar de tener un detalle con ella. Le había mandado un ramo de flores al conservatorio junto una nota donde decía que seguía con la esperanza de recuperar lo que un día fuimos.

Terminé de trabajar y salí de la delegación directo a recoger a mi pequeña, ya que hoy me había tomado el privilegio de salir antes y llevarla a comer, pues su madre llegaría más tarde. Por lo visto comía con su amiga Melany.

No había mejor plan de San Valentín que comer con su amiga antes que elegir a su familia, pero bueno, en este punto ya no estaba solo resignado, estaba acostumbrado por desgracia a vivir de esta manera.

Sabía que el ramo se lo habían entregado, pero no se dignó ni a mandarme un mensaje de gracias, ni mucho menos ponerme unas palabras especiales solo por el simple hecho de ser el padre de su hija, pero, ¿qué podía esperar de ella?

La pequeña corrió hacia mis brazos cuando la profe me vio y le hizo un gesto de que podía salir.

—Papá, mira el corazón que he hecho con tu nombre —lo traía en la mano, ya que lo habían elaborado con una cañita para sujetarlo y la cartulina roja en la que ponía mi nombre en blanco.

—¿No has puesto también el de mamá, cielo?

—No —sonrió mientras negaba con su cabeza—. No se lo merece —murmuró, consiguiendo que se me

encogiera el corazón por completo.

—Es tu mamá, cariño, no digas eso.

—No me cuida como tú, papá. Ya no juega conmigo ni me escucha cuando le hablo.

—Pero es tu mamá, no sabemos qué le puede estar pasando. Las personas a lo largo de nuestras vidas tenemos unas curvas que tienen que ver con el estado de ánimo. Hay momentos en los que esa curva está tan por los suelos que nos hacen aislarnos del mundo y eso es lo que le puede estar pasando a mamá.

—No, porque cuando habla con el móvil con sus amigas se ríe a carcajadas y se pasa las horas con ellas.

¿ —Cariño, tú sabes que eres mi vida y que serás siempre mi primera opción, ¿verdad?

—Sí, papá.

—Jamás te sentirás sola, cariño —la abracé antes de meterla en el coche y abrocharle el cinturón de su sillita.

—Papá, no me dejes más sola con ella cuando te vayas de viaje.

—¿Por qué dice eso? —Me quedé de pie fuera del coche mirándola.

—Porque me siento perdida sin ti —se echó a llorar.

—Mi vida —la desabroché de nuevo y la abracé—. No llores, ¿por qué estás así?

—Ojalá viviera contigo a solas —cuando me dijo eso se me erizó la piel por completo.

—Cariño, te prometo que vamos a solucionar todo, te lo juro por mi vida —se me desgarró el alma y no pude evitar llorar abrazado a ella.

—Papá, no llores, vámonos de casa a otro lugar, ella no nos quiere.

—Siempre te quiso con todo su corazón, mi vida, pero no sé lo que le está pasando.

Nos fuimos a un restaurante y no me entraba bocado, pero comí haciendo de tripas corazón para no reflejar en ella lo mismo y que no comiese.

Después de esto, me juraba a mí mismo que iba a llegar hasta el final de la cuestión, por mi hija lo iba a hacer. Esta situación ya había llegado muy lejos y no solo me estaba haciendo daño a mí, sino a la personita que más quería de este mundo y por ahí no iba a pasar.

Sin rastro de Anna, duché a la pequeña antes de cenar, le di su pescado a la plancha con verduras y después de lavarse los dientes, la llevé a la cama donde la acosté para contarle un cuento que duró hasta el momento en que se quedó dormida.

No me había enterado de que Anna había llegado a la casa cuando me la encontré en el salón con una sonrisa de oreja a oreja y con mi móvil en las manos.

—Es muy guapa y joven, ¿folla bien? —me preguntó, dejándome paralizado por completo.

—¿Qué haces, Anna?

—Comprobar que vas de hombre del año, marido perfecto, destrozado por haberse perdido unas Navidades con su familia, pero disfrutando con una jovencita en la que no os faltó ni las típicas bromas de la nieve —lanzó mi móvil sobre la mesa.

—No me he acostado con nadie, Anna —dije muy enfadado por la sonrisa que mantenía en todo momento y con la crueldad con la que me hablaba.

—Tranquilo, no voy a llorar ni montar una pataleta. Seguiremos fingiendo ante los ojos de Dios y del mundo que somos la familia perfecta. Pero es curioso, tanto que te has preocupado por cómo estoy, que me has dicho infinidad de veces que echas de menos a la mujer que era antes y hoy me mandas un ramo en el que de nuevo repites que quieres que volvamos a ser lo que fuimos, pero, sin embargo, te permites el lujo de tener una doble vida cuando tu familia te esperaba en casa por Navidad.

—No seas injusta.

—Me da igual, pero yo sabía que tú no eras ese hombre que siempre presumiste ser.

—Nunca he presumido de nada y he sido leal hasta ahora en todo momento.

—Tú no tienes ni idea de lo que es la lealtad y vergüenza te debería dar ir andando con niñas...

—¡No es ninguna niña! —grité enfadado.

—Mira cómo la defiendes —se echó a reír con malicia—. Qué bajo has caído, Alex, qué poca clase has demostrado tener.

—Anna, no seas injusta.

—¿Yo? ¿Injusta yo? Yo sabía de qué pie cojeabas desde hace mucho tiempo, otra cosa es que me haya hecho la

sueca.

e —No sigas manchando mi nombre que no tengo nada de lo que avergonzarme. Ella estaba tirada en el aeropuerto llorando desesperada y le habían robado todo.

o —Y mi marido fue a su rescate y la consoló durante unos días alojándola en su apartamento y jugando a revolcarse en la nieve. Es bellissimo, amor, te mereces una copa, bueno dos, una por ser tan buen actor y la otra por ser tan estúpido de pensar que no me iba a enterar.

—No hice nada, Anna.

—Lo hiciste todo y lo tienes muy bien argumentado en tu móvil —sonreía con ironía—. Alex, tú eres el culpable de todo lo que me pasa, del por qué no me apetece estar a tu lado. Deja de señalarme con el dedo.

—¡Llevas así mucho tiempo!

—A mí no me grites. El mismo que seguro que has jugado con esa mujer o peor aún, con muchas otras.

—Esto es muy injusto Anna, te juro por nuestra hija que no te he fallado en la vida.

—No me chupo el dedo, Alex. Por cierto, las flores las tiré a la basura.

—¿Antes de ver las fotos? —pregunté extrañado, porque no me cuadraba.

—No soy tonta, pero las fotos me lo terminaron de confirmar. Y ahora —se levantó y pasó por mi lado— me voy a darme un baño. Haz el favor y mañana recoges a la niña del cole, tengo una comida con mis amigas.

Le iba a soltar lo que ni yo me imaginaba que pudiera ser capaz, pero me contuve, por nuestra hija, por mí mismo y por lo que acababa de vivir. Me iba a quedar con las ganas de decirle que no me lie con Lisa por no fallarle a ella, pero que la deseé tanto que tuve que hacer el sacrificio de mi vida por no hacer nada que pudiera causarle dolor a mi familia. Me tuve que contener y mucho.

Me tiré en el sofá con una manta porque esta noche no me apetecía dormir con ella, por primera vez en la vida me sobraba todo menos mi hija.

Esto ya no podía seguir así y algo me decía que todo este numerito venía por algo más que el simple motivo de haber visto eso, que sí, que en condiciones normales a cualquier persona le hubiera dolido verlo, pero ella llevaba mucho tiempo con indiferencia y no me podía culpar a mí de sus actos.

Dolía saber que tanto amor que le puse a las cosas y tantas cosas que me negué por anteponerla a todo y que ahora me tratara como si fuera una rata que jamás había amado a los míos. Qué injusto era todo.

Capítulo 25



Lisa

Las semanas pasaban y yo seguía viendo esos vídeos y fotos de los días de Navidad en Boston, momentos en los que se me escapaban las lágrimas y pensaba lo diferente que habría sido todo si él no hubiese estado casado.

Kim me animaba cuando me veía mal, pero también me había amenazado con borrar todo ese material gráfico porque no me hacía ningún bien.

Le prometí no llorar mientras lo veía, o al menos es lo que intentaba porque las lágrimas salían solas.

También estaba la confesión de Paul en mi mente, esa que cuando lo supo mi padre, no le templó el pulso en ir a hacerle una visita y decirle que tenía lo que se merecía, ni más, ni menos, por todo el dolor que me había causado.

Unos días después me contactó por las redes diciendo que quería hablar conmigo y disculparse, me limité a decirle que no aceptaba disculpa alguna porque lo que hizo no tenía perdón. Le exigí que no me volviera a contactar o buscar, lo bloqueé y sentí que me quitaba un gran peso de encima.

Marzo estaba en sus primeros días y con él se acercaba la llegada de una nueva primavera, esa que viviría en mi apartamento y que ya tenía pensado llenar de flores.

Los días en la escuela no podían ir mejores, me encantaba dar clases y ver a las niñas disfrutando con cada nueva lección que les daba, con esas coreografías que me inventaba sobre la marcha y que todas seguían sin equivocarse.

Desde luego que ser bailarina de ballet profesional como mi madre siempre fue mi sueño, esa gran pasión que sentí desde bien pequeña cuando la veía a ella, pero ser profesora era mucho más gratificante.

En el apartamento tenía la foto con mis alumnas de Boston en una de las baldas del salón y cuando las veía, se me dibujaba una sonrisa al recordarlas.

—¡Profe! —gritó una de mis niñas más chiquitinas al entrar en la clase.

—Hola, Camille —sonreí al verla.

Y tras ella llegaron todas las demás, en total diez encantadoras niñas de cinco años que me tenían enamorada porque me recordaban mucho a Kim y a mí cuando comenzamos en la escuela.

Después de dejar sus cosas en el rincón donde estaban los percheros, ocupó cada una un espacio en la barra frente al espejo y empezamos con el calentamiento.

Durante esa hora de clase no faltaron las risas, como era habitual con ellas, y como ocurría siempre, el tiempo nos pasaba volando.

s Todos los padres recogieron a las niñas, excepto los de Camille, y eso me extrañó, pero no tardó en decirme que tenían una reunión en el trabajo y que sería su tío Zack quien vendría a buscarla, así que como era la última clase que daba, nos quedamos allí las dos bailando un ratito juntas.

Nos dejábamos llevar por la melodía, ella seguía los movimientos que yo improvisaba y que procuraba que fueran sencillos, y acabamos sentadas en el suelo con el torso sobre nuestra pierna flexionada y las cabezas juntas en el centro.

a Sonreímos al vernos así en el espejo y escuchamos unos aplausos desde la puerta.

—¡¡Tío Zack!! —la niña se levantó rápida y fue corriendo hacia su tío, que no dudó en cogerla en brazos.

—Hola, ratita.

i Si alguien me hubiera dicho que el tío de una de mis alumnas era el mismísimo Zack Benson, dueño de uno de los equipos de fútbol americano de California, no me lo habría creído.

Y sabía quién era él porque a mi padre, le gustaba ese deporte y era forofó de su equipo, no porque este hombre se dejara ver mucho en la prensa, salvo por temas laborales o deportivos, ya que en lo que a su vida privada se refería, era de lo más discreto.

—Tío, ella es Lisa, mi profesora —le dijo Camille con una preciosa sonrisa.

—Me lo he imaginado al veros a las dos bailando —contestó.

—Profe, este es mi tío.

—Ahora ya sé de quién has heredado esos bonitos ojos que tienes —sonreí, y es que Camille tenía el mismo color verde vibrante que su tío.

—Tus ojos le parecen bonitos, tío —dijo con una risilla.

—No ha dicho eso, Camille —contestó él—. Venga, ve a por tus cosas —le dio un beso en la sien y la dejó en el suelo.

—Es un amor de niña —le dije mirando a esa pequeña que recogía sus cosas.

—Y tú también tienes unos ojos muy bonitos —me giré al escuchar y el modo en el que me miraba, hizo que me sonrojara.

—Gracias.

—Te adora —miró a la niña—. No deja de hablar de ti, siempre contándole a su madre lo que ha aprendido en clase.

—Es mi trabajo.

—Pero se nota que disfrutas con lo que haces, que sientes la música, como si formara parte de ti.

—¿Y todo eso lo has visto en unos pocos minutos?

—En realidad, desde que empezasteis a bailar.

—¿Y por qué no dijiste que estabas aquí? Ya os podríais haber ido a casa.

—A Camille le encantan estas clases, y no quería privarla de este rato bailando a solas contigo.

—Ya estoy, tío. ¿Me llevas a comer pizza? —preguntó la pequeña.

—Menos mal que después haces ejercicio, porque con todo lo que comes, serías una cena de Navidad perfecta —le dijo y ella se echó a reír.

—Adiós Camille —me despedí.

—Profe, ¿quieres venir con nosotros?

—No, yo...

—¿Puede, tío?

—Claro, hay una pizzería aquí cerca.

Kim, que hacía un rato que estaba medio escondida en el pasillo, se asomó y comenzó a asentir con la cabeza de tal modo, que pensé que se fracturaba el cuello, y entonces la vi con el móvil en la mano, ese que me enseñó antes de comenzar a teclear.

No tardé en escuchar la notificación de un mensaje resonando en el aula, y me disculpé con ellos para ir a cogerlo.

Kim: *Diles que sí, que ese hombre no te ha quitado el ojo desde que llegó. Hazme caso, o actúo por mi cuenta.*

Suspiré y volví hacia la puerta donde ambos hablaban intentando elegir una pizza.

Kim me vio, y yo a ella le vi las intenciones, esas que no tardé en saber cuáles eran.

—Ah, todavía estás aquí, Lisa —dijo acercándose casi sofocada—. Lo siento, pero tendremos que dejar lo de la cena para otro día, mi madre me ha pedido que vaya a su casa. Nos vemos mañana —empezó a caminar, casi a correr más bien—. ¡Te quiero!

Yo la mataba, de verdad que sí, era mi mejor amiga, pero es que la mataba.

—Parece que te has quedado sin plan para cenar —carraspeó Zack.

—Eso parece, sí —suspiré, pensando en cuántos tipos de maneras para asesinar a Kim habría.

—¿Entonces puedes venir con nosotros, profe? —Miré a Camille y, ¿quién podría resistirse a esa carita?

—Voy por mis cosas.

—¡Bien! —gritó ella, feliz.

Una vez salimos fuera, caminamos hasta el final de la calle donde estaba la pizzería, nos acomodamos en una de las mesas y pedimos una familiar para los tres con extra de jamón y carne, como le gustaba a la pequeña.

Fue ella quien nos llevó de una conversación a otra, hasta que se fue hacia la zona de juegos infantiles. Zack era un hombre encantador, y por la prensa deportiva sabía que a sus treinta y ocho años llevaba ocho siendo el dueño del equipo, ese que compró con la herencia que le dejó su padre al fallecer, un gran aficionado del mismo.

Me sentía cómoda con él, no había momentos de silencio en la conversación y se veía que era un hombre sencillo y encantador. Pero tampoco me pasaron desapercibidas esas miradas que me dedicaba de vez en cuando, o la sonrisilla en los labios que se le dibujaba cuando hablábamos.

Y yo era consciente de que me sonrojaba con esas atenciones que me estaba prestando.

e

Quando llegó el momento de irnos regresamos a la escuela donde Zack había dejado el coche, me despedí de la niña con un abrazo que me llegó al alma y él la sentó en la sillita que tenía en el asiento trasero.

—Gracias por la pizza y la charla —dije cuando cerró la puerta.

—No, gracias a ti por aceptar.

—Si tengo algo claro, es que un puchero infantil es una terrible arma de persuasión —volteé los ojos y Zack se echó a reír.

—Tal vez te parezco un poco atrevido, pero, ¿podría invitarte algún día a tomar café? —preguntó, y pensé en Kim, en que en ese momento si lo escuchara estaría asintiendo igual que hizo antes, por no hablar de que me habría enviado un mensaje con un “sí” enorme.

—Podrías, sí —contesté con una sonrisa que él correspondió.

—Dame tu número y te llamo, ¿mañana, por ejemplo?

—Perfecto —le di mi número de móvil y tras grabarlo en el suyo, después de hacerme una llamada perdida para que lo tuviera yo también, se inclinó para besarme en la mejilla.

—Buenas noches, Lisa —dijo mientras me miraba a los ojos fijamente.

—Buenas noches, Zack.

Quando subió al coche Camille me miró y dijo adiós con la manita mientras se alejaban. Volví caminando a casa y cuando estaba abriendo la puerta me sonó el móvil.

e —Dime, Kim.

—No, dime tú.

l

—¿Qué quieres que te diga?

—Eh, ¿hola? ¿Zack Benson invitándote a pizza?

—Pues eso.

—No, a mí no me vengas con esas. Cuéntame todo o me presento en tu apartamento.

—Hemos comido pizza, hemos hablado, nos hemos despedido y me va a invitar mañana a tomar un café.

—¡Dios, gracias por escuchar mis plegarias! —gritó la muy loca.

—¿Qué plegarias? ¿Qué dices?

—Que ese hombre es el que te va a quitar las penas, ya verás, que he estado rezando durante semanas, meses incluso, para que llegara alguien nuevo a tu vida. Y ahí lo tenemos. Y veo los titulares.

—Kim, que solo es un café, no vamos a casarnos.

—De momento, no, en un futuro, me da que sí. Ahora, descansa, que mañana, ¡¡tienes una cita!!

—Que solo vamos a tomar café.

—Por ahí se empieza, así que...

—Kim.

¹ —Dime, futura señora Benson.

—Estás loca, y vete a la cama —dije y se echó a reír, momento en el que colgué.

Me di una ducha y tras ponerme el pijama antes de meterme en la cama vi que el móvil tenía la pequeña lucecita de notificación parpadeando. Lo cogí y vi que era un mensaje de Zack.

Zack: *Espero no haber sido muy atrevido con mi invitación, pero me he sentido muy a gusto contigo y me gustaría conocerte un poco más.*

Sonreí, porque la verdad es que yo también me había sentido a gusto con él, y así se lo hice saber respondiéndole, al tiempo que le deseaba buenas noches y me metía en la cama.

Tal vez Kim tenía razón y era hora de dejar que alguien entrara en mi vida dispuesto a quedarse en ella.

Cogí el móvil, y como tantas noches en los últimos meses, vi esos recuerdos que me habían quedado junto a Alex.

Capítulo 26



Alex

Quince de marzo, el día que jamás hubiera imaginado...

Un mes había pasado en el que Anna vio todas las fotos y vídeos de esos días, motivo que la llevó a volverse la mujer más chula y prepotente que había conocido en mi vida. No la reconocía. Ni siquiera les hablaba ya a mis padres.

Desde el día ese que me dijo tantas cosas me juré a mí mismo que iba a buscar respuestas y lo hice hasta tal punto que contraté un investigador privado, no solo para que la siguiera, sino para que investigara su último año.

Lo contraté tres días después de aquel fatídico momento que la vi hablar con tanto desprecio hacia mí, y que movió todo mi mundo, quizás eso fue lo que me hizo falta para reaccionar y no quedarme perdido en el tiempo esperando un milagro que probablemente nunca iba a llegar.

Precisamente, el detective me había pedido el día anterior que hoy nos reuniéramos porque tenía la investigación lista para cerrarla. No quiso comentar ningún detalle, pero me advirtió de que estuviera preparado para encontrarme con la realidad.

Quedé con él en mi despacho, en ese preciso momento me había avisado Kristin que ya había llegado y venía hacia aquí.

—Adelante —dije cuando los dos golpes sonaron en mi puerta.

—Buenos días, Alex —entró directo y me estrechó su mano por encima de la mesa.

—Buenos días, Kevin —estiré mi mano indicándole de que se sentara.

—¿Conoces a este hombre? —Sacó una fotografía amplia y clara que ocupaba todo un folio.

—Ni idea. ¿Quién es?

—Bastian Weber. Tiene la mayor red de concesionarios de coches de la ciudad. Cuarenta y cinco años, casado desde hace quince con su mujer Sophie, con la que tiene tres hijos. Amante de tu mujer desde hace quince meses ; se ven a ratos entre bambalinas de cualquiera de sus múltiples concesionarios —comenzó a mostrarme fotos y vídeos de ellos dos entrando en esos sitios. Incluso una foto besándose cuando creían que estaban fuera de cualquier ojo humano—. Tu mujer está enganchada a ese hombre, pero este no está dispuesto a dejar a su mujer. Tengo conversaciones de ella en la cafetería hablando con su amiga y diciendo que mientras él no dé el paso, ella no dejaría a su familia para no levantar sospechas. Aquí lo tienes todo, espero que esto aclare tus dudas. De momento, no hay nada más.

—Gracias, Kevin.

—Ha sido un placer. No dudes en contactarme para cualquier otro trabajo.

—Me tienes que dar la liquidación para terminar de pagarte.

—Sí, te la pasará mi secretaria mañana.

Nos estrechamos la mano y caí a plomo en el sillón con todo ese material tan delicado por delante. Incluso escuché los audios en el USB que me había traído. Me daba vergüenza escuchar a Anna hablar en ese tono con su amigas. Era una total desconocida.

Lo que más me dolió escuchar, fue la manera de decir que al menos yo le servía para encargarme de la niña. ¿De verdad hablaba así de nuestra hija? ¿En serio? ¿Dónde cojones estaba esa mujer que se moría de la emoción cuando abrazaba a su pequeña? Había perdido el norte por un hombre que solo la miraba cuando tenía ganas de sexo y por ese mismo hombre, había tirado por la borda una familia.

Ahora sí, ahora entendía todo y comprendía que había estado durmiendo con mi peor enemiga, esa que me había demostrado el detective que no tenía ni escrúpulos ni corazón. ¿De verdad se podía dejar de tener escrúpulo por estar con un tío que no te daba el lugar que merecías? Aunque en estos momentos ya no pensaba que ella se mereciera algo.

Llamé a mis padres y les pedí que recogieran a la niña del colegio y se la llevaran a su casa. Iba a solucionarlo todo por las buenas o por las malas, pero hoy se iban a zanjar todas las cuestiones de mi matrimonio y no pensaba mirar hacia atrás ni para coger impulso.

Si algo tenía ahora más que nunca en mente era que la felicidad de mi hija dependía de mí y era en lo único que me quería centrar ahora, en que ella se sintiera una niña dentro de un ambiente sano y feliz.

Le dejé un mensaje a Anna diciendo que tal y como saliese del trabajo la quería en casa para hablar, y si no estaba cuando yo llegara, me iría a casa de sus padres a hablar con ellos. No le di opción a que se pusiera tonta. Si respuesta fue un emoji de un dedo pulgar hacia arriba.

y Recogí mis cosas con tiempo y me marché hacia mi casa para llegar antes que ella. Coloqué todas aquellas fotos encima de la mesa y hasta dejé listo los audios para que los escuchara.

Entró taconeando y contoneándose con una altanería que le quitaría bien rápido. Si ella no era la que conocí un día, no iba a tener ni los más mínimos escrúpulos de ponerla en su sitio.

—Espero que sea interesante lo que me tengas que decir, porque me estás haciendo perder el... —miró hacia la mesa y se le quitó esa puta sonrisa de la cara.

—Nada interesante, al menos para mí —le di al *play* para que se escuchara a ella misma. La cara se le volvió pálida—. ¿Quieres que le envíe todo esto a su mujer? ¿Lo quieres?

—Haré lo que me pidas, pero no lo hagas —ahí me demostraba que él seguía estando por encima de todo.

—Mañana vas a ir a mi despacho a las doce de la mañana.

—Estoy trabajando.

s

—¡Me importa una mierda! Vas a ir a mi despacho. Mis abogados tendrán preparado el divorcio de mutuo acuerdo donde firmarás que renuncias a mi casa, porque te recuerdo que la compré yo y tú, nunca aportaste un centavo al matrimonio porque no te lo cogí y sin embargo yo mantuve a la familia.

—No quiero la casa.

—Vas a firmar que renuncias a la casa, que me das la custodia completa de la niña y que nunca podrás reclamarme nada de ningún tipo. Si no lo haces mañana a las doce en mi despacho, iré a hablar con él y su mujer, así si tengo que tener una batalla legal contigo, te verás también en otra moral con ellos. Coge todas tus cosas y vete a casa de tus padres hoy mismo, tienes toda la tarde para hacerlo. Cuando yo regrese a las siete con la niña, si queda algo dentro lo pierdes, y si estás tú, iré a por todas hoy mismo.

—Esa mujer te ha comido la cabeza.

—A esa mujer ni la nombres, porque ella gracias a Dios, no es como tú —la miré apretando los dientes fuertemente—. Y déjame decirte algo, ni te fallé ni me acosté con ella, algo de lo que me voy a arrepentir toda mi vida. Tienes hasta las siete menos diez de la tarde momento que vendré con la niña y un cerrajero. Espero que no estés aquí.

Fui a casa de mis padres y hablé con ellos. No les conté todo tal cual porque tampoco quería ahora mismo¹ escuchar cosas feas de ella, ni envenenarme más.

Aproveché que la niña dormía para decirles que mañana mismo seguramente firmaríamos el divorcio y que hoy ssaldría de mi casa. Me abrazaron y mostraron su apoyo con unas palabras preciosas en las que una vez más me volvían a recordar cuánto valía.

Cuando mi pequeña se despertó le preparé su merienda y mis padres se fueron a la cocina y me dejaron con ella en el salón.

—Mi vida, ahora cuando regresemos a casa, seguramente ya no esté mamá.

—¿Ya no va a vivir más con nosotros?

—No mi amor.

—Pero, ¿me dejará vivir contigo? No me quiero ir con ella —se le saltaron las lágrimas.

—Sí, mi amor, va a firmar un papel en el que dice que tú y yo jamás nos separaremos.

—¿¿¿De verdad??? —preguntó emocionada.

—Te lo juro por mi vida, princesa.

Me abrazó fuertemente y noté la felicidad en ella. Lo había estado pasando realmente mal y para una niña de tan corta edad esa situación era muy difícil y dura.

A las siete menos diez salí de casa de mis padres y me dirigí a la mía. No había ni rastro de ella, como si jamás hubiese vivido allí. Se llevó hasta sus productos de té y pastillas de piña que ella usaba.

Cuánta razón tenían mis padres y cuánta tuvo también Lisa. No se me iba a olvidar en la vida con la impotencia i que me lo decía al ver que yo estaba completamente ciego.

Pero me quité la venda de los ojos y con ella le hice una diadema a mi princesa. Ahora mi hija lucía más guapa y yo veía con mayor claridad. No era así la frase exactamente de la venda de los ojos, pero yo la amoldé a nuestras circunstancias...

Aproveché que la niña dormía para decirles que mañana mismo seguramente firmaríamos el divorcio y que hoy saldría de mi casa. Me abrazaron y mostraron su apoyo con unas palabras preciosas en las que una vez más me volvían a recordar cuánto valía.

Cuando mi pequeña se despertó le preparé su merienda y mis padres se fueron a la cocina y me dejaron con ella en el salón.

—Mi vida, ahora cuando regresemos a casa, seguramente ya no esté mamá.

—¿Ya no va a vivir más con nosotros?

—No mi amor.

—Pero, ¿me dejará vivir contigo? No me quiero ir con ella —se le saltaron las lágrimas.

—Sí, mi amor, va a firmar un papel en el que dice que tú y yo jamás nos separaremos.

—¿¿¿De verdad??? —preguntó emocionada.

—Te lo juro por mi vida, princesa.

Me abrazó fuertemente y noté la felicidad en ella. Lo había estado pasando realmente mal y para una niña de tan corta edad esa situación era muy difícil y dura.

A las siete menos diez salí de casa de mis padres y me dirigí a la mía. No había ni rastro de ella, como si jamás hubiese vivido allí. Se llevó hasta sus productos de té y pastillas de piña que ella usaba.

Cuánta razón tenían mis padres y cuánta tuvo también Lisa. No se me iba a olvidar en la vida con la impotencia que me lo decía al ver que yo estaba completamente ciego.

Pero me quité la venda de los ojos y con ella le hice una diadema a mi princesa. Ahora mi hija lucía más guapa y yo veía con mayor claridad. No era así la frase exactamente de la venda de los ojos, pero yo la amoldé a nuestras circunstancias...

Capítulo 27



Lisa

Abril, y con la primavera a la vuelta de la esquina, ya tenía el apartamento de lo más coqueto, colorido y lleno de flores.

Zack tenía mucho que ver en eso porque no había día que no me enviara un ramo a la escuela a modo de sorpresa, aunque después se acercara a recogerme para invitarme a cenar.

Habíamos empezado algo, sí, nos encontrábamos a gusto y cuando estábamos juntos no faltaban temas de conversación y tampoco risas, porque resultó ser un hombre la mar de divertido.

Llevábamos viéndonos desde aquel primer café al que me invitó al día siguiente de conocerlo, esa tarde en la que acabamos cenando juntos, y nos despedimos con un beso en los labios porque a los dos nos apeteció en ese momento.

Él había estado en mi apartamento y yo en su ático, habíamos cenado juntos y nos quedábamos viendo una película o serie en el sofá la mar de cómodos, incluso compartíamos una sesión de besos y algunas caricias, pero no pasábamos de eso porque no me sentía preparada, y él me respetaba.

Eso sí, en broma me decía que cuando me sintiera lista para dar el paso, no me iba a dejar salir de la cama en días, y me echaba a reír.

Era un bonito sábado de abril y nada más encender la televisión antes de ir a preparar el café, escuché el nombre de Zack, y el mío.

Me quedé mirando la pantalla y acabé sentándome en el sofá, sin reaccionar apenas.

El titular era: *“Zack Benson y la famosa exbailarina, enamorados”*, y los colaboradores de ese programa matutino de fin de semana ya estaban hablando de ello, mientras en las pantallas grandes que tenían detrás se veían fotos nuestras en algunos de los lugares que habíamos estado.

Recogiéndome en la escuela, tomando café, cenando, comiendo un sábado, e incluso llegando en su coche al

edificio en el que él vivía.

—Nuestros reporteros los han captado bien en estas últimas semanas, y la verdad es que la sonrisa de ambos, les delata —dijo una de colaboradoras—. Nos consta que ella es Lisa Campbell, hija del conocido cirujano Jake Campbell y de la también exbailarina de ballet profesional Clare Campbell. Lisa dejó la danza por una fuerte caída que le provocó una lesión y actualmente es profesora en una escuela.

Dejé de escuchar la televisión en cuanto mi móvil empezó a sonar y vi que era un mensaje de Kim diciéndome que estaba en todos los periódicos, revistas, prensa digital y noticias del mundo.

No me lo podía creer, hasta que puse el nombre de Zack en el buscador, y ahí estábamos los dos, en las portadas, en los artículos, en toda la maldita prensa, cogidos de la mano, besándonos y sonriendo.

A la mierda la privacidad de las personas, que la prensa se la pasaba por el forro, vamos.

Zack era un hombre de lo más discreto, jamás vendía nada y no habían publicado ni una sola noticia de las relaciones que él hubiera tenido hasta conocerme a mí, era consciente de que a veces le seguía la prensa cuando estaba en el estadio del equipo, en las oficinas donde se reunía con managers, posibles empresas de publicidad y demás, pero nunca habían captado algo de su vida privada, hasta ahora.

Me llamó justo en ese momento.

—Lo estoy viendo —dije nada más descolgar porque sabía para lo que me llamaba.

—Voy de camino a las oficinas, los abogados y los jefes de prensa ya están con ello. Siento esto, no debería haber pasado. Joder, ni sabía que me estuvieran siguiendo tanto.

—No pasa nada, ya sabemos cómo son los periodistas.

—Ya, preciosa, pero tus padres no están en la vida pública desde que tu madre dejó la danza, prácticamente —sonreí al escuchar que lo mencionara porque se lo comenté al principio cuando supo quién era yo—. Iré a tu apartamento cuando acabe, ¿vale?

—Claro, pero sin comida no vengas —respondí y soltó una carcajada.

—Por eso me gustas, Lisa Campbell, porque eres capaz de sacarme una sonrisa cuando menos debería reírme. Te veo a la hora de comer, preciosa.

—Bien, ten cuidado por si te persigue la prensa en plan, película de policías y ladrones.

—Lo que me faltaba —rió—. Te veo en unas horas.

Colgamos y seguí viendo la televisión donde seguían hablando de Zack y el nuevo amor que tenía en su vida.

Mi madre no tardó en llamarme, sabía que estaba viéndome con Zack igual que mi padre, pero como íbamos despacio aún no me planteaba que lo conocieran, y ellos respetaban esa decisión.

Después de hablar con ella y mientras me tomaba el café entré en las redes y vi que echaban humo, toda la prensa del mundo se había hecho eco de la noticia, así que había muchos posts de revistas y programas del corazón donde se hablaba de nosotros.

En muchos de ellos incluso se hablaba de mi pasado, del futuro que todos decían que tendría como bailarina profesional siguiendo los pasos de mi madre, y esa caída en la que me lesioné la pierna de tal manera, que me costó meses de operaciones y una dolorosa recuperación.

Dejé el móvil a un lado porque no quería seguir viendo cómo la prensa buscaba en el pasado para hablar de mí : mi carrera truncada, y ya de paso volvían a mencionar esa relación que tuve con Paul, de quien también hablaban sobre lo que le había ocurrido.

Me puse música y comencé a limpiar el apartamento, algo tenía que hacer para mantener la mente ocupada y no pensar más en la noticia que estaba dando la vuelta al mundo.

Es lo que pasa cuando tu madre ha sido famosa, que, si a ella la conocen en la Antártida, a ti también por ser su hija. Y ya no dijéramos el estar viéndote con un hombre tan televisivo como Zack, aunque solo fuera por temas deportivos y no profesionales.

Pero claro, el morbo del cotilleo, de quién es la persona con la que se le ha visto, que se ha mostrado un poco más cariñoso de lo normal con una mujer, que se les ve de la mano...

No sabía cómo las estrellas de cine soportaban el constante acoso al que eran sometidas por la prensa.

Me asomé por el ventanal con la duda de si también habían averiguado dónde vivía y tenía a la prensa en la puerta del edificio, pero por suerte no había nadie abajo haciendo guardia, porque ya me veía saliendo de casa en los próximos días con unas gafas de sol y una gorra y vestida con un chándal tres tallas más grandes para que no me reconociera ni mi madre.

Seguí limpiando, ordenando el armario, poniendo ropa a lavar y haciendo todo cuanto podía para desconectar, hasta que llegó Zack.

—Comida china —dijo cuando le abrí la puerta, levantando las dos bolsas que llevaba en las manos.

—Huele a pato a la naranja —sonreí.

—Sabía que iba a acertar —hizo un guiño y me dio un beso en los labios antes de entrar.

Fuimos a la cocina y preparamos todo, Zack puso la mesa y volvió por una botella de vino que tenía en la nevera y la descorchó antes de sentarnos a comer.

—El tema de la prensa está más o menos resuelto —dijo mi guapo moreno de ojos verdes.

—Bueno, al menos no he tenido ahí abajo a los periodistas esperando.

—Porque nos hemos puesto serios. Esta es mi vida privada y tú formas parte de ella, nos tienen que respetar a los dos. Y a tu familia, igual que a la mía.

—Gracias.

y

—Tranquila, por desgracia sabemos cómo lidiar con esto, muchos de los jugadores del equipo son perseguidos por la prensa en busca de algún escándalo.

'

—Tiene que ser agotador, antes pensaba en cómo lo soportan los actores o modelos.

—Pues como nosotros —sonrió—. Capeando el temporal como se puede. Pero en serio, puedes quedarte tranquila porque no van a molestarte ni hablarán más de nosotros.

Asentí, seguimos comiendo y me dijo que la semana siguiente tenía una gala benéfica a la que asistía todos los años con algunos de los jugadores del equipo y que, si me apetecía, le gustaría que lo acompañara.

No me pareció mal y dado que la prensa estaba controlada, dijo que podríamos asistir sin preocuparnos de que nos acosaran, porque allí solo había un par de medios acreditados.

Después de comer y recoger la mesa, mientras lavaba los platos lo noté abrazándome, sonreí al sentir sus besos en la mejilla bajando hacia la barbilla para darme un leve mordisquito y mi cuerpo reaccionó con un estremecimiento.

Bajó las manos hasta mis caderas y nos meció en un leve baile, hasta que le dije que fuera preparando el café para tomarlo en el sofá.

—A sus órdenes, señorita Campbell —contestó y negué mientras me reía.

Zack era un hombre de lo más paciente conmigo, algo que estaba segura que no todo el mundo sería capaz de aguantar.

Nos acomodamos en el sofá, estirados, cubiertos con la manta mientras tomábamos el café y veíamos una película, y tras dejar las tazas ya vacías en la mesa, Zack comenzó a acariciarme el brazo de esa manera que me relajaba, y me quedé dormida.

Nos acomodamos en el sofá, estirados, cubiertos con la manta mientras tomábamos el café y veíamos una película, y tras dejar las tazas ya vacías en la mesa, Zack comenzó a acariciarme el brazo de esa manera que me relajaba, y me quedé dormida.

Capítulo 28



Alex

Dicen que abril es el mes en el que todo comienza a tener un color diferente, más vivo, más especial...

Hacía varias semanas que Anna ya no estaba en casa. Fue a mi oficina ese día a las doce y no dudó en firmarlo todo.

Con eso demostró que, a ese hombre, a pesar de tenerla como amante, lo ponía por encima de su propia hija. Ojo, que no es que yo se la quitara, pero que, obviamente viendo su dejadez, iba a ser cuidada, educada y amada por mí. Anna tenía sus visitas, pero solo cumplió dos tardes en casi cuatro semanas, así de triste, así de impactante porque seguía sin reconocerla.

Le había puesto dos tardes en semana y un día completo el fin de semana, eso en contrato, de boca le dije que siempre que la comenzara a cuidar como debía, podría llevársela algún fin de semana completo. Pero no, ella solo quería a ese tipo y no anteponía nada a él.

A mi hija, que su madre no viniese a por ella, como que le daba alegría. La realidad es que dos veces que apareció para llevársela fue para quedar bien porque lo único que hizo fue llevarla a casa de sus padres y dejarla allí tres horas con ellos, mientras ella desaparecía.

¿Cómo estaba yo? Roto en mil pedazos, ya no por perder a la mujer que había amado con todo mi corazón y con la que prometí pasar el resto de mi vida. Sino por haber sentido que nos había arrojado a los leones sin piedad alguna.

No se me podía quitar de la cabeza el día que descubrió mis fotos y vídeos con Lisa y me trató como si yo fuera el hombre más asqueroso, infiel y desleal del mundo. Esa sangre fría con la que me señalaba, cuando ella vivía enfangada de mierda.

No se parecía en nada a Lisa, esa joven a la que recordaba con la mejor de mis sonrisas y que en más de una ocasión se me había pasado por la cabeza escribirle. Hasta me palpitaba el corazón muy rápido al pensar en ella. No había día que no viera sus vídeos y fotos varias veces.

No me atrevía a contactarla aún, porque mi prioridad durante este tiempo había sido sacar a mi hija adelante en esta nueva vida que emprendíamos los dos solitos.

Mi único propósito era que mi hija fuera feliz y estaba poniendo todos los medios para que sintiera ese amor tan grande que tenía para ella.

Pero claro que tenía en mente hablar con Lisa. Lo deseaba con todo mi corazón y lo haría en cuanto terminara de asimilar todo lo que nos había pasado.

Al menos hasta ahora pensaba eso...

Estaba tomando un café y viendo las noticias en la tele de la cocina, mientras mi hija dormía, ya que era fin de semana.

Me encontraba pensativo mirando hacia mi café cuando me pareció escuchar un nombre similar a Lisa, tanto que coincidía con su apellido. Levanté la cabeza y ahí estaba en innumerables imágenes que se repetían junto a un joven exitoso, dueño de un equipo de fútbol americano, Zack Benson, un californiano de treinta y ocho años.

› Había rehecho su vida...

¿Mi impresión? Empezar a llorar y derrumbarme sobre la mesa, arrepentido de no haber llegado a tiempo, aunque en el fondo me alegraba por ella, de verdad.

Dije adiós a ese mensaje que le pensaba mandar tarde o temprano, pero ya no sería. No quería hacerla dudar de nada ni romper su vida ahora que había comenzado con una nueva ilusión. La quería demasiado como para ocasionarle problemas en este momento si yo aparecía.

Ella me había amado de algún modo y eso jamás lo iba a dudar. En sus ojos vi el deseo de haber querido llegar algo más, al igual que yo, pero en esos momentos prevalecía la esperanza de volver a unir mi familia.

n

No podía reprimir mis lágrimas. Esa mezcla de alegría por ella y ese dolor de tristeza por no ser yo quien estuviese ahí. Me había hecho vivir tanto en tan pocos días que me partía en dos saber que nos quedamos con las ganas de tantas cosas. El llanto se me hizo quejido de dolor.

l

¿Qué había hecho tan malo para que todo me saliera de esta manera?

Apagué la tele porque esas imágenes me hacían demasiado daño, prefería ver las de mi móvil en las que nos mirábamos con una complicidad que traspasaba fronteras. Y cómo me gustaba el video que nos grabó John y en el que me reía a carcajadas con esas caídas en la nieve...

—Papá, buenos días —corrió hacia mí con su pijamita y la arrojé en mis brazos. Tenía los cachetes rojos de

haber estado durmiendo calentita.

—Buenos días, mi princesa. ¿Con hambre?

1

—Papá, yo quiero desayunar con los abuelitos en la plaza.

—Vale, pero primero te tomas una leche calentita y ahora nos vestimos.

—Sí, pero avísalos.

—Claro —sonreí y puse el teléfono en manos libres.

—Dime, hijo, buenos días.

—Papá, que tu nieta favorita quiere que desayunemos los cuatro en la plaza —era la única que tenía, pero él
1 siempre le decía eso.

—Pues ahora mismo nos vestimos y vamos para allá.

—Perfecto, en veinte minutos salimos hacia allí.

—Venga, hijo, ahora nos vemos.

—Papá, pero yo prefiero tomarme la leche grande allí.

—Vale —cedí, mirándola con una sonrisilla—. Te doy una ducha rápida y nos vestimos.

a

—¿Tú ya estás duchado?

—¿No me ves el pelo húmedo? ¿O piensas que me voy echando agua por la cabeza para estar mojado? —
carraspeé y le salió una carcajada.

—Papi, hoy es sábado y el abuelo me da paga.

—Qué suerte —abrí los ojos.

1

—Sí, me da cinco euros para la hucha —reía emocionada.

—Lo sé, mi vida —me reí.

El clima ya era un gustazo y entró la primavera regalándonos más sol del esperado. Este día estaba muy bonito y serviría para aprovecharlo en la calle y para que ella jugara en la plaza o parque mientras yo tomaba algo.

Mis padres estaban más relajados desde que me separé y les conté las cosas, pero sin ser tan explícito, al fin y al cabo, era la madre de mi hija y no quería que nadie le cogiera rencor por si un día cambiaba y se volcaba en nuestra hija. De todas maneras, ella dejó de saludarlos y se cambiaba de lado si se los cruzaba.

—¡Abuelos! —Mi pequeña corrió hacia ellos, que ya estaban en la terraza de la cafetería que estaba resguardada y aún tenían estufas.

—Mi nieta favorita —dijo mi padre, cogiéndola en brazos.

Mi padre era peor que un niño chico. Mientras esperábamos el desayuno llevó a la niña a montarse los dos a un tióvivo que había en la plaza.

—Hijo, ¿vas en junio a Boston?

—Sí, claro —sonreí.

—Nosotros nos podemos quedar con la niña.

—Lo sé, pero esta vez viene conmigo. En la SEDE en los momentos de reuniones hay una cuidadora y estará dándoles juego y entretenimiento. Hay más niños que van con sus madres o padres y los dejan en un aula especial para eso. Ella quiere venir y yo me sentiré mejor con ella.

—Me alegra, pero sabes que siempre puedes contar con nosotros.

—Y lo hago. ¿No es así?

—Sí, pero puedes aprovecharte más —bromeó acariciando mi mano por encima de la mesa y mirándome con su adorable sonrisa. Tenía mucha suerte de tener esos padres, que eran los pilares fundamentales de mi vida.

Estuvimos con ellos toda la mañana paseando y dejando que la niña disfrutara en el parque mientras tomábamos un vino, observándola a pocos metros. Fue a la una que se marcharon para ir a comer con unos amigos con los que habían quedado en casa de estos.

Yo me quedé disfrutando de otro vino dejando que mi hija disfrutara de esta mañana tan soleada. Miraba las fotos que nos hicimos Lisa y yo, así como el vídeo. Ya me los sabía de memoria, pero es que eran los momentos más bonitos que había vivido desde hacía mucho tiempo y me causaba mucha nostalgia. De algún modo me enamoré de ella...

Comimos en esa misma terraza del parque. La pequeña se pidió unas salchichas troceadas con su salsa favorita y yo me decanté por una milanesa con patatas fritas.

l Después de comer nos fuimos para la casa a eso de las cuatro de la tarde. La pequeña estaba deseando coger el sofá para echarse una siesta y no me dio tiempo a coger su pijama cuando ya estaba durmiendo.

Encendí la tele y como me gustaba ver los canales americanos, de nuevo salió en parrilla Lisa y esas fotos que se habían emitido de ella con aquel hombre.

Las lágrimas comenzaron a brotar sobre mis mejillas mientras miraba fijamente esas fotos que estaban detrás de los colaboradores que comentaban la noticia. Tragué saliva y de nuevo tuve que apagarla porque era incapaz de verla con otra persona. Juro que me alegraba por ella porque se merecía todo lo bueno que le pasara, pero a mí, a mí me dolía en el alma no poder haber vivido con ella esos momentos que tanto había deseado.

Comimos en esa misma terraza del parque. La pequeña se pidió unas salchichas troceadas con su salsa favorita y yo me decanté por una milanesa con patatas fritas.

Después de comer nos fuimos para la casa a eso de las cuatro de la tarde. La pequeña estaba deseando coger el sofá para echarse una siesta y no me dio tiempo a coger su pijama cuando ya estaba durmiendo.

Encendí la tele y como me gustaba ver los canales americanos, de nuevo salió en parrilla Lisa y esas fotos que se habían emitido de ella con aquel hombre.

Las lágrimas comenzaron a brotar sobre mis mejillas mientras miraba fijamente esas fotos que estaban detrás de los colaboradores que comentaban la noticia. Tragué saliva y de nuevo tuve que apagarla porque era incapaz de verla con otra persona. Juro que me alegraba por ella porque se merecía todo lo bueno que le pasara, pero a mí, a mí me dolía en el alma no poder haber vivido con ella esos momentos que tanto había deseado.

Capítulo 29



Lisa

El verano estaba a solo unas semanas de llegar, era mediados de mayo y a pesar de que con Zack todo iba bien, no podía seguir engañándome a mí misma.

Pensaba en Alex, veía las fotos y los vídeos, me detenía en ese momento en el que nos miramos a los ojos cuando nos caímos sobre la nieve y por mucho que quisiera olvidarme de él no podía hacerlo. Seguía teniendo unos sentimientos muy fuertes hacia él y, por eso, no había sido capaz de ir un paso más allá con Zack, un hombre al que no quería hacerle daño ni perder el tiempo esperando algo de mí, que había entendido que no iba a poder darle.

Con todo el dolor de mi corazón se lo había dicho el día anterior, le pedí que viniera a mi apartamento para cenar y hablar, y tuve la suerte de que me comprendió sin juzgarme lo más mínimo.

Le conté todo, absolutamente todo lo que viví con Alex y que a pesar del tiempo que había pasado no podía olvidarme de él. Me dijo que no podemos luchar contra lo que sentimos y que tampoco venceremos al corazón en una batalla contra la razón, porque el primero siempre ganaría por goleada.

Lloré entre sus brazos mientras él me calmaba y decía que ojalá algún día fuera tan afortunado de conocer a alguien que sintiera por él eso tan fuerte que yo tenía por otra persona.

No me juzgó y tampoco se enfadó, y me dijo que siempre podría contar con él como amigo, que no dudara nunca en llamarlo si lo necesitaba y que esperaba que cuando fuera a recoger a su sobrina Camille a la escuela no me sintiera incómoda y le hablara como siempre.

Era un hombre como Alex y John, personas con unos valores de los que quedaban poquitos.

Cualquier otro, habría montado tal espectáculo por haber perdido el tiempo durante semanas con una mujer a la que ni siquiera se había llevado a la cama, que habría salido del apartamento dando un portazo de esos que harían temblar hasta los cimientos del edificio.

Pero él no, él se portó como el caballero que era y me consoló mientras lloraba. Acabé de nuevo quedándome

dormida entre sus brazos en el sofá y así habíamos amanecido esta mañana, nos abrazamos y me dio un beso en la sien antes de ir a preparar café y después ir a su casa para darse una ducha y cambiarse antes de dirigirse a las oficinas del equipo.

En cuanto me quedé sola me puse a recoger la casa escuchando música, y dio la casualidad de que sonó *Imagine*, esa canción que meses atrás, en una nevada y fría noche de diciembre, bailé entre los brazos del hombre del que, para ese momento, y sin esperarlo ni mucho menos planearlo, ya me había enamorado.

No dejaba de pensar en él, no se me iba de la cabeza y no era capaz de alejar esos sentimientos tan fuertes que seguían anclados a mi corazón.

Me eché a llorar de nuevo, sentada en el suelo con la espalda apoyada en la pared, las piernas flexionadas y abrazándolas mientras dejaba caer la cabeza sobre las rodillas.

¿Por qué no podía olvidarme de él? ¿Por qué mi corazón sencillamente no se daba por vencido de una vez? ¿Por qué no asumía que él era un hombre casado para el que yo no tenía cabida en su vida?

Por qué de entre todos los miles de millones de hombres que habría en el mundo, me fijé en uno casado, ¿por qué?

Y ahora que podría haber rehecho mi vida con otro que sí me había demostrado sentir algo, simplemente no podía corresponderle, aun habiéndolo intentado.

Mi madre me llamó en ese momento para preguntarme si quería ir a comer con ellos, y claro, era madre y tenía ese sentido arácnido que todas tenían y notó en mi voz que me pasaba algo.

—Dime, cariño, ¿qué es? —preguntó.

—Que soy una desgraciada, mamá —sollocé.

—¿Por qué dices eso?

—Porque sí, porque es verdad.

—¿Y es por algún hombre?

—Por dos.

—Uy, espera que me hago un café que esto es salseo del bueno —dijo y sonreí.

—Mamá, por Dios —lloré aún entre las risas.

l

—¿Qué? No soy una vieja chismosa, que conste. Pero venga, cuéntame, ¿qué ocurre?

Suspiré y acabé desahogándome con ella, hablándole de todo lo que había sentido estando con Alex y que lo nuestro, era imposible porque como ella bien sabía, él estaba casado y tenía una hija.

Y entonces preguntó por Zack, y yo le dije la verdad, lo que sentía, que era un hombre encantador y que podría darme todo ese amor que tenía para mí, pero al que yo no podría corresponder nunca porque no sentía lo mismo que por Alex, por mucho que un beso o una caricia suya hiciera que mi cuerpo reaccionara.

—No estoy enamorada de Zack y no he pasado de esos besos con él, mamá, no he podido hacerlo —sollocé.

—Ay, mi niña, no llores más que no te puedo abrazar —contestó.

r —¿Por qué es así el amor, mamá? ¿Por qué conectamos con alguien con quien no vamos a poder estar?

—Mi vida, el amor a veces es así.

—¿Un asco? ¿Una mierda?

—Eh, bueno, yo iba a decir complicado —sonrió.

—Un asco, mamá, eso es el amor, un asco. Me enamoré de Paul y, ¿qué hizo? Destruirme por completo solo porque no quería estar a mi sombra, dejarme y no esperar nada más que un mes para estar con otra.

—A ese ni me lo nombres que me salen palabras demoníacas por la boca de pensar en él. Y en cuanto a Alex, si es uno de esos amores imposibles, pero bonitos que siempre quedará en tu recuerdo, siempre tendrás esos momentos que viviste con él.

—No voy a olvidarlo, mamá, sé que no. Y sé que nunca encontraré a alguien como él, porque Alex solo hay uno.

—Cariño, no llores que me parte el alma escucharte.

—Es que no puedo, mamá, no puedo evitar que las lágrimas caigan solas cuando pienso en él, porque lo quiero, lo quiero demasiado.

—Tal vez en otra vida os encontréis, tal vez este no sea vuestro momento cariño, pero quién sabe, quizás vuestras almas sean de esas que se buscan en todas las vidas hasta que se encuentran para amarse.

—Pues qué bien, que tendré que espera cincuenta años para que mi alma me abandone y busque la de él otros

veinte o treinta años después. Ochenta años, mamá —lloré con fuerza—, ochenta años para volver a encontrarme con el hombre al que amo, no me fastidies. Voy a ser como la viejecilla de *Titanic*, cuando encuentran el dibujo que hizo su amado al que no dejó subir a la tabla.

Escuchar a mi madre soltar una carcajada hizo que yo misma acabara riendo entre lágrimas, pero con esas mismas carcajadas que mi madre.

—Mi niña, todo el mundo ha sufrido alguna vez en su vida por un amor imposible, no eres la primera y tampoco serás la última.

—No me estás animando —me sequé las lágrimas de las mejillas.

—Lo que quiero decir es que ahora lo ves todo mal, te duele no poder estar con Alex, pero ese dolor pasará, mi vida, porque estoy segura de que aparecerá alguien en tu vida que te hará sentir algo mucho más grande e intenso de lo que has sentido por él.

—No lo creo, lo quiero demasiado.

—Solo prométeme una cosa —me pidió—. Prométeme que esto no te afectará como cuando estabas saliendo con Paul y pensabas que había alguien más en su vida. No quiero ver cómo mi única hija sufre y se consume por el dolor y la pena. Bastante has pasado ya, cariño, bastante dolor has soportado con esa pérdida tan terrible del mayor tesoro que podía darte la vida. Ahora estaría a solo unos meses de cumplir cuatro años.

—Lo sé, y es la pena que me quedará siempre, y más sabiendo que fue el propio padre quien me arrebató mi bebé.

i —Lo está pagando ahora, cariño, y bien sabe Dios que no me alegro de lo que le ha pasado porque eso mismo podrías haber sufrido tú, pero todo lo malo que hacemos lo pagamos en vida y él va a tener que cargar con ese peso en la conciencia sentado en una silla de ruedas hasta que le llegue su hora.

—Mamá, gracias por la charla.

—Siempre, ¿me oyes? Siempre estaré ahí para ti, ya sea en persona o por teléfono, porque eres mi hija, y mi vida entera. Eres lo más bonito que me dio la vida, y jamás me arrepentiré de haber dejado mi carrera por ti. Si volviera a nacer de nuevo, no dudes que lo haría. Te quiero, mi niña, y siento no haber podido darte un abrazo, pero en cuanto te vea, del achuchón que te voy a dar me vas a pedir que te suelte antes de que te deje sin aire.

—Te quiero, mamá.

—Lo sé. Ahora hazme un favor, lávate la cara, mírate al espejo y sonríe, porque así es como quiero verte siempre, sonriendo. Y luego te vistes y vienes a comer a casa, que tu padre va a preparar el pastel de carne que

tanto te gusta.

—Ya me has convencido —sonreí—. Nos vemos en un rato.

Colgué y fui a hacer lo que me había pedido mi madre. La charla me había venido bien, pero eso no quitaba que fuera a olvidarme de Alex, quien, por cierto, en unas semanas volvería a Boston como dijo que hacía todos los años en el mes de junio, y estaría un poco más de cerca de mí, en ese lugar en el que vivimos aquellos momentos que jamás podría olvidar.

tanto te gusta.

—Ya me has convencido —sonreí—. Nos vemos en un rato.

Colgué y fui a hacer lo que me había pedido mi madre. La charla me había venido bien, pero eso no quitaba que fuera a olvidarme de Alex, quien, por cierto, en unas semanas volvería a Boston como dijo que hacía todos los años en el mes de junio, y estaría un poco más de cerca de mí, en ese lugar en el que vivimos aquellos momentos que jamás podría olvidar.

Capítulo 30



Lisa

Octubre, y el verano se me había ido entre las clases, ver a mis padres y a Kim, y pensar en Alex.

No sabía cómo no se había fundido ya el móvil de tantas veces que veía el vídeo de la nieve, ese con el que me reía y lloraba a partes iguales, que hasta me sabía de memoria lo que pasaba y en qué secuencia del vídeo.

Pero siempre acababa deteniéndolo en la misma, en ese instante en el que cuando me ayudó a levantarme caímos a la nieve y al quedar yo sobre él, compartimos esa mirada.

Quien quisiera que me llamara loca, pero hice un pantallazo de ese preciso instante y era la foto más bonita de todas las que tenía con él.

Lo echaba de menos, no podía no hacerlo porque mi corazón seguía latiendo con fuerza cuando pensaba en él, cuando me acordaba de nuestro baile y de ese momento en el que escuché los latidos del suyo mezclados con la melodía de la canción.

Mi madre decía que me estaba viendo consumirme, y no podía quitarle la razón porque hasta yo misma en el espejo veía mi rostro y debía camuflar las ojeras con maquillaje.

Al menos en las clases de la escuela me evadía un poco disfrutando de esas horas rodeada de todas mis niñas.

Zack también era un gran apoyo, la prensa no había vuelto a hablar de nosotros y tampoco nos había seguido, por lo que podíamos ir tranquilos a tomar un café o cenar pizza con su sobrina.

Y me escribía los fines de semana para ver cómo estaba, por no hablar de que alguno de ellos se presentó en mi casa con la comida o la cena.

Le debía mucho a ese hombre que se había convertido en un buen amigo y que me prestaba ese hombro en el que llorar.

A él le partía el alma verme así y me decía que, si tenía el contacto de Alex por qué no le escribía para decirle

que mis sentimientos no habían cambiado lo más mínimo, pero no lo hice una sola de esas veces, no podía interponerme en su vida porque estaba claro que amaba a su mujer y quería recuperarla.

Además, si aquello que me dijo hubiera sido verdad, si también sintió algo en aquellos días por poco que fuera, si se hubiera dado cuenta de que esa mujer a la que amaba no lo merecía por los constantes desprecios que le hacía tal como me dijo, y yo misma presencié con las llamadas que tenía con su hija, a estas alturas, diez meses después de aquellos días juntos, ya estaría divorciado y habría venido a buscarme, pero no lo había hecho.

No, ni lo había hecho ni lo haría, y estaba claro que tampoco acudiría a esa cafetería en la que me vio días antes de perder los vuelos y conocernos, donde lo cité para vernos el día veinte de diciembre, a las puertas de unas nuevas Navidades, y para eso quedaban solo dos meses.

Me sentía muchas veces tan mal que debía reconocer que a punto estuve de hacer esa locura, de escribirle un email puesto que tenía su correo de cuando me envió las fotos y los vídeos, incluso mi madre y sin que yo se lo pidiera me pasó el número de teléfono y lo grabé en mis contactos.

La tentación estaba ahí, en mi mano, cuando me quedaba mirando el nombre de Alex y me decía a mí misma, que tal vez un mensaje o una llamada en las horas en las que él trabajaba sin que estuviera la mujer presente serviría.

La tentación, esa que tuve que reprimir en aquellos días que vivimos en el apartamento y donde comencé a sentir algo por él sin apenas darme cuenta.

Pero lo estaba pasando mal, lloraba cada noche y me costaba mucho quedarme dormida, porque no podía dejar de pensar en lo que habría sido si él no hubiera tenido familia, en si de verdad dijo que cogería el vuelo a California conmigo, o fue solo para que dejara de insistirle en mis peticiones.

Ni siquiera un beso, un único beso le pedí para sentir por un instante eso que tanto anhelaba. Ni tan siquiera eso me concedió, y vale que era un hombre de fuertes valores, que no era desleal con su familia y eso lo entendía, pero hasta el hombre más fiel del mundo alguna vez en su vida había sucumbido al deseo de dar un simple beso a otra mujer.

Tampoco se giró cuando le grité, cuando me dejó allí llorando rota de dolor por un amor que yo sentía y que siempre sería algo imposible, algo prohibido para mí.

Mis sentimientos hacia él seguían siendo fuertes, y por eso me dolía tanto que, en junio, cuando yo sabía que él estaría en Boston por trabajo, tampoco hiciera por venir a California que estaba mucho más cerca que Alemania.

No estaba bien, de verdad que no, y comer comía lo justo para no desfallecer en las clases y asustar a las niñas, pero no porque me entrara nada, porque tenía el estómago cerrado.

¿Cómo se podía consolar un corazón roto y desolado que latía por alguien que ya había entregado el suyo a otra persona?

Me concentré en las niñas y en esta última clase que tenía con ellas, todas tan bonitas y sonrientes dando esos pasos de baile, esos saltos y piruetas a pesar de tener solo cinco años, y me veía reflejada en ellas cuando tenía su edad, cuando era una pequeña bailarina como me llamaban mis padres, llena de sueños e ilusiones por cumplir.

—Muy bien, niñas, os ha quedado una coreografía, preciosa —dije cuando acabaron y quedó cada una en una pose diferente—. Ahora a descansar cinco minutos, sentadas, en posición de relajación.

Todas asintieron y nos sentamos en el suelo formando un círculo para descansar.

Las miraba y se me saltaban las lágrimas, porque tampoco podía dejar de pensar en mi bebé, en si habría sido una niña que ahora estaría empezando sus clases de ballet, o un niño al que le apasionara la medicina como a mi padre.

Pero hasta eso me había arrebatado la envidia y el malsano amor que mi ex me tenía.

Me sequé las lágrimas y fui despidiendo a las niñas según venían sus padres a buscarlas.

Era la última clase del día y aprovechando que Kim aún tenía una más, me quedé sola en mi aula, liberando ese dolor que sentía y que me ayudaba a aliviarme al menos un poco.

No se lo había dicho ni a mis padres ni a ella, pero había tenido varios ataques de ansiedad en estos últimos meses desde junio y bailar era lo que me hacía evitarlos.

Dejé que sonara una canción al azar y no fue otra que *Someone like you* de Adele.

⁰ Comencé a bailar, a sentir la música por todo el cuerpo y a dejar que este se moviera sin orden alguno, que fuera libre en todos los movimientos que quisiera hacer, y mientras giraba, saltaba y me expresaba, sentí las lágrimas cayendo por mis mejillas.

“Don’t forget me, I beg...” ^[3]

Ojalá él no me olvidara, ojalá Alex no me hubiera olvidado como estaba claro que lo había hecho.

“Sometimes it lasts in love, but sometimes it hurts instead...” ^[4]

Cuánta razón había en esas palabras, cuánta verdad contenía la letra de esa canción, porque sí, a veces el amor dura, pero otras, solo duele.

Y a mí me dolía y mucho saber que el que yo sentía, ni era, ni jamás sería correspondido.

Giré de nuevo y noté esa presión en el pecho que me impedía respirar, ese ataque de ansiedad que no había podido controlar con el baile, y me dejé caer al suelo, de rodillas, llorando, con una mano en el pecho y la otra sosteniéndome en el suelo para no caer.

El grito que salió de lo más hondo de mí se mezcló con la angustia y la ansiedad dejando la música en un segundo plano.

—¡¡Lisa!! —escuché esa voz cargada de miedo y preocupación y no tardé en notar sus fuertes manos en mis brazos— Vamos, preciosa, respira.

Miré a Zack y seguía llorando, luchando con esa angustia y la presión en el pecho que no me dejaba respirar, con el dolor de saber que la persona a la que amaba jamás estaría a mi lado, y eso, eso me partía y me destruía por completo.

—Mírame, Lisa —me sostuvo ambas mejillas y retiró las lágrimas con los pulgares—. Estoy aquí, no te voy a dejar sola.

Y más lloré, porque, aunque lo apreciaba como el buen amigo que era, necesitaba la presencia de otro hombre.

—Vamos, respira, cálmate, concéntrate —me pidió cogiendo mi mano para ponerla en su pecho de modo que pudiera notar el latido de su corazón, ese que latía con calma como debía hacer el mío—. Mírame, escucha mi voz, respira.

Nadie salvo él me había visto en este estado, pues así me encontró un día cuando vino a casa, y me ayudó a recuperarme como estaba haciendo ahora.

a

Por no hablar de que me llevó a urgencias para que me vieran y acabaron recetándome unas pastillas para que tomara solo cuando me diera uno de estos ataques.

—¿Dónde están las pastillas, Lisa?

—En... —no podía hablar, me costaba hasta eso.

Fue suficiente con una mirada hacia donde estaba mi bolsa, Zack fue por ella y regreso buscando las pastillas para darme una.

—Venga, como te dijo el médico —lo escuché y cerré los ojos al tomármela.

Comencé a respirar despacio, a concentrarme en la voz de Zack y dejar el resto de cuanto nos rodeaba en un segundo plano.

Y me calmé, mi corazón comenzó a latir despacio y mi respiración fue normal.

—No puedes seguir así, Lisa —dijo cuando abrí los ojos—. Y yo no puedo verte así porque me mata.

—El amor es un asco, Zack —sollocé, puesto que aún me caían las lágrimas por las mejillas.

—No, preciosa, el amor es algo muy bonito a lo que todos tenemos derecho. Todos merecemos que nos quieran y nos amen, y a ti te llegará el momento de que alguien lo haga cuando se lo permitas. Pero primero tienes que sanar, no puedes seguir con estos ataques, no es bueno para ti. Y deberías decírselo a tu familia.

—No, Zack, bastante han pasado ya conmigo.

—La vida te ha golpeado con fuerza, pero te has levantado, eres una guerrera, y quiero verte así, luchando contra todo. Nunca, jamás te des por vencida, ¿me oyes?

Asentí y dejé que me abrazara, acarició mi espalda y me dio un beso en la sien.

Le había contado todo, una tarde en la que me sentía superada por completo le hablé de lo que perdí realmente con aquella caída y de que me había enterado meses atrás de que fue mi novio quien lo preparó todo.

Hasta ese punto apreciaba a Zack y lo quería en mi vida como amigo, que le conté el secreto mejor guardado por mi familia.

Cuando me sentí mejor salimos de la academia y me llevó a comer un sándwich y obligada, esa era la verdad, porque apenas tenía hambre, pero Zack era como mi madre, siempre mirándome con el ceño fruncido para que cediera a comer.

Después me llevó a casa y no se marchó, se quedó conmigo en el sofá hasta que me quedé dormida.

Y como siempre, al conciliar el sueño, apareció el rostro del hombre que amaba.

Comencé a respirar despacio, a concentrarme en la voz de Zack y dejar el resto de cuanto nos rodeaba en un segundo plano.

Y me calmé, mi corazón comenzó a latir despacio y mi respiración fue normal.

—No puedes seguir así, Lisa —dijo cuando abrí los ojos—. Y yo no puedo verte así porque me mata.

—El amor es un asco, Zack —sollocé, puesto que aún me caían las lágrimas por las mejillas.

—No, preciosa, el amor es algo muy bonito a lo que todos tenemos derecho. Todos merecemos que nos quieran y nos amen, y a ti te llegará el momento de que alguien lo haga cuando se lo permitas. Pero primero tienes que sanar, no puedes seguir con estos ataques, no es bueno para ti. Y deberías decírselo a tu familia.

—No, Zack, bastante han pasado ya conmigo.

—La vida te ha golpeado con fuerza, pero te has levantado, eres una guerrera, y quiero verte así, luchando contra todo. Nunca, jamás te des por vencida, ¿me oyes?

Asentí y dejé que me abrazara, acarició mi espalda y me dio un beso en la sien.

Le había contado todo, una tarde en la que me sentía superada por completo le hablé de lo que perdí realmente con aquella caída y de que me había enterado meses atrás de que fue mi novio quien lo preparó todo.

Hasta ese punto apreciaba a Zack y lo quería en mi vida como amigo, que le conté el secreto mejor guardado por mi familia.

Cuando me sentí mejor salimos de la academia y me llevó a comer un sándwich y obligada, esa era la verdad, porque apenas tenía hambre, pero Zack era como mi madre, siempre mirándome con el ceño fruncido para que cediera a comer.

Después me llevó a casa y no se marchó, se quedó conmigo en el sofá hasta que me quedé dormida.

Y como siempre, al conciliar el sueño, apareció el rostro del hombre que amaba.

Capítulo 31



Alex

—Papá, qué bien, si esta vez hay nieve y no podemos regresar, no pasa nada, estaremos juntos aquí por Navidad, aunque echaré de menos a los abuelos —se reía feliz por venir a este viaje de trabajo.

Volábamos hacia Boston donde estábamos a punto de aterrizar. Al final en junio no tuve que venir porque propuse que me cubriera el subdirector de la delegación y me lo aceptaron.

Aunque tenía en esa fecha previsto realizar este viaje con mi hija, fui incapaz de hacerlo. Yo era el problema dado los recuerdos de Lisa que me traería la ciudad.

Y ahora no sería menos, ya que encima fue en estas fechas, pero bueno, ya era hora de enfrentarme a mis miedos e intentar vivir estos días de una manera muy especial con mi pequeña.

Esta vez nos quedábamos hasta el veintidós que era esa fecha en la que teníamos el vuelo de regreso, si una nueva tormenta no nos dejaba atrapados en la ciudad, pero esta vez no tendría nada que lamentar, tenía a mi tesoro junto a mí.

Más de la mitad del vuelo se lo había pasado durmiendo y el resto, viendo películas de Disney con las que estuvo de lo más entretenida.

Salimos de la terminal con las maletas y abordamos un taxi que nos llevó hasta la puerta del edificio del apartamento.

—¡Alex! —gritó un emocionado John, que de repente se dio cuenta de que no venía solo— ¿Es la princesa Hannah? —preguntó, sonriendo.

—Ella misma —sonreí abrazándolo y luego él le dio un abrazo a la pequeña muy cariñoso y esta sonreía mirándolo feliz.

—Mi papá me habló mucho de ti.

—Tienes un papá que es un tesoro muy grande y él tiene una princesa que es el amor de niña más inmenso del mundo —le decía, acariciándole la cara—. Os ayudo —la bajó y cogió la maleta.

—Gracias, John —le dijo ella feliz.

Entramos y paró en la mesita de conserje delante de su puerta.

—Quiero que conozcáis a alguien —dijo con una sonrisa que me dejó un tanto extrañado—. Pensé que nunca reharía mi vida, pero conocí a alguien.

—John —lo abracé emocionado.

—Cariño, sal un momento que está aquí Alex —dijo, entreabriendo su puerta—. Le conté lo de Navidad y está deseando conocerte.

—Qué bien, John, no sabes lo que me alegro.

—Ella pasó mucho, es una gran mujer. También es viuda.

—Ya estoy aquí —dijo y los dos nos miramos. Recordé su nombre.

—¿¿¿Diana???

—¡Mi ángel de la guarda! —Se lanzó a mis brazos emocionada.

,

—¿Qué pasa aquí? —preguntó John, riendo y emocionado.

—¿Te acuerdas del joven que me dio quinientos dólares en Navidad y varias bolsas de comida? —decía ella con los ojos lagrimosos y agarrada a mí.

—¿Era Alex?

—Sí, amor, veo que los dos tuvimos el mismo ángel. ¿Y esta preciosidad? —se acercó a mi hija que sonreía escuchándonos.

—Es mi hija, Diana. Se llama Hanna.

—¿Me dejas darte un abracito?

—Claro —la pequeña se fue a sus brazos.

—Así que vienes con tu hija estás fiestas para asegurarte que pasas la Navidad con ella —dijo John sonriente.

—Sí, pero cuando trabaje me tendré que quedar en un aula de la SEDE —dijo ella con esa sonrisita tan bonita.

—De eso nada, mi amor, tan temprano y de vacaciones. Tú te quedas conmigo que yo te cuido mejor que cualquier extraño.

—¿De verdad me puedo quedar aquí?

—Claro —dijeron los dos al unísono.

—Papá, tú me dejas quedarme con ellos, ¿a qué sí?

—No podrías estar en mejores manos.

—No hay nada más que hablar —dijo Diana, besándola—. Luego os subiré la cena que estoy haciendo una cazuela de sopa de pollo y verduras que es la más rica de toda Boston.

—Gracias —murmuré feliz.

La perrita de Diana salió y mi hija no tardó en ponerse a jugar con ella. Ya tenía su entretenimiento de estos días. La llamaba perrita, pero realmente tenía como nombre Luna.

La vida era increíble y unía a las personas de una manera mágica. John me acompañó al apartamento a dejar las maletas y luego me fui con la pequeña al super, a hacernos con varias cosas de comida y bebida para estos días.

n —Papá, hay poca nieve —me decía de la mano mientras caminábamos.

—Sí, pero aquí la cosa cambia de un momento a otro.

—Me gusta Boston, está muy bonito con los adornos de Navidad.

—Sí, es precioso, pero no tanto como tú —la cogí en brazos, alzándola en alto.

Hicimos la compra bien grande porque con ella quería tener de todo en el apartamento. Un joven nos la llevó en el carrito hasta la misma casa, mientras la pequeña iba detrás de mi mano dando saltitos. Estaba de lo más feliz de estar a mi lado en este viaje.

Todo me recordaba a Lisa y sabía que lo iba a pasar mal estos días en los que la melancolía me azotaría a cada instante con cada recuerdo, pero lo viví y eso se quedaría para siempre en mi corazón, aunque no hubiese sido de

la manera que deseaba.

Pero tenía que hacer de tripas corazón y darle a mi hija unos días maravillosos y que recordara para siempre este viaje. Ella no tenía culpa de nada de todo lo que había pasado en mi vida y en la de todos nosotros.

Lo de Diana me había impactado tanto, que me hacía creer aún más en la magia de la Navidad y en la conexión de las personas. Era joven aún, pero no podía trabajar por un problema en la cadera. Era una mujer tan humilde que sus ojos como los de John solo podían transmitir bondad.

Ahora ella estaba bien junto a él y no tendría que salir a pedir más. No se merecía eso, gracias a Dios, ahora tenía quién la cuidara.

La pequeña me ayudaba a colocar todo y Diana apareció con una ollita con la sopa para los dos y unas croqueta que también había hecho ella. La pequeña no tardó en coger una.

—Diana, está muy rica —murmuró emocionada cuando la probó.

—Pues en estos días te voy a hacer otras que lo están más, ¿vale?

—Sí, gracias, Diana.

Se marchó y la pequeña comenzó a atiborrarse de croquetas. Ni esperó a que le calentara la sopa y la duchara para ponerse el pijama.

A la mañana siguiente se quedó con ella a las ocho de la mañana cuando yo me fui a la SEDE. La dejé en pijama con una bolsa con ropa para que luego se cambiara. Iba a desayunar con Diana, con lo cuál iba de lo más emocionada por quedarse con ellos y la perrita a la que llamaba amiga, en vez de Luna.

Cuando regresé al edificio ya le habían dado de comer y todo a mi hija y hasta me habían dejado un táper con un delicioso guiso.

La niña me abrazó y me dijo que había sido la mañana más divertida de su vida y que quería que todos los días la dejara allí porque la perrita era su gran amiga y Diana y John la cuidaban muy bien.

—Amo a tu hija —dijo Diana, al escucharla decir eso—. Tiene un corazón muy grande y es muy sensible —la miraba sonriendo con mucha dulzura.

Los siguientes días también fueron así: por la mañana la dejaba con ellos y luego la recogía ya comida y hasta con mi táper preparado. Me iba a trabajar con mucha paz dejándola con ellos.

Cada tarde llevaba a la pequeña a ver tiendas, comernos un dulce, patinar sobre hielo, que también lo hicimos

un par de veces y le encantó, y a hacer mil cosas que me había perdido junto a ella el diciembre anterior.

e Me costaba estar en Boston y cuanto más comenzaba a nevar, más me recordaba los momentos vividos con Lisa.

Llevábamos siete días y estábamos cenando en el apartamento unas pizzas que había mandado a pedir cuando la niña me soltó lo más grande.

—Ojalá el clima no nos dejara volar y pasáramos la Navidad con John y Diana, porque el Fin de Año lo podemos pasar con los abuelos.

—¿De verdad dices eso? —me reí.

s

—Sí, es que los quiero mucho. A los tres —metió a la perrita.

—Son seres especiales de corazones inmensos.

A su madre ni la nombraba. Había dejado de llamarla y buscarla, lo peor de todo es que mis exsuegros también dejaron de hacerlo y con ellos me llevé otro palo bien grande. Creo que su hija les contó una historia como le dio la gana y dejaron de mirarme con buenos ojos. Al igual que Anna, ignoraban a mis padres si se los cruzaba, los suyos lo hacían conmigo.

Lamentable que unas personas que eran cultas, educadas, de familia tradicional y muy unida, de repente se volvieran frías como el hielo y se apartaran de una nieta que no se merecía eso.

Después de todo mi hija sufrió tanto ese año, que este paso de la separación para ella era el alivio de no vivir esos desplantes y frialdad que había vivido en nuestra casa.

un par de veces y le encantó, y a hacer mil cosas que me había perdido junto a ella el diciembre anterior.

Me costaba estar en Boston y cuanto más comenzaba a nevar, más me recordaba los momentos vividos con Lisa.

Llevábamos siete días y estábamos cenando en el apartamento unas pizzas que había mandado a pedir cuando la niña me soltó lo más grande.

—Ojalá el clima no nos dejara volar y pasáramos la Navidad con John y Diana, porque el Fin de Año lo podemos pasar con los abuelos.

—¿De verdad dices eso? —me reí.

—Sí, es que los quiero mucho. A los tres —metió a la perrita.

—Son seres especiales de corazones inmensos.

A su madre ni la nombraba. Había dejado de llamarla y buscarla, lo peor de todo es que mis exsuegros también dejaron de hacerlo y con ellos me llevé otro palo bien grande. Creo que su hija les contó una historia como le dio la gana y dejaron de mirarme con buenos ojos. Al igual que Anna, ignoraban a mis padres si se los cruzaba, los suyos lo hacían conmigo.

Lamentable que unas personas que eran cultas, educadas, de familia tradicional y muy unida, de repente se volvieran frías como el hielo y se apartaran de una nieta que no se merecía eso.

Después de todo mi hija sufrió tanto ese año, que este paso de la separación para ella era el alivio de no vivir esos desplantes y frialdad que había vivido en nuestra casa.

Capítulo 32



Alex

A dos días de regresar a Alemania y la pequeña estaba triste porque decía que el tiempo había sido muy corto. La realidad es que estaba encantada con Diana y John, pero, sobre todo, con la perrita a la que hasta se había llevado a dormir al apartamento alguna que otra noche.

Era la una de la tarde cuando recogí a la pequeña a la que había prometido llevar a una hamburguesería de la que le había hablado mucho. Había estado de reuniones desde las siete de la mañana y era la última de esta jornada. Hoy comenzarían todos, a abandonar el edificio.

Esta vez tenía la posibilidad de adelantar el vuelo un día, pero si hacía eso, me cargaba a mi hija, así que no moví ni un dedo para que ella pudiera disfrutar de los últimos momentos.

Le encantó la hamburguesa mini que le pusieron con mucho queso derretido. No dejaba de chuparse los dedos y de causarme unas carcajadas inmensas con los comentarios que hacía. Incluso en plena comida llamó por videollamada a los abuelos para que vieran la delicia que se estaba comiendo.

Mi princesa ya tenía seis preciosos años. Los había cumplido en verano y le preparé una fiesta sorpresa en un local de juegos al que invité a varias amiguitas de su clase. Se lo pasó bomba. De su madre por aquel entonces ya ni rastro, pero mi hija disfrutó tanto de su día que ni tiempo le dio para pensar.

Después de comer nos fuimos paseando y mis piernas se dirigieron hacia la cafetería donde conocí a Lisa. Habíamos quedado en que hoy nos veríamos si mi vida hubiese cambiado y la de ella siguiera igual, obviamente no iba a estar, pero decidí ir a esa cita con mi hija, con ella me tomaría el chocolate mientras recordaba esa primera vez que la vi.

Al llegar a la puerta solté el aire y se me hizo un nudo en la garganta. Demasiados recuerdos y un amor que nunca pude tener.

Miré hacia las mesas de la ventana de la calle para ver si había una mesa libre y...

—¡Papá hay una! —escuché cómo mi hija gritaba mientras me tiraba de la mano, pero yo no podía reaccionar y

notaba cómo las lágrimas comenzaban a caer por mis mejillas, igualmente las que le caían a ella, que me miraba con su preciosa sonrisa y a la vez también miraba hacia mi hija.

—Lisa... —murmuré a pesar de que me costaba hasta hablar. No podía ser cierto.

—¿Sí? —me preguntó ella y la entendí perfectamente.

—Sí, Lisa, sí —la abracé rompiendo a llorar con todas mis fuerzas de la misma manera que lo hizo ella.

—Alex, te amo con todo mi corazón.

—Pensaba que estabas con el chico que salías en la prensa.

—¡No! —me miró negando y sonriendo— Solo nos vimos unas cuantas veces y no llegamos a hacer nada, ahora es solo un buen amigo —me decía entre sollozos.

—¡Papi, estoy aquí! —me tiró mi niña del brazo y los dos nos reímos entre lágrimas mirando hacia ella.

—Así que tú eres el gran amor de Alex —le dijo, agachándose para ponerse a su altura.

—Es mi papi. ¿Lo conoces?

/ —Sí, cariño —le acarició la cara—. No suelo ir abrazándome con extraños —bromeó, causándole una risita.

—¿Y por qué lloráis? ¿Os dio alegría encontraros?

—Muchísima, hija, muchísima —contesté emocionado, mirando a mi preciosa Lisa a la que había dado por perdida desde mucho tiempo atrás.

Le eché de nuevo la mano por el hombro y la besé en los labios sin pensarlo. Era lo que más había soñado en todo este tiempo.

—Papá, creo que vino una tempestad en forma de novia que nos dejará aquí por Navidad —murmuró la pequeña, causándonos una carcajada grandísima.

—Sí, hija, sí, creo que hay problemas para coger el vuelo de vuelta.

—Qué alivio —dijo Hannah, sincera perdida y llevándose la mano al pecho, causándonos una carcajada.

, Nos sentamos y yo tenía mi mano en la pierna de Lisa. Le expliqué que John había rehecho su vida y la casualidad de lo que me pasó con Diana el año anterior. Se quedó boquiabierta.

Pero para boquiabierto yo, que no podía dejar de mirarla y repetirme a mí mismo que bendita la Navidad en esta ciudad.

Teníamos mucho de qué hablar, eso era obvio, pero lo haríamos en esos momentos que tuviéramos a solas y tranquilos.

Venía sin prisa por regresar, es más, pensaba que no me encontraría aquí y dejó el billete en abierto para irse en el primer vuelo en ese caso.

Había llegado hoy y tenía la maleta con ella. Tenía reservada una habitación de hotel para esta noche y así no verse tirada, pero obviamente, no iba a ir allí, se vendría con nosotros.

—Papá, parece que os miráis como novios —repitió la palabra buscando algún tipo de confirmación.

—Somos más que eso, hija —dije mirando a Lisa a esos ojos que se emocionaban fácilmente y de nuevo le caían las lágrimas. Lágrimas que le limpie con mis besos.

—Creo que de aquí no nos vamos hasta enero —dijo ella, aplaudiéndose a sí misma.

Tomamos el chocolate y cogimos un taxi para el edificio. John cuando vio bajar a Lisa se quedó incrédulo mirándola.

—¡Lisa! —reaccionó por fin corriendo hacia ella.

—¡John! —Se fundieron en un gran abrazo.

—La magia de la Navidad vuelve a existir —dijo él, cosa que yo ya había pensado un rato antes.

—Me he enterado de que tienes pareja —le dijo ella, dándole con el hombro y guiñándole el ojo.

—Ahora mismo te la presento, además sabe de ti por lo de la noche de Navidad. ¡Diana! —gritó emocionado.

Cuando ella salió y John le explicó quién era, no tardó en abrazarla con todas sus fuerzas.

—Esta Navidad nos quedamos aquí —dijo la pequeña, abrazando a la perrita, y John y Diana sonrieron felices.

—Prepararé los mejores platos del mundo —decía ella, mientras abrazaba a John, su amor.

—Diana, para mí, croquetas —le pidió la pequeña, mirándola sonriente.

—De eso quería hablar yo contigo... Deberías quedarte esta noche, aquí, con nosotros porque queremos preparar unas patatas con salsa que no te las vas a querer perder —le dijo Diana, en un claro intento de regalarnos a Lisa y a mí, esta noche para nosotros.

—Papi, dime que me dejas, tú te quedas con tu amiga, novia o como sea —se reía nerviosa.

—A ver, a ver —me hice el que me lo pensaba.

—No hay nada que ver porque tu princesa tiene derecho a estar con su perrita y a comer esas patatas —dijo Lisa, sonriendo.

—Papá, hazle caso a tu novia —juntó sus manos a modo de súplica.

—Vale —suspiré, haciendo el que le costaba dejarla y ella se puso a saltar emocionada.

—Voy a coger mi pijama y ahora me bajas —me decía tirando de la mano hacia el ascensor.

Les hice un guiño a John y Diana agradeciendo ese precioso gesto que habían tenido conmigo. La verdad es que en estos momentos no podía desear otra cosa en el mundo que pasar unas horas a solas con Lisa y vivirlo sin que ya nada me frenara.

La pequeña miraba a Lisa tan sonriente que me hacía gracia. ¿Qué se le debía de estar pasando por la cabecita? No lo sé, pero me había gustado mucho que se tomara todo de esa manera tan natural y divertida.

Lisa se ofreció a ducharla y la preparó con el pijamita para llevarla al apartamento de John y cogió su muñeca de trapo de la que no se separaba desde la que se la llevé de aquí el año pasado.

Me dio un beso, ya que la acompañó Lisa, de la que ahora se había hecho también gran amiga.

Qué bonito era ver cómo la vida iba poniendo todo en su lugar y sorprendiéndonos cuando menos lo esperábamos. Qué bonito era sentir que todas esas ilusiones que creías muertas para siempre aparecían recobrando más vida que nunca. Qué bonita era la Navidad cuando se estaba en el lugar adecuado y con las personas correctas.

Abrí una botella y llené dos copas mientras esperaba que Lisa subiera de dejar a la niña. Di un trago mientras miraba por los cristales y veía cómo la nieve comenzaba a dejar una manta blanca sobre la ciudad advirtiéndome de que, en cualquier momento, de nuevo todo se pararía. ¿Y a mí qué me importaba si tenía ahora mismo a mi lado a mi pequeño tesoro y a mi gran amor como lo era Lisa? Y es que de eso no me cabía duda, si algo tenía claro es que ella apareció en mi vida no solo para sanar mis heridas, sino para hacerme entender que a veces, a la primera, el amor no era para toda la vida.

Y con ella descubrí que las segundas oportunidades existían y que estaban ahí para vivirlas con total intensidad.

2

3

Y con ella descubrí que las segundas oportunidades existían y que estaban ahí para vivirlas con total intensidad.

Capítulo 33



Alex

Lisa entró y cerró la puerta antes de llegar hasta mí, que ya la esperaba con su copa en la mano y una sonrisa que no se me quitaba de la cara.

—No te esperaba por nada del mundo —dije poniéndola en su mano y con la otra rodeándola por la cintura y pegándola a mí.

—Yo sí que no esperaba que tú aparecieras por allí. Cuando te vi con la niña no sabía qué pensar, me quedé en shock por volverte a ver y más por hacerlo con ella de la mano. Me impresionó y emocionó mucho cómo te dirigiste hacia mí con ese abrazo y esas lágrimas. Imaginaba que aún seguías en esa relación que no te llevaba a ningún sitio.

—Tenías razón al igual que mis padres. Descubrí cosas muy feas y esa mujer ya no era con la que me casé un día —le decía mientras no dejaba de acariciar su mejilla y darle algún que otro beso—. Pero ahora ella no tiene cabida aquí, somos tú y yo sin barreras y sin que nadie nos pueda frenar.

—Alex, te lo repito, te amo con todo mi corazón.

—Y yo, mi vida, y yo —la besé con profundidad. Deseoso de encontrarme con su lengua y entrelazarnos sin que nada lo impidiera. Ese beso lo deseábamos los dos tanto que casi lo podía percibir en todo momento.

—No me puedo creer que esté entre tus brazos y sintiendo la libertad de expresarme sin nada que nos lo impida

—Ni yo, pero es así, cariño —la abrazaba con todas mis fuerzas.

—Me encanta tu hija, es tan inocente, divertida y nada prejuiciosa, que me ha emocionado muchísimo.

—Os vais a llevar bien.

—¿Y su madre?

—No la ve... —le expliqué un poco por encima y a ella se le saltaban las lágrimas porque no se esperaba que hasta ese punto hubiera llegado la cosa hasta con su propia hija.

—Eres una persona ejemplar Alex, el padre, marido y amigo que cualquier persona quisiera tener.

—Soy normal en un mundo en el que ya a muchos les deja de importar las verdaderas cosas que tienen valor —me senté en la silla y la puse sobre mis piernas de lado.

—¿Sabes? Un hombre en las circunstancias que tú estabas el año pasado, se hubiera liado conmigo. Tú a pesar de que sabías que lo deseabas, respetaste a tu mujer y tu familia hasta el final. Eres de esas personas que son muy válidas y que dejan flotando en una nube. Así me dejaste a mí —decía, mientras me iba dando besos en los labios—. Tengo mucho miedo a separarme de ti —confesó entre lágrimas—. Otra vez no lo superaría.

—No te voy a dejar escapar. Hablaremos tranquilos estos días, pero no te voy a dejar escapar de nuevo, Lisa.

—A tu hija le caigo bien —pegó su cabeza a la mía, sonriendo.

—Claro, cariño. ¿Cómo no le vas a caer bien? —Le acariciaba la espalda por dentro de su camiseta sintiendo el tacto de su piel.

—Alex, no me creo que esté aquí —me abrazó fuertísimo y no dejaba de darme besos.

—Ni yo que hayamos tenido de nuevo esta oportunidad.

—Vamos a brindar —se levantó cogiendo su copa en la mano.

—Venga —hice lo mismo mirándola con una sonrisa de esas que se me deshacían solas.

—Brindemos por esta nueva oportunidad de empezar sin miedos y apoyándonos el uno en el otro. Brindemos por dejar que todos los sentimientos que retuvimos lo dejemos fluir en estos momentos y brindemos, porque ninguno de los dos teníamos fe en que esto fuera a suceder y de esta manera. La vida es bella, Alex, a pesar de todo por lo que hemos tenido que pasar. Te amo.

—Por todo eso y más, yo también te amo, mi amor —la besé después de chocar nuestras copas—. Ahora tengo dos prioridades en mi vida, mi hija y tú. Y sabes lo que lucho por los míos. Con vosotras hasta el final.

—¿Lucharías por mí como lo hiciste por tu mujer?

—Más, lucharía más. ¿Y sabes por qué? Porque no eres igual que ella... —murmuré lo mismo que le dije a mi mujer, pero en otro contexto refiriéndome a que, gracias a Dios, Lisa no era como ella.

—Vamos a llorar, joder —se abrazó a mí, emocionada—. Y a darnos el revolcón del siglo que llevo un año fantaseándolo —dijo, soltando una carcajada y causándome otra a mí—. No sabes la intriga que tengo por descubrir si en la cama también sois fríos.

—¿Y a ti cómo te gustan? ¿Fogosos? ¿Intensos? ¿Dulces? ¿Románticos?

—Pues mira, un poco de todo —aguantó la risa.

—¿Segura?

—Y también atrevidos —se encogió de hombros alzando su mirada hacia la mía.

—¿Te gusta jugar?

—A todo, si es contigo.

—Lo tendré en cuenta —le mordisqueé el labio—. Tengo muchos días por delante para elevarte al cielo con toda clase de juegos, pero hoy, solo necesito sentirte.

—Define muchos días.

—Todos los días de mi vida —le quité la camiseta y ella se sonrojó al ver que clavé mis ojos en sus senos.

La cogí en mis brazos y me la llevé hacia la cama. La cena podía esperar y ahora nos tocaba rendir cuentas de algo que los dos llevábamos un año deseando.

La tumbé en la cama bocarriba y fui quitándole el pantalón mientras besaba su barriga y su zona por encima de las braguitas. Noté cómo se estremecía y se le erizaba la piel.

Era tan perfecta, suave y tenía un olor corporal tan maravilloso, que conseguía que mi miembro estuviera ya en su máximo esplendor. La observaba en ropa interior mientras esta vez me deshacía de mi ropa por completo. Miré hacia mi miembro.

—¿Todo eso tenías escondido? —preguntó, riéndose y llevando las manos hacia su cara— Eso da miedo, Alex, mucho.

—Verás como no —subí una rodilla a la cama y me fui hacia sus braguitas para deshacerme de ellas. Estaba perfectamente depilada y era toda una tentación de lo más provocadora.

Mordisqueé todo su exterior a la vez que lo besaba y adentraba mi boca entre sus labios. Paré para meter mis manos por detrás de su espalda y quitarle el sujetador. Solté un gemido al encontrarme por primera vez cara a cara.

con esos sensuales pechos a los que me lancé, a uno con mi boca y al otro con mi mano.

Volví a deslizarme hacia abajo y con mi mano toqué su zona adentrando uno de mis dedos en su interior para luego sacarlo y hacerlo con dos. Con el dedo pulgar de la otra mano tocaba su clítoris y la encendía por completo.

Hasta me atreví a jugar un poco con la entrada de su ano para potenciar su excitación. Ella se dejaba hacer y disfrutaba con los ojos cerrados agarrándose con rigidez en la cama.

Cuando vi que iba a llegar al clímax la penetré con dos dedos moviéndolos con intensidad. Sus gritos fueron la mejor melodía para mis oídos. Quedó laxa, con sus piernas temblorosas y con la respiración agitada.

Me puse a su altura y le besé el hombro. Era tanta la atracción que sentía por ella que quería que todo durase lo que dura una eternidad. Había deseado muchísimo este momento.

Nos abrazamos entre besos y con roces que indicaban que la tensión seguía igual. No quería penetrarla aún, para disfrutar del momento en que nuestros cuerpos se buscaban de mil maneras.

De nuevo la tenía buscando el roce de su zona con mi miembro desesperada por volver a entrar a la acción. Seguí provocando un poco más, que la tensión aumentara y se estaba encendiendo de tal manera que...

Se resbaló entre las sábanas y agarró mi miembro llevandoselo a la boca. Solté el aire con ese primer contacto de sus labios atrapando mi erección en ella. Gemí con cada movimiento hasta que la aparté tumbándola para ponerme entre sus piernas y la penetré con sumo cuidado al principio.

Cuando fui amoldando la zona comencé a moverme rápido, provocando que ella se enganchara a mis hombros y en su cara se reflejara la intensidad del placer que estaba sintiendo, el mismo que yo, que no quería por nada del mundo que se acabara este momento.

No fue el único momento. Nos duchamos, preparamos la cena y luego en el sofá volvimos a caer rendidos y terminamos desnudándonos y fundiéndonos en uno.

Su cara al mirarme cuando la penetraba me ocasionaba una sensación de lo más bonita y placentera. Sentía que la hacía vibrar, que vivimos en común un momento que los dos deseábamos con todas nuestras fuerzas.

Tampoco fue el único momento, hubo dos más durante esa noche en la que estábamos dispuestos a cobrarnos todo lo que nos retuvimos la vez anterior.

—Te amo para toda la vida —murmuré dejando un beso en sus labios mientras la abrazaba antes de disponernos a dormir.

a

y

s

Capítulo 34



Lisa

Me abrí con Alex por completo, le conté lo que realmente había perdido con aquella caída años atrás y quién fue el responsable, y me abrazó tratando de consolar un dolor inconsolable mientras lloraba con ese mismo dolor que siempre me invadía al recordarlo.

Y entendió por qué entregaba mi pasión por la danza a las niñas, y no a las más mayores como hacía Kim, puesto que para mí los niños de siempre me habían gustado y enseñarlas a ellas era como poder enseñar a una hija.

Desperté antes que ellos y fui a la cocina para preparar el desayuno, aproveché ese momento para escribir a Kim, que me había puesto un mensaje por la noche.

Lisa: *Buenos días, cariño. Por aquí todo bien, viviendo ese amor que los dos quisimos. Y la niña es un amor, es serio. La adoro, me he enamorado por completo de ella. Te enviaré fotos, no te preocupes. Te quiero.*

Hice el café y puse a tostar pan, además, preparé la masa de las tortitas que me hacía mi madre cuando era pequeña. También hice zumo de naranja, huevos revueltos y bacon.

Si me viera mi familia estaría alucinando de saber que iba a desayunar todo eso, dado que me había pasado meses sin comer apenas.

Pero el amor era así, o te quitaba el hambre o te lo daba para reponer fuerzas.

Escuché los pasitos de Hanna acercándose y sonreí cuando la escuché suspirar.

—Qué bien huele, me ha dado hambre —dijo mientras se sentaba—. Buenos días, Lisa.

—Buenos días, mi niña bonita. ¿Así que tienes hambre?

—Sí, y esto huele muuuuyyyy bien —me reí porque tenía ese mismo humor que el padre mostraba a veces, y claro, era cuanto menos adorable dada la fama de fríos y sosos que tienen los alemanes.

—Pues no se diga más, y a desayunar. ¿Qué quieres?

—Un poquito de todo —sonrió.

—Marchando un desayuno completo para la niña más guapa de Alemania.

—Y de Boston —me recordó.

—Eso, eso, y de Boston —reí.

Le llené el vaso de zumo y se lo bebió en dos tragos largos mientras le iba sirviendo los huevos y el bacon con pan tostado. Puse a calentar su leche y en ese instante apareció Alex completamente vestido.

—Bueno días, papi, ¿has visto qué desayuno? —le dijo la pequeña.

—Sí, sí, ya veo. ¿Quién lo hizo?

l.

—Los pajaritos de la Cenicienta, que han entrado a cocinar —contesté, volteando los ojos.

—Esa es buena, preciosa —rio mientras se acercaba para darme un beso en los labios—. Gracias —murmuró.

n

—¿Por qué?

—Por aparecer en mi vida.

Me sonrojé y le devolví el beso, gesto que la niña observaba con una sonrisilla.

Nos sentamos a desayunar los tres y Alex dijo que tenía que salir a hacer unas cosas que le habían surgido, así que la peque y yo nos quedábamos solas en el apartamento, pero eso iba a ser un poquito aburrido con lo bien que podríamos estar en la calle, así que le dijimos que nosotras también saldríamos.

—Y no nos llames, papi, que vamos a estar todo el día en la calle.

—A ver, todo el día tampoco, que tendremos que venir a dormir, digo yo —sonreí.

—No nos esperes antes de la hora de la cena, papi.

—Vale, o sea, que me voy a ir unas horas y vosotras todo el día de marcha, genial. Dos contra uno, esto no puede ser —suspiró en plan drama, pero sonreía.

—Día de chicas —dije, encogiéndome de hombros.

—Eso, eso, día de chicas, papi. Y tú no eres una chica.

—No sé si hice bien en presentaros.

—Mejor que bien, porque tu peque y yo nos vamos a aliar contra ti —le saqué la lengua a modo de burla.

—¿Cómo? Qué valor, Lisa —protestó.

—Se siente, papi —contestó ella, y chocamos los cinco.

—Verás que al final acabas siendo la mejor amiga de mi hija, y te querrá más a ti que a mí.

—Eso no, que tú eres mi papi y siempre lo serás. Pero Lisa me gusta —sonrió.

—Ay, qué te como —la abracé y le di un montón de besos en la mejilla, de esos sonoros que me había dado mi madre alguna vez, y ella se reía.

Terminamos de desayunar y Alex se despidió de nosotras con un beso a cada una. Fui a ayudarla a escoger ropa de esa abrigadita para el frío y mientras se vestía yo hice lo mismo.

Íbamos las dos de lo más coquetas, con unos pantalones vaqueros, camiseta calentita debajo del jersey, nuestras botas con pelito, el abrigo, los guantes, la bufanda y un gorro, en su caso con un pompón de lo más gracioso.

Cuando salimos del ascensor Hanna fue corriendo hacia la casa de John, quien no tardó en abrir y llamar a Diana.

Luna, la perrita, también corrió para ver a su amiga.

—Pero, ¿dónde vais tan guapas? ¿A buscar novio? —preguntó John.

—No, no, que ella es la novia de mi papi —rio la niña.

—Ah, es verdad, y cualquiera se la quita —volteó los ojos y ella rio más.

—Vamos a pasar el día fuera, es día de chicas —contestó con una sonrisilla.

—Pues a divertiros, y haceros muchas fotos que luego quiero verlas —dijo Diana.

—Nos vemos esta noche, ¡adiós! —gritó ella, la mar de feliz.

Me despedí de ellos y en cuanto salimos a la calle, Hanna me cogió de la mano.

—Para no perderme —dijo mirándome con esa sonrisilla que tenía.

—Descuida, que nunca dejaría que te perdieras —le hice un guiño—. Bueno, ¿qué te apetece que hagamos?

—¿Podemos ir a patinar? Eso me gusta.

—Claro, vamos a la pista.

—Luego podíamos tomar un chocolate calentito, en la pista hace mucho frío.

—Sí, buen plan ese —sonreí.

—¿Podemos ir luego a ver una tienda que hay donde la pista? Es que tienen unas figuritas de Navidad que me gustaron.

—Lo que quieras hacer, lo haremos, no te preocupes.

—Vale —sonrió.

Y mientras caminábamos hacia la pista me preguntó que a mí qué era lo que más me gustaba hacer, y cuando le dije que bailar ballet, me miró con los ojos muy abiertos. Entonces su curiosidad fue aún mayor en el momento en el que le dije que desde que era una niña bailaba, y que había formado parte de algunas compañías antes de dedicarme a ser profesora.

Cuando llegamos a la pista de patinaje sobre hielo, las dos nos dejamos llevar por la música deslizándonos sobre los patines y en alguna que otra ocasión fuimos cogidas de la mano.

—¡Qué divertido! —gritó mientras la hacía girar sin soltar sus manos— Pero qué mareo cuando acabe —dijo poniendo una cara de lo más cómica y claro, empezamos las dos a reír a carcajadas y eso fue lo peor.

Perdimos el equilibrio, nos caímos en la pista y acabamos deslizándonos por ella, sí, pero con el culo.

—Tengo el vaquero mojado —decía ella muerta de risa, como si aquello no fuera un desastre.

—Ya somos dos.

—Menos mal que no está papá.

—Calla, que como se entere de que nos hemos podido partir la cabeza, no me deja salir contigo a solas nunca.

—No, no, entonces no le decimos nada —se cerró la boca con una cremallera invisible e hizo como que tiraba la llave.

Era adorable, de verdad. Y menos mal que nos habíamos hecho algunas fotos antes de caernos para enviárselas a Kim y también a mi madre.

—Vamos por unos pantalones nuevos, que como vayamos con el culo mojado con este fresquito, nos cogemos una pulmonía y adiós Navidades —dije mientras nos levantábamos.

Fuimos a una tienda que había cerca, le contamos a la dependienta el problemilla, y no tardó en darnos un par de leggins finos tipo medias para cada una, y unos vaqueros secos. Además, nos dejó una toalla para que nos pudiéramos secar bien, y claro, tuvimos que comprar también unas braguitas.

Menuda niñera estaba hecha, que el primer día que me dejaba sola con la niña, la tenía que cambiar de ropa para no congelarle el culo.

Salimos con la ropa mojada en otra bolsa, pero sonriendo, porque dentro del desastre que habíamos causado con esas risas, había sido de lo más divertido.

Nos sentamos en la cafetería a tomar un chocolate caliente y en ese momento me hizo mi madre una videollamada.

l —Hola, mamá —sonreí.

—Hola, cariño. Qué fotos más bonitas me has mandado. ¿Esa es la niña de Alex?

e —Sí. Y está aquí. Ven, preciosa.

Hanna se levantó de su silla y, tras coger la taza con su chocolate, la senté en mi regazo.

—Hola —saludó de lo más sonriente.

—Pero qué guapa eres.

—Gracias. Tú también, y te pareces mucho a Lisa.

—Eso nos dicen siempre, cielo. ¿Os habéis divertido patinando? —preguntó, y la niña le empezó a contar lo de la caída y mi madre se reía de escucharla.

Si había algo que me gustaba de Hanna era su manera de congeniar con la gente, pues hablaba con todos como si nos conociera de toda la vida y con una naturalidad increíble.

Tras la charla con mi madre, quien prometió que volvería a llamar para hablar con la niña otro ratito al día siguiente, nos terminamos el chocolate mientras me hablaba de lo mucho que le estaba gustando Boston.

También salió el tema de su madre y me partió el alma cuando me dijo que con ella no hacía esas cosas divertidas que podía hacer con su padre o que estaba haciendo conmigo.

Esa chiquitina se había hecho querer tanto como su padre, y me había conquistado por completo.

Fuimos a la tienda donde había visto esos adornos de Navidad y la verdad es que eran todos súper bonitos, pero ella iba directa a por unos en concreto.

—¿Te gustan? —me preguntó cuando llegamos donde tenían los que ella vio en el escaparate.

a

—Son preciosos, Hanna.

¹ Se trataba de unas figuritas de dos niñas, cada una con un vestido de hada de diferente color, una iba de rosa y la otra de azul, con sus alas y su varita.

—Las hadas también hacen magia en Navidad, ¿verdad?

—Claro que sí, preciosa —sonreí.

Las cogimos y nos las guardaron en unas cajitas de lo más monas.

En cuanto volvimos a la calle dimos un paseo viendo los escaparates y mientras ella iba diciendo lo que le gustaba, yo hacía una nota mental para algunos de los regalos que le dejaría Santa Claus de mi parte, porque estaba claro que este pasaba por Boston además de por Alemania.

Entramos en la perfumería, ya que con el frío que hacía la piel se resentía mucho, y compramos una crema para las manos, para la cara y también barritas de cacao hidratante para los labios. El suyo tenía un olor a fresa que como ella decía, daban ganas de comerlo a bocados.

—¿Dónde quieres comer? —pregunté, ya que era casi la hora.

—Me apetece pizza.

—Pizza entonces.

Mientras comíamos me preguntó cómo era un baile de ballet, busqué uno de los vídeos que tenía en el móvil de algunas de las clases que había dado en estos años y acabamos viendo varios que la dejaron de lo más impresionada. Lo que no me esperaba era lo que dijo mientras veíamos uno.

—¿Y yo podría aprender?

—¿Te gustaría?

—Probarlo sí, porque no sé si sabré hacerlo como ellas —sonrió.

—Muchas de estas niñas llevan años, pero otras de tu edad, y un poquito más pequeñas, aún están empezando.

—Es casi como patinar, ¿verdad?

—Sí, más o menos, solo que aquí saltas más.

—Y no te mojas el culo si te caes —volteó los ojos y me eché a reír.

a —Ay, Hanna, pero qué bonita eres —le di un beso en la mejilla.

—Mi mamá ya no me decía esas cosas.

—Pero seguro que tú papá sí te las dice.

—Todos los días me dice cosas bonitas —sonrió—. Es el mejor papá del mundo.

—No lo dudo, preciosa. Entonces, ¿te gustaría ver cómo es una clase de ballet?

—Sí, pero en el apartamento no podemos.

—Tú tranquila, que conozco el sitio perfecto —le hice un guiño y no dudé ni por un momento lo que iba a hacer.

,

Mientras comíamos me preguntó cómo era un baile de ballet, busqué uno de los vídeos que tenía en el móvil de algunas de las clases que había dado en estos años y acabamos viendo varios que la dejaron de lo más impresionada. Lo que no me esperaba era lo que dijo mientras veíamos uno.

—¿Y yo podría aprender?

—¿Te gustaría?

—Probarlo sí, porque no sé si sabré hacerlo como ellas —sonrió.

—Muchas de estas niñas llevan años, pero otras de tu edad, y un poquito más pequeñas, aún están empezando.

—Es casi como patinar, ¿verdad?

—Sí, más o menos, solo que aquí saltas más.

—Y no te mojas el culo si te caes —volteó los ojos y me eché a reír.

—Ay, Hanna, pero qué bonita eres —le di un beso en la mejilla.

—Mi mamá ya no me decía esas cosas.

—Pero seguro que tú papá sí te las dice.

—Todos los días me dice cosas bonitas —sonrió—. Es el mejor papá del mundo.

—No lo dudo, preciosa. Entonces, ¿te gustaría ver cómo es una clase de ballet?

—Sí, pero en el apartamento no podemos.

—Tú tranquila, que conozco el sitio perfecto —le hice un guiño y no dudé ni por un momento lo que iba a hacer.

Capítulo 35



Lisa

Llegamos a la escuela de danza en la que había estado trabajando el año anterior, y Hanna se quedó con la boca abierta al ver el edificio.

Entramos y allí vi a Gabriela, la directora, que me recibió con un caluroso abrazo.

—Lisa, qué alegría me da verte.

—Y a mí —sonreí.

—Cuando me has llamado, no me lo podría creer. Y qué te digo de ellas cuando te vean —sonrió.

—¿Están todas? —pregunté.

—Todas, así que prepárate porque seguro que te saltan encima.

Sí, le había pedido a Gabriela que llamara a los padres de quienes fueron mis alumnas durante cinco meses para darles una sorpresa, pero también para que me ayudaran a enseñarle a Hanna cómo era una clase de ballet.

—Tengo lo que me has pedido, podéis ir a cambiaros al vestuario.

—Gracias, Gabriela.

La niña y yo fuimos de la mano y ella no decía nada, ni preguntaba, solo miraba a un lado y otro observando las fotos de las bailarinas que había por todas las paredes.

Cuando entramos en los vestuarios guardamos nuestras bolsas en una taquilla, la ayudé a quitarse la ropa y vestirse con el bodi, las medias y la faldita, además de ponerle las zapatillas.

—Son un poquito incómodas al principio, pero luego te acostumbras —le dije, dándole un beso en la frente y ella me sonreía.

Mientras me cambiaba de ropa no dejaba de mirarse en el espejo, incluso me pidió que le hiciera unas fotos, así que le dije cómo posar para ellas y no se le dio nada mal.

De la mano caminamos hacia el aula y sonreí al escuchar el murmullo de mis quince niñas, que no esperaban lo que iban a ver.

Carraspeé llamando para que guardaran silencio, como tantas veces hice antes, y se giraron todas a la vez.

—¡¡¡Lisa!!! —gritaron al unísono y corrieron hacia mí.

Hasta la pequeña Hanna se echó a reír al verlas lanzándose a por mí, y claro, caímos todas al suelo.

—Menudo recibimiento, tirándome contra el suelo para romperme una cadera —dije.

—Que nos cargamos a la profesora —escuché decir a una de ellas.

Se fueron levantando y ahí empezaron las preguntas de si volvía para darles clase a partir del nuevo curso, a lo que negué porque aquella era solo una visita sorpresa.

—Te hemos echado mucho de menos.

—Y yo a vosotras, pero aprovechando que estoy en la ciudad, y que mi chiquitina Hanna quería saber cómo es una clase de ballet, pensé que no había mejor lugar que esta aula para que lo viera.

—¿Es tu hija? No sabíamos que tuvieras una —comentó otra.

—No, no es mi hija —sonreí, pensando que ojalá yo hubiera tenido la suerte de Anna de tener a esa pequeña como hija.

—Lisa es la novia de mi papá, y mi amiga —les dijo ella, con una sonrisa de lo más orgullosa que me hizo emocionar.

; Todas estaban vestidas igual que nosotras, les pedí que ocuparan sus puestos y obedientes como en los meses que les di clases, lo hicieron.

Puse la música y llevé a Hanna conmigo de la mano hacia la barra. Ella no llegaba, así que le dije que solo imitara mis pasos muy despacio.

Y después del calentamiento todas me ayudaron a enseñar a Hanna, cada una se ofreció con una pose diferente que ella ejecutaba después de practicar varias veces.

En cuanto tuvo todas más o menos aprendidas, comenzamos con la coreografía. Hanna estaba en todo momento a mi lado, observándome y mirando nuestro reflejo en el espejo para no perder el ritmo.

Se dejaba llevar por la música igual que todas, y al verla, sin duda alguna me veía a mí cuando empecé. Para ser la primera vez que bailaba no se le daba mal, se notaba que era una niña muy lista y que aprender no le costaba mucho.

Sonrió cuando la cogí de las manos y comenzamos con esos saltitos y piruetas, reía incluso y me contagiaba, y es que la veía disfrutar de lo que hacía.

Cuando estábamos acabando tuvimos la mala pata de que chocamos con un par de niñas, nos fuimos todas al suelo y escuché a Hanna quejarse.

—Ay, qué golpe —dijo, y al verla, tenía la mano en la frente.

—Cariño, ¿te has hecho daño? —pregunté asustada, y ella dijo que solo había sido un golpecito.

Ahora, en el momento en el que se quitó la mano, la sangre empezó a bajar en un hilito por la frente, bordeando la ceja y cayendo por la mejilla.

—¿Un golpecito? —dijo una de las niñas— Pero si te has abierto la cabeza.

—¿Qué? —chilló mi niña con los ojos abiertos.

—No, no te mires —le pedí cuando vi que iba a girar la cabeza para verse en el espejo, pero no llegué a tiempo y se miró.

—¡¡¡Me muero!!! —empezó a chillar.

—Se ha dado con el espejo, que lo ha roto —me dijo otra, y sí, la pobre mía había ido a caer al lado del espejo y dio en la esquina con la frente.

—Lisa, que me muero —empezó a sollozar.

—Que no, mi vida, que no te mueres. Que la sangre es muy escandalosa, solo eso —la cogí en brazos.

—Me mareo —se le cerraban los ojitos y yo empecé a correr para llevarla a la enfermería, que por suerte contaban con una en la escuela—. Ay, que me quedo sin sangre —sollozaba.

Y yo me estaba poniendo mala, porque para una vez que el padre me dejaba a la niña, se la devolvía

escalabrada.

La enfermera la limpió bien, le secamos las lágrimas y vimos que tenía un corte en la frente que, aunque no era grande ni profundo, salía mucha sangre porque esta era de lo más escandalosa siempre que había una herida.

Al final le puso unos puntos de esos pegados para que cerrara la herida y nos dijo que había que tener cuidado de no mojarla.

Pero a mí también me tuvo que poner porque ni cuenta me había dado de que tenía otro golpe, en el lado contrario al de ella.

—Mi niña —estaba llorando de lo más asustada—, lo siento mucho.

—No ha sido culpa tuya, es que no he visto bien dónde pisaba y zas, al suelo me he ido. Bueno, y de cabeza contra el espejo.

—Mira que decirme que no era nada.

—Es que no me dolía. Va a ser verdad lo que dice el abuelito de mi papi, que tengo la cabeza tan dura como él. Vaya dos, con la frente partida —rio.

Solté una carcajada y me la comí a besos, porque adoraba a esa niña.

—¿De verdad que no te duele? —insistí.

—Ahora no, por lo que me ha puesto la enfermera.

—Vamos, que te has ganado un chocolate caliente.

—¿Y un bollito? Es que... —Se tocó un poco la frente— Sí que me duele un poquito, sí, y yo creo que el bollito me aliviará el dolor.

—Me parece a mí, que sabes tú mucho, ¿eh? —sonreí.

Regresamos al aula y todas se acercaron a Hanna para ver cómo estaba. Nos despedimos poco después entre besos y abrazos y fuimos a cambiarnos.

De camino a la cafetería le pregunté si le había gustado la clase y dijo que sí, que quería que le enseñara más en estos días que estuviéramos en Boston.

—Acolcharemos el apartamento, o quitamos los muebles del salón para quedarnos ahí, dije cuando nos

sentamos a la mesa para tomar el chocolate.

—Pues como tengamos que quitar y poner los muebles todos los días, vamos a acabar tan cansadas que no me vas a poder enseñar a bailar.

—También es verdad.

Nos tomamos el chocolate y volvimos a la casa dando un paseo, antes de llegar compramos unos pasteles para llevarles a John y Diana y cuando nos vieron la frente se echaron las manos a la cabeza, y Hanna les contó las dos caídas que habíamos tenido.

—A todo esto, ¿te duele el culo, Lisa? Porque a mí, un poquito sí.

—Y a mí, que menudo culetazo nos dimos sobre el hielo —contesté.

—A ver si no os vamos a poder dejar salir solas del edificio. Mira que tú tienes antecedentes de caídas —me dijo John, recordando así aquella Nochebuena en la nieve.

—Con protecciones vamos a tener que salir, John —reí.

—Calla, que os imagino —dijo Diana y soltó una carcajada.

—Pero lo hemos pasado muy bien, que Lisa es muy divertida —la pequeña me dio un abrazo y se me encogió el corazón, por no decir que tenía los ojos casi aguados por completo.

Nos despedimos de ellos y subimos al apartamento, donde ya estaba Alex preparando una carne para la cena.

—¡Hemos vuelto, papi! —gritó ella, yendo a la cocina.

—Hola, preciosa. ¿Qué tal...? Pero... ¿Qué os ha pasado? —preguntó, corriendo hacia nosotras.

—Mejor pregunta qué no nos ha pasado —reí.

—No me asustéis, por Dios, que venís las dos con la frente lesionada.

Hanna tomó la palabra y le contó a su padre mientras nos quitábamos los abrigos el día que habíamos tenido, lo que nos habíamos reído y lo mucho que se divertía conmigo, incluso aun habiéndonos caído mientras bailábamos ballet.

—Y pensando que me moría, papi, pero después de un día de lo más divertido.

—Vamos, que venís con dolor de culo y de cabeza. Menos mal que el día solo tiene veinticuatro horas, que, si tuviera más, llegabais con escayolas por todo el cuerpo —resopló.

—Vamos a la ducha, cariño —le dije a Hanna.

—No podemos mojarnos la cabeza —me recordó.

—Espera, ¿tenéis instrucciones, como los *Gremlins*? —preguntó Alex— Entonces no os doy de cenar, que igual empeoráis.

—No, no, a mí esa carne me la pones en la mesa que tengo hambre, papi.

—Yo no sé dónde echa tu hija todo lo que come, con el cuerpecito tan pequeño que tiene —volteé los ojos.

Duché a la niña, le ayudé a ponerse el pijama y después me ocupé de mí antes de ir a cenar con ellos. Los encontré sonriendo y hablando con secretitos, Alex me hizo un guiño y cuando me acerqué me dio un beso en los labios.

Cenamos viendo una peli de Navidad que ella quería ver y acabó quedándose dormida en el sofá sobre mi pecho. Alex la cogió en brazos para llevarla a la cama y se unió a mí poco después.

—Hanna me ha dicho que eres muy divertida, que le gusta estar contigo y que te quiere como amiga para siempre, siempre —sonrió.

—Es un amor de niña, y la quiero mucho.

—Pues es mutuo, y me ha dicho que serías una buena mamá.

—Ay, voy a llorar —me tapé la cara.

—No llores, anda. ¿Quieres saber qué más me ha dicho?

—Vale.

—Que le gusta el ballet, y quiere aprender.

—¿De verdad? A mí me ha dicho que le enseñe algunas cositas más estos días.

—Y a mí, que quiere ir a una escuela como las niñas a la que enseñas.

—Pues se le daría bien, no lo hace nada mal.

—Así que algún día puede que tenga a una pequeña bailarina de ballet en casa —sonrió.

—Si la dejas, sí.

Me dio un beso en los labios y me abrazó mientras yo pensaba en que esa niña me había terminado de conquistar por completo con lo que había dicho de que sería una buena madre.

1

Hanna era un amor.

—Así que algún día puede que tenga a una pequeña bailarina de ballet en casa —sonrió.

—Si la dejas, sí.

Me dio un beso en los labios y me abrazó mientras yo pensaba en que esa niña me había terminado de conquistar por completo con lo que había dicho de que sería una buena madre.

Hanna era un amor.

Capítulo 36



Alex

Decir que estos días estaban siendo para mí los más felices de mi vida, era quedarme muy corto, porque sí, yo amé a Anna con todo mi corazón, pero las sensaciones que estaba viviendo con Lisa no eran equiparables con nada.

Y hoy volvía a vivir la segunda Nochebuena con ella, pero esta vez seríamos más en la mesa y sé lo que estáis pensando, pero os juro que os equivocáis.

Desayunaba relajadamente con mis dos amores cuando John se asomó por la puerta que estaba encajada a propósito por mí.

—Aquí traigo los paquetes, jefe —bromeó al llamarlos así.

—Que pasen los paquetes —reí esperando la reacción de ellas.

—¡¡¡Abuelos!!! —gritó la pequeña, corriendo a sus brazos.

—¿Os pensabais que íbamos a pasar otras Navidades separados? —le decía mi padre, cogiéndola en brazos emocionado.

Vi cómo Lisa se echaba a llorar de la emoción y se tapaba la cara. Mi madre se acercó a ella y la abrazó.

—Me contó toda vuestra historia. Ahora tengo una hija más —le dijo, haciéndola llorar mucho más.

Después de todos abrazarnos, John volvió a hablar.

—Quedan más paquetes, jefe —volvió a decir John y mi hija y Lisa miraron de golpe. Mis padres, que lo sabían y habían estado ya con ellos, se rieron.

—¡Mamá! ¡Papá! —gritó Lisa emocionada, corriendo hacia ellos.

—Tenemos el mejor yerno del mundo, hija —le dijo su padre, abrazándola.

Los abracé a ellos también y la cara de mis niñas no tenía desperdicio ni había oro en el mundo que lo valiera.

Al día siguiente de reencontrarme con Lisa le pedí que se encargara de la niña, ya que yo tenía que hacer unas cosas. Me fui a la SEDE y desde allí hablé con sus padres y los míos pidiéndoles que vinieran a pasar con nosotros estas fiestas completas hasta el día dos de enero. Ninguna de las partes puso objeción, todo lo contrario, se emocionaron mucho de poder compartir con nosotros estos días tan especiales y emotivos donde nacía una nueva pareja.

Hablé también con el delegado de Boston para pedirles dos apartamentos de mi edificio en la misma planta para mis familiares, obviamente me dijeron que les pidiera la llave a John y que cogiera los dos que no tenía delegación fija y que se iba cubriendo según quién viniera.

Llegaron el día anterior por la noche y los recogió John en el aeropuerto. Los alojó en los apartamentos contiguos y ahora por la mañana aparecían con la gran sorpresa.

Éramos los únicos que había en el edificio con lo cual John tenía previsto coger ahora unas mesas largas para poner en el rellano del bajo de la entrada que formaría con las de otros apartamentos. Lo teníamos todo pensado y ahí cenaríamos, comeríamos y haríamos todo juntos. Además, que había guardadas en el almacenamiento del edificio dos estufas grandes que íbamos a utilizar para siempre tener la entrada calentita.

Ese mismo día que los llamé para pedirles que vinieran, lo aproveché para hacer innumerables compras de regalos para mañana, día de Navidad.

Estuvimos tomando café en mi apartamento y luego bajamos todos a ayudar a John a preparar el rellano, además, usaríamos su cocina que era bien grande para preparar la comida.

Los hombres nos fuimos al super a hacer la compra y ellas se quedaron charlando mientras esperaban a que llegáramos con la munición para comenzar a preparar comidas.

Mi suegro y mi padre, habían congeniado bien y por lo que estaba escuchando, anoche tomaron un vinito cuando llegaron del aeropuerto con John.

Compramos a mansalva, llenando tres carros con bebidas, comida, dulces, carnes, marisco, frutos secos, helado para ponerlo de postre y un sinfín de cosas para tener para estos días que sin duda también iban a ser de lo más emotivos e inolvidables.

¹ Nuestras manos no fueron suficiente para llevarlo todo con lo que tuvimos que tirar del chico del carrito también que nos acompañó hasta el edificio y se llevó unas buenas propinas.

—¿Dónde están las que faltan? —pregunté al ver solo a Diana y a la pequeña.

—La abuela, tu novia y su mamá han ido a comprar pijamas para mañana en Navidad ir todos iguales —dijo causándonos una risa—. Pero esta noche para la cena nos vamos a vestir todos guapos y elegantes, bueno yo moderna que soy la más joven —decía mi hija, con esa vocecita que hacía derretirme por completo.

s Colocamos todo en el trastero que había en el rellano y en el que dejamos casi toda la bebida que no iba en frío y las cosas que se podían coger de allí. El resto fue a la cocina de John que tenía un frigo nuevo enorme de estos americanos de dos puertas y todo el bajo con grandes cajones de congelación.

—Alex —me dijo Diana, agarrando mi brazo.

i

n —Dime, preciosa —puse mi mano encima de la suya.

—Eres y siempre serás, mi más bonita casualidad —murmuró emocionándome y la abracé con todo el cariño del mundo—. Tu energía me llevó hasta John, estoy completamente convencida. Hoy tengo una gran familia con la que compartir mesa —murmuró, provocando que se me saltaran las lágrimas.

—Estoy muy feliz de pertenecer a esa familia —le acaricié la cara y vi que mi hija estaba llorando emocionada.

—Papá, la vida nos quitó una pieza, pero nos puso muchas que son muy bonitas para mí —murmuró entre lágrimas, refiriéndose a todos ellos.

—Mi pequeñita, no me llores tú, cariño —le dijo abrazándola mientras yo contenía el nudo de la garganta y los otros también, que se estaban enterando de todo.

—Lloro de felicidad, tía Diana —le dijo, causándonos una risa de lo más emocionante.

Diana se puso a dejar todo preparado para la cena, ahora vendrían las demás y ayudarían, pero mientras tanto, estábamos ahí nosotros que mientras disfrutábamos de un vinito hacíamos en la mesa principal del rellano todo lo que ella nos iba pidiendo: cortar verdura, preparar el marisco para cocerlo y muchas cosas que iban a servir para endulzarnos el día.

—Alex —me dijo el padre de Lisa, echándome el brazo por el hombro delante de ellos—. Gracias de todo s corazón, eres lo mejor que pudo pasarle a mi hija.

—Lo mismo digo —contestó mi padre, refiriéndose a que Lisa también era lo mejor que me podía haber pasado.

—Lo somos —dije emocionado y di un trago a la copa mientras las lágrimas me caían.

Había pasado casi dos años que no se lo deseaba ni a mi peor enemigo, ni siquiera a mi exmujer, que me había

tratado y hecho sentir como si fuera la mierda más grande del mundo, pero ahora sentía una felicidad tan plena que me daba la sensación de que estaba en el mejor momento de mi vida.

Las chicas llegaron con gorros de fiesta, antifaces, silbatos y gafas, todo de cartón y que decían que sería para la noche de Fin de Año, además de los pijamas que habían comprado para todos para el día siguiente que era Navidad.

Lisa le traía a mi hija una camiseta preciosa con una falda tipo bailarina que la dejó fascinada y decía que así se vestiría esa noche, además que hasta los zapatos de ballet le traía a juego.

—Y te recogeré el pelo para que parezcas una autentica profesional del ballet —le decía y mi hija, la abrazaba con todas sus fuerzas.

—Eres mi mejor mamá —le dijo, dejándonos a todos con la boca abierta.

—Yo me caigo de culo —le contestó ella, emocionándose por completo—. Yo soy para ti lo que tú quieras que sea, mi niña preciosa —se la comía a besos.

—Y tu mamá, es mi otra abuelita que me falta y tu papá mi abuelito. Y John y Diana mis titos.

—¡Yo sí qué te como! —dijo John, cogiéndola en brazos y haciendo el avión por todo el rellano.

—¡Socorro que me estrello! —gritaba a carcajadas desde los aires y la perrita los seguía moviendo el rabo y saltando hacia John para que bajara a la niña.

Lisa me abrazó y nos dimos ese beso que terminó con los aplausos de todos, que emocionados vivían nuestra unión desde la ilusión y esperanza.

Las fiestas comenzaban fuertes y con muchas ganas, esas que nos hacía quererlas vivir desde la unión, el respeto y el cariño tan grande que se respiraba en el ambiente.

Tenía todo lo que quería en estos momentos, a mi gran amor, a mi hija, a mis padres y a mi nueva familia porque todos y cada uno de ellos eran eso para mí.

El padre de Lisa rellenó todas las copas de vino y a la pequeña le sirvió un zumito. Era hora de brindar por los días tan bonitos que nos quedaban por vivir en familia y, ¿qué mejor que hacerlo con un brindis lleno de esperanza por la nueva vida que comenzaría a girar en torno a todos nosotros?

Boston se estaba convirtiendo en esa ciudad donde los sueños sí eran posible alcanzarlos.

1

a

Capítulo 37



Alex

Tres de enero y volaba de regreso a casa, pero esta vez me traía a Lisa, esa joven de la que no estaba dispuesto a volver a separarme...

En el avión también volaban junto a nosotros mis padres y mi hija, los cuales iban durmiendo plácidamente como lo hacía Lisa. Le acariciaba la mano mientras la miraba recordando unas fiestas que habían sido de esas que se te quedan grabadas en el corazón para toda la vida.

Como el día de Nochebuena, en el que John y su padre cogieron una borrachera tan grande, que terminaron cantando por *Bob Marley* en medio de la calle y muchos transeúntes se fueron uniendo a ellos formando un coro que hacía de esa noche una mucho más especial donde todos sin conocerse compartían ese momento.

Esa noche pasaron muchas cosas, la primera era la unión de una familia dispar que se había ido formando por ese hilo transparente, que nos llevó a todos al mismo lugar donde agarrar nuestras manos para quedar conectados para siempre.

John estaba muy feliz con Diana y se encontraba dándole una segunda oportunidad a la vida, lo mismo que ella. Dos corazones rotos, unidos para formar uno solo y comenzar a vibrar.

Aproveché esa Nochebuena para poner una rodilla sobre la nieve donde nos reímos tanto el año anterior, mientras sostenía una sortija en mi mano que había comprado el día que aproveché para llamar a todos para que viniesen. Le pedí dos cosas: que se viniera directamente conmigo para Alemania para comenzar una nueva vida en común y que en verano se casara conmigo.

No fue la que más lloró, eso lo hizo mi hija, que gritaba entre lágrimas de la emoción pidiéndole que dijera que sí. Fue lo más tierno, emotivo y gracioso que pudimos vivir ante un momento así. Por supuesto me dijo que sí, no lo dudó en ningún momento. Era consciente de que, si nos habíamos vuelto a encontrar, tenía que ser para toda la vida, porque yo creía en eso a pesar de todo, entendiendo que para que eso se cumpliera debía estar con la persona correcta y ahora estaba convencido de que lo estaba.

Esa noche fue pura magia en muchos sentidos, sobre todo porque los que estábamos lo hacíamos de corazón y

habíamos congeniado fuertemente.

La pequeña se pasó la noche haciendo pasos de bailarina mientras Lisa la ayudaba a mejorar la técnica. Amaba a esas dos personitas a las que, con solo mirarlas, me sentía completamente lleno. Lisa había venido no solo a sanar las heridas de mi corazón, sino también las de mi hija. La trataba con tanto amor que en muchos momentos no podía reprimir las lágrimas.

Mi madre, mi suegra y Diana, eran como el trío de las comedias, que no las separabas ni bajo amenaza, estuvieron toda la noche y el resto de los días así, como mi padre, mi suegro y John, que parecían tres jóvenes que no dejaban de inventar para hacer alguna trastada. Fue una noche de lo más loca y bonita.

1 Luego llegó al día siguiente la Navidad y si nos habíamos acostado a las cinco de la mañana, os puedo garantizar que a las nueve estábamos todos en el rellano comiendo churros con chocolate que había traído John, y no solo eso, las escaleras interiores de ese rellano estaban repletas de regalos de todos que le fuimos dando a John para que los colocara él, antes de que bajáramos con la niña.

Mi pequeña cuando vio todo se quedó paralizada y solo atinó a decir que el Santa Claus de Boston era más generoso que el de Alemania. Lo que nos reímos fue poco, y es que, a decir verdad, impresionaba ver esa escalera llena de infinidad de sorpresas.

Mientras desayunábamos sin haber abierto absolutamente nada, John se levantó, se fue a la escalera y cogió un paquete para cada uno de nosotros que nos fue poniendo delante, al igual que su mujer.

El envoltorio de los hombres era igual, como también lo eran el de las mujeres menos el de Hannah, que era más informal, pero todos tenían el mismo tamaño, forma y elegancia en la presentación de una prestigiosa firma de relojes, creo que ahí era donde se estaba delatando.

—*Ya podéis abrirlo* —murmuró John, con gesto de manos incluidos.

Hanna corrió como loca a partir todo el papel con tal de ser la primera. Todos lo hicimos tranquilamente al darnos cuenta y así poderle dar ventaja.

2

—*Papá, me muero de verdad, este es el reloj más bonito del mundo. Mira tiene corazones rosas sobre la esfera blanca y aquí fuera piedrecitas que parecen brillantes.*

—*Lo son* —dijo John y todos lo miramos esperando que fuera una broma—. *Tranquilos, lo he robado* —bromeó y la niña lo soltó corriendo como si quemara en la mesa.

3

—*Papá, que vamos a la cárcel* —dijo, causando que todos nos echáramos a reír.

—*Hija, John nunca haría eso y, además, ni falta le hace* —apreté los dientes recordando esa cantidad de ceros

que tendría en su cuenta bancaria por la venta del edificio.

—Nunca he sido materialista —dijo John— y sabéis que no le doy valor a las cosas caras. Puedo ir con un Casio de treinta dólares y ser igual de feliz que si llevara uno de firma de cincuenta mil dólares. Pero esta vez necesitaba que os llevaseis todos, una joya que fuera para toda la vida. Quería haceros un buen regalo que cuidaseis tanto como nos habéis cuidado a Diana y a mí. No es el valor del costo, es el de los sentimientos que puse en adquirirlos. Espero que lo disfrutéis.

: *—Papá, ¿me lo puedo poner o me detendrá la policía?*

—Póntelo cariño, pero solo en ocasiones especiales, este es para toda la vida, como ese amor que sientes por ellos.

—Él, él, que yo no he puesto ni un dólar —dijo Diana, volteando los ojos y poniendo cara de frustración—. Pero yo os tengo un humilde regalito a todos, que espero que, aunque sea un poquito os guste porque lo preparé con todo mi corazón.

Abrimos todos los paquetes y nos había regalado a los hombres el mismo de una edición limitada muy exclusiva, lo mismo que pasaba con las chicas. Para que os hagáis una idea, esos relojes no bajaban de cuarenta mil dólares.

No era el valor de lo que le había costado como él decía, era el valor de los sentimientos. Entendía que él tenía ahí un dinero que le daba igual y del que quiso usar un pellizquito para compartir con los que consideraba su familia. Incluso bromeó con que, si algún día la vida nos iba mal, de ahí podíamos sacar unas monedillas. Era adorable.

Diana nos entregó a todos un mismo sobre que contenía una preciosa poesía personalizada para cada uno. Nos dimos cuenta de que tenía un talento que erizaba la piel. Todos salimos llorando, hasta la pequeña que lloraba cuando le leí la suya, porque decía que no entendía la letra.

Mis padres también tuvieron un precioso detalle con todos y cada uno de nosotros, al igual que los suyos, y también nosotros, que habíamos comprado unas entradas para una función de teatro inspirada en estas fechas que era muy famosa en la ciudad.

Fueron días en los que hubo muchos momentos para quedarnos Lisa y yo a solas en el apartamento o incluso también escapándonos para cenar. Momentos en los que paseábamos, jugábamos y disfrutábamos con mi hija. Y otros, que eran la mayoría en donde comíamos, desayunábamos y cenábamos en el rellano, pero que también nos íbamos a la calle todos juntos.

Fin de Año, esa noche en la que a mi padre no se le ocurrió otra cosa que buscar unos mariachis por Internet y contratarlos para que vinieran a tocarnos a las ocho de la tarde cuando nos estuviéramos tomando el vinito antes

de la cena.

Nadie se lo esperaba, pero terminamos todos en pareja bailando y la pequeña con uno de los mexicanos que no dudó en sacarla.

Un Fin de Año con Mariachis en Boston... Pues fueron unos veinte minutos de lo más divertidos. Comenzamos la cena bien calentitos.

Y ahora desde la serenidad mientras viajaba de regreso a Alemania pensaba en todo lo vivido y todos los momentos que, sin querer, se convirtieron en la más divertida de las locuras.

Atrás dejábamos a John y Diana, momentáneamente, porque a la familia nunca se le abandonaba y ellos eran ya parte de la nuestra.

de la cena.

Nadie se lo esperaba, pero terminamos todos en pareja bailando y la pequeña con uno de los mexicanos que no dudó en sacarla.

Un Fin de Año con Mariachis en Boston... Pues fueron unos veinte minutos de lo más divertidos. Comenzamos la cena bien calentitos.

Y ahora desde la serenidad mientras viajaba de regreso a Alemania pensaba en todo lo vivido y todos los momentos que, sin querer, se convirtieron en la más divertida de las locuras.

Atrás dejábamos a John y Diana, momentáneamente, porque a la familia nunca se le abandonaba y ellos eran ya parte de la nuestra.

Capítulo 38



Lisa

Llegó el verano, y con él, ese momento que tanto habíamos esperado Alex y yo.

Desde que dejamos Boston hacía unos meses con la certeza de que me mudaba a Alemania y que de allí no me sacaban ni con agua hirviendo, no dejamos de pensar en cómo queríamos que fuera este día.

Sobra decir que nuestros padres estaban encantados al igual que Kim, pero esta última se echó a llorar como un niña pequeña cuando le dije que no iría a California más que de visita.

Nos íbamos a echar mucho de menos, eso las dos lo sabíamos, pero como ella decía, cuando se sintiera muy magoía un avión y se plantaba en mi casa de visita.

Y lo había hecho, al igual que durante los cinco meses que viví sola en Boston, se vino algunos días a verme a Alemania y se comía a su sobrina Hanna, pues así se llamaban la una a la otra, tía y sobrina postizas.

Estos meses con Alex y Hanna habían estado llenos de amor, de ese amor bonito que los tres nos merecíamos vivir, sentir y experimentar, y cuando esa pequeña me llamaba mamá, es que me rompía por completo.

Aunque ella tenía una madre, la verdad es que estaba más ausente de lo que podría haber imaginado.

Pero mejor no pensemos en gente que no lo merecía.

Me casaba, sí, de manera oficial y definitiva, me casaba el día de hoy con Alex, ese hombre al que tanto esperé y por el que nunca dejé de sentir lo que sentía.

Desde que lo volví a ver en aquella cafetería sin poder creerme que estuviera allí, confirmé que era y siempre sería el gran amor de mi vida.

Ni las pastillas para la ansiedad necesité más y de eso se alegraba hasta Zack, con quien aún seguía manteniendo el contacto y quien me había enviado un precioso regalo de bodas.

Había encargado a un conocido pintor de California que pintara un cuadro realista a base de una foto mía vestida de bailarina, de la última función que hice con las niñas de la clase de su sobrina Camille en la escuela, antes de irme de nuevo a Boston esa Navidad. Esa foto la hizo Kim y formaba parte de la escuela, y cuando me llegó aquel cuadro con la tarjeta de Zack, me eché a llorar.

Me deseaba toda la felicidad del mundo y me pedía que siempre sonriera como lo había hecho aquel día, puesto que sabía lo mucho que disfruté de la función.

Y sin saberlo aquella fue la última puesto que, al irme a Alemania por amor, no volvería a dar clase a mis niñas, aunque tenía una alumna en casa que era un amor. Seguía enseñando a Hanna y cada día que pasaba aprendía más y me pedía que le enviara esos vídeos a su abuela Clare, para que viera lo bien que llevaba las clases.

Mis padres adoraban a la niña y como me dijeron, no era ese bebé que perdí, pero la iban a querer muchísimo, como si la hubiese parido yo.

Estaba esperando a que apareciera mi padre para llevarme al altar, cuando se abrió la puerta y fue Kim quien entró.

—Vengo a ver cómo tienes el maquillaje —dijo sonriendo.

l

—Está perfecto, tranquila que no he llorado.

—Porque estás atacada de los nervios —rio.

—Qué bien me conoces.

—Tranquila porque ese hombre no se va a ir a ninguna parte sin ti —me acarició los brazos y le toqué la mano.

—Gracias por ayudarme hoy, sola no habría podido.

—¿Para qué están las hermanas si puede saberse? Porque es lo que somos, y lo sabes. Estás preciosa, y sexy, no sé va a poder esperar a la noche de bodas. El alemán te hace trizas el vestido en los jardines, a la que nos descuidemos.

—Qué loca estás —reí.

—Bueno, si el compañero de trabajo de tu futuro marido me quiere hacer trizas a mí el vestido, yo me dejo, que estoy en sequía sexual desde... Ya ni sé, perdí la cuenta —volteó los ojos.

La verdad es que mi vestido era una preciosidad, nada más verlo supe que era ese y ningún otro, y me lo probé el primero.

Era entallado hasta las caderas de donde empezaba a salir la falda que caía en capas y acababa en una pequeña cola que arrastraba por el suelo, la tela era de seda y llevaba una capa de encaje encima, y en la parte de la falda se veían brillantitos en el encaje. Tenía el escote en forma de corazón y toda la parte de los hombros y la espalda quedaba al descubierto.

La estilista me había recogido el cabello en un moño elegante que adornó con unas horquillas con brillantitos que con la luz del sol decía que me haría parecer un hada, y dejó un mechón ondulado en el lado izquierdo.

El maquillaje era de lo más natural y me veía radiante, además de feliz.

—Vengo buscando una novia —dijo mi padre, entrando en la habitación y sonreímos las dos.

—Qué casualidad, porque aquí hay una —contestó ella.

—Hija —mi padre me miró con los ojos vidriosos—. Estás preciosa.

—Jake, no llores, que me contagias —le pidió, señalándolo con el dedo—. Me voy a ver que todo esté listo —me dio un beso en la mejilla y se fue.

—Llegó el día —dije con una sonrisa.

—Sí, el día en el que mi niña deja de ser mía —me dio un beso en la frente—. Aunque siempre serás mi niña.

—No tenía la menor duda —reí.

—Cómo han pasado los años —suspiró—, que parece que fue ayer cuando te tuve en brazos por primera vez, y ahora voy a llevarte al altar. Son muchos los momentos que me vienen a la mente desde tus primeros días de vida hasta este día importante. Has llenado mi vida de alegría y orgullo, cariño, eres una luchadora que no ha dejado que le ganen sus mayores temores y miedos, y te has convertido en una mujer maravillosa y llena de amor, a pesar de todo el dolor que te causaron —me estaba emocionando y él también, lo veía en sus ojos vidriosos—. Siempre estaré aquí para apoyarte, cariño, en cada paso que des estaré a tu lado, aunque vivas tan lejos —sonreí con las lágrimas en mis ojos—. Te deseo toda la felicidad del mundo junto a tu familia, esa que siempre supe que algún día tendrías.

—No quería llorar, papá —le dije abrazándolo.

—Pues límpiame antes de que te vea Kim y me arranque las canas.

Solté una carcajada y me dio un pañuelo para que me limpiara, por suerte no había ocasionado ningún desastre y no se me estropeó el rímel.

Cogí el ramo de novia, que eran unas preciosas rosas en color rosa y blanco, y me agarré a su brazo para que me llevara hacia el jardín del hotel donde íbamos a casarnos.

2

Cuando lo vi desde la puerta antes de salir me quedé totalmente boquiabierta.

Todo el jardín parecía de cuento, rodeado de árboles y parterres de flores de colores. Desde donde estaba hasta el hombre que se convertiría en mi marido en unos minutos, había un camino de pétalos de rosas blancas sobre una alfombra rosa por el que caminé hacia el arco de madera con rosas que hacía de altar.

Nuestra familia y el resto de invitados, compañeros y amigos de trabajo de Alex, así como John y Diana, que no podían faltar en un día como este, estaban sentados a ambos lados del camino.

Hanna estaba preciosa con un vestido rosa y el lazo blanco al lado de Alex, que la tenía cogida de la mano. Y qué decir de él, además de que iba guapísimo y sexy con ese traje negro y camisa blanca.

Lo vi sonreír, pero también secarse las lágrimas con disimulo.

Cuando llegamos, mi padre cogió nuestras manos y las acercó para que las entrelazáramos.

—Cuidala, porque al igual que Hanna para ti, ella es mi mayor tesoro —le dijo mi padre.

—Lo haré, ten por seguro que la cuidaré el resto de mi vida, Jake.

Mi padre asintió, me dio un beso en la frente y fue a sentarse con mi madre y mis suegros, llevándose a su preciosa nieta con ellos.

Alex y yo nos miramos, y en sus ojos vi todo ese amor que sentía por mí y que siempre estuvo ahí, desde mucho antes de que él mismo lo supiera.

r

El oficiante empezó con la ceremonia y nosotros no dejamos de hacernos caricias en la mano en ningún momento, era el modo de decirnos que estábamos ahí y darnos esa fuerza que tanto necesitábamos, puesto que los dos estábamos nerviosos.

Cuando llegó el momento de ponernos los anillos vi a Luna, la perrita, aparecer por la alfombra con un vestidito rosa de tul monísimo y me eché a reír. Llevaba atado al lomo un cojín con los dos anillos y Kim la seguía para que no se desviara.

Alex fue el encargado de cogerlos y me entregó el que yo debía ponerle a él. Eran dos preciosas alianzas de oro con tres diamantes incrustados que había elegido Hanna y que me encantaban.

Con el anillo entre sus dedos y sosteniendo mi mano, comenzó a colocármelo mientras hablaba.

2

—Hoy, en este marco de cuento, te prometo que seré tu refugio y tu fortaleza. Te elijo no solo como mi esposa, sino como mi mejor amiga y confidente. Prometo escucharte, respetarte y amarte sin condiciones desde hoy y todos los días de mi vida, y afrontaremos lo que la vida nos depare yendo siempre de la mano. Te amo hoy, mañana y siempre.

Ya me había hecho llorar, y con el nudito que tenía en la garganta no sabía si iba a poder decir las palabras que quería. Así que cogí aire y con el anillo entre mis dedos, comencé a ponérselo y a hablar.

—Hoy, ante ti, tu preciosa hija y nuestra familia, prometo que te voy a amar con todo mi ser. Te elegiría siempre, en cada una de mis vidas, porque no me imagino un solo amanecer ni anochecer sin ti. Prometo que seré tu compañera, tu mayor apoyo y tu amor eterno, porque con otra no dejo que te vayas —Alex sonrió y escuché un coro de risas—. No importa lo que venga a partir de ahora, porque lo afrontaremos juntos y de la mano cada día. Te amo hoy, mañana y siempre.

No esperamos a que nos dieran permiso y nos besamos entre lágrimas, porque en este instante nos habíamos prometido ese amor eterno que los dos queríamos compartir.

—¡¡Vivan mis papás!! —gritó Hanna.

—¡Viva!

Nos giramos a mirarla y ambos extendimos uno de los brazos para que viniera con nosotros, lo hizo corriendo y nos abrazó a los dos con fuerza.

—Os quiero, os quiero mucho a los dos. Sois los mejores papás el mundo.

3

—Nosotros sí que te queremos, cariño —le acaricié la mejilla secando una lágrima que le caía.

—No estoy llorando, es que se me ha metido algo en el ojo —dijo, frotándose los dos.

4

—Claro, hija, igual es que tantas flores te están dando alergia —le dijo Alex.

—Seguro que es eso, sí —asintió ella, y los dos reímos.

5

Tras las felicitaciones y las fotos como recién casados, solos, con la niña y con toda nuestra familia, pasamos a la zona del cóctel donde brindamos con todos los invitados, agradeciéndoles que nos acompañaran en este día tan especial.

Picamos de algunas de las bandejas de canapés y pasamos a la carpa donde fueron sirviendo el marisco y la carne, así como helado con pastel de chocolate.

No faltaron los vítores y aplausos cada vez que nos pedían que nos besáramos, como tampoco esas miradas pícaras de mi marido.

—Deja de desnudarme con los ojos —murmuré tras el brindis que acabábamos de hacer.

—Es que me está costando no comerte.

—Ahora toca abrir el baile. Pero después... —Me acerqué a él— Te recuerdo que soy bailarina, tengo mucha elasticidad y la falda del vestido se levanta muy fácil —susurré en su oído y le di un mordisquito.

—Me matas, es que me matas con lo que me estoy imaginando, cariño.

—Vamos a abrir el baile, mi amor —dije poniéndome en pie y lo cogí de la mano para llevarlo al centro de la pista.

Empezó a sonar una melodía con la que Alex y yo nos fuimos meciendo poco a poco, abrazados mientras nos mirábamos a los ojos y sonreíamos.

La voz de Etta James, con ese tono casi rasgado, resonó a nuestro alrededor.

“At last, my love has come along...” [\[5\]](#)

No había una canción que nos identificara mejor en este instante, pues la letra hablaba de ese amor que por fin llegaba a su vida.

Alex y yo seguíamos bailando, apoyé la cabeza en su pecho y cerré los ojos dejando que la melodía y la letra me guiaran.

“The night I looked at you I found a dream, that I could speak to...” [\[6\]](#)

El amor que sentía por Alex lo confirmé aquella Nochebuena, estaba segura, a pesar de que había bebido tanto que al día siguiente no recordara nada de primeras.

Y cada vez que bailaba con él me transportaba a esa noche, la de nuestro primer baile, que nunca olvidaría.

Alex me cogió ambas mejillas y me dijo las palabras con las que Etta James terminaba su canción mientras me miraba fijamente a los ojos, antes de besarme.

—Por fin eres mía.

Capítulo 39



Alex

Casado con ella y para toda la vida...

La luna de miel había sido mi gran secreto hasta el momento en que tuvimos que facturar las maletas y descubrió que el destino era *Marrakech*, una de las ciudades imperiales de Marruecos de la que ella me hizo mención muchas veces que le daba mucha curiosidad.

—Voy cagada, que conste —murmuró cuando el avión despegó.

—Pero, ¿no te fascinaba tanto? —carraspeé a sabiendas que era un país que yo conocía y era de lo más civilizado en muchos sentidos y nada peligroso. Siempre siendo prudentes como en cualquier parte del mundo.

—Yo no llevo pañuelo ni uno de esos vestidos que llevan desde el cuello hasta el suelo.

—¿Y dónde dice que debas ponértelo?

—¿No era mejor ir a las Maldivas, Seychelles, Caribe, Tailandia o uno de esos países tan de moda ahora?

—Podemos ir en otro momento.

—Seguro que me van a raptar, Alex, que cuenta la leyenda que cambian a las mujeres por camellos y más si son rubias. Dile al piloto que se dé la vuelta que me bajo. Lo estoy viendo. “*Mujer californiana cambiada en Marruecos por dos camellos*”.

—¿Y para qué quiero yo dos camellos? —me reí.

—Te obligarán a aceptarlo —me miraba poniendo cara de estar en shock.

—A mí con que me den las gracias, hay trato.

—¡¡¡Alex!!! Qué es un país árabe.

—Creo que me engañaste con que te fascinaba Marruecos.

—Sí, pero desde lejos —apretó los dientes.

—Va a ser la mejor luna de miel de tu vida.

—¿Cómo que la mejor, Alex? A mí no me hables así que ya empiezo a ver duendes y pajaritos en mi cabeza. Tal y como bajemos del avión, busquemos una tienda en la terminal y me compres un vestido de esos con un pañuelo que no se me vean ni los ojos.

—Vale.

—¡Lo estoy diciendo en serio, Alex!

—¿Te quieres relajar, que no vas a la guerra?

—Qué manera de hundir mi luna de miel —se llevó la mano a la cara.

La entendía, ya que Marruecos era un país que hasta que no lo vivías, podía ocasionar mucha controversia y desconfianza, pero una vez que lo hacías, o terminabas amándolo o no gustándote, pero no tenía término medio.

Se pasó todo el vuelo diciendo tonterías de los nervios que tenía y yo la buscaba mucho más haciéndome el indiferente.

Aterrizamos en *Marrakech* y nos vino un ligero golpe de calor. Ella no paraba de rebufar mientras íbamos hacia el control de inmigración para que nos sellaran el pasaporte y posteriormente recoger las maletas.

Fuimos directos a los taxis donde nos montamos en uno. El señor era de lo más simpático y nos estuvo dando charla todo el tiempo. Lisa estaba pálida todo el tiempo y aunque intentaba estar amable, miraba por la ventanilla buscando indicios que lograran calmarla.

Nos alojamos en un lujoso hotel palacio situado en el corazón de *Marrakech*. En la entrada nos abrieron la puerta del taxi y nos recibieron casi con una reverencia.

Lisa miraba toda entrada donde lucía una majestuosa y bella recepción rodeada de tradición, lujo y elegancia entremezcladas.

Nos dieron las llaves de la habitación y el botones nos acompañó a la suite que era una de las mejores del establecimiento. Lisa se quedó con la boca abierta al verla y descubrir la magia de lo nuevo entremezclado con la esencia del país. Las vistas eran a unos jardines del alojamiento en el que había terrazas de bares alrededor de la

piscina y todo rodeado de palmeras. Al fondo teníamos ante nosotros unas asombrosas vistas a la famosa Medina de la ciudad, ya que teníamos ante nosotros su zona más emblemática, la plaza principal.

—¿Más relajada? —le pregunté, abrazándola por detrás mientras ella seguía contemplando las vistas desde nuestra terraza.

—Amo todo lo que he visto por el camino, aunque en ese momento me costaba asimilarlo, pero todo es una mezcla de lo más exótica.

—Las gentes de aquí son un pueblo encantador que siempre están dispuesto a ayudar o simplemente regalarte una sonrisa.

—Pero es que me da una cosa verlas así con los velos... Aunque observé que ya muchas jóvenes no lo usan.

—Quien lo lleva en este país es por tradición y respeto a sus familiares que están muy arraigados a la cultura, pero como bien dices, es un país que está en muchos sentidos avanzando y la nueva juventud ya va vistiendo más europea e incluso muchas no usan velo.

—Tengo ganas de mezclarme entre su gente, pero reconozco que me da un poco de respeto.

—Conmigo nada malo te puede pasar —me pegué a ella por detrás y le besé el cuello.

—Alex, ¿voy a salir viva de aquí?

—¿De la habitación? —pregunté carraspeando.

—Me has entendido —se rio doblándose y rozando sus nalgas con mi zona de manera intencionada para provocarme.

—¿Quieres que te deje doblada de placer mirando hacia la Medina?

—Alex, si alguien nos ve con unos prismáticos o algo, de aquí salimos apedreados.

—¿Crees que eres la única que tiene sexo en la ciudad? —Metí mi mano por debajo de su vestido corto por encima de la rodilla.

—Alex...

—Demasiado tarde —mi mano ya recorría el interior de su braguita.

—Alex...

—Me vas a borrar el nombre —le acariciaba por el interior de sus labios.

—Más rápido, por favor —gimió agarrada al barandal de la terraza.

—Eres una descarada, ¿lo sabías?

—¿Y el morbo que te doy?

—Eso cuenta algo... —Me estaba calentando hasta yo de una forma que no iba a poder esperar mucho.

Le di rápido y llegó al orgasmo agarrándose con más fuerzas aún. Luego la llevé a la habitación y la puse de espaldas al sofá donde apoyó sus manos, levantó las caderas y me adentré de una estocada. Esto era empezar de buena manera la luna de miel.

Nos duchamos y nos dirigimos hacia la *Plaza de Yamaa el Fna*. La más famosa e importante de la Medina donde puedes ver la vida social tanto de los marroquíes como del turismo que también se siente atraído por ella tanto de día como de noche.

Desde la terraza la habíamos visto cuando aún era de día y no tenía la vida que por la noche se formaba, que era con la que nos encontramos ahora.

Al atardecer se vive un cambio, ya que se llena de personas haciendo espectáculos, decenas de puestos de comidas donde poder cenar muchos de sus platos típicos y mucho ambiente. Demasiado. Impresionaba verlo todo tan colorido en la cálida luz.

Lisa cada vez estaba menos tensa y se dejaba llevar por los olores, incluso se detuvo delante de un puesto donde el olor la llevó hasta él y descubrimos que estaban comiendo caracoles.

—Vamos a probarlo —dijo ella decidida.

—¿Segura?

—Claro, ¿cómo no? —Volteó los ojos.

Le pedí un cuenco al chico que nos puso sobre la barra que había alrededor de él. Probé uno, pero no era la primera vez, en Francia los había comido al estilo de ellos y aquí también, como dije, no era mi primera vez en el país.

—Seguro que no me muero, ¿verdad?

—Segurísimo —le saqué uno con el palillo y lo llevé a su boca.

—Pues está riquísimo —me animó con la mano a que le sacara otro.

Al final nos comimos ese cuenco y le pedimos que nos lo rellenara de nuevo. Hasta nos bebimos el caldo y Lisa salió encantada diciendo que al día siguiente volveríamos a hacer la paradita ahí para tomar el entrante de la noche, porque eso obviamente no saciaba como cena.

Alrededor de la plaza estaba lleno de restaurantes en bajo y en alto para disfrutar de unas vistas increíbles de todo el ambiente comiendo o tomando algo relajadamente.

Lisa dudó unos instantes entre irnos a una de esas terrazas a cenar o probar de todo lo que veía por los innumerables puestos de la plaza. Al final nos decantamos por la terraza para disfrutar de las vistas desde una zona inmejorable.

Nos cruzamos con encantadores de serpientes, dentistas con sus mesitas a la antigua usanza, músicos que animaban el ambiente. Todo era un caos perfecto.

Elegimos un restaurante que tenía abajo la foto de la terraza y animaba a visitarla. Fue todo un acierto porque era preciosa, con rincones con sillones de lo más cómodos, ya que eran tipo, sofá y tuvimos la suerte de coger un sitio pegado al muro que daba directo a la calle y que nos llegaba por la cintura, con lo cual, teníamos todo el ambiente ante nosotros y lucía de lo más bonito.

Lisa se colocó medio tirada y apoyada en ese muro como si mirara pensativa la Medina. Le saqué una foto que no podía ser más bonita. Hasta ella aplaudió emocionada y me hizo mandársela a su familia y a la mía.

Se estaba metiendo en el ambiente y la cultura. La estaba atrapando por completo y ella estaba viviéndolo ya con más calma.

—Son todos muy educados —se refería a los del hotel, estos camareros y el chico del puesto de los caracoles que estuvo sonriente en todo momento.

—La hospitalidad y el respeto lo vas a vivir constantemente en este país —le hice un guiño.

Nos habían traído dos platos para compartir, uno de costillas de cordero a la brasa con patatas fritas y una ensalada marroquí. Los dos con una presentación tan a la altura como los sabores de los dos platos.

—Me estoy enamorando de la comida de aquí —decía, saboreando una oliva del platito que nos habían puesto de cortesía.

—Veo que lo estás pasando mal en tus primeras horas en el país.

—Muy mal, tanto es así que voy a gemir de placer gustativo.

Se me caía la baba constantemente con los gestos que me hacía con la cara. Era tan cómica que ella misma se reía con sus cosas. Hablaba a carcajadas como mi madre decía.

Y se fue enamorando de la ciudad en la que recorrimos cada rincón de la Medina, como de la parte más moderna durante tres días. También disfrutamos de la piscina del hotel que era una locura de bonita con las palmeras e isletas donde nos tomábamos alguna que otra cerveza.

Ella me preguntaba cuantos días nos íbamos a quedar y yo le decía que la luna de miel era sorpresa. Se hacía la indignada, pero a mí me daba igual. Quería quedarse quince días... ¡No sabía lo que decía!

—Muy mal, tanto es así que voy a gemir de placer gustativo.

Se me caía la baba constantemente con los gestos que me hacía con la cara. Era tan cómica que ella misma se reía con sus cosas. Hablaba a carcajadas como mi madre decía.

Y se fue enamorando de la ciudad en la que recorrimos cada rincón de la Medina, como de la parte más moderna durante tres días. También disfrutamos de la piscina del hotel que era una locura de bonita con las palmeras e isletas donde nos tomábamos alguna que otra cerveza.

Ella me preguntaba cuantos días nos íbamos a quedar y yo le decía que la luna de miel era sorpresa. Se hacía la indignada, pero a mí me daba igual. Quería quedarse quince días... ¡No sabía lo que decía!

Capítulo 40



Alex

—Que, ¿qué?? —gritó, aún medio despertándose cuando le dije que teníamos que hacer la maleta para ir a coger el vuelo.

—Nos vamos de *Marrakech* —repetí levantándome para que no se nos echara la hora encima.

—¿Me estás diciendo que mi luna de miel ha durado cuatro días justitos? ¿En serio, Alex?

—En veinte minutos tenemos que coger un taxi —dije mientras me dirigía a la puerta y abría al camarero que nos traía un par de cafés y unos sándwiches de mantequilla y queso.

—Esto no es una luna de miel, Alex, esto es una escapada que puede hacer cualquier persona sin necesidad de pasar por ningún enlace.

—¿Te has casado por la luna de miel?

—Entre otras cosas —ladeó la boca. Estaba muy rabiosa.

Salimos a toda prisa después de tomar el desayuno y vestirnos. Durante el trayecto al aeropuerto su cara era de mala hostia. No hablaba ni para decir una de las suyas.

Busqué la zona de facturación y me dirigí hacia allí. Lisa seguía con cara de pocos amigos y sin dirigirme la palabra hasta que sus ojos se abrieron como platos.

—Pone en el cartel *El Cairo*, Alex.

—¿No era tu ilusión ver las Pirámides de *Guiza*? —carraspeé.

—¿Nos vamos a Egipto, amor?

—Ahora soy tu amor —me reí dándole los pasaportes a la azafata y puse las maletas en la cinta.

—¡¡¡Nos vamos a Egipto!!! —Se puso a saltar y aplaudir como una niña pequeña.

—¿Y ese país no te da miedo? —le pregunté en voz baja.

—Ni este, pero, ¿y lo bien que me lo pasé buscándote la lengua? —Me hizo un guiño.

—Y yo siguiéndote la corriente —le devolví el guiño.

—Si es que por eso te amo...

—Por lo mismo que yo —le dije para dejarla también con esa medio intriga.

—No puedo contigo —estiró las manos sacudiéndolas una vez y se echó a reír.

La azafata nos dio las tarjetas de embarque y nos fuimos a esa zona después de pasar los controles de seguridad. Hicimos un recorrido por las tiendas donde ella adquirió un par de cositas para Hanna, que no eran las primeras. La tenía en todo momento en mente y la llamaba tres veces al día. ¿Cómo no iba a amarla con todo mi corazón si cuidaba tanto a nuestra familia? Porque eso éramos, una familia preciosa que estábamos los unos para los otros.

Se pasó todo el vuelo, nerviosa, y fantaseando con ver esas pirámides que tanto le habían llamado la atención a lo largo de su vida.

No íbamos a hacer un paquete de esos típicos en el que navegas por el Nilo durante cuatro días y luego vas en avión a la capital a pasar los últimos días el final del viaje. No, eso no quería. Veníamos por tres días a descubrir la ciudad y conocer eso que ella tanto deseaba, al igual que en Marruecos, esto era un primer contacto para algún día volver a cada lugar y conocer el país en más profundidad. Mi viaje de luna de miel estaba pensado de diferente manera.

El Cairo impresionaba y nada más salir del aeropuerto en el coche que nos recogió, ya impresionaba. No solo venía el conductor, también un policía escoltándonos en todo momento que estaría con nosotros en cada movimiento que hiciéramos fuera del hotel. Contraté el servicio privado sabiendo que ese era un requisito importante para estar más tranquilo en un país en el que por desgracia, por sus desigualdades políticas, había habido más de un atentado contra el turismo, de esos que conmocionaron al mundo.

Lisa miraba asombrada por todos lados y no dejaba de murmurar que jamás imaginó que luciera el país con esos contrastes entre la pobreza y el lujo. Se veía en cada edificio esa desigualdad que casi se cogían de la mano por lo mezclado que estaba todo.

El hotel era una preciosidad, contaba con las vistas directas de la habitación a las tres pirámides que ya habíamos visto desde el coche, pero verlas desde la terraza de la suite era para llorar de la emoción como estaba

haciendo Lisa, mientras tomaba una cerveza fresquita. Imaginad el calor que hacía en el país durante todo el año, cuanto más en esta época.

Estuvimos tres días completos en los que no solo visitamos las pirámides y la disfrutábamos desde la cama mismamente, sino que fuimos al famoso Museo Egipcio, del que ambos quedamos maravillados.

También la llevé a una cena con espectáculo en un crucero de tres horas por el Nilo, fuimos al bazar e hicimos un paseo privado en *faluca* por el río.

Como ella decía, ahora sí consideraba que había tenido su gran luna de miel y volvía a casa encantada. Ocho días le habían llenado mucho, pero claro...

—¿Qué es esto, Alex? —preguntó señalando la pantalla del puesto de facturación.

—La etapa final del viaje —carraspeé.

—¿Vamos en serio a *Capadocia*? ¡¡Alex!! —saltó encima de mí y comenzó a comerme a besos y hasta se ruborizó la azafata.

—Para, que vamos a salir detenidos —le murmuré sonriendo, pero es que este país para esas cosas era muy cortante.

Y sí, nos íbamos a Capadocia, ese rincón de Turquía del que también ella me había hablado por lo famoso que era por esos globos aerostáticos que estaban en el aire cubriendo el cielo con turistas haciendo paseos.

El lugar era un paisaje lunar mágico de formaciones rocosas inimaginables. Lleno de chimeneas de hadas de naturales esculturas que parecían haber sido trabajadas por el hombre, pero nada que ver con la realidad.

Había hecho mucho hincapié en seleccionar el mejor alojamiento, ya que quería uno de esos que parecían cuevas y que disponían de preciosas terrazas privadas llenas de cojines y comodidades para disfrutar desde ahí de las mejores vistas y de los cientos de globos de colores mientras comías o tomabas simplemente un té.

Lisa alucinó tanto con la *suite* como con nuestra terraza, estaba viviendo algo que sabía que no iba a olvidar nunca. Tres países tan diferentes y similares a la vez que hacían de estos días una luna de miel de lo más especial.

s Pedimos la cena en la habitación, ya que queríamos disfrutarla en nuestra terraza relajados, ante una noche iluminada por esos globos y en la que estábamos cansados del viaje.

—Jamás imaginé que mi luna de miel fuese así. ¿Seguro qué detrás de esto no hay nada?

—Ya no, ya hemos llegado al final, ahora toca disfrutarlo estos días y regresar a casa para seguir viviendo el

verano con nuestra niña.

—Nos la deberíamos de haber traído.

—No es lugar para que ella disfrutara, Lisa, además, era nuestro momento.

—Realmente sí, es nuestro momento, pero la echo tanto de menos —se le transformó la cara en tristeza.

—Lo sé, pero, ¿y lo bien que nos lo estamos pasando? —metí la mano por debajo de su camiseta en la que no llevaba nada, solo llevaba la braguita, ya que se duchó y como nos íbamos a quedar aquí, no se puso mucha ropa.

—Sí, pero, ¿sabes una cosa?

—Dime.

—No me pienso montar en globo, hay muchos accidentes aquí que no se difunden mucho, pero la realidad es que no hay mucha seguridad. Nuestra niña nos espera, con verlo desde aquí suspendidos ahí en el cielo y dibujando tan bonito escenario, ya me siento una privilegiada.

—Pensamos igual, a mí tampoco me apetece montarme —le di un beso en la boca—. Somos muy jóvenes para morir por una locura.

—Una más joven que otro —carraspeó, causándome una carcajada—. Tengo muchas ganas de verla, pero, nos vamos a comer estos tres últimos días —me mordisqueó los labios.

Pobre de ella, que no sabía que de aquí nos iríamos a vivir unas vacaciones de dos semanas en unas playas de España, precisamente en un pueblo de Cádiz donde nos esperarían sus padres y los míos con la niña en el chalet que había alquilado para que todos, viviéramos el resto de esta luna de miel juntos. Y no solo eso, también estarían John y Diana, porque ellos eran también de los nuestros.

Amaba todo lo que nos pertenecía y ellos, eran los pilares fundamentales de nuestras vidas. ¿Cómo no reunirlos de nuevo?

verano con nuestra niña.

—Nos la deberíamos de haber traído.

—No es lugar para que ella disfrutara, Lisa, además, era nuestro momento.

—Realmente sí, es nuestro momento, pero la echo tanto de menos —se le transformó la cara en tristeza.

—Lo sé, pero, ¿y lo bien que nos lo estamos pasando? —metí la mano por debajo de su camiseta en la que no llevaba nada, solo llevaba la braguita, ya que se duchó y como nos íbamos a quedar aquí, no se puso mucha ropa.

—Sí, pero, ¿sabes una cosa?

—Dime.

—No me pienso montar en globo, hay muchos accidentes aquí que no se difunden mucho, pero la realidad es que no hay mucha seguridad. Nuestra niña nos espera, con verlo desde aquí suspendidos ahí en el cielo y dibujando tan bonito escenario, ya me siento una privilegiada.

—Pensamos igual, a mí tampoco me apetece montarme —le di un beso en la boca—. Somos muy jóvenes para morir por una locura.

—Una más joven que otro —carraspeó, causándome una carcajada—. Tengo muchas ganas de verla, pero, nos vamos a comer estos tres últimos días —me mordisqueó los labios.

Pobre de ella, que no sabía que de aquí nos iríamos a vivir unas vacaciones de dos semanas en unas playas de España, precisamente en un pueblo de Cádiz donde nos esperarían sus padres y los míos con la niña en el chalet que había alquilado para que todos, viviéramos el resto de esta luna de miel juntos. Y no solo eso, también estarían John y Diana, porque ellos eran también de los nuestros.

Amaba todo lo que nos pertenecía y ellos, eran los pilares fundamentales de nuestras vidas. ¿Cómo no reunirlos de nuevo?

Epílogo



Lisa

Once años después...

Como una vez dijo John Lennon, la vida es eso que pasa mientras estás ocupado haciendo otros planes, y no mentía, puesto que en esta vida tenemos que aprovechar cada minuto y no quedarnos con las ganas de hacer algo que queramos hacer.

Debía admitir que en aquellas Navidades que me quedé atrapada en Boston con un desconocido, ese del que me enamoré, regresé a mi hogar con el corazón roto por no ser correspondida, pero con las ganas de haber sido yo la que le diera ese beso que le pedí cuando nos despedimos.

Me pregunté muchas veces qué habría pasado si lo hubiera hecho, si no me hubiera quedado con esas ganas de sentir una sola vez el calor de sus labios.

Y desde que volvimos a encontrarnos me prometí a mí misma que no me quedaría con las ganas de hacer algo de lo que quisiera hacer con él.

Por eso cada día le decía cuánto lo quería, le daba un beso al despertar y otro al acostarnos, lo miraba con amor y le regalaba mil caricias, porque la vida es muy corta y nunca sabemos cuándo puede ser la última vez que hagamos algo con esa persona a la que tanto amamos.

Habían pasado once años desde que me casé con él, con el hombre de mi vida, mi verdadero y único amor, ese al que tal como prometí, amaba y amaría cada día.

También amaba a su hija, esa que ya era mía también legalmente desde hacía dos años.

Cuando Alex pidió ante el juez que me permitieran adoptarla al ver que su exmujer ya no hacía nada por ver a su hija y mucho menos cuidarla, y quedando constancia de que nosotros estábamos casados y que era yo quien me encargaba de la niña, pude por fin darle mi apellido como regalo de cumpleaños cuando cumplió los dieciséis años.

Él, se encaró con Anna por tanto abandono hacia su hija, la obligó a renunciar a ella y fue como que no le importara su hija, y por eso, y gracias al juez, pude adoptarla.

Lloramos abrazadas como madre e hija, de manera legal y oficial, aunque para ambas aquello no era más que un papel porque desde esa noche en la que me llamó mamá por primera vez en Boston, no había dejado de hacerlo.

Lo que más me emocionó de todo fue cuando me dijo que quería ser bailarina, que quería dedicarse a la danza como habíamos hecho mi madre y yo, y llegar a ser una de las mejores del mundo.

Alex estaba encantado de que esa fuera la elección de su pequeña, puesto que en los años que llevaba enseñándola, había adquirido una elegancia, una destreza en los movimientos y una técnica sublimes.

Y no es que la enseñara en casa, no, que mi marido como regalo de bodas me había montado en un local en Alemania mi propia academia de ballet, esa en la que Kim fue la primera profesora contratada, pues no dudó en dejar California para estar conmigo en esa nueva aventura.

Su madre y su padrastro se quedaron allí, al igual que mis padres, pero venían a visitarla cada cierto tiempo, al igual que ella viajaba en verano y a pasar las Navidades.

Mis padres en cambio sí se trasladaron aquí, vendieron la casa y mi padre decidió jubilarse antes de tiempo, decía que quería disfrutar de sus pequeñas bailarinas, pues a Hanna también la llamaba así.

John y Diana, fueron otros que dejaron la vida en Boston para estar con nosotros, pues como bien decía mi hija, eran sus tíos y la familia debía estar unida.

Y esa familia que Alex y yo habíamos comenzado a construir creció de manera inesperada.

Cuando sufrí aquella caída y perdí el bebé, los médicos me dijeron que posiblemente no pudiera tener hijos, así que nunca me preocupó que Alex y yo tuviéramos relaciones sin protección.

Hasta que comencé a sentirme mal una mañana, justo antes de Fin de Año unos meses después de casarnos, y al ir al médico me dijo que estaba embarazada. Como dijo mi padre, si eso no era un milagro de Navidad que viniera Dios y lo viera.

Alex se emocionó, y más cuando le dije que no pensaba que pudiera hacerlo padre por segunda vez.

Nuestra pequeña, a quien le pusimos el nombre de Diana en honor a sus tíos, era el tesoro más valioso de la casa, y Hanna la adoraba.

Diana también bailaba, y se le daba tan bien como a su hermana mayor y ambas nos habían regalado momentos de lo más bonitos y emotivos con esas coreografías que se inventaban.

La vida me había recompensado como decía Zack, ese hombre al que aún mantenía en mi vida, aunque en la distancia, y con quien hablaba a menudo.

1

Encontró el amor y lo hizo de la manera más inesperada, pues estando viendo uno de los partidos de su equipo, lo llamaron por teléfono y chocó con dos mujeres, una de ellas embarazada, y la otra que era la hermana y estaba atacada.

La embarazada resultó ser la esposa de uno de los jugadores, y la otra, la cuñada, así que se ofreció a llevarlas a hospital y pidió a uno de los chicos que avisara al entrenador y al jugador para que fueran al hospital en cuanto acabaran el partido.

Desde ese momento en el que se fijó en la futura tía de la criatura, no la dejó escapar, y ya llevaban seis años casados y tenían dos hijos preciosos.

Otra que me dio una alegría fue Kim, pues resultó que Hans, ese compañero de trabajo y amigo de Alex, fue el amor que el destino le tenía preparado, y hacía ocho años que se habían casado. La cigüeña también llamó a su puerta y tenían dos hijos, Eric y Emma, unos preciosos mellizos de seis años.

Y hoy era un gran día, para todos, uno en el que mi hija mayor daba un paso más en su carrera como profesora para una función con la compañía en la que se convertía oficialmente en bailarina principal.

Solo tenía dieciocho años, pero la compañía de ballet había visto su potencial desde hacía dos años cuando empezó como bailarina en el elenco y se había ganado el puesto a base de esfuerzo.

En los titulares del todo el mundo, hablaban de ella, y tanto su padre, como sus abuelos y yo, nos sentíamos súper orgullosos de ello.

“Hanna Campbell, a sus dieciocho años conquista los escenarios con la gracia que heredó de su profesora y madre, Lisa Campbell”

1

Sí, en lo que a lo profesional se refería, Hanna dijo que quería ser conocida con mi apellido, llevándolo con orgullo para desgracia de la madre que la parió y esos abuelos que también estuvieron ausentes y a los que ya ni veía.

—Amor —me giré al escuchar a Alex, ese hombre que, por muchos años que pasaran, seguía estando igual de guapo y arrebatadoramente sexy que cuando lo conocí—. Hanna me ha mandado un mensaje, está de los nervios.

—Pobrecita mi nieta —dijo mi madre y sonreí, ella al igual que yo sabía los nervios que se pasaban antes de una función tan importante.

Estábamos todos allí para verla, mis padres, mis suegros, John y Diana, Kim y su familia, Alex, nuestra pequeña Diana y yo.

—Nos vemos en las butacas —les dije y besé a mi marido—. Voy a verla.

Él asintió y caminé hacia el pasillo desde el *hall* del teatro donde representarían la función. Fui hacia la zona de vestuarios y nadie me puso ningún problema porque sabían de sobra quién era.

¹ Me detuve ante la puerta del camerino de Hanna, abrí y asomé la cabeza.

—Me han dicho que hay una bailarina nerviosa en este camerino.

—Mamá —se puso de pie y la vi preciosa, temblando, pero preciosa—. Creo que voy a vomitar.

—Crees, pero no lo harás, eso solo está aquí —le di un toquecito en la cabeza.

Miré bien a mi hija, comprobando que nada quedaba ya de aquella niña que conocí en la cafetería cogida de la mano de su padre.

¹ Se había convertido en toda una señorita, en una mujer hermosa, elegante, risueña y tan divertida como siempre fue.

Llevaba un precioso conjunto negro y plateado, la falda era de seda que le llegaba a los tobillos y con una caída perfecta para todas y cada una de las coreografías que tenía que hacer.

Pero sabía por qué estaba nerviosa, y es que la parte final de la obra, esa en la que ella y el bailarín masculino principal que la acompañaba, hacían la representación de una escena preciosa y romántica.

—Mi niña, lo hemos ensayado mil veces en estos meses, estás más que preparada para ello.

—Pero, ¿y si me equivoco en algo? ¿Y si doy un mal paso? ¿Y si piso a Markus y...?

—Hanna, mírame —le cogí ambas mejillas—. No va a pasar nada, todo va a salir bien. Markus es el bailarín principal de la compañía desde hace siete años, con la misma edad que tienes tú ahora, y os compenetráis muy bien. Sois uno, cuando bailáis, cariño, y eso es difícil de conseguir, a no ser... —esto último lo murmuré y ella no me escuchó pues llamaron a la puerta y era el director de la obra para avisar que tenía que salir.

—Ya voy —contestó y volvió a mirarme cuando nos quedamos a solas—. Mamá...

—Lo vas a hacer bien, estoy ahí fuera viéndote junto a tu padre, tu hermana, tus primos postizos y tus tíos, y tus abuelos. Todos hemos venido a verte esta noche y sabemos que lo harás bien, cariño. Confía en ti, confía en

aMarkus, que no te dejará caer en ningún momento y, sobre todo, disfruta de la noche, deja que la música se una a ti, deja que se fusione con tu cuerpo y sea la que guíe cada uno de tus pasos y movimientos. Estoy contigo, estoy aquí —puse la mano en su corazón—, bailando a tu lado como cuando eras una niña.

—¿Te he dicho alguna que te quiero y que eres la mejor madre del mundo?

—Alguna que otra —sonreí—, pero me gusta que me lo digas.

—Gracias —me abrazó y cerré los ojos sonriendo porque ahora estaba convencida de que ya no era mi niña, sino una mujer por completo—. Gracias por aparecer aquellas Navidades en la vida de papá y por volver un año después para buscarlo. Porque de verdad que no podría haber tenido mejor madre que tú.

—Voy a llorar, y se me va a correr el maquillaje.

—Si se me corre a mí, tenemos un problema —rio.

—Sal ahí fuera, cariño —dije, mirándola a los ojos, esos que había heredado de su padre—, disfruta y da lo mejor de ti.

—Te quiero.

—Y yo —sonreí.

La vi salir corriendo y Markus, el bailarín principal, estaba esperándola en el pasillo. Sonrió al verla de un modo que me terminó de confirmar lo que ya intuía.

Regresé con mi familia a la zona de butacas, entrelacé mi mano con la de Alex y le dije que su pequeña estaba mucho más tranquila.

Se apagaron las luces y comenzó a sonar la música que dio paso a todos los bailarines de la compañía en esa primera coreografía.

Las chicas iban de rosa pastel y los chicos de azul marino, mientras que tanto Hanna, como Markus, iban de negro y plateado, destacando no solo como bailarines principales, sino como esa pareja de la obra que representaba a dos enamorados que se veían luchando canción tras canción ante la adversidad de un amor imposible.

El público estaba inmerso en la función, guardando silencio mientras observaban cada movimiento, cada salto, cada giro y pirueta de todos ellos, y entonces llegó el momento del final.

s

La melodía de *Marry Me*, de *Hans Zimmer*, comenzó a sonar en el teatro y se veía a mi hija sola en el escenario

bailando, interpretando ese dolor y pena por un amor imposible, hasta que Markus aparecía en escena librándose de esos bailarines que le querían lejos de su amada.

Y se unieron al fin, bailaron de nuevo como esos dos enamorados que anhelaban estar juntos y finalmente lo lograban, sellando ese amor con un dulce beso mientras ambos estaban sentados de perfil ante el público.

—Se compenetran muy bien, hija —dijo mi madre—. Y eso es algo difícil, a no ser que ellos...

Sonreí mirando a mi madre y no le hizo falta más para entenderme.

—Ellos, ¿qué, Clare? —curioseó mi suegra.

—Están enamorados —contesté y miré a Alex, que tenía los ojos abiertos—. Tu niña se ha hecho mujer, cariño.

—Pero él es algo mayor que ella, ¿no?

—¿Qué más da eso? Tú eres diez años mayor que yo —sonreí.

—Creo que voy a tener que hablar con, ¿Markus, se llamaba? —Arqueó la ceja.

—No hablarás con nadie, vas a esperar a que nuestra hija esté tranquila y nos lo presente como su novio. Que si no me equivoco lo hará esta noche —sonreí.

▷ Tras la ovación a todo el cuerpo de baile de la compañía y al director, fuimos al *hall* del teatro donde esperamos a nuestra hija, esa que apareció de la mano con Markus y lo soltó para correr hacia su padre y hacia mí.

—¿Ves lo bien que lo has hecho, cariño? —le dije, y ella sonrió.

—No puedo evitar tener miedo.

—Es normal tenerlo, pero has estado muy bien acompañada —miré a Markus, que estaba a solo unos pasos—. Felicidades Markus, lo habéis hecho muy bien.

—Gracias —sonrió.

—Papá, mamá, quería deciros que... Bueno, que Markus es...

—Soy su novio, y quería decirles que quiero a Hanna con todo mi corazón.

—Si le haces daño, te aseguro que él no será el problema —dije señalando a Alex—, lo seré yo.

—Te dije que ella era la peligrosa —rio Hanna—. Pero es la mejor madre del mundo, y la amo —me abrazó.

¿Alguien puede decir con exactitud qué es el amor? Lamento decir que no, nadie podría decir qué es el amor porque para todos tendrá un significado diferente.

Pero lo cierto es que nadie sabrá nunca qué es el amor, si no lo ha experimentado antes.

—Te dije que ella era la peligrosa —rio Hanna—. Pero es la mejor madre del mundo, y la amo —me abrazó.

¿Alguien puede decir con exactitud qué es el amor? Lamento decir que no, nadie podría decir qué es el amor porque para todos tendrá un significado diferente.

Pero lo cierto es que nadie sabrá nunca qué es el amor, si no lo ha experimentado antes.

Esperamos que os haya gustado y si es así nos podéis seguir en las siguientes redes y en nuestras páginas de Amazon ¡Gracias!

Facebook:

[Dylan Martins](#)

[Janis Sandgrouse](#)

Amazon:

Dylan Martins: relinks.me/DylanMartins

Janis Sandgrouse: relinks.me/JanisSandgrouse

Instagram:

@dylanmartinsautor

@janis.sandgrouse.escritora

Twitter:

@ChicasTribu

[1] Traducción: Cada vez que me miro al espejo

[2] Traducción: Canta conmigo, canta por los años, canta por las risas, canta por las lágrimas

[3] Traducción: No me olvides, te lo ruego

[4] Traducción: A veces el amor dura, pero a veces duele

[5] Traducción: Por fin, mi amor ha llegado

[6] Traducción: La noche que te miré encontré un sueño, con el que podía hablar

Esperamos que os haya gustado y si es así nos podéis seguir en las siguientes redes y en nuestras páginas de Amazon ¡Gracias!

Facebook:

[Dylan Martins](#)

[Janis Sandgrouse](#)

Amazon:

Dylan Martins: relinks.me/DylanMartins

Janis Sandgrouse: relinks.me/JanisSandgrouse

Instagram:

@dylanmartinsautor

@janis.sandgrouse.escritora

Twitter:

@ChicasTribu

[1] Traducción: Cada vez que me miro al espejo

[2] Traducción: Canta conmigo, canta por los años, canta por las risas, canta por las lágrimas

[3] Traducción: No me olvides, te lo ruego

[4] Traducción: A veces el amor dura, pero a veces duele

[5] Traducción: Por fin, mi amor ha llegado

[6] Traducción: La noche que te miré encontré un sueño, con el que podía hablar